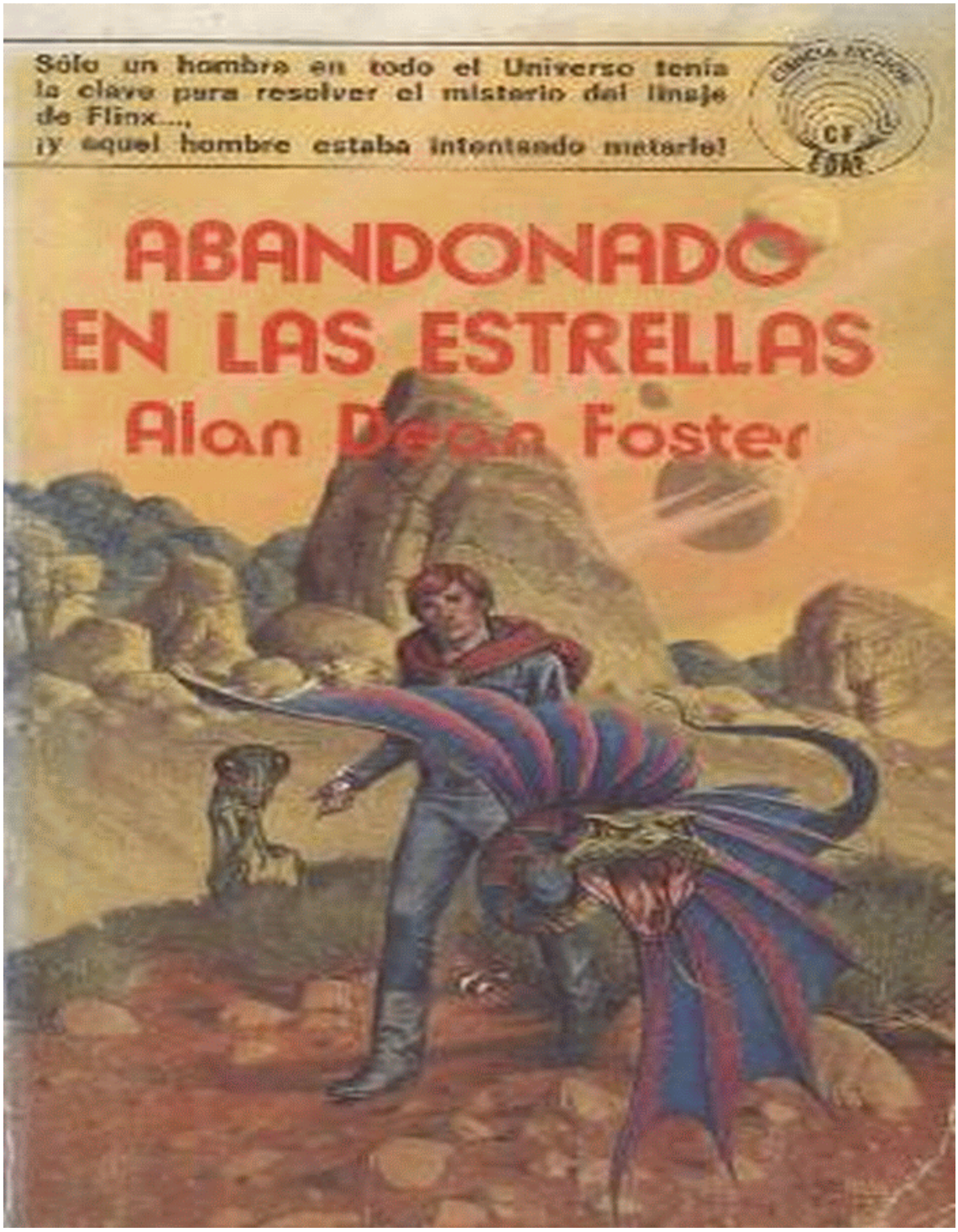
Abandonado en las estrellas
Alan Dean Foster



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Joe y Sherry Hirschhorn
y sus tres princesas,
Renee, Bonnie y Janice,
que embellecerían cualquier
cuento de hadas.
Con cariño, de Alan...

Capítulo Primero

—¡Mira por dónde vas, *qwot*!

El mercader contempló al esbelto joven de piel olivácea mientras ostentosamente ordenaba su casi impecable atuendo.

—Perdón, noble señor —replicó el muchacho cortésmente—. A causa de la multitud no os vi.

Esto era a un tiempo verdad y mentira. Flinx no había *visto* al voluminoso comerciante, pero pudo percibir la beligerancia del individuo segundos antes de que éste hubiese girado intencionadamente para provocar la colisión.

Aunque sus todavía mal entendidos talentos habían sido inmensamente enriquecidos varios meses antes por su encuentro con el Krang —aquella terrible arma semisensible de los ya desaparecidos amos de la galaxia, los Tar-Aiym—, éstos continuaban igual de inconsistentes. La experiencia de actuar como un catalizador orgánico del colosal artificio casi les había matado a él y a Pip. Pero consiguieron sobrevivir y, él por lo menos, habían sido cambiados de forma todavía incomprensible.

Últimamente se había dado cuenta de que en determinado momento podía detectar los pensamientos del propio rey en su palacio de Drallar, mientras que, en el minuto siguiente, hasta las mentes de los que estaban más próximos permanecían tan cerradas como la bolsa de un avaro. Esto provocaba numerosas incertidumbres y más de una vez Flinx llegó a maldecir su don, pues su variabilidad le mantenía en un constante estado de desequilibrio mental. Era como un niño agarrado desesperadamente a las crines de un violento devílope e intentando mantenerse al mismo tiempo que luchaba para domar a la encabritada montura.

Cambió de dirección para rodear aquella masa lujosamente vestida, pero el hombre se movió bloqueando su camino.

—Los niños necesitan aprender a respetar a sus mayores —espetó, obviamente nada dispuesto, como lo estaba Flinx, a dejar pasar el incidente.

Flinx pudo percibir frustración en la mente del hombre y buscó a más profundidad. Detectó borrosas huellas de una importante

transacción comercial que había fallado justamente aquella mañana. Esto explicaría la frustración del hombre y su aparente deseo de encontrar alguien sobre quien desahogarla. Mientras Flinx consideraba este proceso, el hombre se enrollaba espectacularmente las mangas revelando unos brazos enormes. Su frustración desapareció ante las miradas curiosas de la móvil muchedumbre de mercaderes, vendedores, mendigos y artesanos que se detenían y comenzaban a formar un pequeño remanso de humanidad en el diario huracán del mercado de Drallar.

—Dije que lo sentía —repitió Flinx, tenso.

Un macizo puño comenzó a elevarse.

—Seguro que lo sientes. Creo que voy a tener que enseñarte...

El mercader detuvo su movimiento, con el puño amenazador bruscamente inmóvil en el aire. Su rostro palideció rápidamente y sus ojos parecieron fijarse en uno de los hombros de Flinx.

Entre los sueltos pliegues de la capa del joven había emergido una cabeza, que contemplaba al mercader con una mirada fija, sin parpadeos, que tenía la cualidad de una muerte de otro mundo, el sabor del metano helado. El cráneo en sí mismo era diminuto y no tenía un impresionante aspecto; estaba cubierto por escamas y pertenecía claramente a un reptil. Después emergió más criatura, revelando que la cabeza estaba unida a un largo cuerpo cilíndrico. Un par de alas membranosas plegadas se abrió y batieron perezosamente el aire.

—Lo siento —murmuró el mercader—, sólo ha sido una broma... En realidad fue culpa mía.

Sonrió con aspecto enfermizo, mirando a izquierda y derecha. Los ojos de la pequeña reunión le devolvieron la mirada desapasionadamente.

Fue interesante la forma en que el hombre pareció disolverse en la pared de mirones. Se lo tragaron tan limpiamente como podría hacerlo un mero con un cazón lento. Hecho esto, las inmóviles filas se fundieron con la incesante corriente de humanidad.

Flinx se relajó y rascó al minidrag bajo la cubierta espumosa de la serpiente voladora.

—Tranquilo, Pip —susurró, dirigiendo pensamientos tibios y relajantes a su mascota—. No es nada; ahora échate.

Tranquilizado, el minidrag silbó lentamente y se deslizó bajo los pliegues de la capa, aplastando otra vez sus plisadas alas contra su cuerpo. El mercader había reconocido rápidamente al reptil. El individuo, que había viajado mucho, sabía que no se conocía ningún antídoto contra el veneno del dragón en miniatura de Alaspin.

—Quizá haya aprendido la lección que quería darnos —dijo Flinx—. Me parece que iremos a tomar una cerveza y unos pretzels para ti en casa de Small Symm. ¿Te gustaría, summm?

La serpiente devolvió el sonido.

Cerca, y enterrado entre la multitud, un obeso y desagradable caballero daba las gracias a un herrero satisfecho mientras recogía un objeto que, indiferentemente, había comprado. Esta transacción había servido el propósito de ocupar tiempo y disimular el verdadero foco de

su atención, que no había sido la chuchería que acababa de comprar.

Le acompañaban dos hombres. Uno era bajo y escurridizo, con la expresión húmeda de una comadreja. El otro mostraba un torso que parecía una caldera galvanizada y media cara. Su único ojo saltaba persistentemente mientras miraba alejarse la figura de Flinx; su pequeño compañero se dirigió entretanto y con ardor al comprador del diminuto piano de oro y perlas.

—¿Has visto la cara de ese hombre, Challis? —preguntó al hombre gordo—. Esa serpiente es una muerte rápida. No se nos dijo nada de todo eso. Ese enorme idiota no solamente ha salvado su propia vida, sino también la mía y la de Nanger.

El tuerto asintió.

—Sí, vas a tener que encontrar otra gente para ese pequeño y sucio trabajo —su bajo colega parecía firme.

El regordete mercader permaneció tranquilo, rascándose una de sus muchas papadas.

—¿Acaso no he sido generoso? Puesto que los dos estáis a mi servicio permanentemente, técnicamente no os debo nada por esto —se encogió de hombros—. Pero si se trata de más dinero...

La escurridiza comadreja negó con la cabeza.

—Puedes comprar mis servicios, Challis, pero no mi vida. ¿Sabes lo que sucede si el veneno de esa serpiente te alcanza en los ojos? Ningún antiveneno conocido te mantendría vivo durante más de sesenta segundos —dio una patada contra el suelo de gravilla y polvo, todavía húmedo a causa de la cotidiana lluvia matinal—. No, esto no es para mí ni para Nanger.

—Seguro —asintió solemnemente el hombre que tenía media cara; respingó y señaló con la cabeza en la dirección por donde había desaparecido el joven—. De todas formas, ¿por qué te obsesiona ese muchacho? No es fuerte, no es rico, y no es particularmente guapo.

—Es su cabeza lo que me interesa, no su cuerpo —suspiró Challis—, aunque se trate de algo relacionado con mi placer.

Resoplando como una almohada agujereada, les condujo a través de la vocinglera y atareada multitud. Humanos, thranx, y representantes de una docena de razas comerciales más, pasaban velozmente a su alrededor como si estuviesen bien engrasados, todos ocupados en alguna importante tarea.

—Se trata de mi piedra de Jano. Me aburre.

El hombre más bajo pareció asqueado.

—¿Cómo puede aburrirse alguien lo bastante rico como para comprar una piedra de Jano?

—Oh, pues lo estoy, Nolly querido, lo estoy.

Nanger inició un gesto despectivo.

—¿Cuál es el problema, Challis? ¿Te falla la imaginación? —se rió con ladridos cortos y estentóreos.

Challis le devolvió la sonrisa.

—Eso es difícil, Nanger, pero parece que no poseo el tipo de mente adecuado para producir la clase de resolución sutil y detallada que la piedra puede lograr. Necesito ayuda para conseguirlo. Por tanto, estos

últimos meses he trabajado buscando un adepto mental adecuado, intentando encontrar una mente subsidiaria del tipo más apropiado para contribuir a poner en funcionamiento la piedra. He pagado un montón de dinero por la información correcta —terminó, saludando a un alto osirio que conocía.

El avícola chasqueó su pico para devolverle el saludo e hizo un gesto con su gracioso cuello parecido al de un avestruz, moviendo con seguridad su forma de periscopio entre la muchedumbre.

Nanger se detuvo para comprar un pastel de thisk, y Challis continuó su explicación cuando reemprendieron el camino.

—Así pues, ya veis que necesito a ese muchacho.

Ahora Nolly estaba irritado.

—¿Por qué no lo alquilas sin más complicaciones? ¿Has probado si colaboraría de buena gana?

Challis pareció dudoso.

—No, no creo que eso resultase, Nolly querido. ¿Conoces algunas de mis fantasías e inclinaciones? —su voz se había vuelto inhumanamente tranquila y vacía—. ¿Participarías voluntariamente?

Nolly apartó la mirada de aquellas pupilas repentinamente terribles. A pesar de su pasado, se estremeció.

—No —susurró débilmente—, no; no creo que lo hiciese...

—Hola chico —tronó el Pequeño Symm, un gigante incapaz de hablar a menos que fuese a gritos—. ¿Qué es de tu vida y qué sabes de Malaika?

Flinx se sentó en uno de los taburetes alineados ante la curva de la barra, pidió cerveza con especias para él y un cuenco de pretzels para Pip. La serpiente voladora se deslizó gracilmente del hombro de Flinx y se dirigió hasta el cuenco de madera lleno de pastitas trapezoidales. Esta acción fue advertida por un par de tipos sospechosos que se encontraban cerca con los ojos muy abiertos, quienes prontamente dejaron su sitio y se dirigieron apresuradamente hacia los reservados del fondo.

—No he tenido ningún contacto con Malaika desde hace bastante, Symm. He oído que está atendiendo algunos negocios fuera del sistema.

El rico mercader amigo de Flinx era la causa de que éste hubiese dejado de representar su espectáculo personal, habiéndole provisto con una suma sustancial como reconocimiento de su ayuda en la exploración del mundo de los Tar-Aiym y del Krang. Gran parte del dinero había sido empleado en acomodar a la madre adoptiva de Flinx, Madre Mastín, en una bien abastecida tienda, situada en uno de los mejores distritos comerciales de Drallar. Rezongando ante lo que consideraba su propio capricho, la anciana había rescatado a Flinx, cuando era un niño, de los barracones de los vendedores de esclavos y le había criado. Ella era la única familia que Flinx había conocido. Todavía seguía murmurando, pero con cariño.

—De hecho —continuó el muchacho, sorbiendo el brebaje que sabía a pimienta—, Malaika quería que fuese con él. Pero, aunque

respeto al viejo hedonista, pronto se empeñaría en ponerme dentro de un buen traje, peinar mi cabello hacia atrás y enseñarme dicción.

Flinx se estremeció en forma visible. —No hubiese podido soportarlo. Antes volvería otra vez a hacer el juglar y a presentar al público juegos de adivinanza. ¿Qué me dices de ti, padre de los idiotas? He sabido que la policía municipal te ha vuelto a molestar.

El dueño del bar apoyó su masa de ciento setenta y cinco kilos y dos metros y medio sobre el mostrador de madera plástica absorbente, que gimió en son de protesta.

—Parece que el comisionado del mercado tomó como una afrenta personal que yo echase de aquí al primer grupo de enviados oficiosos que mandó para cerrar esto. Quizá no debiera haber roto su vehículo. Ahora están tratando de ser más sutiles. Esta misma semana vino otro que pretendía haberme observado sirviendo a menores de edad ciertos líquidos alucinógenos.

—Verdaderamente, merecerías que te colgaran por las extremidades —comentó Flinx con fingida solemnidad. Tampoco él tenía edad legal para muchas de las cosas que Symm le servía.

—En cualquier caso —continuó el gigante—, este individuo salió flechado de uno de los reservados de atrás, hizo relampaguear su tarjeta municipal y me dijo que estaba arrestado. Iba a llevarme consigo, y lo mejor sería que lo acompañase voluntariamente —el Pequeño Symm sacudió tristemente su cabezota mientras Flinx engullía varios tragos.

—¿Qué hiciste? —se limpió líquido de las comisuras de la boca.

—Realmente no quiero tener más problemas; ciertamente, no quiero otra acusación por agresión. Pensé que una demostración deductiva de una suave naturaleza física sería efectiva para persuadir al caballero de que cambiase de opinión. Así fue, y se marchó tranquilamente —el Pequeño Symm señaló el vacío vaso de Flinx—. ¿Quieres otro?

—Claro. ¿Qué fue lo que hiciste? —repitió.

—Me comí su tarjeta municipal. Aquí está tu cerveza —deslizó un segundo jarro al lado del primero.

Flinx comprendía el punto de vista del Pequeño Symm. Tenía una reputación que mantener. El suyo era uno de los pocos sitios de Drallar donde se podía ir de noche con la garantía de no ser asaltado o molestado de cualquier forma por turbulentos merodeadores. Esto era así porque el Pequeño Symm se las entendía imparcialmente con todos aquellos que turbaban la paz.

—Vuelvo en un minuto —dijo Flinx a su amigo.

Deslizándose del taburete, se dirigió hacia la única habitación, cuyo diseño y función había cambiado poco en los últimos siglos. Tan pronto como penetró en su interior se apoderó de él un rico conjunto de olores y sensaciones: cerveza rancia, licores fuertes, ansiedad, tensión, agua estancada, humedad, temerosa expectación. La combinación de los espesos pensamientos y los olores en el aire casi le hizo tambalearse.

Mirando a la izquierda, donde la combinación era más fuerte,

advirtió un pequeño temblor en un hombre que le miraba ansiosamente. Flinx observó la calma interna del hombre y su pánico interior. En una mano tenía una jeringuilla osmótica y su dedo se curvaba sobre ella como si fuese un arma. Cuando Flinx comenzaba a gritar pidiendo socorro, su naciente grito fue ahogado por el descenso de algo oscuro y pesado sobre su cabeza. Un grito mental fue abortado por la fría eficiencia de la jeringuilla...

Se despertó contemplando una confusa panoplia de luces. Se extendían delante y por debajo suyo, como si estuviesen vistas a través de una pared y un suelo de plástico transparente.

Lentamente se las arregló para sentarse, lo que implicaba cierta dificultad, ya que sus muñecas estaban unidas por dos esposas de metal cromado. Un largo conducto de metal flexible salía de ellas y desaparecía entre los lujosos muebles. La cadena serpenteaba entre la gruesa y transparente alfombra como un gusano reflejado en un espejo.

En el exterior, Flinx pudo ver las luces que constituían el pulso de la ciudad de Drallar, dominadas por las relucientes espirales del palacio del rey, lejos, a la izquierda. La visión le permitió orientarse. Combinando la posición del palacio con la disposición de las luces inferiores y el conocimiento de que se encontraba a varios pisos por encima del suelo, pudo saber que estaba prisionero en uno de los cuatro barrios privados de la ciudad. En aquellos vigilados y restrictivos enclaves se encontraban las moradas de la clase alta, de aquellos nativos de Drallar y habitantes de otros mundos que se lucraban aquí con el comercio. Sus asaltantes, pues, eran algo más que ladronzuelos.

Cerca no podía detectar ninguna impresión. Por el momento la única sensación extraña que podía detectar era un ligero latido de los músculos de la parte superior de su brazo derecho donde se había clavado la jeringuilla. Una clase distinta de sensación estaba formada por su ira, ira dirigida contra sí mismo por no haber detectado las emanaciones hostiles que sus atacantes tenían que haber estado emitiendo antes de que él hubiese entrado en el baño.

Bruscamente se dio cuenta de que había otra sensación que echaba de menos. El cómodo peso de Pip faltaba de sus hombros.

—Hola —aventuró una voz diminuta y plateada.

Girando, Flinx se encontró cara a cara con un ángel. Se relajó, sacó las piernas del sofá y la contempló sorprendido. No podía tener más que nueve o diez años y estaba vestida con un traje pantalón orlado de un borde de polvo verde y azul con largas mangas de algún transparente material de encaje. Su largo cabello rubio caía en cuidadas ondas hasta la parte posterior *de* sus muslos. Unos ojos *de azul* bebé le contemplaban desde el rostro de altos pómulos de un sofisticado querubín, —Me llamo Mahnahmi —le informó suavemente, su voz subiendo y bajando con un pícaro temblor—. ¿Cómo te llamas tú?

—Todo el mundo me llama Flinx.

—Flinx —se chupó el nudillo de su dedo pulgar—. Es un nombre

raro, pero bonito.

Una sonrisa mostró unos dientes perfectamente perlinos.

—¿Quieres ver lo que me ha traído mi papá? —Tu papá —repitió Flinx recorriendo la habitación con la vista. Estaba dominada por la gran curva de la pared y galería transparentes y el centelleante panorama que se extendía debajo. Afuera era de noche... ¿pero era la misma noche? ¿Cuánto tiempo había yacido inconsciente? No había forma de saberlo... todavía.

La habitación estaba amueblada en el último estilo Siberade: lujuriosos cojines, sillas y divanes erguidos sobre soportes de duralloy delgados como una mina de lápiz, con todo lo demás suspendido del techo por alambres de duralloy tan finos que el resto de los muebles parecían flotar en el aire. Un impresionante surtido de espodumeno fluorescente y cristales de kunzita dominaba la cúpula del techo. Estaban rodeados por focos circulares, enfocados ahora hacia el estrellado cielo nocturno. Unos ajustadores climáticos evitaban que la lluvia crepuscular cayese en el interior de la habitación.

Su raptor era una persona muy rica.

La voz de la muchacha, petulante a causa de la falta de atención, le interrumpió en su inspección.

—¿Lo quieres ver o no?

Flinx deseó que los latidos de su brazo se aplacasen.

—Claro que sí —dijo ausentemente.

La sonrisa volvió mientras la muchacha buscaba en un bolsillo de su pantalón. Se acercó más, abriendo orgullosamente su puño para revelar algo en la palma de su mano. Flinx vio que era un piano en miniatura, fabricado por completo con filigrana de oro y perlas de verdad.

—Toca de verdad —le dijo excitadamente. Tocó las diminutas llaves y Flinx escuchó las casi invisibles notas—. Es para mi muñeca.

—Es muy bonito —cumplimentó Flinx, recordando los tiempos en que un juguete así le habría costado más crédito de lo que nunca hubiese pensado que llegaría a tener—. Miró ansiosamente a sus espaldas—. ¿Dónde está ahora tu papá?

—Aquí mismo.

Flinx se volvió hacia el origen de aquellas sencillas, aunque algo amenazadoras, palabras.

—Ya sé que te llamas Flinx —dijo el hombre con un movimiento de una mano cargada de anillos—. Sé muchas cosas sobre ti.

Dos hombres emergieron de la sombra globular. Uno de ellos tenía el cráneo hundido y medio derretido por algún tremendo calor, toscamente reconstruido por la ingeniería médica. Su compañero, más bajo, exhibía ahora más compostura que cuando apuntaba a Flinx con la jeringuilla en el baño del establecimiento del Pequeño Symm.

El mercader volvió a hablar.

—Me llamo Conda Challis. ¿Has oído hablar de mí?

Flinx asintió lentamente. —De su compañía.

—Bien —replicó Challis—. Siempre es agradable ser reconocido y ahorra ciertas explicaciones.

El incómodo latido en el hombro de Flinx estaba empezando a bajar; mientras, el hombre acomodaba su masa en una silla. Una mesa plana y redonda de metal y plástico lo separaba de Flinx. El hombre que tenía media cara y su achaparrada sombra se pusieron cómodos —pero Flinx advirtió que no demasiado— cerca de él.

—Veo que has estado entreteniendo a nuestro invitado, Mahnahmi —dijo Conda a la muchacha—. Ahora vete a otra parte y juega como una buena chica.

—No, quiero quedarme y mirar. —¿Mirar? —Flinx se puso tenso—. ¿Mirar qué? —Va a utilizar la piedra. ¡Sé que lo hará! —se volvió hacia Challis—. ¡Por favor, papá, déjame quedarme y mirar! Te prometo que no diré una sola palabra.

—Lo siento, hija. Esta vez no. —Esta vez no, esta vez no —repitió ella—. Nunca me dejas mirar. ¡Nunca, nunca, nunca!

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa con la misma rapidez con que se enciende una ducha solar. —Oh, está bien, pero al menos déjame decir adiós. Cuando Challis, impacientemente, asintió en señal de aprobación, ella saltó a los brazos de Flinx. Con gran disgusto por parte de éste, ella se enroscó a su alrededor, le dio un húmedo beso en una mejilla y susurró en su oído derecho con temblorosa e inmadura voz de soprano:

— Será mejor que hagas lo que te diga, Flinx, o te abrirá en canal.

Como pudo, él se las arregló para componer en su rostro una expresión neutral, mientras se apartaba con una sonrisa absolutamente inocente.

—Adiós. Quizá papá nos deje jugar más tarde.

Volviéndose, salió de la habitación, brincando por una puerta en la pared más alejada.

—Ah...; una niña muy interesante —comentó Flinx, tragando saliva.

—Encantadora —asintió Challis—. Su madre era muy hermosa.

—¿Entonces estáis casado? Pensé que no erais de esa clase.

El mercader pareció genuinamente sorprendido.

—¿Yo casado de por vida? ¡Mi querido muchacho! Su madre fue comprada aquí mismo, en Drallar, hace un buen montón de años. Su curriculum pretendía que ella poseía talentos excepcionales. Resultaron ser de una naturaleza muy inferior, adecuados para juegos de salón, pero poco más.

»Sin embargo, podía tener otras ciertas funciones, así que no sentí que había malgastado mi dinero completamente. El único inconveniente fue el nacimiento de esa niña, como resultado de mi fallo de informar a tiempo para realizar una detención del embarazo. No pensé que el retraso fuese importante —se encogió de hombros—; pero me equivoqué. La madre me gustaba, así que le permití conservar a la niña.... aunque yo tengo la tendencia a ser duro con mis propiedades. La madre no sobrevivió durante mucho tiempo. A veces me parece que la niña ha heredado los minúsculos talentos de su madre, pero todos los intentos de probarlo han fracasado.

—Sin embargo, y a pesar de ello, la conserváis —observó Flinx con

curiosidad.

Durante un segundo, Challis pareció casi confundido, una sensación que pasó velozmente.

—En realidad, no es tan asombroso. Teniendo en cuenta la forma en que murió su madre, que la niña ignora, me siento algo responsable por ella. Aunque no tengo un particular amor a los niños, me obedece con una celeridad que debiera ser imitada por otros de más edad que ella.

Sonrió ampliamente, y Flinx tuvo la impresión de ver un cráneo blanco pelado lleno de agujas rotas.

—Es lo bastante mayor para saber que, si no lo hace, sencillamente la venderé —Challis se inclinó hacia delante, resoplando con el esfuerzo de doblar su pecho sobre su barriga saliente—. Sin embargo, no se te ha traído aquí para discutir los detalles de mi vida doméstica.

—Entonces, ¿para qué he sido traído aquí? He oído hablar sobre una piedra. Conozco algo sobre piedras preciosas, pero ciertamente no soy un experto.

—Una piedra, sí.

Challis declinó cualquier otra explicación oral; en su lugar, manipuló varios interruptores ocultos por el saliente de la mesa. Las luces se oscurecieron y el par de amenazadores ayudantes de Challis desapareció, aunque Flinx pudo sentir cerca su presencia alerta. Estaban entre él y la única puerta claramente definida.

La atención de Flinx fue rápidamente atraída por un suave zumbido. Al deslizarse a un lado la parte de superior de la mesa, pudo ver la construcción. La mesa era una gruesa caja de seguridad. Algo surgió de la abertura central, una escultura de componentes relucientes, rodeada por una red de fino alambre. Contenía algo que parecía un cristal claro y natural del tamaño de la cabeza de un hombre. Brillaba con una extraña luz interior. En un primer momento parecía cuarzo, pero una inspección más detenida demostraba que allí había un silicato extraordinario.

El centro del cristal era hueco y de silueta irregular. Estaba lleno de partículas marrones y verdes que flotaban con soñolienta lentitud en el fluido claro y viscoso. Las partículas eran tan finas como motas de polvo. En algunos sitios casi alcanzaban los bordes de las paredes de cristal, aunque tendían a permanecer reunidas cerca del centro. Ocasionalmente, las motas aterciopeladas saltaban y se movían abruptamente, como impulsadas por alguna fuerza invisible. Como hipnotizado, Flinx contempló fijamente las móviles profundidades...

En la Tierra vivía un hombre muy rico llamado Endrickson que recientemente parecía caminar como entre sueños. Se llevaba bien con su familia y sus amigos le apreciaban mucho. Tenia también la admiración a regañadientes de sus competidores. Aunque por aquel entonces Endrickson parecía cualquier cosa menos brillante, era uno de aquellos genios peculiares que no poseen ninguna habilidad creativa propia, sino

que en su lugar exhibe el extraño poder de reunir y dirigir los talentos de los que estén mes dotados que él.

A las 5.30 de la tarde del día 25 del Quinto Mes, Endrickson se movía con más lentitud de lo habitúa/ por los pasillos fuertemente vigilados de la planta. La Planta no tenía nombre —precaución en la que insistían los nerviosos hombres cuya misión era preocuparse por esas cosas— y estaba construida en la vertiente occidental de los Andes.

Mientras se cruzaba con los hombres, mujeres y thranx insectoides que trabajaban en la Planta, Endrickson cabeceaba en señal de saludo y siempre era acogido con respetuosas respuestas. Todos se encaminaban en la dirección contraría, puesto que su día de trabajo había terminado. Se dirigían —aquellos hombres dotados de muchos, muchos talentos— a sus hogares en Santiago, Lima, Nueva York, además de a las colonias terrícolas de los thranx en la cuenca del Amazonas.

Alguien que todavía estaba de guardia se tensó rígidamente cuando Endrickson dobló una esquina en el último y resguardado corredor. Viendo que el , visitante no era su inmediato superior —un caballero que llevaba la irritación, como su ropa interior, por fuera de sus pantalones—, el armado vigilante se relajó. Sabía que Endrickson era amigo de todo el mundo.

—Hola..., Davis —dijo el jefe lentamente.

El hombre saludó y después lo estudió atentamente, preocupado por su apariencia.

—Buenas tardes, señor. ¿Está usted seguro de que se encuentra bien?

—Sí; gracias, Davis —replicó Endrickson—. Tuve una idea a última hora... no tardaré mucho.

Pareció contemplar algo irregular y brillante que sostenía en la palma de la mano.

—¿Quiere usted ver mi tarjeta de identificación?

El guardia sonrió, procesó la necesaria banda de plástico tratado especialmente y admitió a Endrickson en la cámara detrás de la cual estaba el taller, una vasta caverna natural, engrandecida todavía más por la ingeniería de precisión y la necesidad. Este era el corazón de la Planta.

Moviéndose con seguridad, Endrickson bajó por la rampa hasta el nivel cerrado de la agrandada caverna, pasando enormes máquinas, largos bancos y grandes construcciones de metal y otros materiales. El taller estaba desierto en aquel momento. Permanecería así hasta que entrase el tumo de madrugada, cinco horas más tarde.

A un tercio del camino sobre el piso, se detuvo ante una impresionante puerta de un metal de color oscuro, el único rasgo en una sólida pared del mismo material que cerraba una espaciosa sección de la caverna. Utilizando su mano libre, y todavía contemplando la cosa de su otra mano, sacó un pequeño anillo que tenía varios cilindros de metal. Seleccionó un cilindro y apretó con su pulgar el área hundida de uno de sus extremos, después insertó el otro en un pequeño agujero en la puerta y empujó. Se produjo una compleja serie de radiaciones que fueron absorbidas por el mecanismo de la puerta. Estas radiaciones transmitían

un juicio, tanto sobre el cilindro como sobre la persona que lo sostenía.

Satisfecha con que el cilindro estuviese cifrado en la forma correcta y de que su dueño perteneciese a un tipo menta-estable, la puerta cantó su suave aquiescencia y se hundió en el suelo. Endrickson la atravesó y la puerta anotó su entrada; después se elevó para cerrar el vado a sus espaldas.

Un artilugio todavía no terminado por completo se erguía ante él llenando esta parte de la caverna. Estaba rodeado por un ejército de instrumentos en relación con él: instrumentos directivos, herramientas en reposo, paneles de control e interminables pilas de componentes seleccionados.

Endrickson ignoró este familiar collage *mientras resueltamente se dirigía hacia un sencillo panel negro. Observó pensativamente los paneles y controles existentes, después utilizó otro de los cilindros de su anillo para animar el tablero. Las luces se encendieron obedientemente y las medidas se registraron, listas para su inspección.*

Estaba ante la vasta masa de un motor de propulsión KK para una nave espacial sin terminar. Esto tendría lugar únicamente en espacio abierto, puesto que la activación del campo posgravitatorio del motor interreaccionando con el campo de gravedad de un planeta produciría una serie de terremotos y ajustes tectónicos de proporciones cataclísmicas.

Pero en aquel momento Endrickson no se sentía preocupado por eso. Un pensamiento todavía más intrigante se había adueñado de él. ¿La unidad del motor estaba lo bastante completa para funcionar?, se preguntaba. ¿Por qué no observar antes que nada las interesantes posibilidades?

Observó la belleza en su palma, después utilizó un segundo cilindro para abrir una caja fuertemente sellada en un extremo del panel negro. Detrás de la caja había varios interruptores, todos esmaltados de un brillante color carmesí. Endrickson oyó una sirena aullar estridentemente en algún lugar, pero ignoró la alarma, mientras apretaba los controles en su orden apropiado. Su ventaja era enorme. Con los controles de fluido activados, las instrucciones comenzaron a fluirá través del monolito de plástico, metal y vidrio. Endrickson podía oír a la gente gritando y corriendo. Mientras tanto, la centella termonuclear del motor fue activada y Endrickson vio cómo la acción total era registrada en los monitores apropiados.

Asintió con satisfacción. Las interconexiones finales, hechas, comunicaron con el computador construido en el interior del motor. Durante un breve segundo el campo Kurita-Kita cobró existencia. Por un momento, por la mente de Endrickson relampagueó la idea de que esto era algo que nunca debiera hacerse excepto en las profundas extensiones del espacio abierto.

Pero sus últimos pensamientos estuvieron dedicados a la exquisita belleza y extrañas palabras encerradas dentro del objeto que sostenía en su mano...

Si la unidad hubiese estado terminada, allí podría haber habido un gran desastre. Pero no estaba completa y, por tanto, el campo se

derrumbó rápidamente, incapaz de sostenerse por sí solo y de expandirse hasta su completo diámetro de propulsión.

Así pues, aunque se rompieron algunas ventanas, unos cuantos edificios antiguos se derrumbaron y la antigua torre de la iglesia de Santa Ana de Sevilla se resquebrajó en el centro de Valparaíso, a seiscientos kilómetros de distancia, sólo unas cuantas cosas en la inmediata vecindad mostraron alteraciones importantes.

Sin embargo, Endrickson, la Planta y la vecina comunidad tecnológica de Santa Rosa de Cristóbal (3.200 habitantes) desaparecieron. La montaña de 13.352 metros de altura, a cuyos pies había estado la ciudad y en cuyas entrañas había sido excavada la Planta, fue reemplazada por un cráter de 1.200 kilómetros de profundidad, bordeado por vidrio derretido.

Pero puesto que la lógica insistía en que el hecho no había podido deberse nada más que a un accidente, así fue considerado por los expertos llamados para encontrar una explicación..., expertos que no habían tenido acceso a aquella misma belleza que había embrujado de aquel modo al ahora vaporizado Endrickson...

Flinx parpadeó y se despertó de la torturadora exquisitez de la piedra de Jano. Esta continuó latiendo con su constante y natural luminiscencia amarilla.

—¿Has visto alguna antes? —preguntó Challis.

—No, pero he oído hablar de ellas. Sé lo suficiente para reconocer una.

Challis debía haber tocado otro interruptor oculto, porque una luz de poca intensidad apareció en el borde de la mesa. Revolviendo en un cajón dentro de la mesa, el mercader sacó entonces un pequeño objeto en forma de caja que parecía un relieve abstracto de un pájaro volando, con las alas hacia abajo. Estaba pensado para ajustarse a una cabeza humana. Unos cuantos cables y módulos visibles rompían las por otra parte suaves líneas del artilugio.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó el mercader.

Flinx confesó que no.

— Se trata del casco del operador —explicó Challis lentamente, colocándolo sobre su hirsuto cabello—. El casco y la maquinaria adaptada a esta mesa transcriben los pensamientos de la mente humana y los transmiten a la piedra. Esta tiene una propiedad singular.

Challis pronunció «propiedad» con la clase de reverencia espiritual con que muchos hombres describirían a sus dioses o amantes.

El mercader dejó de manosear unos invisibles controles y el casco. Unió sus manos ante su proyectada panza y contempló fijamente el cristal.

—Ahora me estoy concentrando en algo —dijo suavemente—. Se necesita un poco de práctica, aunque algunos pueden hacerlo sin ella.

Mientras Flinx la contemplaba absorto, las partículas del centro de la piedra comenzaron a realinearse. Su movimiento ya no se debía al

azar y era evidente que los pensamientos de Challis dirigían aquel movimiento. Aquello se trataba de algo sobre lo que habían corrido muchos rumores, pero que pocos, excepto los muy ricos y privilegiados, habían visto en realidad.

—Cuanto más grande sea el cristal —continuó Challis, esforzándose obviamente en producir algún resultado, todavía desconocido—, más colores hay en el coloide y más valiosa es la piedra. La norma general es un solo color. Esa piedra contiene dos y es una de las mayores y mejores que existen, aunque hasta las piedras más pequeñas son muy escasas.

»Hay piedras donde se presentan impurezas y crean formaciones de tres y cuatro colores y se sabe de una de cinco colores. No te creerías quién la tiene ni lo que se hace con ella.

Flinx miró mientras los colores en el centro del cristal comenzaron a asumir forma y contorno semi-sólido bajo la dirección de Challis.

—Nadie —continuó el mercader— ha sido capaz de sintetizar el líquido oleaginoso que contiene en suspensión las partículas de materia coloreada. Una vez roto el cristal es imposible repararlo. Y el coloide no puede ser transferido totalmente o en parte a un nuevo recipiente. Una rotura en la intrincada formación de cristal y líquido destruye la energía individual piezoeléctrica de la piedra. Afortunadamente, el cristal es tan duro como el corindón, aunque nunca tan fuerte como productos artificiales como el duralloy.

Aunque la siluetas cambiaron y temblaron continuamente, sin fijarse nunca por completo, tomaron la forma reconocible de varias personas. Una parecía ser la de una mujer exageradamente exuberante. De las demás, una era un macho humanoide y la tercera algo totalmente extraño. Una cámara de dos lados surgió a su alrededor y se llenó de extraños objetos que nunca mantenían su forma por más de unos pocos segundos. Aunque su consistencia fluctuaba, la impresión que producían no lo hacía. Flinx vio lo bastante como para que se le revolviera el estómago, antes de que todo lo que estaba dentro del cristal se disolviese de nuevo en una nube de polvo brillante. Levantando la vista y apartándola del cristal, observó que *el* mercader se había quitado el casco *y* estaba enjugando el sudor que cubría su frente con un pañuelo perfumado. Ala luz de la tenue luz proveniente del borde de la mesa, su rostro se convirtió en el de un enano poco escrupuloso.

—Empezar es fácil —murmuró con fatiga—, pero es una reacción endemoniadamente difícil de sostener. Cuando tu atención se concentra en una determinada figura, las demás comienzan a derrumbarse. Y cuando la obra requiere acciones complejas representadas por varias creaciones de este tipo, es completamente imposible, especialmente si uno tiende a... a involucrarse en la acción.

—Todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo? —interrumpió Flinx.

Aunque la pregunta había sido dirigida a Challis, la atención de Flinx estaba concentrada en aquellas dos figuras guardando la salida que percibía a medias. Ni Nolly ni Nanger se habían movido, pero eso no quería decir que hubiesen aflojado su vigilancia. Y sería difícil que la

puerta que guardaban estuviese abierta. Flinx podía ver varias aberturas en la pared de vidrio que iba del suelo al techo y dominaba la ciudad, pero sabía que por lo menos había un salto vertical de unos cincuenta metros hasta la calle privada debajo.

—Verás —le dijo Challis—, aunque no me avergüenza admitir que he heredado un negocio familiar en muy buen estado, la compañía Challis, tampoco me considero un aficionado. He mejorado la compañía mediante la adición de personas con talentos muy diversos.

Señaló hacia la puerta.

—Nolly querido y Nanger son dos ejemplos de lo que digo. Espero que tú, querido muchacho, seas otro.

—Todavía no estoy seguro de entenderos —dijo Flinx lentamente, refrenándose.

—Eso puede arreglarse fácilmente —Challis hizo estallar su dedos—. Sostener las partículas en suspensión de la piedra de Jano, manipular ese material, requiere un tipo especial de mente. Aunque mis escenarios mentales son complejos, para disfrutarlos por completo necesito una mente subsidiaria. *La tuya!* Te instruiré sobre mis deseos y ejecutarás mis diseños dentro de la piedra.

Flinx recordó lo que había visto hacía unos cuantos minutos en la obrita incompleta, en lo que Challis había creado dentro del diminuto mundo dorado de la piedra. En muchos aspectos era mucho más maduro de lo que correspondía a sus diecisiete años y había visto un montón de cosas durante su vida. Aunque algunas de ellas hubiesen revuelto el estómago a un soldado experimentado, la mayoría habían sido perversiones inofensivas. Pero bajo toda la cordialidad superficial y las corteses peticiones de cooperación que Challis había expresado, borboteaba un profundo lago de inmundicia impurificada y Flinx no estaba dispuesto a servirle al mercader de piloto a su través.

El haber sobrevivido en su infancia en el mercado de Drallar había convertido a Flinx en un perfecto realista. Así pues, no se escandalizó de la propuesta del mercader ni le dijo lo que tenía en la cabeza: «Me das asco y náuseas. Conda Challis, y me niego a tener algo que ver contigo y con tus enfermizas fantasías privadas». En lugar de eso, dijo:

—No sé de dónde habéis sacado la idea de que podría seros de utilidad en eso.

—No puedes negar tu propia historia —amenazó Challis—. He comprado un pequeño pero interesante informe sobre ti. Lo más notable fue que tus peculiares talentos sirvieron para ayudar enormemente a un competidor mío llamado Maxim Malaika. Antes y después de ese incidente has sido observado, demostrando poseer facultades mentales anormales mediante espectáculos de trucos baratos para recibir unos pocos créditos de los viandantes... Yo puedo ofrecerte mucho más por el uso de tus talentos. Niega eso si puedes.

—De acuerdo, puedo montar unos cuantos trucos y engañar a otros tantos turistas —concedió Flinx mientras estudiaba los finos y plateados brazaletes que aprisionaban sus muñecas e intentaba encontrar un resorte oculto—. Pero lo que vos llamáis mis «talentos» son erráticos, indisciplinados y fuera de mi control la mayor parte del

tiempo. No sé cuándo vienen ni cuándo se van.

Challis estaba asintiendo en una forma que a Flinx no le gustó.

—Naturalmente, lo comprendo. Todos los talentos, artísticos, atléticos, de cualquier tipo, requieren entrenamiento y disciplina para desarrollarlos por completo. Tengo la intención de ayudarte a dominar los tuyos. Por ejemplo, así...

Challis cogió algo que parecía un reloj de bolsillo antiguo, pero no lo era, y apretó un botón diminuto. Instantáneamente, el aire desapareció de los pulmones de Flinx, que se arqueó hacia delante. Sus manos se cerraron y se tensaron mientras temblaba y parecía como si alguien estuviese aplicando una lima a los huesos de sus muñecas. El dolor pasó rápidamente y fue capaz de dejarse caer hacia atrás, jadeando y temblando. Cuando consideró que podía abrir los ojos otra vez, vio que Challis los contemplaba fijamente, expectantemente interesado. Su mirada era idéntica a la que un químico podría dedicar a un animal de laboratorio que acabase de inyectar con una sustancia posiblemente fatal.

—Eso... no era necesario —consiguió musitar Flinx.

—Posiblemente no —concedió un despiadado Challis—, pero fue instructivo. He visto tus ojos divagando mientras hablábamos. Realmente, no puedes salir de aquí, ¿sabes? Aunque de alguna forma consiguieses llegar al ascensor central, detrás de Nolly y Nanger hay otros.

El mercader se detuvo; después preguntó bruscamente:

—Vamos, ¿de veras lo que deseo te resulta tan aborrecible? Serás bien recompensado. Te ofrezco una existencia segura en mi compañía. Además puedes hacer lo que quieras. Solamente se te llamará para ayudar a operar la piedra.

—Es la parte ética del asunto lo que me preocupa, no el salario —insistió Flinx.

—Oh, la ética —Challis parecía divertido y no intentó ocultarlo—. Estoy seguro de que podrás sobreponerte a eso. La alternativa es mucho menos subjetiva.

Repiqueteaba indolentemente con dos dedos sobre la esfera del falso reloj.

Mientras pretendía disfrutar con el asunto, Flinx estaba pensando. Sus muñecas continuaban pulsando y el dolor llegaba hasta los hombros. Podría soportar aquel dolor otra vez, pero no muy a menudo. Y cualquier cosa más intensa seguramente le destrozaría. Su vista todavía conservaba una alarmante tendencia a desenfocarse.

Pero... *no podía* hacer lo que Challis quería. Aquellas imágenes —su estómago se revolvió al recordarlas—, participar en aquellas obscenidades... ¡No! Flinx estaba pensando qué decir, algo para evitar un nuevo dolor, cuando algo seco y escurridizo se apretó contra su mejilla. Fue seguido por la etérea caricia de algo invisible pero conocido en la parte de atrás de su cuello.

Obviamente, Challis no veía nada en la oscuridad, puesto que cuando volvió a hablar su voz estaba tan controlada como antes. Sus dedos continuaron jugando perezosamente sobre la ovoide caja de

control. —Vamos, mi querido muchacho, ¿es que hay realmente necesidad de prolongar esto? Estoy seguro de que obtienes de esto menos placer que yo.

Un dedo dejó de repiquetear y se dirigió hacia el botón. —¡Eh!

El grito llegó a la proximidad de la puerta y fue seguido por maldiciones en voz baja y movimientos confusamente perceptibles. Los dos guardianes de Challis estaban bailando como locos, señalando y esquivando algo invisible.

La voz de Challis se volvió viciosa, enfadada por primera vez.

—¿Qué es lo que pasa ahora, idiotas? Nanger replicó nervioso:

—Hay algo aquí dentro con nosotros.

—Los dos no pensáis con vuestras pequeñas cabezas. Estamos a ocho pisos de la superficie y cuidadosamente protegidos contra intrusos mecánicos. Nada podría…

Nanger interrumpió la afirmación del mercader con un grito como pocos hombres habrían oído antes. Flinx casi lo estaba esperando. Aun así, su sonido hizo correr el frío por su espina dorsal. Lo que provocó en Nolly o en Challis, que repentinamente estaba resguardándose detrás de la silla y rebuscando en su cinturón, sólo podía ser imaginado.

Flinx oyó un choque, seguido de una colisión con algo pesado y fuera de control. Era Nanger. El media cara se protegía los ojos con las manos juntas y se tambaleaba salvajemente en todas direcciones.

—La joya… ¡Vigilad la joya! —aulló aterrado Challis.

Moviéndose a gatas con asombrosa rapidez, llegó al borde de la mesa y apretó un botón. Instantáneamente, la luz se apagó. En la vaga iluminación procedente de la ventana de la pared, Flinx pudo ver cómo el mercader desconectaba la parte superior del aparato, el globo que contenía el cristal, y lo acunaba protectoramente en sus manos mientras lo retiraba de allí.

Repentinamente, en la habitación hubo otra fuente de iluminación, procedente esta vez de las brillantes e intermitentes llamaradas verdes de una pistola. Nolly había sacado el arma y luchaba desesperadamente con un adversario que revoloteaba y se lanzaba contra él.

Entonces algo comenzó a zumbar reclamando atención en la mesa y Challis levantó un receptor y escuchó. Flinx lo hizo también, aunque no pudo oír nada. Fuese lo que fuese lo que se decía provocó unas cuantas contestaciones airadas del mercader, cuyo bienhumorado talante ya se había desvanecido por completo. Musitó algo en el receptor y después lo dejó caer sobre la mesa. La mirada que lanzó a Flinx en la casi negrura estaba llena de furia y curiosidad.

—Me despido, querido muchacho. Espero que tengamos la oportunidad de encontrarnos de nuevo. Creí que eras simplemente un mendigo con talentos demasiado grandes para tu cabeza. Aparentemente, puedes ser algo más. Siento que hayas elegido no cooperar. Tu línea materna dejaba entrever que podrías hacerlo —Challis dio un bufido—. Nunca repito un error. Ten cuidado.

Todavía a cuatro patas, se arrastró hasta una puerta oculta. Cuando ésta se abrió, Flinx captó un vistazo de una pequeña figura dorada de pie allí.

—¿Otra vez escuchando, bastarda? —murmuró Challis mientras se ponía de pie.

Abofeteó a la muchacha, sujetándola por un brazo. Ella comenzó a llorar y apartó la vista de Challis mientras la puerta giraba, cerrándose silenciosamente.

Mientras Flinx volvía su atención a la otra puerta, su mente era ya un torbellino a causa de un descuidado comentario del mercader. Pero antes de que pudiera considerar todas las implicaciones de la observación, Flinx se vio golpeado por un terremoto de energía mental maniaca que casi le hizo caer del Sofá. Tenía una fuerza superior a toda fantasía, era más poderoso que nada que hubiera sentido antes, proveniente de una mente humana. Tenía aullantes imágenes de Conda Challis rompiéndose lentamente como un muñeco de juguete. Estas visiones se mezclaban entre ellas.

Parpadeó bajo aquella pared ciclónica. Algunas de las flotantes imágenes eran mucho peor que nada de lo que Challis hubiese intentado crear dentro de la piedra. La mente del mercader era completamente depravada, pero el cerebro que producía aquella tormenta mental no se detenía con cosas tan pequeñas.

Flinx contempló la puerta que se cerraba, viendo por última vez los azules ojos y el angélico rostro. Supo que en aquel cuerpo, todavía no maduro, habitaba una niña atormentada. Pero ni siquiera aquella revelación despertaba en él la misma salvaje excitación que la última y casual observación de Challis. El mercader había dicho «Tu línea materna».

Flinx sabía más sobre el universo de lo que sabía sobre sus verdaderos padres. Si Challis estaba enterado, aunque fuera un rumor, sobre los antepasados de Flinx..., el mercader iba a ver realizado su deseo de tener otro encuentro con el muchacho.

Capítulo II

La puerta que conducía al ascensor central de la torre se abrió cuando el ocupante de la habitación intentaba escapar. En lugar de un ascensor vacío, se vio confortado por una figura de proporciones gargantuescas que lo levantó retorciéndose del suelo y le quitó el arma. El recién llegado la inutilizó con rapidez aplastándola con un puño que tenía la fuerza de una presa mecánica. Los dedos de Nolly, que casualmente estaban enroscados alrededor de la pistola láser, sufrieron similar destino y un único alarido de dolor precedió a la inconsciencia.

El Pequeño Symm se apresuró a despejar la puerta, dejando caer a un lado la inerte forma humana. Simultáneamente, una silueta larga y delgada se posó tranquilamente sobre los hombros de Flinx y una punta húmeda jugó familiarmente junto a su oreja. Volviéndose, Flinx rascó al minidrag bajo la mandíbula y sintió cómo la larga forma muscular se relajaba.

—Gracias. Pip.

Levantándose de la silla, se movió alrededor de la mesa y jugó con los controles de la parte posterior. En seguida consiguió iluminar la habitación.

Los valiosos muebles yacían rotos y tumbados en los puntos donde Nanger había caído y tropezado. Su cuerpo, ya rígido con la muerte producida por el veneno, se había derrumbado sobre una silla volcada. La forma inmóvil de su compañero se amontonaba a un lado de la puerta. La sangre fluía de una mano machacada.

—Me estaba preguntando —dijo Flinx a Symm— cuándo llegarías.

—Fue difícil —se disculpó el dueño del bar, con la voz resonando desde aquella fosa sin fondo que tenía como pecho—. Tu mascota estaba impaciente, apareciendo y desapareciendo cuando me retrasaba. ¿Cómo supo dónde encontrarte?

Flinx ojeó cariñosamente la cabeza escamosa, ahora soñolienta.

—El olió mi miedo. El agua de la vida sabe que lo estaba radiando a bastante distancia —tendió sus muñecas esposadas—. ¿Puedes hacer algo? Tengo que seguir a Challis.

Symm contempló las esposas con una mirada en su rostro de

suave sorpresa.

—Nunca hubiese pensado que la venganza formara parte de tu forma de ser, Flinx.

Cogiéndolas con sus impresionantes pulgar e índice, Symm apretó cuidadosamente una de las estrechas bandas. Un segundo de presión hizo que el metal se separase con un explosivo pop. Repitiendo la acción, liberó la otra mano de Flinx.

Mientras se frotaba la muñeca derecha con la mano izquierda, Flinx no pudo detectar ninguna señal..., nada que indicase el intenso dolor que el artificio había infligido.

Consideró cómo debía responder a la acusación de su amigo. ¿Cómo esperar explicar la importancia de la observación de Challis a esta mole jovial?

—Creo que Challis quizá sepa algo sobre mis verdaderos padres. Sencillamente, no puedo olvidar eso.

La desacostumbrada amargura de la respuesta de Symm le sobresaltó.

—¿Qué son ellos para ti? ¿Qué es lo que hicieron por ti? Ellos fueron la causa de que fueses tratado como ganado, como una pieza de propiedad. Si no fuese por la intervención de Madre Mastín, ahora serías un esclavo personal, quizá de alguien como Challis. Tus verdaderos padres..., ¡a ellos no les debes nada y menos la satisfacción de demostrarles que has sobrevivido!

—No conozco las circunstancias de mi abandono, Symm —contrarrestó finalmente Flinx—. Tengo que averiguarlo. *Tengo que hacerlo.*

El dueño del bar, otro huérfano, se encogió de hombros.

—Eres un idealista inadaptado, Flinx.

—Y tú otro, todavía mayor —replicó el muchacho—, y por eso vas a ayudarme.

Symm murmuró algo ininteligible que podría haber sido una maldición. O quizá no lo fuese.

—¿Por dónde salió?

Flinx indicó la puerta oculta y Symm se acercó hasta allí y se apoyó experimentalmente contra el panel metálico. Los goznes giraron hacia dentro con sorprendente rapidez. Detrás descubrieron un corto pasillo que conducía a un pequeño ascensor privado que les llevó rápidamente a la base de la lujosa torre.

—De todas formas, ¿cómo llegaste aquí? —preguntó Flinx a su amigo.

Symm guiñó un ojo.

—Le dije a los agentes de seguridad que encontré que tenía un pase para una cita; es el procedimiento corriente en un barrio privado como éste.

—¿Nadie quiso verlo?

Symm no ocultó su sonrisa.

—¿Tú querrías? Solamente un guardia lo hizo, y creo que si lo cuidan bien no le pasará nada grave. Cuidado ahora —avisó el gigante al detenerse el ascensor.

Haciéndose a un lado, se echó fuera tan pronto como la puerta se abrió lo suficiente como para dejarle pasar. Pero no les esperaba ninguna emboscada. En su lugar se encontraron en un garaje para vehículos de tierra con todas las señales de haber sido vaciado recientemente.

—Conserva bien abiertas tus monumentales orejas —aconsejó Flinx tranquilamente—. A ver si puedes enterarte adonde ha huido Challis. Yo voy a investigar por mi cuenta...

Cuando salieron por la puerta abierta del garaje, nadie se opuso a su partida, aunque unos ojos ocultos les observaron. Pero los poseedores de estos ojos estaban encantados de que la pareja decidiese marcharse.

—¿Estás seguro de que no están todavía aquí? —se preguntó Symm en voz alta—. Alguien podría haber cogido el coche como una diversión.

Flinx replicó con el tipo de tranquila seguridad que Symm no intentaba comprender, pero había aprendido a aceptar.

—No, ya no están en las proximidades.

La pareja se separó después de salir de la última muralla que rodeaba al barrio privado. No hubo formalidades, ni apretones de manos... Entre aquellos dos no eran necesarias esas cosas.

—Si te enteras de algo ponte en contacto conmigo en la tienda de Madre Mastín —dijo Flinx al gigante—. Pase lo que pase, te comunicaré mis planes.

Mientras regresaba recorriendo los círculos concéntricos del mercado, se envolvió fuertemente en su manto. Caían las últimas gotas de la lluvia de la mañana. Un sol siempre esperado mostraba señales de emerger entre las bajas nubes cargadas de agua a lo lejos.

A su alrededor se veía mucha actividad. En este nudo comercial del Común Mercado, los negocios no cesaban ni de día ni de noche.

Flinx conocía de vista a un gran número de habitantes de aquel mundo dentro de otro mundo. Algunos eran ricos y grandes, otros eran pobres y grandes. Unos cuantos no eran humanos y otros eran menos humanos que los demás, aunque todos pretendían pertenecer a la misma raza.

Al pasar junto al tenderete de Kiki, el vendedor de dulces, mantuvo resueltamente su atención hacia otro lado. Era aún muy pronto y su estómago estaba demasiado vacío para comer pasteles. Además, sus vísceras todavía estaban demasiado revueltas de los efectos de la aparentemente inofensiva joyería de Challis. Por tanto, en el puesto del Presidente Nils se compró una pequeña barra de acemita bañada con manteca de nueces.

Nils era un vendedor de comidas cuarentón, con unos modales muy autoritarios. Todo el mundo le llamaba Presidente. Dirigía aquella esquina del mercado con el aire de un dictador sin sospechar nunca que ostentaba este poder porque a sus compañeros de venta y regateo les divertía secundar su suave locura. Pero en los productos de su horno nunca había engaño. Flinx dio un feroz mordisco a la barra triangular, saboreando los ocasionales crujidos de las nueces picadas

embebidas en la parda mantequilla.

Una mirada al cielo mostró que todavía era posible que el sol apareciese, un suceso raro en Drallar, generalmente cubierto por las nubes.

Habiendo terminado su almuerzo, Flinx comenzó a transitar por una sección llena de atractivos escaparates permanentes..., una sección que era considerablemente distinta de la región de puestos y tenderetes improvisados donde había sido criado. Flinx empezó a pensar en la primera vez que le había propuesto a Madre Mastín trasladar el antiguo puesto de aquellas ruidosas callejas de la plaza del mercado. Ella había protestado vociferante.

«No sabría cómo actuar —había argüido—. ¿Cómo voy a saber yo tratar con clientes caprichosos y gente rica?»

«Créeme, Madre —aunque ambos sabían que no era su verdadera madre, ella actuaba como si lo fuese con la mitad de los huérfanos de Drallar—, son iguales a tus antiguos clientes, solamente que ahora los idiotas vendrán con mayores cuentas bancarias.

Además, ¿qué otra cosa podría hacer yo con todo el dinero que Malaika me ha forzado a aceptar?»

Al final se había visto obligado a comprar la tienda y presentarle un hecho consumado. Cuando se lo dijo, ella le gritó durante horas..., hasta que vio el lugar. Aunque continuó murmurando horribles imprecaciones sobre todo lo que él le iba enseñando —el inventario de calidad, los modernos alojamientos arriba, los utensilios automáticos para cocinar—, su resistencia se derrumbó con sorprendente velocidad.

Pero había otras dos cosas que todavía se resistía a hacer. Una era cambiar su atuendo hecho en casa y a mano...; un *collage* de cuentas, campanillas y telas tan esotérico como pueda imaginarse; la otra era emplear el pequeño ascensor que iba de la tienda propiamente dicha a los alojamientos de arriba.

«El día que no pueda subir un solo piso de escaleras —refunfuñó ella—, ése será el día en que puedes embalsamarme, disecarme y ponerme en el escaparate para venderme como una antigüedad.»

Para mostrar su determinación, procedió a subir a gatas la escalera en aquel mismo momento.

Nadie conocía la edad de Madre Mastín y ella no lo decía. Ni quiso consentir en someterse a las extensas cirugías cosméticas que Flinx ahora podía permitirse, o en utilizar cualquier otro procedimiento para reducir la edad artificialmente.

«He pasado demasiado tiempo y muchos esfuerzos preparándome para el papel de una vieja bruja y no voy a dejarlo ahora —le dijo—. Además, cuanto más decrépita y penosa parezca, más educados y simpáticos serán los ca..., los clientes.»

La tienda prosperó, lo que no era demasiada sorpresa. Entre otras cosas, muchos de los mejores artesanos de Drallar provenían de orígenes igualmente humildes y les gustaba venderle a ella sus mejores productos.

Cuando Flinx dio la vuelta a la esquina vio que ella le estaba esperando en la puerta trasera.

—Otra vez fuera toda la noche. No creo que hayas estado en sitios tan saludables como el Palacio Rosado o Sinnyville? ¿Quieres que te corten el cuello antes de que cumplas los dieciocho? —le advirtió, agitando amenazadoramente un dedo.

—Eso no es muy probable, Madre —pasó de largo ante ella, pero, dispuesta a no ser dejada a un lado, la anciana le siguió al interior del pequeño almacén detrás del escaparate.

—Ese monstruo tuyo que vuela no te salvará siempre, ¿sabes? No en una ciudad como ésta, donde todo el mundo te tiende una mano y te da una cuchillada con la otra. Sigue paseándote así toda la noche, chico, y un día te traerán aquí lívido y sin una gota de jugo. Y te aviso —continuó elevando la voz— de que tendrás un funeral barato, porque no estoy trabajando como una muía para pagar una despedida refinada a un tonto.

Un fuerte zumbido interrumpió la retahila.

—Por lo tanto, te lo digo por última vez, chico…

—¿No has oído la puerta, Madre? —sonrió él—. El primer cliente de la mañana.

Ella miró por las lentejuelas de la cortina de la puerta.

—¡Hum! Tienen pinta de turistas. Tendrías que ver la tanzanita del anillo de la mujer —ella vaciló, dividida entre la necesidad de satisfacer simultáneamente el cariño y la avaricia—. Pero qué importa un par de clientes cuando… —volvió a dudar—; sin embargo, son doce quilates, por lo menos, los que hay en esa piedra. Y por sus trajes parecen terrícolas.

Finalmente levantó las manos, confundida y disgustada.

—Este es mi castigo. Eres mi castigo por los pecados de mi juventud. Fuera de mi vista, muchacho. Vete arriba y lávate y utiliza el desinfectante. Hueles a alcantarilla. Sécate bien…, ahora no eres ni demasiado joven ni demasiado viejo para que yo te seque el culo.

Se deslizó al otro lado de la cortina y una metamorfosis radical tuvo lugar.

—Ah, señor, madame —sonó suavemente una voz untuosa, la voz de la abuela favorita de todos—; honráis mi humilde tienda. Hubiese querido venir antes, pero me hallaba atendiendo a mi pobre nieto, que está gravemente enfermo y necesita un tratamiento muy caro. Los médicos temen que, a menos que se le opere pronto, perderá la vista y…

Su escurridiza charla fue cortada al cerrarse la puerta del ascensor detrás de Flinx. Al contrario de Madre Mastín, no sentía ningún escrúpulo en usar comodidades modernas…; ciertamente ahora no, cansado como estaba de las experiencias de la noche anterior. Mientras salía al piso de arriba se preguntaba cuántos disparates más saldrían de la misma garganta arrugada.

Más tarde, mientras cenaban —la cena que él preparó, puesto que Madre Mastín había estado todo el día ocupada con los clientes—, comenzó a explicar lo que había sucedido. Para variar, ella no le alabó ni le recriminó, escuchó simplemente hasta que él hubo terminado.

—Así que piensas seguirle, muchacho —dijo ella por fin.

—Tengo que hacerlo, Madre.

—¿Por qué?

El desvió la vista.

—Prefiero no hablar de ello.

—Está bien —ella rebañó los restos de su salsa con un trozo de pan—. He oído hablar mucho de ese hombre, Challis..., muchos rumores sobre sus gustos en ciertos asuntos y ninguno de ellos era bueno. Sobre sus negocios se sabe menos, aunque la Compañía Challis, según se dice, ha prosperado desde que él se puso al frente.

Gruñó ruidosamente y se limpió la boca con un borde de su falda de múltiples volantes.

—¿Estás seguro de que tienes que hacer eso? Hasta ahora sólo has salido una vez del planeta.

—Creo que puedo arreglármelas, Madre.

—Creo, creo —replicó ella violentamente—. Aunque según todas las probabilidades, debieras haber muerto por lo menos una docena de veces antes de cumplir los quince y supongo que ese demonio sonriente no puede ser el responsable de salvarte en todas las ocasiones.

Dedicó una venenosa mirada a un pequeño árbol artificial. Pip estaba cómodamente enroscado alrededor de una de sus ramas. El minidrag no levantó la vista. La relación entre él y Madre Mastín siempre había sido una inestable tregua.

—Antes de irte, déjame hacer una llamada —terminó ella.

Mientras Flinx terminaba su postre y luchaba para desprender los últimos trozos de espesa gelatina de la parte posterior de sus dientes, escuchó a su madre por el receptor de un pequeño comunicador en el extremo opuesto de la habitación. La máquina le permitía una movilidad que no había tenido durante décadas. Era una de las pocas comodidades de la tienda que sí usaba. También la convertía en el terror de todos los oficiales municipales, responsables en alguna forma de la operación diaria del mercado.

Pronto estuvo de vuelta en la mesa.

—Tu amigo Challis se marchó esta mañana en el carguero *Auriga* con su hija y una comitiva de sirvientes —su expresión cambió—. Según me han dicho, se fue con gran prisa. Tú y ese gran imbécil de Symm debéis haberle asustado bastante, aunque sólo ese gigante es suficiente para hacer que un espejo pierda el azogue del susto.

Flinx no devolvió su mirada interrogativa. En su lugar, jugueteó con una esquina del mantel.

—¿Cuál es el destino del *Auriga?*

—Hivehom —le dijo ella—. La compañía Challis tiene muchas inversiones en la Meseta Mediterránea. Supongo que se dirigirá allí una vez que llegue.

—Será mejor que me prepare —dijo Flinx, y se dirigió a su habitación.

Una mano fuerte y arrugada lo cogió por la muñeca y un rostro como un valle hendido le miró escudriñadoramente.

—No lo hagas, hijo —suplicó con la voz baja.

El negó con la cabeza.

—No tengo elección, Madre. No puedo decirte lo que me llama, pero

hay una llamada. Tengo que ir.

La presión de su muñeca no cedió.

—No sé qué tratos tienes con ese mal hombre, pero no puedo creer que esto es serio.

Flinx no dijo nada y ella al fin lo dejó ir.

—Vete entonces si te empeñas —dijo mirando hacia otra parte—. No sé cómo funciona tu cabeza, chico. Nunca lo he sabido, nunca. Pero sé que cuando se te mete en ella algo así, solamente tú puedes quitarlo de ahí. Vete entonces, con mi bendición. Incluso —concluyó tensa—, si no me dices el motivo de todo esto.

Inclinándose, él besó el moño gris enroscado en la nuca de la anciana.

—Bendiciones para ti también, Madre —dijo, mientras ella intentaba violentamente evitar el gesto.

No tardó demasiado en guardar las pocas posesiones que quería llevarse. Ahora no parecían significar mucho para él. Al salir de la habitación, vio que la anciana estaba todavía sentada a la mesa, una figura repentinamente frágil y diminuta. ¿Cómo podía decirle que tenía que arriesgar la vida que ella había cuidado en una búsqueda inútil de las personas que no habían hecho otra cosa por él que engendrarle...?

Cuando más tarde, en aquel mismo día, llegó al puerto de Drallar, se dio cuenta de que sólo estaba cansado físicamente. Su mente era rápida y estaba alerta. A través de los años había ido descubriendo gradualmente que cada vez necesitaba menos sueño. Algunos días podía pasarse con tan poco como media hora. Cuando no estaba siendo estimulada, lo que ocurría frecuentemente, su mente descansaba.

Ya no tenía que preocuparse por cómo podría viajar, porque en su contador de créditos había todavía fondos suficientes para sostenerle por algún tiempo. Malaika se portó generosamente con él. Sin embargo, no todos los factores determinantes habían sido los financieros. Una mirada a los que estaban esperando para subir a la primera clase del transbordador provocó en él un profundo sentimiento de incomodidad, de forma que se registró en clase estándar.

Además, viajar así sería más ilustrativo de todas formas, para su primer viaje en una nave espacial comercial y su segunda salida de Moth. Mientras seguía la hilera al interior del transbordador, pasando bajo el ojo, suavemente aristocrático, del mayordomo, se asombró al descubrir que su sueño infantil de salir del planeta en uno de los grandes cargueros de mando KK estaba a punto de verse realizado y ya no tenía ninguna emoción para él. Esto le preocupó mientras se abrochaba en su lecho.

Si Madre Mastín hubiese estado allí se lo hubiera explicado. Aquello se llamaba crecer.

Aunque tolerable, el viaje en el transbordador fue mucho más movido que su única experiencia anterior con las pequeñas naves superficie-órbita. Naturalmente, se dijo a sí mismo, el transbordador comercial más moderno no se acercaría siquiera al lujo del que llevaba

el yate de Malaika, el *Gloryhole.* Este estaba únicamente diseñado para llevar tantos pasajeros y mercancía como fuese posible desde el suelo hasta una zona libre de gravedad, y lo más económicamente posible. Allí serían transbordados, pasajeros y mercancías al mismo tiempo, y a veces de la misma manera, al interior de la enorme masa globular de la nave para el espacio profundo.

Realizando el transbordo Flinx se encontró destinado a un pequeño camarote, compactamente diseñado. Apenas si perdió el tiempo en inspeccionarlo y tenía poco equipaje que deshacer. Durante la semana que duraría el viaje, quería pasar la mayor parte del mismo en los diversos salones que tenía la nave, conociendo a sus compañeros de viaje... y aprendiendo.

El paso de la velocidad inferior a la de la luz a la superior por el mando KK apenas fue una sorpresa. Ya lo había experimentado varias veces en la nave de Malaika.

Disfrutaba especialmente en una parte del carguero. Desde una sala de observación delantera podía mirar adelante y ver la inmensa longitud de los cilindros que contenían a los pasillos de conexión de la nave extenderse hacia fuera como una ancha autopista convergente, reuniéndose en la parte trasera de la colosal fuente curvada del proyector del campo KK. Aquello bloqueaba la vista de las estrellas.

Sabía que en algún lugar delante de aquella enorme fuente la unidad de mando estaba proyectando el pozo de gravedad de un pequeño sol, lo que impulsaba constantemente la nave y, a su vez, la unidad del proyector que entonces proyectaba el campo mucho más adelante..., y así sucesivamente. Flinx se preguntó la explicación de aquello y decidió que todos los grandes inventos eran esencialmente sencillos.

El tercer día estaba divirtiéndose en el salón de juegos de la nave cuando un thranx, cuidadosamente pintado con castaño oscuro, amarillo y verde del comercio se sentó en el asiento de enfrente. Medía menos de un metro en el antetórax y era pequeño para un macho. Ambos pares de estuches para las alas todavía relucían sobre su espalda, indicando que el viajero todavía no estaba emparejado. Unos ojos brillantes y afacetados contemplaron a Flinx, a través de múltiples lentes, parecidas a gemas. El maravilloso perfume natural de su especie se esparció sobre la mesa de juegos.

La criatura contempló el reluciente tablero, después su cabeza miró con curiosidad al joven humano que la operaba.

—¿Juegas al *hibush-hunt?* La mayoría de los humanos lo encuentran demasiado complicado. Generalmente, preferís juegos bidimensionales.

El simbiolenguaje del insectoide era preciso, y de manual, la variedad que hablaría cualquier buen thranx de negocios.

—He oído un poco sobre él y lo he visto jugar —dijo Flinx modestamente a su visitante—. En realidad, no sé cómo jugar.

Las mandíbulas chasquearon en un gesto de interés y comprensión, puesto que el inflexible rostro quitinoso del insecto no permitía nada tan moldeable como una sonrisa. Una ligera inclinación

de cabeza fue imitada con más facilidad.

Habiendo aquella pregunta autocontestada hecho las veces de una presentación cortés, el thranx se recostó más firmemente sobre el asiento, con las patas dobladas bajo el abdomen, las falsas manos entrelazadas para soportar el tórax y el antetórax y las manos moviéndose sobre el tablero con delicada precisión, para ajustar así el plan de juego.

—Mi nombre es Bisondenbit —declaró.

—Yo me llamo Flinx.

—¿Sólo un nombre? —el thranx se encogió de hombros, estilo insectoide—. Bien, Flinx, si quieres aprender, tengo un poco de habilidad en este juego. Esto quiere decir que conozco las reglas. No soy un jugador demasiado bueno, así que probablemente seré un buen oponente para ti.

De nuevo las mandíbulas se chasquearon, esta vez acompañadas por un sonido sibilante..., la risa thranx.

Flinx le devolvió la sonrisa.

—Me gustaría mucho aprenderlo.

—Qué bien, qué bien..., este grupo es muy estirado y he estado frotando las antenas hasta que mis nervios comenzaron a saltar.

La cabeza se bajó.

—Tu mayor error —comenzó en tono práctico— es que todavía no aprovechas la capacidad de tus piezas para moverse sobre el terreno y hacia abajo, además de a través de los túneles existentes. Tienes que mantener tus antenas en el tablero e intentar penetrar los movimientos de tu oponente.

El thranx tocó una figurita plateada en el interior del tablero tridimensional transparente.

—Permanece sintonizado ahora. Este es un guerrero Doan y sólo puede moverse lateral y verticalmente, aunque nunca puede aparecer en la superficie. Esta pieza divisible aquí...

Durante el resto de su viaje, Flinx llegó a conocer bastante bien a Bisondenbit. Mantenía sus verdaderos negocios velados en vagos rodeos, pero Flinx dio la impresión de ser un negociante con antigüedades. Quizá hubiese oportunidad de recoger alguna cosa interesante para la tienda de Madre Mastín.

Bisondenbit desplegó de lleno un rasgo que había ayudado a que los humanos amasen a su especie: la capacidad para escuchar atentamente por muy aburrida que fuese la historia que se contara. Aparentó encontrar fascinante el relato de su propia vida hasta el momento del viaje que Flinx le presentó, juiciosamente recortado.

—Mira —le dijo a Flinx mientras cenaban juntos en uno de los comedores de la nave—, tú nunca has estado antes en Hivehom y estás decidido a buscar a este hombre, como-se-llame, ¿Challis? Por lo menos puedo ayudarte a orientarte. Sin duda lo encontrarás en algún lugar de la Meseta Mediterránea. Allí es donde viven la mayor parte de los colonos humanos.

El insecto se estremeció.

—Aunque el motivo de que alguien escoja vivir en una tundra

helada como ésa es algo que escapa a mi comprensión.

Flinx tuvo que sonreír. La horrible temperatura de la Meseta Mediterránea, una zona llana a varios miles de kilómetros por encima de las hirvientes y húmedas tierras pantanosas de Hiverhom, era uno de los cómodos 22 grados centígrados. Los thranx preferían la cercanía de los 40, con la humedad tan cerca del uno por ciento como fuese posible.

La palabra colonización nunca era mencionada en conexión con tales asentamientos... en ninguno de los mundos. Había en Hivehom varias regiones humanas semejantes, de las que la Meseta Mediterránea, con casi tres millones de habitantes, era con mucho la mayor. Los thranx agradecían que alguien explotase las regiones inhóspitas que ellos habían evitado siempre. Además, solamente en la cuenca del Amazonas, en la Tierra, vivían unos cuatro millones de thranx..., lo que igualaba un poco las cosas.

Bisondenbit explicó que la mayoría de las grandes compañías dominadas por los humanos habían establecido sus centrales en el borde meridional de la Meseta, cerca del gran puerto espacial de Chitteranx. Este Challis sin duda se habría establecido allí también.

—La ciudad humana tiene un nombre thranx..., Azerick —continuó Bisondenbit silbando suavemente—. Eso en thranx mayor quiere decir «desierto de hielo», lo que en este caso tiene un doble significado. No lo explicaré excepto para decir que es una buena cosa que vosotros los humanos tengáis un sentido del humor equivalente al nuestro. Después de tomar contacto con la superficie estaré encantado de llevarte allí arriba yo mismo, aunque no estaré demasiado, pues no estoy equipado para viajes árticos. Además, Azerick no es barato.

Vaciló educadamente.

—Pareces bastante joven para ser humano viajando solo. ¿Tienes fondos?

—Puedo apañármelas —admitió Flinx prudentemente.

Probablemente era su desconfianza innata en los demás, aunque tenía que admitir que en los últimos días Bisondenbit había sido no sólo útil, sino decididamente amistoso.

Subieron juntos al transbordador. Flinx se sentó cerca de una escotilla de vidrio donde tendría una buena vista del principal mundo thranx, una de las dos capitales del Mercado Común. El planeta se columpiaba perezosamente bajo él cuando el transbordador se separó del carguero y comenzó el descenso. Dos grandes lunas brillaban blancas sobre el lejano horizonte, una oculta parcialmente por el planeta. En los puntos en donde la cubierta de nubes se abría, Flinx pudo ver rastros de azul de los pequeños océanos de Hivehom y rico verde de sus espesas junglas.

Bruscamente sintió la fuerza de la gravedad empujándole contra su asiento mientras el transbordador caía con la cola hacia abajo entre las nubes...

Capítulo III

Chitteranx resultaba impresionante. Aunque era un puerto pequeño para un mundo tan poblado y desarrollado como Hivehom, hacía que el puerto de Drallar pareciera enano.

—Por supuesto, la mayor parte de la ciudad es subterránea. Todas las ciudades thranx lo son, aunque la superficie está bien utilizada —la reluciente cabeza se movió asombrada—. El porqué vosotros los humanos habéis escogido siempre construir encima en vez de bajo la superficie es algo que nunca comprenderé.

La atención de Flinx estaba dedicada más a lo que se veía a través de los transparentes pasillos de acceso que a las instalaciones estándar de una terminal de transbordo. Prácticamente, una jungla lujuriosa sobrepasaba las paredes de plástico. Fuera estaba lloviendo..., más bien hirviendo. El calor en el interior de la terminal era opresivo, a pesar del hecho de que era un compromiso entre el delicioso clima del exterior —como lo llamaba Bisondenbit— y el aire ártico sobre la cercana Meseta.

Flinx había crecido con la lluvia en Moth, pero la humedad era algo nuevo e incómodo. Los humanos podían tolerar el clima de un invernadero, pero nunca demasiado tiempo sin protección y nunca con comodidad.

Sin embargo, lo único que hacía Bisondenbit era protestar del frío en el interior de la terminal. Cuando Flinx le replicó, le dijo:

—Este es el principal puerto de entrada en Hivehom para los humanos. Si hubiésemos tomado superficie más cerca del ecuador, en *Daret* o en *Ab-Neub,* estarías derritiéndote, Flinx.

Miró a su alrededor mientras salían de la terminal propiamente dicha, emergiendo en un laberinto de edificios comerciales cubiertos por un único techo.

—Antes de que te acompañe a la meseta, para lo cual tengo que meterme dentro de un traje térmico, déjame disfrutar un rato de un clima racional. ¿Te apetecería una bebida?

—Realmente me gustaría comenzar la busca de Challis tan pronto...

—Las naves hacia la meseta salen cada diez cronits —insistió

Bisondenbit—. Ven. Además, todavía no me lo has dicho, ¿qué tienes en esa caja? Señaló con una mano la larga caja cuadrada que Flinx llevaba en su mano izquierda.

—Debe ser algo exótico y valioso, a juzgar por el cuidado con que lo llevas.

—Supongo que es exótico —admitió él—, pero no particularmente valioso.

Nada más entrar en el conjunto de edificios de clima controlado encontraron un pequeño restaurante. Aunque estaba abarrotado de thranx. Solamente había unos cuantos humanos. A Flinx le encantaron los asientos de descanso de los thranx, la iluminación difusa, que hacía que incluso el mediodía pareciese oscurecido, y las jarras de beber comunales, complicadamente grabadas, colgadas del techo sobre cada reservado.

Bisondenbit seleccionó una mesa aislada al fondo de la habitación e hizo algunas recomendaciones útiles, aunque innecesarias. Flinx no tuvo ningún problema para descifrar el menú que estaba impreso en cuatro idiomas: thranx mayor, thranx menor, simbiolenguaje y terranglo.

Bisondenbit pidió después que Flinx hubo optado por uno de los varios millares de licores que los thranx sobresalían en fabricar.

—¿Cuándo quieres volver a la terminal para recoger el resto de tu equipaje? —preguntó el insecto despreocupadamente, después de que llegaron las bebidas. Observó aprobadoramente que Flinx desdeñaba el vaso y escogía uno de los jarros hilados y atehídos, utilizados por los mismos thranx.

—Es éste —le dijo Flinx, indicando su pequeño bolso y la caja larga y perforada.

Bisondenbit no intentó ocultar su sorpresa.

—¿Eso es todo lo que has traído aquí sin saber cuánto tiempo tardarás en encontrar a ese humano, Challis?

—Siempre he viajado así —fue la explicación de su compañero.

La bebida era típicamente dulce, con un vago sabor a pasas. Bajaba tibia y suavemente. Decidió que el viaje comenzaba a pesarle. Estaba más cansado de lo que debiera a una hora tan temprana de la mañana.

Resultaba obvio que no era en absoluto el viajero interestelar urbano que se había imaginado ser.

—Además, no creo que sea difícil encontrar a Challis. Ciertamente estará en las oficinas locales de su compañía.

Flinx dejó que otro trago del espeso fluido semejante a la miel se deslizase por su garganta; después frunció el ceño. A pesar de su edad se consideraba un buen juez de intoxicantes, pero este nuevo brebaje era en apariencia más poderoso de lo que indicaba su descripción en el menú. Advirtió que su vista se emborronaba ligeramente.

Bisondenbit le contempló solícitamente:

—¿Te encuentras bien? Si es la primera vez que tomas sookcha puede resultar un poquito fuerte. ¿Sientes como una contusión?

—Golpe —corrigió Flinx torpemente.

—Eso es, como un golpe. No te preocupes..., la sensación pasará rápidamente.

Pero Flinx sentía que se iba mareando más y más.

—Creo..., si pudiese salir afuera. Un poco de aire fresco—

Comenzó a levantarse, pero descubrió que sus piernas respondían con indiferencia mientras sus pies se movían como si estuviese andando por una cinta resbaladiza. Era imposible conseguir un poco de tracción.

Abandonando el esfuerzo, vio que su sistema muscular entraba en un estado de anarquía.

—Es gracioso —murmuró—. No puedo moverme.

—No tienes que preocuparte —le aseguró Bisondenbit, inclinándose sobre la mesa y contemplándole con una intensidad que era nueva para Flinx—. Yo me encargaré de que te cuiden apropiadamente. Mientras todas las imágenes visuales se desvanecían, Flinx temió que este nuevo y extraño amigo haría precisamente eso...

Flinx se despertó a la armonía de la destrucción, acompañada de maldiciones pronunciadas en varios lenguajes. Parpadeando —sus párpados parecían estar bordeados de platino—, luchó si éxito para mover sus brazos y piernas. Habiendo fallado esto, luchó para conservar sus ojos parcialmente abiertos. Una vaga luz de origen desconocido iluminaba la pequeña habitación donde yacía. Unos muebles espartanos de madera toscamente cortada se apoyaban en lisas paredes de color de plata. Cuando sus percepciones se aclararon descubrió que unas bandas metálicas en sus muñecas y sus tobillos le aseguraban a una tosca plataforma de madera que no era ni una cama ni una mesa.

Yació inmóvil. Por una parte, su estómago estaba haciendo gimnasia y sería mejor mantener los alrededores quietos hasta que cesasen las representaciones internas. Por otra parte, las sensaciones y sonidos que le rodeaban indicaban que no sería sabio llamar la atención sobre su nueva consciencia.

Los sonidos de destrucción estaban siendo producidos por la disección mecánica de sus efectos personales. Mirando lentamente hacia la derecha, vio los destrozados restos de su bolsa y sus trajes. Estaban siendo inspeccionados por tres humanos y un thranx. Reconociendo a este último como su anterior tutor en el juego y aspirante a amigo, Bisondenbith, maldijo su propia ingenuidad.

Allá en Drallar nunca hubiese sido tan locuaz con un extraño. Pero había estado tres días aislado y sin amigos a bordo de la nave cuando se le acercó el thranx con su oferta de instrucciones para el juego. La gratitud le había hecho desviarse de su precaución instintiva.

—Ni armas, ni veneno, ni pistola láser, ni jeringa..., ni siquiera una nota amenazadora —se quejó uno de los hombres en fluido simbiolenguaje.

—Y lo que es peor —añadió uno de sus compañeros—, nada de dinero. Sólo un asqueroso contador.

Sostuvo en alto el compacto computador que registraba y transfería crédito en una forma imposible de falsificar y lo tiró con disgusto a una mesa cercana. Aterrizó entre el resto de las escasas posesiones de Flinx. Este advirtió que no queda ni un objeto que no hubiese sido roto.

—Eso no es culpa mía —se quejó Bisondenbit, contemplando con ojos de alterados prismas a los tres altos humanos—. Yo no prometí entregar ningún beneficio adicional. Si creéis que no me he ganado mi paga me dirigiré directamente a Challis.

Uno de los hombres pareció resignarse. Tomando dos puñados de pequeños rectángulos de metal de uno de sus bolsillos, los tendió a Bisondenbit. El thranx los contó cuidadosamente.

El humano que le había pagado miró las atadura y Flinx tuvo el tiempo justo para cerrar los ojos.

—Es un montón de dinero. No sé por qué Challis tiene tanto miedo. Es sólo un niño. Pero cree que vale la suma que habías pedido. Sin embargo, yo no lo entiendo.

El hombre señaló al más fuerte de los tres.

—Charlie podría partirle por la mitad con una sola mano — volviéndose, golpeó la gran caja cerrada—. ¿Qué hay aquí dentro?

—No lo sé —admitió el thranx—. La ha tenido en su camarote todo el tiempo.

El tercer hombre habló. Su tono era vagamente despreciativo.

—Podéis dejar de preocuparos de ello. He examinado ese recipiente con el instrumental adecuado, mientras vosotros os habéis estado ocupando de un inofensivo guardarropa —dio un empujón a la bolsa—. No hay indicios de que contenga algo mecánico o explosivo. Las lecturas indican que contiene formas orgánicas y analogías orgánicas.... probablemente el resto de su ropa.

Suspiró.

—Lo comprobaremos. Nos pagan para ser concienzudos.

Tomando un par de gruesas tenazas metálicas de una ordenada caja de herramientas, manipuló el macizo candado de combinación. Una vez hecho esto, la tapa de la caja se abrió fácilmente. Miró en su interior y gruñó:

—Trajes, lo había adivinado. Parece otro par de trajes y...

Comenzó a retirar el primero..., después gritó y, tambaleándose hacia atrás, se rasgó el lado izquierdo del rostro, que estaba repentinamente burbujeando como barro caliente. Una estrecha forma, parecida a un cinturón, salió del abierto estuche.

Bisondenbit murmuró algo en thranx mayor y desapareció por la única puerta. El hombre llamado Charlie cayó hacia atrás sobre ¡a indefensa forma de Flinx, disparando ciegamente al techo mientras se escarbaba en terrible silencio sus propios ojos. El jefe del pequeño grupo de humanos estaba cerca del abdomen de Bisondenbit cuando algo le alcanzó en la parte posterior del cuello. Aullando, retrocedió al interior de la habitación y comenzó a rodar por el suelo.

Había pasado menos de un minuto.

Algo largo y suave se deslizó sobre el pecho de Flinx.

— Ya basta, Pip —le dijo a su mascota.

Pero el minidrag estaba más allá de toda persuasión. Habiendo terminado su inspección, se lanzó de nuevo al aire y comenzó a atacar al hombre que estaba en el suelo. Las ropas y piel del suplicante se llenaron de agujeros crecientes donde eran alcanzadas por el veneno. Pronto el hombre dejó de rodar.

El primer hombre que había sido herido ya estaba muerto, mientras el segundo yacía gimiendo recostado contra la pared detrás de Flinx. De su mejilla y cuello colgaban desprendidos fragmentos de piel y se veía un brillo blanco en el punto donde el veneno, extremadamente corrosivo de Pip, había dejado el hueso al descubierto.

Mientras tanto, el minidrag se posó suavemente sobre el estómago de Flinx, deslizándose hacia arriba, acariciantemente. La larga lengua saltó una vez y otra, tocando los labios y la barbilla.

—La mano derecha, Pip —instruyó Flinx—; mi mano derecha.

En la oscuridad, el reptil le miró interrogadoramente.

Flinx chasqueó los dedos de una forma especial y entonces el minidrag medio reptó medio voló hasta la mano en cuestión y descansó su cabeza en la abierta palma. Unas cuantas rascaduras y después la mano se cerró, suave, pero firmemente. La serpiente no ofreció resistencia.

Ajustando su mascota con cierta dificultad, Flinx alineó la boca de Pip con el lugar en donde la banda de metal estaba atornillada a la mesa. Sus dedos se movieron, masajeando varios músculos detrás de la mandíbula. Unas cuantas gotitas de veneno cayeron del delgado conducto que corría por el paladar inferior del minidrag.

Hubo un sonido chisporroteante.

Flinx esperó hasta que el sonido cesó; después tiró con fuerza. Un segundo tirón y el metal podrido cedió. Cambiando de mano a Pip, ahora con mayor control, repitió el proceso con el resto de sus ataduras, y la serpiente hizo su voluntad durante todo el proceso.

Mientras liberaba su tobillo izquierdo, Flinx advirtió un movimiento a la derecha. También Pip, que se lanzó nuevamente al aire.

El único superviviente se estremeció al acercarse más la forma de dragón.

—¡Fuera, vete, no dejes que se me acerque! —gimió presa de un terror total.

—*¡Pip!* —ordenó Flinx.

Una silenciosa pausa. El minidrag continuó revoloteando nerviosamente ante el hombre acurrucado, las alas latiendo como el ronroneo de un ruiseñor, ojos fríos y despiadados mirando fijamente los del ensangrentado humano cuya clavícula se veía, pálida, entre el traje disuelto.

Finalmente, Flinx se liberó de la última ligadura. Poniéndose en pie lentamente, se dirigió con cuidado a la otra mesa. Los trajes que había llevado puestos eran insalvables. Comenzó a ponerse otro, aquel entre cuyos pliegues se había enroscado Pip tan cómodamente.

—Lo siento por tus amigos, aunque no demasiado —musitó abrochándose el traje, Flinx se volvió hacia la aterrorizada criatura en el

suelo.

—Cuéntame toda la historia y no te dejes ningún detalle. Cuantas más preguntas tenga que hacerte, más impaciente se pondrá Pip.

Un torrente de información salió de los labios del hombre.

—Tu amigo, el thranx. es un criminal de poca monta.

—Eso está anticuado —murmuró Flinx—. Muy bien. Sigue.

—Le pareció raro que un muchacho como tú, que viajaba solo, estuviese tan interesado en encontrar a Conda Challis. Siguiendo un presentimiento, llamó a las oficinas de Challis aquí y les habló de ti. Alguien en las alturas se molestó muchísimo y le dijo que te entregase a nosotros, para ser registrado.

—Eso tiene sentido —accedió Flinx—. ¿Qué se suponía me ocurriría después de ser... registrado?

El hombre acurrucado en la esquina más alejada del revoloteante minidrag musitó:

—Emplea la cabeza... ¿Qué crees tú?

—Challis presume de ser un tipo concienzudo —observó Flinx—. Yo podría haber sido un viajero inocente. No le hubiese importado.

Metiendo sus pocas pertenencias intactas en la bolsa de mano, Flinx se dirigió hacia la puerta por la que había salido Bisondenbit hacía sólo un momento.

—¿Qué pasa conmigo? —murmuró el hombre—. ¿Vas a matarme?

Flinx se volvió sorprendido, estrechando los ojos mientras contemplaba aquella ruina humana que sólo unos minutos antes tan confiadamente había revuelto su equipaje.

—No. ¿Para qué? Dime dónde puedo encontrar a Conda Challis. Después te aconsejaría que fueses a un hospital.

— Se encuentra en el piso más alto del pilón ejecutivo, en el extremo opuesto del complejo.

— ¿Qué complejo? —preguntó Flinx, confuso.

—Está bien... Todavía no sabes dónde estás, ¿verdad?

Flinx negó con la cabeza.

—Este es el cuarto subnivel de la planta de la Challis Hivehom de Equipamientos Mineros. La familia de Challis es muy importante en maquinaria para minas.

»Sal al corredor, gira a la izquierda, y síguelo hasta que llegues a una fila de ascensores. Todos van a la superficie. Desde allí cualquiera puede dirigirte al pilón ejecutivo...; el recinto de la planta tiene forma hexagonal y el pilón está en la esquina nordeste.

—Gracias —dijo Flinx—. Me has ayudado mucho.

—No te he ayudado, bastardo venenoso —murmuró penosamente aquel mutilado sin empleo tan pronto como Flinx hubo partido—. Solamente he sido práctico.

Comenzó a reptar lentamente hacia la puerta abierta.

En el pasillo, y una vez asegurado de que no le esperaba nadie, Flinx chasqueó de nuevo los dedos.

—Pip..., ahora descansa.

El minidrag silbó agradablemente y revoloteó hasta meterse en la caja abierta, encerrándose tranquilamente dentro de los doblados restos

de los desgarrados trajes. Flinx cerró la caja. Tendría que reemplazar el candado roto a la primera oportunidad, o arriesgarse a que algún inocente espectador sufriese el mismo destino que sus tres raptores.

Nadie le salió al paso mientras continuaba su camino hacia los ascensores. Los números al lado de las puertas estaban marcados 4-B, 3-B, y así hasta cero, donde la cuenta empezaba de nuevo en la manera normal. Cuatro niveles bajo el suelo y cuatro por encima, observó Flinx. El cero debería dejarle en la superficie, y éste fue el botón que apretó cuando al fin llegó un vehículo.

El ascensor lo depositó en una sala de espera de cuatro pisos eficientemente diseñada en vidrio. Un constante torrente de humanos y thranx utilizaban los ascensores a su alrededor.

—Perdone —pronunció un trío de thranx mientras decididamente se metían en el ascensor que acababa de dejar.

Aunque todos los ojos parecían fijos en él, en realidad nadie le estaba prestando la menor atención. No había razón para que lo hicieran, pensó, relajándose. Sólo un hombre y unos cuantos camaradas le estarían buscando.

Un largo mostrador, con el rótulo *Información,* estaba dispuesto justo en el interior de la fachada transparente de la cámara cubierta con una bóveda. Detrás se sentaba solamente un thranx. Flinx se dirigió hacia allí a grandes zancadas, tratando de dar la impresión de que sabía exactamente lo que quería.

—Perdone —comenzó en rápido thranx mayor—, ¿puede decirme cómo llegar desde aquí al pilón ejecutivo?

El anciano insecto, con un aspecto bastante oficioso, se volvió para mirarle. Flinx observó que estaba pintado de negro y amarillo y completamente desprovisto de las incrustaciones de esmalte de quitina a las que tan aficionados eran los thranx. Un típico tipo de negocios.

—Cuadrante nordeste —dijo el thranx bruscamente, implicando que quien preguntaba debería saberlo mejor.

—Sal de allí por la puerta principal —continuó señalando con la mano mientras con una falsa mano soportaba su antetórax sobre el borde de la mesa—, y gira a la izquierda por la puerta H. El pilón tiene doce pisos y puerto en la cúspide.

—Las bendiciones de la Colmena caigan sobre ti —dijo Flinx tranquilamente.

El anciano le miró fijamente.

—Dígame, ¿qué quiere…?

Pero Flinx ya había sido tragado por la atareada multitud. El oficial le buscó durante un minuto más, después se rindió y regresó a su trabajo.

Flinx hizo rápidos progresos por los terrenos de la factoría. La única vez que se perdió, un amistoso trabajador le indicó la dirección. Cuando divisó finalmente la inconfundible forma del pilón ejecutivo, se detuvo repentinamente consciente de que de allí en adelante no sabía qué hacer.

La reacción de Challis ante su inesperada aparición iba a ser menos que cariñosa. Y esta vez, él, o sus sicarios, estarían preparados

para entendérselas con Pip. A pesar de todas sus mortales habilidades, el minidrag no era invulnerable, ni mucho menos.

De alguna forma, tendría que introducirse en la torre y averiguar dónde estaba Challis. Incluso desde donde se encontraba podía sentir las poderosas emanaciones de una presencia más pequeña y más oscura. Pero no tenía ninguna garantía de encontrar juntos a Mahnahmi y a Challis. ¿La muchacha también sentiría su presencia? Era una idea como para tomar precauciones.

Decidido a moverse rápida y resueltamente, se dirigió atrevidamente hacia la entrada principal de la torre. Pero aquello no era un anexo de la fábrica. Un thranx de aspecto eficiente con tres machos cabríos grabados sobre su antetórax estaba allí para impedirle el paso..., por supuesto cortésmente.

—Que tus asuntos prosperen —murmuró el insecto—. Por favor, declare éstos y su nombre.

Flinx estaba a punto de contestar algo cuando una puerta lateral se abrió violentamente. Un batallón de thranx fuertemente armados salió disparado, el líder señalando y gritando: —¡Ese es... cogedlo!

Reaccionando velozmente, el oficial que estaba hablando con Flinx le puso una mano sobre un brazo. Flinx levantó su pierna y dio una patada a regañadientes. La especie de armadura de quitina era prácticamente invulnerable, excepto en las articulaciones, donde había golpeado el pie de Flinx. La articulación se rompió en forma audible y el oficial emitió un gemido de agonía mientras Flinx se lanzaba hacia la hilera de ascensores directamente delante.

Saltando al interior, oprimió el botón superior, advirtiendo que era para el piso once. Para llegar al doce era necesario una clave.

Varios rayos perforaron la puerta del ascensor mientras éste iniciaba su ascenso. Afortunadamente no alcanzaron ningún punto vital de la maquinaria y su velocidad no descendió, aunque los tres agujeros de bordes derretidos que llevaba la puerta proveían abundante material de reflexión.

Golpes y un airado revuelo dentro del bolso de mano atrajeron su atención. Pip, furioso, salió como un cohete en cuanto soltó el pasador. Después de una rápida inspección del interior del ascensor, el minidrag se colocó nerviosamente alrededor del hombro derecho de Flinx. Se enroscó allí apretadamente, sus músculos tensos por la excitación.

No tenía sentido mantener oculto al minidrag durante más tiempo, ya que estaba claro que sabían qué era. Pero ¿quién le había traicionado?

¡Tenía que ser Mahnahmi! Le pareció sentir una risa burlona e infantil. Su capacidad para el mal seguía teniendo cantidad sin límites. Era posible que sus talentos mentales sobrepasasen a los suyos propios, tanto en fuerza como en falta de disciplina. Por supuesto, nadie lo creería si tuviese alguna oportunidad de decirlo. Mahnahmi había perfeccionado su papel de niña inocente de ojos de plato.

Sin embargo, la cuestión era si su malicia estaba basada en el cálculo o era simplemente un deseo de destrucción indisciplinada. Percibió que ella podía pasar del odio al amor en un momento, ambos

igualmente intensos. Si ella pudiese comprender que él no le deseaba ningún mal...; entonces se le ocurrió que probablemente lo hacía.

Era una fuente de diversión en potencia para ella, nada más.

Una sencilla manipulación fue suficiente para estropear el mecanismo de la puerta. Cuando el vehículo pasó junto al piso diez, saltó y se volvió para ver cómo continuaba su ascenso. Comenzó a buscar frenéticamente por la habitación que parecía ser una mezcla de oficinas y alojamientos, probablemente pertenecientes a alguno de los principales ayudantes de Challis; o quizá al director de la fábrica.

Si no había alguna escalera estaba atrapado allí. No creía que los guardaespaldas de Challis fuesen tan estúpidos como para permitirle descender y escapar.

Por lo menos aquella parte estaba vacía. Mientras consideraba su situación, una violenta explosión resonó arriba. Al mirar vio fragmentos de plástico y metal que caían humeando por el hueco del ascensor. Repentinamente comprendió que sólo había una forma de combatir contra la maldad de Mahnahmi. Conscientemente, luchó para dejar su mente en blanco, para suprimir toda consideración de acción subsiguiente, cualquier rastro de preconcepción. La oscura nube que había revoloteado cerca se desvaneció lentamente. Ya no podía detectar la presencia de Mahnahmi... y ella estaría igualmente ciega a su emplazamiento. Había alguna probabilidad de que ella, como todos los demás, creyese que había muerto en la emboscada del ascensor.

Una rápida inspección reveló que aquellas habitaciones solamente tenían un acceso..., un solo ascensor, ahora inutilizado. Ningún otro ascensor se abría en este nivel. Aquello dejaba únicamente un medio para llegar al piso superior: el aeropuerto del tejado. Gradualmente, su mirada llegó a fijarse en la ventana curva que dominaba la planta y ofrecía una vista de la Meseta.

Flinx se acercó a la ventana y vio que se abría con facilidad. La pared del pilón estaba marcada con arrugas decorativas y empedrado thranx. Mirando hacia arriba consideró una posibilidad adicional. Por lo menos ya no le estarían esperando. Su mente registró brevemente al magnífico panorama de la Meseta Mediterránea, salpicada de fábricas y asentamientos humanos. Las tierras bajas cubiertas por la niebla se extendían hasta el horizonte en la distancia.

Apoyarse con los pies sobre el arrugado exterior metálico del edificio no era tan seguro como le hubiese gustado, pero se las arreglaría. Por lo menos sólo tenía que escalar un piso. Recorriendo el apartamento-oficina, localizó el baño, abrió la ventana y comenzó la ascensión.

A menos que el plano del piso superior fuese radicalmente distinto, encontraría otro baño, quizá mayor, pero esperaba que desocupado, sobre el que acababa de dejar. Aquél sería el mejor sitio para realizar una entrada sin ser visto.

Moviendo metódicamente las manos y los pies, hizo lentos pero constantes progresos hacia arriba, sin volver la mirada atrás. En Drallar había subido alturas mayores sobre superficies húmedas y menos seguras..., y a una edad más temprana aún. Sin embargo, aquí

se movía prudentemente.

La ausencia de viento era una bendición. En poco tiempo encontró un reborde. Sobre él había una ventana. Estirándose se alzó hasta encontrarse mirando a través del panel transparente y observó con satisfacción que la ventana estaba abierta algunos centímetros. Después advirtió las dos figuras de pie al fondo de la habitación. Una era gorda y estaba sudando, condición no debida a un reciente ejercicio físico. La otra era pequeña, rubia y de ojos grandes. De repente, ellos le vieron.

—No dejes que me coja, papaíto —dijo ella, fingiendo miedo.

Abriendo su mente, Flinx sintió la excitación que recorría la suya y se sintió enfermo.

—No sé por qué persistes en atormentarme —dijo Challis confundido, apuntando con su rayo contra el hombro de Flinx—. Yo no te hice mucho daño. Te has convertido en una especie de plaga. Adiós. Su dedo comenzó a tensarse sobre el gatillo. Instantáneamente, Pip saltó del hombro de Flinx. Challis vio moverse a la serpiente, cambió la dirección del arma y disparó. Al recordar lo que podía hacer el minidrag, hizo temblar al mercader y el tiro erró el blanco. Dio en la moldura de madera sobre la ventana, muy lejos de Flinx y Pip. De cualquier cosa que estuviese hecha la moldura, ardió con .gran furia. En unos segundos el espacio entre Challis y la ventana se llenó de humo y llamas.

Aunque el humo expulsó al mercader de la habitación y le impidió hacer puntería, también dejó a Flinx colgando por fuera de la ventana. Comenzó a bajar a gran velocidad lo más rápidamente que se atrevió, con Pip volando furioso sobre su cabeza buscando algo que matar. Flinx dudaba poder llegar al suelo a salvo antes de que Challis advirtiera a los guardias de abajo. Lentamente descendió un piso, un segundo, un tercero. En el cuarto piso hacia abajo, advirtió que el panel reflector estaba roto y había sido reparado con película transparente.

Dos fuertes patadas agrandaron la abertura y saltó por ella..., para encontrarse haciendo frente a una mujer sola asustada.

Ella chilló.

—Por favor —suplicó, haciendo ruidos tranquilamente y avanzando hacia ella—. No haga eso. No quiero hacerle ningún daño.

Ella volvió a gritar.

Flinx hizo violentos gestos de silencio con las manos.

—Estese tranquila... o me encontrarán.

Ella continuaba gritando.

Flinx se detuvo y furiosamente pensó qué hacer. En cualquier momento alguien tendría que oír el ruido.

Pip resolvió el problema de inmediato. Adelantó la cabeza y contempló a la mujer especulativamente. Ella vio la larga, sinuosa forma del reptil, acercarse a ella con amplias alas membranosas, la boca abierta y rápidos movimientos.

Se desmayó.

Aquello hizo cesar los ruidos, pero Flinx continuaba atrapado en un edificio ahora en alerta, con casi ninguna probabilidad de

escabullirse sin ser visto. Su mirada viajó frenéticamente por la habitación, buscando alguna caja grande para ocultarse, un arma... o cualquier cosa de utilidad. Pronto su atención volvió a la mujer. Había caído en una mala postura y se movió para colocarla en una posición de descanso más natural. Mientras la levantaba, Flinx advirtió un baño cerca. Su mirada volvió a la muchacha...

Un minuto más tarde, varios guardias fuertemente armados irrumpieron en la habitación, que no estaba cerrada con llave. Parecía desierta. Se desplegaron, haciendo una rápida inspección de todos los posibles escondites. Uno de los guardias entró en el baño, advirtió piernas femeninas detrás de la mampara y se retiró apresuradamente, entre disculpas. Salió con sus camaradas para inspeccionar la oficina de al lado.

Tres oficinas más adelante se le ocurrió que la mujer no había contestado a sus disculpas... ni con un gracias, ni con una helada observación, ni con una maldición. Nada. Esto le pareció extraño y mencionó el hecho a su superior.

Juntos, volvieron corriendo a la oficina en cuestión y entraron en el baño. Las piernas continuaban en la misma posición. Con precaución, el oficial llamó en la mampara con los nudillos, aclarándose la garganta ruidosamente. Al no obtener respuesta, ordenó a los otros dos hombres que retrocediesen y cubriesen la salida de la mampara que él procedió a abrir desde el exterior.

La mujer estaba justamente abriendo los ojos. Se encontró sentada, completamente desnuda, en la taza, mirando las bocas de dos armas energéticas firmemente empuñadas por un par de hombres uniformados de aspecto resuelto.

Se volvió a desmayar.

Cuando la fuertemente conmocionada mujer hubo sido reavivada una vez más, Flinx ya estaba muy lejos de la torre. Nadie se había fijado en la pequeña mujer de cabello corto que salía del edificio. Flinx había hecho un uso excelente de los cosméticos encontrados en el tocador de la mujer... En Drallar era útil el conocimiento de habilidades que otros podrían encontrar absurdas o deshonrosas. Solamente un empleado pudo advertir algo anormal. Pero no iba a mencionar a sus compañeros que el doble cinturón de cuero rodeando la cintura de la mujer se había movido con independencia de sus andares.

Por fin, lejos de la torre y de la planta de Challis, Flinx se desprendió de la ropa de la mujer y dejó que Pip se deslizase libremente de su barriga. Considerando que los medios normales de transporte eran ahora demasiado peligrosos, se dirigió al borde de la escarpadura.

La caída de dos mil kilómetros era aterradora, pero no podía arriesgarse a esperar en la Meseta a que alguno de los servidores armados de Challis le desafiase en la calle. Ni quería arriesgarse a que las autoridades le hiciesen preguntas enojosas. Así que respiró profundamente, eligió el acantilado que le pareció menos enhiesto y comenzó a descender.

El basalto era casi vertical, pero desgajado y erosionado, por lo que encontró numerosos agarraderos. Aun así, dudaba de que Challis se

imaginase que alguien pudiese descender la escarpadura con pies y manos.

Flinx se encontró en algunos apuros, pero las matas de vides y otras plantas trepadoras le permitieron pasarlos con éxito. Sus brazos comenzaron a dolerle y una vez, cuando un pie perdió momentáneamente la sensibilidad, quedó colgando precariamente por los dedos y las uñas de un pie de unas diminutas grietas en la roca.

Al llegar a la marca de los mil kilómetros, el acantilado comenzó a hacerse ligeramente oblicuo, haciendo que fuese mucho más fácil el descenso... Apresuró el paso. Finalmente, herido, arañado y completamente exhausto, Flinx llegó al fondo de la jungla. Deteniéndose un momento para orientarse, se encaminó inmediatamente en lo que esperaba fuese la dirección del puerto. Había escogido su lugar de descenso con cuidado, para no tener que caminar mucho a través de la densa vegetación.

Pero ni siquiera se dio cuenta de que estaba atravesando una región tan densamente poblada como cualquiera de las mayores ciudades de la Tierra. Una entera metrópoli thranx yacía bajo él, excavada según la forma tradicional, en la tierra y la roca bajo la rezumante superficie. Flinx caminaba sobre una verde nube que cubría la ciudad.

Totalmente agotado y seco y comenzando a desear que Challis le *hubiese* alcanzado, se lanzó a través de un agotador laberinto de arbustos, mas... después se tambaleó sobre la superficie de una carretera perfectamente pavimentada. En dos días más había vuelto a Chitteranx. La gente que encontraba le evitaba con prudencia. Era completamente consciente del aspecto que debía presentar después de reptar por la muralla del acantilado y su caminata a través de la jungla.

Unos cuantos thranx se apiadaron lo suficiente del pobre humano como para proveerle con agua y comida suficientes para continuar.

La vista de los alrededores del puerto le animó inmensamente. Pip se lanzó al aire ante el grito de alegría de su amo, antes de posarse de nuevo sobre su hombro. Flinx miró al minidrag, que parecía relajado y cómodo en el calor tropical tan parecido al de su mundo nativo de Alaspin.

—Puedes permitirte el estar contento, cara de pala —dijo Flinx envidiosamente a su compañero.

Cuando centímetro a centímetro había conseguido su objetivo de descender el acantilado, Pip había volado y revoloteado cerca urgiéndole siempre a ir más y más rápido, cuando un solo paso en falso hubiese significado una muerte segura.

El empleado del mostrador del banco en la terminal del puerto era un humano, pero eso no le impidió mantener su compostura ante la vista de un joven sucio y desastrado que se acercaba. Hombre sabio, había aprendido muy pronto en la vida un principio básico: una apariencia extraña puede indicar riqueza o excentricidad, sin que necesariamente se excluyesen la una a la otra.

Por tanto, trató al vagabundo como lo hubiera hecho con cualquier otro bien vestido y claramente adinerado.

—¿En qué puedo serviros, señor? —preguntó adecuadamente, volviendo su cabeza a un lado inconspicuamente.

Flinx explicó sus necesidades. La información que facilitó fue pasada a un computador. Poco rato después la máquina insistió en que la persona que se encontraba ante el mostrador —llamado Flinx, nombre registrado Philip Lynx, dibujo en la retina tal y tal, variantes del pulso éstas y configuración del corazón aquélla— era sin lugar a dudas un depositante registrado en el Banco Real de Moth en la ciudad de Drallar y que su saldo utilizable actual era en la fecha de...

El empleado se enderezó ligeramente, y luchó para hacer frente a Flinx.

—Vamos, señor, ¿cómo ha podido suceder que hayáis perdido vuestro contador registrado?

—Tuve un accidente —explicó Flinx crípticamente—, y se cayó de mi bolsillo.

—Sí —el empleado continuaba sonriendo—. No tiene que preocuparse. Como sabéis, sólo vos podéis utilizar un contador personal. Anotaremos la desaparición de nuestro viejo contador y dentro de una hora tendréis uno nuevo esperándoos en este mostrador.

—No hay prisa. Sin embargo —indicó su traje con un elocuente movimiento de manos—, me gustaría comprar algunos trajes nuevos y asearme un poco.

—Naturalmente —accedió el empleado, buscando profesionalmente en un cajón—. Si firmáis esta cinta y me permitís registrar en ella vuestra huella ocular, podemos adelantaros todo lo que queráis.

Flinx pidió una suma ridículamente modesta, escuchó las instrucciones del empleado para comprar ropa y alquilar un baflo y se despidió con un agradecido apretón de manos.

El traje que pronto escogió era un poco más sofisticado que los dos que Hiverhom ya se había apropiado, pero le pareció que se debía a sí mismo un pequeño lujo después de lo que había pasado.

El baño ocupó la mayor parte del resto de una hora y cuando regresó al mostrador del banco parecía de nuevo un ser humano en lugar de un demonio de las junglas de Hivehom. Según le había sido prometido, su nuevo contador estaba dispuesto.

—¿Puedo hacer algo más por vos, señor? —Gracias, ya ha hecho más que suficiente; yo... —se detuvo mirando a la izquierda—. Perdone, pero me parece que veo a un antiguo conocido.

Dejó al empleado con la boca abierta y una propina del diez por ciento del total que había retirado.

El piso central de la terminal tenía altas cúpulas, y el ensordecedor ruido de los viajeros que entraban y salían llenaba el ambiente. El pequeño thranx, en cuyo seguimiento se adelantó sobre Flinx, estaba ocupado en otro tipo de actividades.

—Creo que sería mejor que devolvieses a esa dama su bolsa abdominal —susurró al insectoide de dedos ligeros.

Al hablar, una matrona thranx, lujosamente incrustada y cubierta de joyas y con su escamoso exoesqueleto elegantemente veteado en plata, se volvió para mirarle con curiosidad.

Al mismo tiempo, el thranx que Flinx había sorprendido se sobresaltó visiblemente y se volvió para enfrentarse a su acusador.

—Señor, si pensáis que yo...

La voz se convirtió en un gorgoteo aterrado. Flinx sonrió encantadoramente, mientras Pip se agitaba sobre su hombro.

—Hola, Bisondenbit.

La idea de unos ojos compuestos saliéndose de las órbitas era irracional desde un punto de vista fisiológico, pero ésa fue la impresión que percibió Flinx. Las antenas de Bisondenbit temblaban tan violentamente que Flinx pensó que iba a acercarse y el thranx contemplaba con expectante terror la mortal longitud de Pip.

—La bolsa del abdomen —repitió Flinx con suavidad, y cálmate antes de que rompas tu caja cerebral.

—S-s-siii —tartamudeó Bisondenbit.

¡Interesante! Era la primera vez que Flinx oía tartamudear a un thranx. Volviéndose hacia la vieja hembra, Bisondenbit buscó en una bolsa muy espaciosa que colgaba de su antetórax y retiró una pequeña bolsita de seis lados de un metal tejido y del color del oro.

—Acaba de caérsele esto, Reina Madre —musitó reluctante, empleando el título honorífico formal—. Los ganchos están intactos..., ¿lo ve?

La matrona estaba registrando su propio abdomen con una falsa mano mientras cogía la bolsa con otra.

—No lo entiendo. Creí que estaba segura...

Se interrumpió, escondió la cabeza y ejecutó un movimiento con el cráneo y las antenas indicativo de un agradecimiento profundo, añadiendo verbalmente:

—Tu servicio es muy apreciado, señor de la guerra.

Flinx se encogió al aplicar ella aquel inmerecido cumplido sobre Bisondenbit.

La cortés pose de aquel malandrín duró hasta que la matrona hubo salido del radio auditivo. Después volvió hacia Flinx unos ojos nerviosos.

—No quería que te mataran..., no quería que mataran a nadie —martilleó rápidamente—; no me dijeron nada de un asesinato. Yo sólo tenía que llevarte a...

—Cálmate —le aconsejó Flinx—. Y deja de hablar de la muerte. Ya hay demasiadas muertes en todo esto.

—Oh, estoy de acuerdo en eso —confesó el thranx, mientras la tensión le abandonaba lentamente—. Ninguna por mi causa.

Abruptamente, su actitud pasó del miedo a una intensa curiosidad.

— ¿Cómo te las arreglaste para escapar de la torre y salir de la Meseta? Me dijeron que muchos te buscaban, pero que ninguno de ellos te vio.

—Me eché a volar —dijo Flinx—, después de hacerme invisible.

Bisondenbit le contempló incierto, se echó a reír, se detuvo y le miró de nuevo.

—Eres un individuo de lo más peculiar, aunque seas humano. No

sé si creerte o no.

Repentinamente miró a su alrededor en la frecuentada terminal, mientras su nerviosismo reaparecía.

—Gente poderosa amiga de Challis quiere saber dónde te encuentras. Se habla de una gran recompensa, que será pagada sin hacer preguntas. Pero la única pista que tienen sobre tu huida es una mujer que se halla internada en un hospital. Todavía está histérica.

—Siento eso —murmuró Flinx honestamente. —No es bueno para mí que me vean contigo...: te has convertido en un bien deseado.

—Siempre es agradable que le quieran a uno —replicó Flinx, ignorando por completo el temor de Bisondenbit por su propia seguridad—. Se me olvidaba, no sabía que los thranx contaban con el carterismo entre sus talentos.

—Desde un punto de vista digital siempre hemos estado dotados. Muchos humanos han adquirido, ¡ah!. habilidades útiles de nosotros.

—Me lo puedo imaginar —rezongó Flinx—. Casualmente vivo en una ciudad sobresaliente en esas actividades. Pero no tengo tiempo para discutir la moralidad de dudosos intercambios culturales. Dime únicamente dónde puedo encontrar a Conda Challis.

Bisondenbit contempló al joven como si repentinamente hubiese localizado un par de manos extra.

—Casi te mata. Parece que desea otra oportunidad de hacerlo. No puedo creer que continúes buscando a un enemigo tan poderoso. Me considero un buen juez de tipos humanos. No pareces motivado por el deseo de venganza.

—No lo estoy —confesó Flinx, incómodo, consciente de que el Pequeño Symm había supuesto que perseguía a Challis por la misma razón. La gente se empeñaba en asignarle motivos que no existían.

—Si no es por venganza, entonces para qué lo sigues....; no es que me entristezca ver a un tipo de la reputación de Challis temblar un poquito, aunque sea malo para el negocio.

—Sólo dime dónde está.

—Si me dices para qué le buscas.

Flinx dio unos golpecitos a Pip y la serpiente voladora se desperezó bostezando y mostrando una membrana con pequeñas bolsas.

—No creo que eso sea necesario —dijo Flinx con suavidad, significativamente.

Bisondenbit, aterrorizado, elevó falsas y verdaderas patas en una débil defensa.

—No importa —suspiró Flinx, cansado de amenazas—. Si te lo digo, quizá pueda filtrarse convenientemente hasta Challis la información. Sólo creo que él retiene información sobre quienes son mis verdaderos padres y lo que les sucedió después de que me abandonasen.

— ¿Padres? —Bisondenbit parecía escéptico—. Me dijeron que habías amenazado a Challis.

—No es cierto. Está paranoico a causa de un incidente en el pasado. Quería que hiciese algo que yo no deseaba hacer.

— ¿Y por eso has matado a varias personas?

—Yo no he matado a nadie —protestó Flinx, sintiéndose desgraciado—. Pip lo hizo, y sólo para defenderme.

—Bueno, los muertos son los muertos —observó Bisondenbit profundamente. Miró a Flinx incrédulo—. No pensaba que ningún ser, ni siquiera un humano, pudiese estar tan obsesionado con un perverso deseo. ¿Es que te importa más que tu vida saber quiénes fueron tus padres?

—Nosotros no tenemos la tradición de una madre general en la colmena a la que pudiese referirme —explicó Flinx—. Sí, me importa mucho eso.

El insecto sacudió su cabeza de doble lóbulo.

—Entonces te deseo una caza musical en tu loca búsqueda. En otro tiempo y en otro lugar quizá hubieses sido mi compañero de clan.

Inclinándose, extendió las antenas. Después de un momento de vacilación, Flinx tocó con su frente las protuberancias que se le ofrecían. Se enderezó y dedicó al alocado thranx una mirada de aviso.

—Intenta —le dijo a Bisondenbit— conservar tus manos en tu propio tórax.

—No sé por qué mis actividades tienen que afectarte, mientras no estés implicado en ellas —protestó el thranx. Ahora que parecía que Flinx no iba a asesinarle, estaba casi contento—. ¿Vas a denunciarme a las autoridades?

—Únicamente por pesado —dijo Flinx impacientemente—. Todavía no me has dicho dónde está Challis.

—Envíale una cinta con tu petición —le aconsejó el thranx.

—¿Tú te la creerías?

Las mandíbulas de Bisondenbit chasquearon.

—Comprendo. Eres un individuo extraño, hombre-muchacho.

—Tú tampoco estás en la incubadora, Bisondenbit. ¿Dónde?

La quitina de los hombros se movió produciendo un sonido raspante como el de un cartón arrastrado sobre una alfombra. Bisondenbit habló con un ligero orgullo.

—Yo no estoy al servicio de Challis...; te lo diré. Parece ser que lo habías expulsado de Moth y ahora de Hiverhom también. La oficina central de la Compañía Challis está en la capital de la Tierra y supongo que ha huido allí. Es seguro que. si para ahora no se ha muerto del susto, te estará esperando. Te deseo que le encuentres, antes de que los muchos que te persiguen te encuentren a ti.

Emprendió la marcha, pero se detuvo con curiosidad.

—Adiós, Bisondenbit —dijo Flinx firmemente.

El thranx comenzó a hablar, pero observó un movimiento del minidrag y se lo pensó mejor. Se alejó, mirando ocasionalmente por encima del hombro y murmurando para sí insatisfecho. Por su parte, Flinx no se sentía culpable dejando marchar al carterista. No podía él, que había realizado una buena cantidad de actividades fronterizas, con la ilegalidad juzgar a otro.

¿Por qué Challis no podría creer que su propósito al buscarle era para algo tan inútil y primitivo como la venganza? Challis solamente podía entender su propia clase de mente, decidió Flinx.

De alguna forma, tendría que encontrar una manera de soslayar eso.

Desde Hivehom hasta la segunda capital del Mercado Común, la Tierra, el viaje era considerable, incluso a la máxima velocidad. Pero por fin, Flinx se encontró absorbiendo una vista de ella desde otra escotilla del transbordador mientras la pequeña nave se desprendía del carguero.

Esta era la leyenda verde. *Terra magnificat,* el lugar donde se había engendrado la humanidad, la segunda capital del Mercado Común y la sede de la Iglesia Unida. Este era el mundo donde una vez un primate primitivo se había erguido bruscamente sobre sus patas traseras para estar más cerca del cielo, sin soñar ni una vez que un día pasaría más allá de él.

Y sin embargo, excepto por el azul regio de los océanos, el globo propiamente dicho no mostraba nada de sobresaliente, en su mayor parte remolinos de blancas nubes y manchas pardas de tierra.

No había sabido qué esperar —torres doradas atravesando las cúspides de las nubes, quizá, o acantilados de cromio chocando con los mares—; todo lo que fuese al mismo tiempo absurdo y sublime. A pesar de que él no podía verlo, la Tierra poseía ambas cosas en cantidades magníficas, aunque en formas mucho más mutadas que sus grandiosas visiones.

Seguramente, pensaba Flinx mientras el transbordador caía en la atmósfera exterior, el omnipresente esmeralda de Hivehom era más chocante o, si iba a eso, los radiantes anillos alados amarillos de Moth eran más espectaculares.

Pero, en algún lugar allá abajo, sus antepasados habían vivido y habían muerto...

Capítulo IV

Al descender rumbo este-oeste, el transbordador pasó sobre la gran estación de aproximación de Perth antes de comenzar su descenso final sobre los infinitos campos cultivados de Australia central. Flinx obtuvo vistas pasajeras de ciudades aisladas, plantas de proceso de alimentos y las brillantes estaciones de energía solar que bordeaban la metrópoli industrial de Alice Springs. Dio unos golpecitos en la brillante caja nueva que yacía a sus pies, escuchó el relajado silbido que provenía de su interior y se abrochó para el aterrizaje.

El transbordador caía en el mayor puerto de transbordo de la Tierra. El puerto formaba la base de una enorme T urbana, cuyo trazo horizontal se extendía al norte y al sur, abrazando el océano Pacífico. Ya hacía cientos de años que Brisbane había sido la capital de la Tierra, y su puerto, con sus largas y abiertas salidas sobre el centro del continente y el abierto Pacífico, era el de más tráfico del planeta. Resultaba también conveniente para los gigantescos asentamientos thranx en el norte de Australia y en Nueva Guinea y para el cuartel general de la Iglesia Unida en Denpasar.

Hubo un suave golpe y ya estaba abajo.

En la terminal nadie le prestó atención, ni tampoco cuando más tarde recorrió las calles de la vasta ciudad. Se sintió muy solo, todavía más de lo que se sintiera en Hivehom.

La capital le sorprendió. No existían orgullosas torres. En Brisbane no había nada de la intensidad comercial de la ciudad de Lala, en el oeste de Norteamérica, o Londres, o Inkutsk, ni siquiera del mercado de Drallar. Las calles estaban casi silenciosas, todavía mostrando en algunos lugares una cierta rareza en la arquitectura que se extendía a una época anterior al momento del amalgamamiento.

En cuanto a los edificios oficiales, por lo menos eran adecuadamente inmensos, pero construidos al nivel del suelo, y como estaban acomodados al paisaje por todas partes, parecían extenderse hacia afuera como arrugas verdeantes en un estanque de metal y piedra.

Localizar las oficinas de la Compañía Challis fue un asunto

sencillo. Una cuidadosa investigación le proporcionó la situación de la residencia familiar; pero conseguir entrar en aquel aislado y protegido santuario era otra cosa.

Los comentarios de Bisondenbit volvieron a su mente. ¿Cómo conseguir llegar hasta Challis y explicar su propósito antes de que éste le hiciese matar?

Tenía que alargar el tiempo que Challis le concedería antes de su destrucción. De alguna forma..., examinó su contador. No era rico, pero ciertamente estaba muy lejos del estatus de un mendigo. Si pudiese estirarlo todo un poquito, dispondría de unas cuantas semanas para encontrar la compañía más adecuada para ayudarle en su plan de acercamiento a Challis.

Había una firma de aquel tipo localizada en el sector industrial del sur de la ciudad. Una secretaria lo pasó a un vicepresidente, que contempló con expresión divertida los toscos planos que Flinx había preparado, y le puso al habla con el presidente de la compañía.

Al ser ingeniero, la presidente no tuvo problemas con los aspectos mecánicos del asunto. Su preocupación la constituían otros asuntos.

—¿Necesitará todo éstos? —preguntó, frunciendo los labios y apartando descuidadamente un mechón de cabello gris.

—Probablemente, conociendo a esa gente, creo que sí.

Ella hizo unos cálculos en un diminuto computador y volvió a mirar su lista.

—Podemos producir lo que usted quiere, pero el tiempo necesario y el grado de perfección que usted desea precisarán un montón de dinero.

Flinx le dio el nombre de un banco local y un número. Una corta conversación vía máquina hizo finalmente que una sonrisa cruzase por el rostro de la anciana.

—Me alegro de haber solucionado eso. Los asuntos financieros siempre me hacen sentir un poco sucia, ¿sabe...? ¿Puedo preguntarle para qué va a usarlos?

—No —replicó Flinx amigablemente mientras Pip se agitaba perezosamente sobre su hombro—. Esa es la razón por la que *he* acudido aquí..., una firma pequeña con una gran reputación.

—¿Estará usted disponible para la programación? —preguntó ella con inseguridad.

—Transferencia directa, si fuera necesaria.

Eso pareció arreglarlo todo en la mente de la presidente. Se levantó extendiendo la mano.

—Entonces creo que podremos ayudarle, señor...

El le estrechó la mano, sonriendo.

—Utilice simplemente el número del banco que le he dado.

—Como quiera —accedió ella, claramente desilusionada.

El contraste entre el rico azul del océano y las arenosas colinas de la Costa Dorada era suave y chocante. Un elevado promontorio en particular estaba salpicado de lujosas residencias privadas, ampliamente espaciadas, todas cuidadosamente situadas para absorber la

mayor vista posible de la bahía y... para proporcionar un espacio abierto, discreto y vigilable entre los vecinos.

Una de las casas era espectacular en su camuflaje. Estaba engarzada en el acantilado como un topacio en oro. Desprovista de esquinas agudas, parecía formar parte de la propia roca espolvoreada de hierba. Únicamente las enormes ventanas de vidrio de formas libres sugerían que detrás había un hábitat.

Cerca de allí, unas enroscadas rompientes asaltaban la costa con geométrica regularidad, primas pequeñas de olas más maduras al sur. Allí, en el antiguo pueblo llamado Surferspardise, humanos de muchos tonos y más de un alienígena adaptado cabalgaban sobre el oleaje, transportados a la tierra sobre los resbaladizos y húmedos dientes de olas suicidas.

Flinx estaba allí, pero miraba sin participar. Se sentaba tranquilamente en una colina baja sobre la playa, estudiando los conversos más recientes a un deporte arcaico. Cerca descansaba su coche alquilado.

En aquel momento Flinx observaba a un grupo mezclado de jóvenes adultos, cada uno de los cuales era al mismo tiempo mayor y más joven que él. Eran estudiantes de una de las muchas grandes universidades que mantenían filiales en la capital. Este grupo despreciaba los comités en favor de las más breves y violentas experiencias de cabalgar sobre las olas. Entre ellos vio cierto número de jóvenes thranx, lo que era lógico. El azul oscuro de los machos y el rico aguamarina de las hembras era casi invisible contra el agua y sólo podía vérseles con claridad cuando una ola grande se rompía en blanca espuma.

Remontar las olas difícilmente habría podido ser una actividad natural en los thranx, pero había sido adoptada por ellos alegremente, como otros muchos deportes humanos. Le daban su propia belleza. Mientras que un thranx nadando nunca podría igualar la flexibilidad de foca de un humano, cuando se trataba de montar sobre las olas eran superiores con mucho. Flinx vio sus flotantes cuerpos de cubierta rígida bailando en el frente de olas sucesivas, con el antetórax hinchado para permitir que el aire llegase a las espículas respiratorias.

De cuando en cuando un humano montaba sobre la espalda de un thranx para una cabalgada doble. Aquello no ofrecía ningún problema para el insectoide, cuyo cuerpo era más duro y casi tan flotante como los propios tablones elípticos.

Flinx suspiró. Su adolescencia había estado llena de actividades mucho menos inocentes. Las circunstancias le habían hecho crecer demasiado de prisa.

Contemplando la arena, puso un pie para impedir el progreso de un cangrejo ermitaño ambulante. Con una uña le golpeó el costado. El diminuto crustáceo azotó furiosamente el aire con los pequeñísimos pelos de sus patas y lanzó motas de ira furiosa a su enorme asaltante. Recobrando su equilibrio, continuó su camino de la misma forma, quizá moviéndose un poco más rápido de lo normal. Una pena, pensó Flinx, que los humanos no pudiesen ser igualmente dueños de sí mismos.

Recorriendo la costa con la vista, donde una casa de citrina estaba oculta por la curva de los acantilados, Flinx reflexionó que Challis llegaría pronto de sus oficinas en la capital.

Una gaviota gritó salvajemente sobre él, recordándole que el momento había llegado...

Mientras descendía del vehículo, Conda Challis no se había olvidado en absoluto de su joven perseguidor. Mahnahmi salió corriendo de la casa para recibirle y ambos vieron la solemne figura de traje gris que subía la pasarela al mismo tiempo. De alguna forma había atravesado las defensas exteriores.

Mahnahmi retuvo el aliento y Challis palideció todavía algo más que el normal color casi albino.

—*Francis...*

El guardaespaldas personal de Challis no necesitó de ninguna otra orden verbal. Había observado la reacción de su jefe y de su hija y dedujo inmediatamente que esta persona que se acercaba era alguien que había que matar sin preguntas. Sacando la pistola, disparó antes de que Challis pudiese concluir la orden.

Por supuesto, la persona que venía caminando podía ser inofensiva; pero Challis le había perdonado fácilmente en el pasado precipitaciones de aquel tipo y eso había reforzado la ya suprema confianza del individuo.

La política de Challis pareció dar resultado, porque la figura del joven de cabello rojo que gesticulaba frenéticamente se desintegró con el terrible rayo de la pistola sobrecargada ilegalmente.

—Y eso —murmuró el conmocionado mercader con lúgubre satisfacción— lo termina todo. Nunca supuse que llegaría tan cerca. Gracias, Francis.

El guardia enfundó el arma, inclinó la cabeza y entró a registrar la casa.

Mahnahmi tenía los brazos alrededor de la cintura de Challis. Normalmente, el mercader no se dignaba abrazar a la niña, pero en aquel momento estaba conmocionado casi hasta el punto de un ser normal y no la apartó de un empujón.

— Me alegro de que lo hayas matado —dijo ella.

Challis la miró extrañado.

—¿Sí? Pero ¿por qué? ¿Por qué tendría que asustarte?

—Bueno... —hubo una vacilación en su angélica voz—, te estaba asustando a ti y eso me asustaba a mí, papaíto.

—Hummm —gruñó Challis.

A veces los comentarios de la niña podían ser asombrosamente maduros. Pero, claro —se recordó a sí mismo sonriente—, estaba siendo criada rodeada por adultos. Dentro de tres o cuatro años más, o antes, estaría lista para otro tipo de educación.

Mahnahmi se estremeció y escondió el rostro, de forma que Challis no pudiese ver que el escalofrío era de asco y no de miedo. Francis se volvió y no le prestó atención. Durante toda su vida, ella había experi-

mentado las ideas que Challis estaba teniendo ahora, y conocía exactamente cómo eran. Siempre eran pegajosas y grasientas, como el rastro que dejaba un caracol.

—Bienvenido a casa, señor. La cena estará lista pronto —dijo el sirviente desde la puerta interior—. Alguien quiere verle. No lleva armas, lo he registrado a conciencia. Insiste en que le conoce. Está esperando en el porche delantero.

Challis, rezongando irritado, empujó a Mahnahmi de mala gana. Resultaba extraño que alguien viniese aquí para hablar de negocios. Las oficinas de Challis en el centro de la ciudad, en la tritorre, eran perfectamente accesibles para los clientes legítimos y él prefería conservar su residencia personal todo lo privada que fuera posible.

Pero quizá fuese Cartesan con aquella información sobre la compra del mineral en bruto a Santos V, o quizá... Se dirigió hacia el pórtico a grandes zancadas, con Mahnahmi detrás.

Una figura, sentada de espaldas, contemplaba el océano a sus pies por la amplia ventana curva. Challis frunció el ceño mientras comenzaba:

—No creo que...

La figura se volvió. Acabando justamente de recobrar su compostura, Challis fue cogido completamente desprevenido. Los circuitos orgánicos que controlaban los músculos de su ojo izquierdo artificial saltaron, haciéndolo rodar alocadamente en su órbita, y confundiendo todavía más sus ideas.

—Mira —comenzó rápidamente la figura de cabello rojo—, tienes que escucharme. No te quiero hacer ningún daño. Solamente deseo...

—¡Francis! —chilló el aterrorizado mercader ante la vista del espíritu.

—Dame sólo un minuto, un minuto para explicarme —presionó Flinx—. Sólo conseguirás destrozar tus muebles si...

Comenzó a levantarse.

Challis saltó hacia atrás fuera de la habitación y apretó frenéticamente un botón oculto. Fuera de todas las habitaciones de aquella casa existía un duplicado exacto de aquel botón. Era su medida de seguridad final y ahora funcionó con satisfactoria eficiencia.

Una red de rayos azules saltó desde lentes ocultas en la pared, entrecruzándose en la habitación. Dos de ellos casi biseccionaron la figura que se erguía ante él. Había tenido que esperar a que se levantase o los rayos hubiesen pasado por encima.

Mientras la figura se derrumbaba, cayendo torpemente sobre el sofá y de allí al suelo, el mercader emitió una risita nerviosa. Detrás, Mahnahmi miraba con los ojos muy abiertos.

Challis luchó para controlar su respiración; después se acercó cautelosamente a la figura inmóvil. Le dio una patada, al principio suavemente, después fuerte y dura. No cedió ante su bota como hubiera sido lo lógico.

Inclinándose, examinó las dos perforaciones hechas por los rayos en el torso superior. No había sangre y dentro de los dos agujeros vio algo quemado que no era carne ni hueso. El olor que salía de la figura le

resultaba familiar..., pero no era el que tenía que ser.

—¡Circuitos y jelatina coagulada! —musitó—. No me extraña que hubiera dos. ¡Robots!

—¿Un robot? —dijo una vocecita a sus espaldas—. No me extraña que no pudiera...

Ella se calló abruptamente. Challis, con el ceño fruncido, se volvió a mirarla.

—¿Qué quiere decir eso, Mahnahmi?

Ella se metió un dedo en la boca, chupándolo inocentemente mientras miraba la figura retorcida en el suelo.

—No podía ver nada de sangre —dijo al fin.

—Sí, pero... —una idea repentina llevó la preocupación a su rostro—. ¿Dónde está Francis?

—Durmiendo —le informó una nueva voz.

Las manos del mercader cayeron indefensas a sus costados y Mahnahmi se alejó mientras Flinx entraba en la habitación sonriendo suavemente. Llevaba un reptil enroscado tranquilamente sobre su hombro, reptil que los otros dos no habían tenido.

—Lo siento. Temo que tendré que dejarte fuera de combate..., y también a tu superceloso mayordomo. Tienes unos empleados muy nerviosos, Challis.

Su mano tocó la pared cerca del conmutador oculto que controla los múltiples rayos.

—Fue un truco muy bueno.

Challis se preguntó si debería dejarse caer al suelo; después apartó la vista del conmutador para dirigirla a Flinx y se humedeció los labios.

—¿Quieres dejar en paz tu paranoia? —imploró el joven—. Si deseara matarte ya habría apretado el botón, ¿no es cierto?

Golpeó la pared cerca del conmutador.

Challis se derrumbó, relajándose al tiempo de caer bajo el nivel de los mortales rayos. Pero Mahnahmi corría a gatas hacia él, gritando con furia infantil:

—¡Mátale; mátale, papaíto!

—Fuera, niña —dijo abruptamente Challis, echándola a un lado. Lenta y cuidadosamente se puso de nuevo en pie y contempló la silenciosa figura del vestíbulo.

—Tienes razón...; podías haberme matado ahora con facilidad y no lo hiciste. ¿Por qué?

Flinx se recostó contra el dintel de la puerta.

—Todo este tiempo he estado intentando decírtelo. Aquel incidente en Moth ha pasado, está terminado, acabado. No te he estado siguiendo para matarte, Challis. Ni hasta Hiverhom, y menos hasta aquí.

—No puedo creerlo...; quizá quieras decir lo que dices —confesó el mercader, pronunciando las palabras con dificultad mientras luchaba para reajustar sus ideas—. ¿Esta vez eres tú de verdad?

—Sí —el joven asintió, señalando su hombro, donde Pip bostezó impresionantemente—. Nunca estoy separado de Pip. Además de ser seguro, es mi amigo. Debieras haber advertido que los robots aparecieron sin la compañía del reptil.

—¡Mátale! —chilló otra *vez* Mahnahmi.

Challis se volvió hacia ella.

—Cállate o dejaré que Francis juegue contigo cuando venga. ¿Por qué esta furia repentina, Mahnahmi? Tiene razón... Ya podría haber muerto un par de veces por ahora, si realmente lo desease. Estoy comenzando a pensar que dice la verdad. ¿Por qué eres tan...?

—Porque él... —comenzó ella; después se calló bruscamente y bajó la vista al suelo—. Porque me da miedo.

—Entonces vete donde no te asuste. Lárgate a tu habitación. ¡Vamos, vete!

La niña del cabello dorado se volvió y se alejó petulantemente hacia una puerta en el extremo opuesto de la cámara, musitando algo entre dientes que Challis no hubiese apreciado de haber podido oírla.

Se volvió hacia Flinx con curiosidad.

—Si no quieres mi muerte, ¿entonces por qué, en el nombre de Aucreden, me has perseguido por medio Mercado Común?

Repentinamente se convirtió en un solícito anfitrión.

—Vamos, bebe algo. ¿Te quedarás a cenar?

Flinx negó con la cabeza, sonriendo de una forma que a Challis no le gustó.

—No quiero tu amistad. Challis. Sólo una información.

—Si se trata de la piedra de Jano o de algo relacionado con ella, no puedo decirte nada.

—No tiene nada que ver con eso, ni con tu intento de forzarme a participar en tus depravaciones particulares. Cuando..., cuando te marchabas de tu casa de Drallar, dijiste algo sobre las características de mi línea materna.

Challis pareció perplejo.

—Si tú lo dices, supongo que así lo haría. ¿Qué ocurre con eso?

—Yo no conozco nada en absoluto sobre mis verdaderos padres. Todo lo que mi vendedor pudo decir a mi madre adoptiva fue mi nombre. Nada más.

Se inclinó ansiosamente hacia delante.

—Creo que tú sabes algo.

—Bueno; yo..., yo no había pensado en eso.

—Dijiste que tenías un archivo sobre mí...; que habías reunido información sobre mi pasado.

—Eso es cierto. Para asegurarme de que realmente poseías la clase de talento que yo estaba buscando era necesario investigar tu histeria personal tan completamente como fuese posible.

—¿Dónde encontraste la información?

—No veo ninguna razón para ocultártelo, excepto que no lo sé.

La mano de Flinx se acercó un poco más al conmutador de la pared.

—¡Es cierto, es cierto! —aulló Challis de nuevo, presa del pánico—. ¿Crees que recuerdo todas las fuentes de informaciones de poca importancia que mi gente desentierra?

Se irguió con exagerado orgullo.

—Casualmente soy el jefe de una...

—Sí, sí —admitió Flinx impacientemente—. No me solaces con una lista de tus títulos. ¿Puedes localizar el origen de la información? Veamos si tu sistema de inteligencia es tan bueno como tú pretendes.

—Si lo hago —dijo el mercader rápidamente—, ¿será la última vez que te vea?

—No tengo ningún otro interés en ti, Challis.

El mercader tomó una decisión.

—Espera aquí.

Volviéndose, se dirigió al extremo opuesto de la habitación. Allí echó hacia atrás la parte superior de lo que parecía ser un escritorio de madera antiguo. Su interior resultó estar repleto de importantes componentes combinados _en forma de una elaborada consola. Los dedos de Challis se movieron con rapidez sobre las llaves de control. Esto produjo varios minutos de parpadeos y ruidos provenientes de las escondidas profundidades del escritorio.

Pronto se vio recompensado por una pequeña cinta que insertó en un reproductor.

—Aquí está. Ven a verlo por ti mismo.

—Gracias, pero me quedaré aquí. Léemelo tú.

Challis movió la cabeza ante aquella irrazonable, muestra de falta de confianza y después volvió su atención a la ampliación de la cinta.

—Sexo masculino —comenzó mecánicamente—, registrado a los siete meses por orfandad certificada por la Iglesia de Allahabad, Tierra, Provincia India. Sigue a esta información varias especulaciones del personal igualando puntos de identidad..., huellas de la córnea, dactilares, huellas de la retina, forma del cráneo, y etcétera, con superficialidades puramente físicas como el cabello, color de los ojos, anillos digitales y cosas así.

Estos datos estadísticos vitales coinciden con los de un huérfano de cinco años de edad, vendido bajo el nombre de Philip Lynx en tal fecha en el mercado libre de Drallar, Moth. Parece que mi gente pensó que había suficiente parecido como para ligar los dos.

—¿El nombre... dice algo...?

Flinx tenía que saber si el nombre de Flinx era lineal o únicamente dado porque era el descendiente de alguna Lynx..., es decir, de alguna mujer independiente y sofisticada que era amante por su elección, no por la del hombre, libre para hacer lo que quisiera.

Challis no pudo decírselo.

—No lo dice. Si quieres información adicional probablemente tendrás que obtenerla de los archivos originales de la Iglesia..., suponiendo que te permitan llegar hasta ellos. Claro que siempre podrías empezar en Allahabad, pero sin un vistazo a los archivos originales sería difícil saber dónde empezar. Además, Denpasar está mucho más cerca.

—Entonces iré allí.

—Nunca tendrás acceso a esos archivos. ¿Es que piensas, mi querido muchacho, que se le permite a cualquiera que lo desee el uso de los archivos originales de la Iglesia?

—Sólo dime dónde están.

Challis sonrió.

—En una isla llamada Balia, unos cinco mil kilómetros al noroeste de aquí, en el archipiélago indonesio.

—Gracias, Challis. Nunca volverás a verme.

Volviéndose, salió del vestíbulo.

En cuanto el joven desapareció, la atención de Challis se vio atraída por varias pantallas diminutas colocadas en un tablero. Una mostraba a su visitante a punto de salir por la puerta central. Challis oprimió un conmutador. La figura de cabello rojo agarró el mecanismo de la puerta..., y tanto él como la puerta se disolvieron en un relámpago cegador. La conmoción sacudió al mercader en el punto donde se encontraba.

—Hago que no sea fácil entrar para los huéspedes que no quiero —dijo lúgubremente al tablero—, pero una vez dentro, me ocupo de que no salgan.

Challis no había conseguido ser lo que era a base de correr riesgos. Quizá el absurdo cuento del muchacho fuese cierto..., y quizá también fuese sólo un artificio para atraer a Challis a alguna malvada trampa inimaginable. El muchacho había demostrado con creces su astucia. En cualquier caso, no costaba nada asegurarse.

Únicamente la vida de Flinx.

Cerrando la consola, caminó placenteramente hasta el porche frontero de la casa. Se sintió sorprendido al ver a Mahnahmi de pie en el vestíbulo. El humo todavía se elevaba del ennegrecido marco metálico de la puerta que bordeaba ahora un cráter toscamente rectangular. La depresión se extendía a todo lo largo del vestíbulo y por un buen trozo de la pasarela de ferrocreto que conducía a la entrada.

La muchacha sujetaba algo. Un trozo de brazo. Diversos fluidos de colores goteaban de él y diminutas hilachas de material colgaban sueltas de los dos extremos.

Challis se sintió presa de una mezcla de miedo y admiración, mientras miraba fijamente la sección de extremidad que Mahnahmi estaba examinando con tanta atención. Por primera vez comenzó a preguntarse qué clase de criatura había escogido como enemigo. Que se trataba de algo más que de un muchacho de diecisiete años, desacostumbradamente inteligente, ya lo había sospechado desde aquella increíble fuga de Hivehom. Ahora estaba seguro de ello.

Por supuesto, el brazo era mecánico. El Flinx que él había creído real no había sido más que un autómata todavía más convincente, como Mahnahmi podría haberle dicho. Ahora Challis había estropeado su juego. Pero las piezas que quedaban eran interesantes. Estudió la armadura en forma aparentemente despreocupada, comparándola con un fragmento cercano de serpiente voladora mecánica.

¡No era justo! Puesto que Challis le había dicho lo que quería saber, contra su consejo, nunca vería de nuevo al verdadero Flinx. Y había sido muy divertido.

Tendría que encontrar otra mente con la que jugar...

Flinx observó cómo el cangrejo ermitaño, habiendo terminado con sus exploraciones terrestres, desaparecía en una oportuna olita. Al mismo tiempo apagó el grabador de su cinturón. La cinta no había grabado nada desde que el tercer simulacro de sí mismo había sido destruido por el mercader.

Levantándose, Flinx se limpió la arena del fondillo de sus pantalones y, apenado, pensó en la infundada paranoia de Conda Challis. Se había enterado por fin de todo lo que podía saber del gordo mercader y la información estaba cuidadosamente almacenada en el grabador de su cinturón, que funcionaba a distancias sorprendentes. El simulacro había sido una apuesta muy cara, pero dio resultado.

Flinx volvió al vehículo que había alquilado. Una consola especial había sido adosada a uno de los asientos con cinco indicadores en su centro. Tres estaban a oscuras, mientras que dos continuaban parpadeando constantemente en verde. A Challis le hubiese interesado saber que de haber destruido a su tercer visitante antes de contestar a sus preguntas, todavía quedaban otros dos Flinx de fábrica esperando.

Durante un delicioso momento, Flinx saboreó la idea de enviarlos a los dos al dormitorio del mercader aquella noche. Pero... no. Eso le colocaría en una posición embarazosa.

En su lugar, envió a los dos robots que quedaban la señal de regreso a la base. Las dos luces comenzaron a parpadear indicando que estaban operando adecuadamente y en movimiento. Regresaban a la planta de fabricación donde Flinx los había encargado. Allí, sus intrincados interiores serían salvados, al mismo tiempo que la parte correspondiente en la cuenta bancada de Flinx, bastante vacía.

Encendiendo el poderoso y pequeño vehículo, lo dispuso en esquema de vuelo formal, en dirección al puerto atmosférico. Aquella terminal, estrictamente planetaria, se encontraba lejos al sur de la capital, cerca de la ciudad industrial suburbana de Sydney.

Challis había insinuado que sería difícil para un extraño conseguir ser admitido en el cuartel general de la Iglesia Unida. Bien, pronto lo sabría. Allí había una oscura genealogía que deseaba mucho rastrear.

Capítulo V

En el gigantesco puerto había vuelos suborbitales programados regularmente entre todas las ciudades y regiones principales de la Tierra. El empleado que Flinx encontró era recto de cuerpo, pero estaba encorvado mentalmente a causa de un cuarto de siglo contestando las mismas preguntas idiotas. No sólo no podía esperar ya ningún ascenso, sino que sospechaba que su hija menor mantenía relaciones con dos hombres mayores y con una mujer joven simultáneamente. Cuando Flinx se acercó más, el hombre reflexionaba que en su tiempo los niños se habían comportado de manera diferente.

—Acabo de intentar comprar un billete para una ciudad llamada Denpasar —explicó Flinx—, y la respuesta del expedidor fue «Destino inexistente». ¿Por qué?

—¿De dónde procede usted, joven caballero? —preguntó cortésmente el empleado.

Flinx se sintió cogido por sorpresa. Sólo unas pocas veces en su vida le habían llamado caballero. Iba a replicar «Drallar, Moth», pero repentinamente recordó una temprana máxima de Madre Mastín.

«Contesta siempre las preguntas lo más concisamente que puedas, chico —le había instruido—. Eso hace que la gente piense que eres inteligente y no un pesado, al tiempo que les proporcionas el mínimo de información posible sobre ti.»

Por tanto, dijo sencillamente.

—De fuera del planeta.

—De muy lejos, diría yo —añadió el empleado—, ¿No sabía usted, joven caballero, que Bali es una isla cerrada? Sólo tres clases de personas pueden viajar allí.

Las indicó con sus dedos mientras hablaba.

—Los balineses y sus parientes, el personal de la Iglesia y oficiales gubernativos con una licencia especial.

Estudió cuidadosamente a Flinx.

—Podría usted pasar por un balines, excepto por esa mata color zanahoria, así que es obvio que no es usted un nativo. No pretende ser un oficial de la Iglesia, y —no pudo reprimir una pequeña sonrisa— no

creo que sea un representante especial del gobierno. De todas formas, ¿por qué quería ir allí?

Flinx se encogió de hombros ostentosamente.

—Había oído que era la sede de la Iglesia Unida. Pensé que sería un lugar interesante para visitarlo ahora que estoy de turista en la Tierra, eso es todo.

Ah, una pretensión normal. Si el anciano tenía alguna sospecha incipiente, la desechó antes de nacer.

—Es comprensible. Si está interesado en el mismo tipo de paisaje de Bali, puede llegar hasta... —se detuvo para comprobarlo en la gruesa cinta registrándose en una pantalla ante él—... la punta oriental de la isla de Java. Yo he estado allí. Se puede ver la isla desde Banjuwangi y la maravillosa ciudad antigua de Surabaja es muy pintoresca. Podría incluso volar un día hasta Komodo, donde se encuentra la estación de cría de dinosaurios. Pero Bali —el hombre negó apenado con la cabeza—, es lo mismo intentar aterrizar en el mundo del Imperio que llegar a Denpasar. Oh, podría llegar a la ciudad, si pudiese introducirse en un transbordador. Pero nunca *saldría* de la isla sin contestar algunas difíciles preguntas.

—Ya veo —replicó Flinx, sonriendo agradecidamente—. No lo sabía. Me ha ayudado usted mucho.

—Está bien, señor. Disfrute el resto de su estancia en la Tierra.

Flinx se marchó pensativo. Por tanto, había una probabilidad de entrar en la isla de algún modo. Pero ¿quería contestar aquellas preguntas a la salida No.

Aquello le encaraba con el problema de conseguir entrar en un lugar donde nadie estaba autorizado a hacerlo. No, se recordó a sí mismo, susurrando para la caja y su escamoso contenido, aquello no era completamente verdad. Tres clases de personas podían entrar en la isla.

No pensaba que fuese fácil falsificar la identificación del gobierno y era demasiado joven para fingir ser alguien importante. Existía la posibilidad de fingirse un acólito de la Iglesia. Pero ¿y si...? ¿No había dicho el anciano que, excepto por su cabello, podría ser un balines?

Al pasar junto a un panel interior de tres metros de alto y de metal pulido, Flinx se vio reflejado. Un poco de tinte para el cabello, una fuerte mal dicción en el dialecto local, un pequeño bote... ¡Seguramente, no podía ser así de fácil!

Pero siempre había una posibilidad de que un plan tan sencillo engañase a aquellos que buscaban infiltraciones más sofisticadas. Y Flinx había visto más de una vez cómo la posesión de un poco de bronce..., de la variedad no metálica, podía ser más útil para engañar a la burocracia que todas las identificaciones formales en el Arm.

Volviéndose, se dirigió de nuevo a los expedidores de billetes. Una demanda sobre un botón y la consiguiente inserción del contador produjeron un billete de ida en transbordador para Surabaja...

La antigua ciudad comercial había conservado parte de su sabor del siglo diecisiete. Flinx se sintió como en casa, aprendiendo algo que sospechaba hacía tiempo: un mercado abarrotado se parece mucho a

otro, no importa adonde se haya viajado.

Todo el mundo hablaba terranglo y simbiolenguaje, además del antiguo dialecto local conocido como bahasa indonesio. Flinx consiguió tinte negro con facilidad y con el color de su cabello cambiado se convirtió rápidamente en uno de los nativos. Una estancia de varias semanas fue suficiente para dominar, era lingüista por naturaleza, eficientemente el lenguaje.

Conseguir un bote pequeño fue bastante fácil. Si su plan fallaba, siempre podía apoyarse en la historia de que era un simple pescador cuyo piloto automático había fallado, haciéndole desviarse de su rumbo. Además, para cualquier espía de otro mundo, la parte realmente difícil sería pasar los controles de la Tierra en el puerto de entrada, y él ya había hecho eso.

Así fue como tras varios días de tranquila navegación automática se encontró a la vista de los erguidos picos de los montes Agung y Batur, los dos volcanes que dominaban la isla.

Bajo la cubierta de una noche sin luna, se acercó a la punta más septentrional de la magnífica playa vacía, llamada Kuta, en el lado occidental de la isla. Ninguna patrulla apareció mientras arrastraba su pequeño bote sobre la arena. Ningún rayo automático saltó desde fosos ocultos incinerándole en el sitio.

Hasta el momento había sido muy afortunado. Pero aquello no aminoró su sentido de intranquilidad. Una cosa era estar en una playa vacía y otra muy distinta penetrar en los escondites de la propia Iglesia.

Adentrándose en el interior con su sencillo equipaje —la caja perforada que contenía a Pip y unos cuantos trajes—, no tardó mucho en encontrar un pequeño camino de tierra que atravesaba la jungla que bordeaba la playa. Después de una caminata de varias horas, pudo parar un vehículo, un cultivador. El granjero que lo conducía lo llevó hasta Bena y desde allí fue sencillo alquilar un bekak automático hasta la propia Denpasar.

Todo salió tan bien como se hubiera atrevido a esperar. El granjero había dado por supuesto que era un forastero visitando a unos parientes en la ciudad y Flinx no vio razón alguna para discutir una historia tan convenientemente proporcionada. El joven granjero tampoco había mostrado deseos de cambiar del terranglo al bahasa, de forma que el vocabulario que Flinx había adquirido tan apresuradamente no fue puesto a prueba.

La posadera dio la bienvenida a Flinx, aunque insistió en ver al animal que había dentro de la bolsa. Flinx se lo enseñó, esperando que la mujer no fuera muy habladora. Si aquello llegaba a oídos de los representantes de la Iglesia, alguien podría sentir curiosidad sobre la presencia allí de una especie de otro mundo tan exótica y peligrosa como era el minidrag.

Pero Flinx se negó a preocuparse. Después de todo, estaba alojado en una cómoda habitación en la ciudad adonde le habían dicho que le resultaría difícil llegar. Mañana acometería la empresa de entrar en el sistema de la Iglesia.

Lo primero que tenía que averiguar era en qué lugar de la isla se

almacenaban los archivos genealógicos y después qué procesos eran necesarios para obtener acceso a ellos. Quizá tuviese que recurrir a la falsificación. Lo más probable sería que terminase por robar un uniforme de la Iglesia y se introdujese en el edificio.

Flinx, el sacerdote... Se fue a dormir sonriendo ante la idea y ante la reacción de Madre Mastín si le viese con el atuendo de la Iglesia...

A la mañana siguiente comenzó su asalto particular al santuario interior de la más poderosa organización del Mercado Común.

El primer paso era seleccionar un coche con un conductor charlatán. Flinx escogió al más anciano que pudo encontrar, especulando con la teoría de que los ancianos que se enrolaban en tales profesiones serían más inclinados a charlar en exceso y por otra parte no se meterían en los asuntos de los demás. El conductor de Flinx era un patriarca de melena blanca con un largo bigote colgante, y ligero y nervudo, como la mayoría de los nativos. Las mujeres poseían una uniforme belleza de muñecas y parecían envejecer en saltos, pasando de los catorce a los ochenta sin punto medio.

Algunas de ellas ya habían mirado a Flinx no por casualidad, algo a lo que ya se estaba acostumbrando según crecía. Pero ahora no había tiempo para eso.

—¿Qué tiene usted pensado para el viaje de hoy, señor?

—Estoy aquí de visita, para ver a mis primos de Singaradja. Antes de empantanarme con tíos y tías, me gustaría ver la isla sin estar ahogado por los cotilleros familiares. Me gustaría ver los viejos templos..., y los nuevos.

El anciano no movió un músculo, sólo asintió y encendió el motor. El paseo fue tan concienzudo como locuaz el viejo. Enseñó a Flinx las grandes playas de Kuta donde rodaban las gigantescas rompientes de Sunda Bali, sin saber que Flinx había navegado entre aquellas mismas olas la noche anterior. Le llevó a la gran estación de investigación oceanógrafica de Sanur y al recinto en expansión de la Universidad de la Iglesia, en las afueras de Denpasar.

Le mostró los edificios de varias filiales de investigación de la Iglesia, todos construidos en el viejo estilo balines, repleto de esculturas de ferroconcreto que bordeaban todas las paredes y dinteles. Le condujo por encima de los antiguos campos de arroz en terraza sobre las montañas de juguete..., las más hermosas de toda la Tierra, según insistía el hombre, aunque los granjeros con sus amplios sombreros montasen ahora sobre pequeños cultivadores mecánicos, en lugar de sobre búfalos de agua.

Pasó medio día antes de que Flinx pudiese comentar:

—No se parece en absoluto a la idea que yo tenía del cuartel general de la Iglesia Unida.

—Bueno, ¿qué esperabas? —preguntó el anciano—. ¿Una reproducción en mayor escala del Enclave del Mercado Común en Brisbane? ¿Cúpulas en negro y bronce reflejándose y torres de mosaico de un kilómetro de altura?

Flinx se recostó en el desgastado asiento al lado del conductor y pareció tímido.

—Por supuesto, nunca he estado en la capital, pero he visto fotografías. Sí, supongo que esperaba algo similar.

El anciano sonrió cordialmente.

—No soy ningún experto en la mente de la Iglesia, hijo, pero me parece a mí, que tengo alma de granjero, que son gente sencilla y poco complicada. La Universidad es el mayor edificio de la Iglesia en la isla, y el laboratorio de astrofísica, con sus cuatro pisos, el más alto.

Durante un rato permaneció en silencio, mientras cruzaban una garganta sobre un río.

—¿Por qué supones tú que la Iglesia Unida decidió, hace siglos, situar su cuartel general en esta isla?

—No lo sé —replicó Flinx honradamente—. No había pensado en ello. Supongo que para estar más cerca de la capital.

El anciano conductor movió la cabeza.

—La Iglesia estuvo aquí mucho antes de que Brisbane fuese la capital de la Tierra. Pareces bastante ignorante, hijo, para alguien que viaja con la compañía de un espíritu de Gañida.

— ¿Espíritu de Garuda?

Flinx vio que el conductor miraba atrás hacia la somnolienta cabeza de reptil que había sobresalido del interior de su traje.

—Pero el garuda es un pájaro, no una serpiente.

—Es el espíritu el que veo en tu mascota, no la forma —explicó el conductor.

—Entonces está bien —reconoció Flinx, recordando que el monstruoso pájaro garuda era una criatura buena a pesar de su terrible aspecto—. ¿Cuál es la razón para la presencia de la Iglesia si no es la cercanía de la capital?

—Creo que es porque los valores de la Iglesia y de la gente de Bali son muy parecidos. Ambos acentúan la creatividad y la suavidad. Toda nuestra propia arrogancia y animosidad está sublimada en nuestra antigua mitología.

Flinx miró al anciano con renovado respeto y curiosidad. En aquel momento hablaba como algo más que un simple conductor de vehículos terrestres..., pero ya estaba la mente de Flinx, claramente suspicaz, intentando otra vez crear problemas.

—Nuestro movimiento más agresivo es un encogimiento de hombros —continuó el anciano, contemplando enamoradamente el paisaje que le rodeaba—.

Es un resultado de vivir en uno de los lugares más hermosos de toda la galaxia.

Había comenzado a caer una ligera lluvia. El anciano cerró la parte descapotable del vehículo y conectó el aire acondicionado. Flinx, que se enorgullecía de su adaptabilidad a los ambientes extraños y que hasta ahora se había visto forzado a representar el papel de un casi nativo, dejó escapar un suspiro mental de alivio ante la primera caricia fresca del aire acondicionado.

La humedad podía ser sofocante en uno de los sitios más hermosos

de la galaxia. No era extraño que los miembros thranx de la Iglesia hubieran accedido a construir aquí sus cuarteles generales, hacía varios siglos.

Se detuvieron en Ubud, y Flinx tuvo que contemplar los famosos relieves de madera en las tiendas que el anciano le había recomendado. Esta no era una costumbre exclusivamente balinesa. También Madre Mastín, en Drallar, tenía sus convenios con los guías.

La gira continuó y la necesidad de mostrarse interesado se hacía cada vez más pesada. Flinx bostezó en la cueva del elefante, se restregó los ojos ante las fuentes sagradas y vio los templos construidos sobre templos. Una localización muy apropiada para la sede de la Iglesia, pensó Flinx mientras las nubes se aclaraban y un doble arco iris aparecía detrás del humeante cono del monte Agung, de 15.000 metros de altura. Las túnicas y monos de color aguamarina del personal de la Iglesia se mezclaban con la floreciente vegetación de la jungla con la misma naturalidad con que los frutales hacían estólida guardia sobre las carreteras, campos y terrazas de arroz.

—Todo esto es muy hermoso —dijo Flinx finalmente al conductor— , pero también me gustaría ver la sede de la Iglesia.

—¿La sede de la Iglesia? —el anciano pareció inseguro y se tiró del bigote—. Pero si toda la isla es la sede de la Iglesia Unida.

—Sí, lo sé —dijo Flinx, intentando no aparecer impaciente—. Quiero decir, el edificio principal.

—Bueno —el anciano levantó la vista y dejó de tirar de su bigote—. Lo más parecido a eso sería la Oficina de Administración, pero no entiendo por qué ese interés en verla.

Sonrió sorprendentemente, mostrando unos hermosos dientes blancos bajo su arrugado labio superior.

—Todavía esperas encontrar torres de metales preciosos y arcos de amatista, ¿verdad, hijo? Flinx adoptó un aspecto avergonzado. —De todas formas, aunque la oficina es algo con lo que no vale la pena malgastar el tiempo, está en un emplazamiento que el mismo Buda envidiaría. El conductor se decidió.

—Entonces vamos, te llevaré hasta allí si estás decidido.

Salieron de Ubud hacia el norte, subiendo por terrazas cada vez más pendientes mientras ascendían por una antigua carretera. No se veía ninguna evidencia del pesado tráfico que Flinx hubiese esperado encontrar saliendo y entrando del lugar. Quizá el anciano tenía razón y el edificio que buscaba no existía. Quizá estuviese perdiendo el tiempo.

Asomándose por la ventana vio que su cálculo inicial sobre el estado de la carretera continuaba siendo cierto. La hierba que cubría el camino tenía varios centímetros de altura. Espesa y llena de vida, no mostraba ninguna de las inclinaciones características que el paso constante de vehículos hubiese producido.

Pronto el vehículo se detuvo. El anciano hizo señas a Flinx de que descendiese, y éste así lo hizo, siendo conducido a continuación al borde de un profundo precipicio.

Flinx miró prudentemente por encima del costado. En el fondo de un valle, a varios miles de metros por debajo, yacía un lago ancho y

profundo. El verde escenario estaba salpicado por campos de regadío y granjas aisladas.

En e! extremo opuesto del lago, cerca de la base del enhiesto monte Agung, se extendía un grupo compacto de modestas estructuras de dos pisos parecidas a cajas, esmaltadas de un brillante aguamarina. Su aspecto era estrictamente utilitario, por no decir feo. Entre ellas no había ni un arco ni una torre.

En una esquina del complejo, unas cuantas antenas recordaban flores abstractas de malla de metal y cerca había un espacio despejado apenas lo bastante grande como para acomodar un pequeño transbordador atmosférico. ¿Eso era todo? Flinx lo contempló incrédulo. —¿Estás seguro de que es aquí? —Sí, ésa es la Oficina de Administración. Yo nunca he estado allí, pero me han dicho que se utiliza principalmente para conservar los antiguos archivos.

—¿Pero la Cancillería de la Iglesia...? —comenzó a protestar Flinx.

—Ah, ¿quieres decir el lugar donde se reúnen los consejeros? Es aquel edificio bajo en forma de concha de almeja que te enseñé en Denpasar, al lado de la estación de investigación solar, ¿lo recuerdas?

Rebuscando en su memoria, Flinx lo recordó. Su aspecto era ligeramente más impresionante que aquel desilusionante laberinto de pequeños edificios que tenía debajo.

—El Consejo de la Iglesia se reúne allí una vez al año, y es ahí donde se toman las decisiones. ¿Deseas que te lleve allí otra vez?

Flinx negó con la cabeza, incapaz de ocultar su desilusión. Pero... si aquello era el almacén de los archivos viejos, quizá archivasen lo que había venido a buscar. Si no era así..., bueno, podría dedicarse a resolver el problema de abandonar la isla sin que le hiciesen preguntas incómodas. Quizá en la provincia de la India, en Allahabad...

—Dijiste que nunca habías estado dentro —se volvió hacia el anciano—. ¿Es que la Iglesia prohíbe los visitantes en este lugar?

Su conductor pareció divertido. —No que yo sepa. No hay ninguna razón para ir allí. Pero si tú lo deseas...

Flinx comenzó a encaminarse hacia el coche. —Volvamos. Puedes dejarme allí. —¿Estás seguro, hijo? —preguntó el anciano preocupado, contemplando la baja posición del sol en el húmedo cielo—. Pronto oscurecerá. Quizá te sea difícil encontrar quien te lleve a la ciudad. — Pero yo creía... —comenzó Flinx. El anciano movió lentamente la cabeza, hablando con paciencia.

—No me has escuchado. ¿No te dije que era simplemente un sitio donde guardaban cosas? Allá abajo en el valle no hay tráfico. Es un lugar donde las cosas maduran lentamente, aburrido y lejos de la ciudad. Si yo estuviese en la Iglesia preferiría con mucho que me destinaran a Benoa o a Denpasar. Esto es muy solitario. Pero —al fin se encogió de hombros—, es tu dinero. Por lo menos la noche no será fría.

Subieron al coche y comenzaron a descender por un estrecho y sinuoso sendero que Flinx no había visto anteriormente.

—Si no consigues que alguien te lleve de vuelta, prueba a dormir en el suelo. Pero ten cuidado con los ciempiés, su mordedura es desagradable. Estoy seguro de que algún granjero te llevará a la ciudad

por la mañana, si madrugas lo suficiente para encontrarlos. —Gracias —dijo Flinx, con la vista fija en el valle que se extendía a sus pies.

Indudablemente, era atractivo con la brillante mancha del lago contra la base del gran volcán, aunque su atención continuaba atraída por la prosaica arquitectura de la oficina. Según se acercaban, ésta se hacía todavía menos impresionante. El esmalte aguamarina parecía apagado por el contraste con los ricos castaños y verdes naturales de la naturaleza que orlaba la montaña. Cuando se acercaban al fondo del valle, Flinx vio que las estructuras estaban desprovistas de ventanas. Muy apropiado, pensó lúgubremente, un edificio dedicado a las cosas y no a la gente.

El coche se detuvo ante lo que debía ser la entrada principal, puesto que era la única. Ni macizas esculturas simbolizando la hermandad de los humanx, ni fuentes juguetonas flanqueaban la sencilla puerta de vidrio doble. Unos cuantos vehículos, de aspecto corriente, estaban aparcados a un lado del pequeño hangar abierto.

Flinx abrió la puerta y descendió. Pip se agitó entre los sueltos pliegues de su traje y Flinx acalló a su inquieta mascota mientras tendía su contador al conductor.

El conductor lo introdujo en una abertura en su tablero y esperó hasta que el compacto instrumento cesó de zumbar. Una vez completada la transferencia de fondos, devolvió el contador de Flinx.

—Buena suerte, hijo. Espero que tu visita valga la pena por todas las molestias que te has tomado para venir aquí.

Saludó con la mano desde el vehículo mientras emprendía el regreso por la carretera de la montaña.

«Molestias» es una palabra inadecuada, anciano, pensó Flinx mientras gritaba a modo de despedida:

—*¡Selamat seang!*

Flinx permaneció durante un minuto solo ante la oficina, escuchando el murmullo del agua cayendo de terraza en terraza. El suave sonido de un cultivador mecánico conducido por la mano de un granjero llegó hasta él desde los campos. Según su anciano guía, la gente estaba en el proceso de recolectar la quinta cosecha de arroz del año y comenzando a sembrar la sexta.

Flinx ya empezaba a cansarse de la agricultura, los templos… y de la propia isla. Inspeccionaría lo que aquella estructura tan poco pretenciosa tuviese que ofrecer, probaría con los archivos de la ciudad de Allahabad y estaría en Moth en unos pocos días, con o sin información.

Se censuró a sí mismo por no haber seguido la sugerencia indirecta del empleado del puerto y habérselas arreglado para entrar aquí vía el transbordador atmosférico diplomático desde Brisbane Sur. A cambio había malgastado semanas aprendiendo el lenguaje local y pilotando el pequeño bote.

Había esperado una fortaleza armada con murallas de medio kilómetro de grosor y rebosante de rayos y proyectores SCCAM. EA su lugar, se encontró paseando por una isla llena de estudiantes y granjeros que cultivaban arroz. Hasta la Cancillería estaba de

vacaciones.

Flinx subió unos cuantos escalones y empujó las dobles puertas, advirtiendo con disgusto que se abrían manualmente y sin obstrucciones. Un corto vestíbulo se abría en una pequeña cámara circular de alta cúpula. La vista se dirigió hacia arriba... y quedó fija allí. La cúpula estaba ocupada por una proyección tridimensional de toda la galaxia habitada. Todos los mundos del Mercado Común se hallaban claramente marcados en color y diminutas letras mayúsculas en simbiolenguaje.

Flinx lo estudió, hallando primero la Tierra y a Hivehom a causa de sus colores más brillantes y encontrando después Evoria, Amropolous, Calm, Nursery..., todos mundos thranx. Después los planetas humanos de Repler, Moth, Catchlot, y Centauro III y V. Luces más débiles indicaban los límites de las exploraciones humanx, mundos fronterizos como Burley. con su vasta reserva de metales; Rhynpine, el de los trogloditas, y las cavernas inmensas y el frígido globo del distante Tran-ky-ky.

Sus ojos descendieron al curvo suelo de la cámara y al fin encontró su mosaico, aunque el motivo era sencillo. Consistía en cuatro círculos: dos representando los hemisferios de la Tierra y los otros dos los de Hivehom. Formaban una caja con una única esfera más pequeña en el centro tangente a los cuatro mapas circulares. La esfera central contenía una ampolleta vertical azul representando a la Tierra, cruzada por una verde horizontal que representaba a Hivehom. En el punto donde se encontraban los colores daban aguamarina al unirse..., el color emblema de la Iglesia Unida.

Las paredes que le rodeaban estaban interrumpidas por tres pasillos; uno enfrente y los otros a derecha e izquierda. Las paredes intermedias estaban cubiertas por grabados de impresionantes figuras de la historia de la Iglesia, tantos thranx como humanos, en poses modestas. La más impresionante era una escena que representaba la firma del Amalgamamiento que había unido formalmente a los humanos con los thranx. El cuarto y último presidente, David Malkezinski, tocaba con la frente las antenas del tri-eint Arlenduva, mientras la mano del insecto estaba encerrada en la palma de la mano derecha del humano.

A la derecha de este relieve estaban grabadas algunas de las máximas básicas de la Iglesia: el hombre es un animal, el thranx un insecto; ambos pertenecen a la especie Hermano... No aconsejéis la civilización, la fuerza física crea fuerza mental... Si Dios desease que el hombre y el thranx se hubiesen dedicado íntegramente a El, no hubiese creado los mundos tan complicados... La autocomplacencia es la llave de la destrucción...; y así sucesivamente.

En la pared de enfrente había grabada una lista con los pronunciamientos filosóficos más recientes, que Flinx leyó con interés. Había leído uno sobre el hedonismo violando el Edicto Original, aconsejando desconfiar de todo lo que oliese a una verdad absoluta, cuando su atención fue atraída por una voz.

—¿Puedo servirle de algo, señor?

—*¿Qué?*

Flinx se volvió sobresaltado, viendo una joven vestida con túnica aguamarina que le contemplaba interrogativamente. Estaba sentada cerca del corredor de la izquierda, detrás de un mostrador casi completamente vacío. Ni siquiera la había advertido hasta que ella habló.

—He dicho si puedo ayudarle.

Caminó hasta llegar cerca de él y le miró fijamente a los ojos. Solamente esto era extraño. La mayor parte de sus nuevos conocidos dirigían su primera mirada algo más baja, a la forma escamosa enroscada alrededor del hombro de Flinx o, como ahora, asomando la cabeza por la parte delantera de su traje.

Pero esta esbelta muchacha ignoró la serpiente voladora. Aquello equivalía a una vista deficiente o a una gran seguridad en sí misma, pensó Flinx. Su indiferencia ante la serpiente era la primera cosa impresionante que había encontrado en la isla.

—Lo siento —mintió con facilidad—. Iba a acercarme a hablar contigo. ¿Has estado esperando?

—Oh, no...; pensé simplemente que quizá te estuvieses cansando. Has estado estudiando los mapas y las inscripciones durante más de una hora.

Su mirada se dirigió instantáneamente a las puertas de vidrio y vio que ella decía la verdad. Afuera había caído una noche tropical, tan oscura como la conciencia de un jugador profesional.

Se sintió incómodo y molesto. Le parecía que había estado contemplando los grabados de la pequeña habitación cupulada solamente durante unos pocos minutos. Su mirada vagó de nuevo por el mapa tridimensional por encima de su cabeza, hasta las escenas en bajos relieves y los proverbios finamente grabados. ¿Es que aquellos colores, palabras y relieves cuidadosamente ejecutados ocultaban algún tipo de artificio mnemotécnico, algo que impulsase a los observadores a absorberlos a pesar de sí mismos?

Su especulación se vio cortada bruscamente por la suave voz de la muchacha.

—Por favor, acércate al mostrador. Desde allí puedo ayudarte mejor.

Todavía asombrado, Flinx la siguió sin protestar. Sobre el mostrador descansaban unos cuantos papeles y varias pequeñas pantallas, y vio unos conmutadores sobre la hilera de paneles en el extremo opuesto.

—He estado estudiando —se disculpó ella—; de otra forma, hubiese acudido antes. Además, parecías estar divirtiéndote. Sin embargo, pensé que sería mejor averiguar si necesitabas algo antes de que termine mi turno, porque mi relevo volvería a ignorarte otra vez.

Flinx pensó que si esto era una mentira, resultaba muy simple.

—¿Qué estás estudiando?

—Asignación espiritual y ecuaciones filosóficas en su relación con los flujos demográficos en los órdenes superiores.

—¿Perdón?

—Cuerpo diplomático. Y ahora —continuó con vivacidad—, ¿en qué puedo ayudarte?

Flinx se encontró mirando las abiertas puertas de cristal, el mapa tridimensional por encima de su cabeza, las palabras e imágenes grabadas sobre las paredes que le rodeaban. En su pensamiento las igualó con el sencillo exterior de esta estructura, y lo comparó con lo que, según sus imaginarias ideas, hubiesen debido ser.

Todo lo que había encontrado en esta isla, desde la sencillez de aquella oficina al lenguaje de su conductor, era una mezcla de simplicidad y sofisticación. Una mezcla peligrosamente incierta. Durante un momento pensó seriamente en abandonar todo aquel asunto, su propósito de viajar por medio Mercado Común incluido, y salir por aquellas puertas que no estaban vigiladas. Había pasado gran parte de su frenética y joven vida intentando no llamar la atención, pero fuese lo que fuese lo que le dijera a aquella muchacha, le llevaría ante algún interrogador.

En lugar de marcharse, dijo:

—He sido criado por un padre adoptivo que no tenía ni idea de quiénes fueron mis verdaderos padres. Todavía no lo sé. No sé quién soy ni de dónde vengo, y quizá esto no le importe mucho a los demás, pero a mí sí.

—A mí también me importaría —replicó la muchacha con serenidad—. Pero ¿qué te hace pensar que podemos ayudarte a averiguarlo?

—Un amigo me indicó que había encontrado cierta información sobre mi familia, algunas pistas de que físicamente yo podría ser el mismo que un niño nacido aquí en la Tierra, en la provincia de Allahabad. Conozco mi nombre verdadero, el que estaba en... en la lista del vendedor, pero no sé si es un nombre familiar o uno que me dieron después de nacer. Es Philip Lynx.

Lo pronunció cuidadosamente, distintamente, pero no era su nombre. Pertenecía a un extraño, era el nombre de un forastero. El era simplemente Flinx.

— Me dijeron que éste era un edificio donde se almacenaban los archivos de la Iglesia, aunque —señaló la pequeña habitación con los tres pasillos que salían de ella— estos edificios apenas parecen lo suficientemente grandes para albergar una parte de esos archivos.

—Organizamos muy bien el espacio —le dijo ella, como si eso lo explicase todo—. Aquí se guardan los archivos de Allahabad, lo mismo que los de todos los seres registrados en la Iglesia.

Sus ojos se desviaron, pero no para mirar hacia Pip.

Flinx se volvió pensando que ella estaba mirando algo a sus espaldas. Cuando no vio nada y se dio la vuelta vio que la muchacha le sonreía.

—Es tu pelo —le dijo tranquilamente—, el tinte está comenzando a caerse.

Su mano se dirigió instintivamente a su cráneo y sintió la humedad. Cuando la retiró, estaba manchada de negro.

—Has estado demasiado tiempo en la ciudad. El que te haya

vendido ese tinte te engañó. De todas formas, por qué teñirlo..., el rojo es bastante atractivo.

—Una amiga pensaba de otra forma.

Por sus pensamientos no podría decir si ella le creía, pero la muchacha decidió no insistir en el asunto y oprimió un botón en el mostrador.

—¿Has dicho Allahabad?

El asintió. Ella se apoyó en el mostrador y habló por un micrófono.

—Comprueba los informes sobre un tal Philip Lynx —dijo—. Nacido en Allahabad.

Levantó la vista.

—¿Cómo se deletrea?

Flinx levantó las manos.

—L-y-n-x P-h-i-l-i-p era como figuraba en la lista de los esclavos, pero eso podría ser un error.

—O una corrupción —añadió ella, volviéndose otra vez al micrófono—. Comprueba también todos los errores variacionales y todas las investigaciones en esos archivos durante los últimos... cinco años.

Después cortó la comunicación.

—¿Por qué eso último? —preguntó él.

La expresión de ella era seria.

—Tu amigo no debiera haber tenido acceso a tus informes. Son algo entre la Iglesia y tú. Sin embargo, parece que alguien consiguió verlos.

—Si eres este Philip Lynx te van a hacer algunas preguntas difíciles más adelante.

—¿Y si no lo soy?

—Te harán preguntas de todas formas..., únicamente que no verás los archivos de otra persona.

Sonrió agradablemente.

—Parece que no es culpa tuya..., aunque alguien va a perder su túnica. Los grados inferiores siempre son vulnerables al soborno, especialmente cuando lo que les piden es una información aparentemente inofensiva.

—No tienes que preocuparte por eso —le dijo Flinx—. La única cosa de la que casi estoy seguro en toda la galaxia es de que yo soy yo.

Sonrió.

—Quienquiera que sea yo.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Una vez la identidad de Flinx quedó establecida, a través de varias comprobaciones, la muchacha se volvió amistosa de nuevo.

—Se hace tarde —observó cuando los procedimientos de identificación concluyeron—. ¿Por qué no esperas y comienzas tu investigación por la mañana? Hay dormitorios para los visitantes y puedes compartir los alimentos de la cafetería con el personal, si tienes dinero. Si no, puedes implorar la caridad, aunque a la Iglesia no le gustan las limosnas directas.

—Puedo pagar —insistió Flinx.

—De acuerdo —señaló el pasillo más alejado—. Sigue la raya amarilla en el suelo. Te conducirá a la recepción de visitantes. Desde allí lo arreglarán todo.

Flinx se dirigió al pasillo y después miró hacia atrás.

—¿Qué hay de la investigación? ¿Cómo la empiezo?

—Vuelve mañana a este mostrador. Estoy de guardia toda la semana de diez a seis. Después tendrías que buscar para encontrarme otra vez. Tengo que pasar a otra tarea manual, pero durante el resto de la semana puedo ayudarte. Me llamo Mona Tantivy.

Se detuvo, miró la figura de Flinx que se alejaba y después le llamó cuando él ya entraba en el pasillo.

—¿Qué pasará si el nombre de Philip Lynx no coincide con el niño que nació en Allahabad?

—Entonces —le gritó Flinx—, puedes llamarme como quieras...

Capítulo VI

El cubículo que le destinaron era pequeño y estaba amueblado con sencillez. Pasó una hora quitándose el polvo de días, y cuando salió de la ducha, le aguardaba una agradable sorpresa..., su traje había sido retirado y limpiado. Era una suerte que se hubiese llevado a Pip al baño.

Sintiéndose incómodamente limpio, le indicaron el local donde servían comidas más cercano y pronto se encontró rodeado del crujir de túnicas y trajes aguamarina.

El edificio en sí mismo constituía una sorpresa, decorado con arbustos y fuentes locales, y contrastando su lozanía con el espartano exterior del edificio. Paneles semipermeables lo dividían en tres secciones.

Una sección se hallaba ajustada al clima de la zona templada, favorito de los humanos, mientras el área más alejada de la puerta estaba casi neblinosa a causa del calor y la humedad, favoritos de los thranx. La zona en el centro era, cor mucho, la mayor. Aquí los dos ambientes se mezclaban de forma imperfecta, creando un clima un poco cálido y húmedo para los humanos, ligeramente seco y fresco para los thranx, pero soportable para todos. Las tres zonas estaban abarrotadas.

Se sintió agradecido por la presencia de varios humanos y thranx que llevaban otro color distinto al de la Iglesia; le hizo sentirse considerablemente menos conspicuo.

Los aromas de alimentos recientemente preparados estaban en todas partes. Aunque algunos de ellos eran exóticos, no podían competir con la increíble variedad de olores siempre presente en la plaza del mercado de Drallar. Aun así, la boca se le llenó de saliva. No había comido nada desde su breve desayuno en la ciudad, por la mañana temprano.

Poco rato después de colocar su pedido con el autochef, fue recompensado por un sabroso bistec de origen incierto y un surtido de panes y vegetales. Pero cuando volvió a pedir el resto de su nota, una pequeña pantalla se iluminó: *Ningún tipo de intoxicantes, ni siquiera los más suaves, están permitidos en las dependencias de Administración.*

Flinx se tragó su desilusión —un pobre sustituto de la cerveza que había pedido— y pidió shaka helado.

Pip estaba de nuevo enroscado sobre su hombro. La serpiente voladora había provocado algunos comentarios, pero no miedo. Las criaturas en el interior del local —que variaban en edad desde más jóvenes que él hasta mayores de cien años— eran peculiarmente indiferentes ante la posibilidad de que el minidrag escupiese repentinamente una muerte corrosiva.

Flinx se sentó solo. Sus orejas no resultaban mayores de lo normal y su talento no era más agudo que de costumbre, pero su oído estaba bien entrenado. Para sobrevivir en Drallar uno tenía que utilizar todos sus sentidos al máximo. Escuchar la conversación a su alrededor en el edificio donde se servían las comidas servía para saciar su curiosidad.

A su izquierda, un par de ancianos thranx discutían sobre la validez de realizar manipulaciones genéticas sobre huevos no incubados. Tenía algo que ver con el proceso Scorm como opuesto al método Oppordiam y se hablaba mucho de la moralidad de provocar mutaciones por sugestiones prenatales en larvas todavía sin formar.

Buscando algo menos incomprensible, oyó a una mujer anciana con dos rayas color crema sobre la manga de su traje dando una conferencia a un grupo de acólitos, dos humanos y dos thranx. Sobre las rayas estaba estampado un átomo de hidrógeno.

—Por tanto, si examináis las investigaciones que se han llevado a cabo en Plutón, Gorisa y Typendemos durante los últimos ocho años, veréis que cualquier modificación adicional en las armas SCCAM debe tener en cuenta las limitaciones de la fuerza del armazón de osmiridium.

Un trozo de pan y otro fragmento de conversación, éste procedente de un hombre de mediana edad, con una frondosa barba blanca, que se encontraba a sus espaldas.

—Los niveles productivos en Kansastán e Inter-Kansastán, sugieren que una siembra preatmosférica apropiada en el sector Bryan puede aumentar la producción de cereales en un veinte por ciento en los próximos tres años.

Flinx frunció el ceño mientras consideraba aquel intenso parloteo, pero no era la ausencia de la teología en las discusiones lo que le preocupaba. El realmente no podía juzgar; pero aun a sus poco entrenados oídos, les parecía que un buen número de asuntos muy importantes estaban siendo discutidos libremente en presencia de gente que no pertenecía al personal de la Iglesia. No podía decidir si aquello probaba que la Iglesia era ineficiente o sólo típicamente humanx. Aunque la seguridad no era problema que le incumbiese, mientras terminaba de comer el asunto le preocupó.

Cuando a la mañana siguiente se dirigió nuevamente hacia el mostrador de la cámara de la entrada, todavía estaba preocupado. Mona Tantivy se hallaba de guardia y le sonrió cuando le vio acercarse. En la habitación había ahora un gran bullicio, al lanzarse el personal de la Iglesia de un pasillo a otro y por la entrada de doble vidrio.

—¿Listo? —le preguntó ella.

—Me gustaría terminar con esto tan pronto como sea posible —dijo, en un tono algo más agudo de lo que había pretendido.

Flinx se dio cuenta de que temblaba ligeramente y se calmó resueltamente.

La mujer frunció los labios reprobadoramente.

—No actúes como si te fueran a inyectar o algo así.

—En cierto modo, así es como me siento —replicó lúgubremente.

Y era cierto. Flinx había crecido con una deficiente imagen de sí mismo. Si no encontraba remedio aquí, probablemente llevaría aquella cruz para siempre.

La mujer asintió despacio y después oprimió un botón. Unos cuantos minutos más tarde, un humano cuarentón con la estructura de un luchador de grecorromana salió del corredor más próximo. Su sonrisa era idéntica a la de Tantivy y proyectaba el mismo deseo de ayudar y ser útil. Flinx se preguntó si esta actitud era natural, o si eso también era parte del curso de instrucción de la Iglesia: manipulación anticipada de la personalidad a través de la gesticulación facial tradicional, o algo así.

Enfadado, Flinx echó a un lado su instintivo sarcasmo. Todo lo que importaba era ver lo que había venido a ver.

—Me llamo Namoto —dijo el cuadrado oriental, presentándose él mismo con una sonrisa y un apretón de manos—. Me alegro de conocerle, señor Flinx.

Flinx levantó una mano en señal de detención.

—No me llame eso hasta que lo demostremos. Simplemente Flinx, por favor.

La sonrisa no desapareció.

—Está bien, quienquiera que seas. Ven conmigo y veremos si podemos averiguar quién eres.

Después de lo que parecieron veinte minutos de andar por pasillos y vestíbulos sin ningún rasgo distintivo, Flinx se sintió completamente desorientado.

—Es difícil creer que los archivos de la Iglesia sobre todos los seres humanos del Mercado Común...

—... y de todos los thranx —terminó Namoto por él— estén todos archivados en este pequeño edificio, pero es verdad. El almacenamiento de la información es una ciencia que tiene miles de años, Flinx. El arte de reducción de documentos ha sido desarrollado hasta un alto grado. La mayoría de los archivos de este edificio serían invisibles bajo un microscopio estándar. Nuestras pantallas e impresores trabajan con caracteres mucho más finos.

Se detuvo ante una puerta que no parecía distinta de ninguna de las cien que ya habían pasado.

—Aquí estamos.

La sola palabra, sencillamente grabada sobre la puerta translúcida, decía únicamente: *Genealogía.* Detrás de aquella puerta estaban los comienzos de la historia de billones de seres humanos..., aunque no de todos. Todavía había algunos que no deseaban ser documentados más que por su propio epitafio, y muchos lo conseguían.

En el otro extremo, Flinx había pasado toda su vida indocumentado y estaba cansado de ello.

—Podría haber un gran número de Philip Lynx todavía vivos —sugirió Namoto mientras cerraba la puerta con llave—, aunque a causa de ciertas connotaciones sociológicas coloquiales es un nombre no tan corriente como otros.

—Sé lo que quiere decir —replicó Flinx.

Pip se movió intranquilo sobre el hombro de su dueño, ante aquel repentino estallido de violencia mental.

La habitación era enorme. En su mayor parte consistía en naves aparentemente ilimitadas alternando con hileras de recipientes metálicos que iban del suelo al techo. Ninguna hilera parecía distinta de la de al lado.

Flinx fue conducido a una hilera de diez casillas. Dos se hallaban ocupadas por investigadores y el resto estaban vacías. Namoto se sentó ante una única pantalla larga en la pared e hizo un signo a Flinx para que se sentase cerca. Después apoyó ambos pulgares en un par de concavidades dispuestas a un lado de la pantalla.

Se encendió una luz y la pantalla se iluminó. Namoto se inclinó hacia delante y dijo: —Me llamo Shigeta Namoto.

Se relajó. Hubo un pausa, la máquina zumbó y una luz verde se encendió sobre el centro de la pantalla.

—Reconocido, Padre Namoto —entonó la máquina—. En espera de peticiones.

—Informa de los resultados de la investigación de ayer por la noche sobre un macho humano llamado Lynx, Philip. Manten las variaciones alternativas hasta que se te pidan —se volvió y murmuró a Flinx—: Para empezar, vamos a suponer que el nombre de la lista de los esclavos fuese correcto.

—Lugar posible de origen —continuó—, Allahabad, provincia de la India, Tierra.

El Padre contempló a su ansioso compañero. —¿Cuántos años tienes..., lo sabes? —Madre Mastín me dijo que tendré alrededor de diecisiete, aunque no está segura. A veces me parece que tengo setecientos.

—Y a veces a mí me parece tener siete —contrarrestó agradablemente el macizo eclesiástico, volviendo a prestar atención a la máquina.

—Anotada la edad aproximada —afirmó el ingenio—. Aparecen los resultados de la búsqueda. Namoto estudió la lista.

—Tenía razón..., no es un nombre corriente. Sólo hay tres Philip Lynx nacidos y registrados en Allahabad, durante el último medio siglo. Sólo uno de ellos coincide con tu edad aproximada.

Se dirigió una vez más a la máquina.

—Se desea más información.

Hubo un breve zumbido y la pantalla se iluminó brillantemente con la leyenda: CONECTANDO CON LA TERMINAL DE ALLAHABAD. Un momento después: CONEXIÓN COMPLETA... CÓDIGO DE LONGITUD.

Namoto miró los números que aparecieron a continuación.

—No parece haber demasiada información. Espero que valga la pena...

Se detuvo, repentinamente preocupado.

—¿Te encuentras bien, Flinx? Estás temblando.

—Estoy bien... Hace algo más de fresco aquí dentro que fuera, eso es todo. Dése prisa.

Namoto asintió.

—Descifra la transferencia.

Las manos de Flinx se tensaron convulsivamente sobre sus muslos, mientras salía cada palabra.

LYNX. PHILIP... NOMBRE VERDADERO... NACIDO 533

A. A.. 2933 DEL VIEJO CALENDARIO EN EL SUBURBIO DE SARNATH, NÚCLEO URBANO ALLAHABAD. PROVINCIA INDIA. TIERRA.

Hubo una pausa durante la cual en la pantalla no apareció nada más. Flinx se volvió hacia Namoto, casi gritando.

—¿Es esto todo?

—Tranquilo, Flinx... Mira, ahí viene algo más.

La cinta continuó otra vez.

NOTAS ADICIONALES: LOS INFORMES DEL SEMIFlSICO PRESENTE Y DEL MEDITEC QUE SUPERVISO INDICAN LA PRESENCIA DE UN AURA DE NACIMIENTO EXTRAORDINARIAMENTE RICA EN LAS LECTURAS DE ONDA DE LA CÁMARA DE MATERNIDAD... NINGUNA REACCIÓN ADVERSA O FUERA DE LO NORMAL EN LA MADRE... LAS LECTURAS DE LA ONDA R INDICAN EXISTENCIA DE POSIBLES TALENTOS ANORMALES CLASE UNO... PARTO NORMAL... NINGUNA REACCIÓN EN ONDA R ACHACABLE A TRAUMA... EXAMEN POSTOPERATORIO DE LOS MONITORES: NORMAL... NIÑO POR LO DEMÁS NORMAL Y SANO. EDAD DE LA MADRE: 22... NOMBRE: ANASAGE.. ABUELOS DESCONOCIDOS..

Namoto no mi[r]ó a Flinx cuando la cinta concluyó: PADRE DESCONOCIDO; NO PRESENTE EN EL NACIMIENTO...

Flinx luchó para relajarse. Ahora que la prueba había terminado se interrogó sobre su tensión. La información que había le decía poco..., y en cuanto a lo último, ya le habían llamado bastardo antes y cosas peores. Pero toda esta nueva información continuaba sin decirle si Lynx era un nombre lineal o uno que únicamente se le había dado al nacer. Sin eso..., o sin una información adicional, igual le hubiese resultado no tomarse ninguna molestia.

—¿Hay alguna información —preguntó con voz suave y monocorde— sobre el estado después del parto de... —ahora la palabra salió con sorprendente fluidez— la madre?

Namoto se lo preguntó a la máquina. La contestación fue corta y elocuente.

MADRE FALLECIDA... FUERA DEL PLANETA, 537 A. A...: DETALLES ADICIONALES DISPONIBLES...

—Explica la... —comenzó Flinx, pero Namoto le hizo callar.

—Sólo un minuto, Philip.

Pip se agitó nerviosamente mientras su amo explotaba:

—No me llame eso. Es Flinx, sólo Flinx. —Concédeme el minuto de todas formas. Namoto utilizó una pequeña llave para instruir a la máquina manualmente. De las selladas profundidades llegó un bajo gemido. Una rueda diminuta de cinta de un milímetro de anchura, tan estrecha que casi era invisible, salió proyectada por una ranura casi invisible. Al mismo tiempo la pantalla se iluminó por última vez.

TERMINADA LA LECTURA DE LA INFORMACIÓN DISPONIBLE... INFORMACIÓN SECUNDARIA RETIRADA DIEZ MESES ESTÁNDAR, DOS SEMANAS Y CUATRO DÍAS ANTERIORES A ESTA FECHA... Los ojos de Namoto se estrecharon. —Cierto, alguien ha estado manipulando tu ficha —dijo a la máquina—. Identifica la autoridad que la retiró.

INCAPAZ DE HACERLO... RETIRADA DE LA AUTORIDAD INMEDIATAMENTE DESPUÉS RETIRADA INFORMACIÓN...

—Perfecto —fue todo lo que dijo Namoto—. Tu amigo quería estar seguro de que nadie más tendría acceso a la información que robó.

Una imagen teñida en rojo cruzó la mente de Flinx... ¡Challis! El mercader le había tomado el pelo incluso en el momento de creer que le mataría. Había confesado a aquel robot dónde había obtenido la información sobre él, pero sin tomarse la molestia de añadir que lo importante estaba ya allí.

Lo que había dejado en los archivos de la Iglesia era justo lo suficiente para satisfacer a un inspector casual y para impedir que se activase alguna alarma de cancelación.

Y Flinx dudaba de que Challis estuviese en la capital esperando su regreso. Por tanto, tendría que empezar de nuevo su búsqueda..., esta vez sin tener ninguna pista de adonde podría haber huido. A su lado una voz tranquila le hablaba.

Namoto había cifrado lo emitido por la máquina y le ofrecía la cinta.

—Aquí tienes una copia de lo que el ladrón dejó en el archivo.

Flinx la cogió con movimientos lentos y atontados.

—Siento mucho lo demás, sea lo que sea. Sospecho que si quieres conocer el contenido tendrás que encontrar otra vez a tu amigo y hacerle algunas preguntas directas. Y cuando lo encuentres, apreciaría mucho que te pusieses en contacto con la autoridad de la Iglesia más próxima —el padre no sonreía—. Robar archivos de la Iglesia es algo muy grave.

»Esta cinta —y la que ha sido robada— es un duplicado ampliado muchas veces del original del archivo. Cualquier pantalla microscópica la reproducirá —se levantó—. Si quieres verla de nuevo emplea la máquina dos casillas más arriba. Si me necesitas, estaré en el mostrador.

Flinx asintió lentamente mientras el padre daba media vuelta y se alejaba.

«*¡Challis!* Ladrón, asesino frustrado, despreocupado destructor de las vidas de los demás..., la próxima vez quizá permita que Pip te mate. El Mercado Común estaría un poco más limpio con la ausencia de...» Algo quemó su hombro y casi le lanzó de la silla.

Pip casi había explotado desde la percha del hombro, con la suficiente rapidez como para marcar la piel bajo el traje de Flinx. Poniendo el «casette» en su bolsillo de cualquier modo, se puso en pie y corrió por la nave detrás de su aterrorizada mascota.

—¡Pip..., espera..., no pasa nada malo!

El minidrag ya había llegado a la entrada. Tanto Namoto como el monitor de guardia se habían alejado del mostrador. Observaban cautelosamente a la serpiente mientras retrocedían lentamente. El minidrag golpeó por un momento el plexite transparente mientras Flinx salía corriendo de la hilera de cabinas. Estaba llamando al reptil verbal y mentalmente y rezando para que la serpiente se relajara antes de que alguien, suave y comprensivo o no, disparase contra ella.

El minidrag retrocedió, revoloteando y agitándose en el aire, y escupió una vez. Un fuerte silbido y un gran agujero irregular apareció en la puerta. Flinx intentó desesperadamente agarrarle la cola, pero era demasiado tarde..., el escurridizo reptil ya se había introducido por la abertura.

—Abre la puerta —gritó—. ¡Tengo que seguirle!

El ayudante permaneció como paralizado hasta que Namoto murmuró tenso:

—Abre la puerta, Yena.

Entonces Yena se movió con rapidez.

—Sí, señor. ¿Debo tocar la alarma?

Namoto miró a Flinx, que se disponía a destrozar la puerta.

—Pip no hará daño a nadie a menos que perciba alguna amenaza contra mí.

—¿Qué es lo que le pasa entonces? —preguntó el padre, mientras la puerta retrocedía.

Flinx se lanzó a su través, con el padre en sus talones.

—No lo sé... Allá va. ¡Pip!

La enroscada cola acababa de desaparecer por una esquina del pasillo. Flinx se lanzó detrás.

En los cruces y revueltas del laberíntico edificio, Flinx perdió de vista de cuando en cuando a su mascota. Pero personal humano con el rostro ceniciento y thranx cuyas antenas temblaban incontroladamente señalaban el paso del minidrag con tanta claridad como un rastro de laca escarlata. A pesar de su corpachón, el padre Namoto seguía a Flinx de cerca.

Parecía como si hubiesen recorrido kilómetros de esquinas antes de que al fin alcanzasen al minidrag. Pip estaba golpeando sus escamosas alas contra otra puerta, mucho mayor que ninguna de las que Flinx había visto hasta aquel momento. Sólo que esta vez había alguien más que un simple estudiante de guardia. Dos hombres con uniformes aguamarina se acurrucaban detrás de una barrera tubular lateral. Ambos tenían un pequeño rayo apuntando al revoloteante minidrag. Flinx pudo ver un pequeño grupo de personal de la Iglesia apiñados expectantemente en el extremo opuesto del pasillo.

—¡No disparéis! —gritó frenéticamente—. ¡No hará daño a nadie!

Lentamente, se acercó a su mascota. Pero Pip desdeñó todas las

llamadas, permaneciendo con resolución fuera de su radio de alcance mientras continuaba golpeando las puertas.

—Sea lo que sea, lo que le ha alterado está al otro lado —llamó a los dos hombres armados—. Dejadle pasar.

—Esa es una zona restringida, chico —dijo uno de ellos, intentando dividir su atención entre la serpiente voladora y el recién llegado.

—Dejadnos pasar —ordenó un ligeramente turbado Namoto, colocándose en una posición desde donde pudiera vérsele claramente.

La. voz del guardia se volvió respetuosa.

—Lo siento, Padre, no sabíamos que estaba usted a cargo de esto.

—No lo estoy, es la serpiente la que dirige. Pero abre la puerta de todas formas. Bajo mi responsabilidad.

Flinx tuvo escasamente un minuto para preguntarse exactamente la importancia que pudiera tener su útil guía antes que las puertas dobles, sorprendentemente gruesas, comenzasen a separarse. Pip se introdujo a través de una abertura mínima y Flinx, impaciente, tuvo que esperar otro momento antes de que la grieta fuese lo suficientemente amplia para admitirle.

Cuando estuvo al otro lado, resultó ser un pasillo sin ninguna diferencia con los muchos que ya habían atravesado.

Excepto…

Excepto en la hilera de seis ascensores ante él. Dos novicios esperaban ante el ascensor de la izquierda. Uno era un humano muy anciano, alto y extrañamente deformado. Permanecía cerca de una joven hembra thranx.

Pip estaba revoloteando en medio del aire mientras Flinx y Namoto se deslizaban en el pasillo. Entonces se lanzó repentinamente contra la pareja, ignorando por completo al restante personal de la Iglesia que comenzaba a advertir la presencia del venenoso reptil en medio de una gran confusión.

—Dile que se esté quieto, Flinx —ordenó Namoto.

Su voz había perdido todo rastro de amabilidad. Había sacado su arma y estaba apuntando.

Flinx percibió repentinamente lo que había impulsado a su mascota con tanta fuerza. Cuando Pip atacó, el encorvado anciano se agachó y lo esquivó con asombrosa agilidad, lanzando limpiamente a su joven compañera contra la puerta del ascensor. Ella se revolvió sobre sí misma mientras era empujada. Esto fue suficiente para impedir un horrible choque, pero no lo bastante como para evitarle golpearse duramente con el resistente metal. Las brillantes patas verdeazuladas se aflojaron y se plegó contra el suelo.

La extraordinaria flexibilidad del anciano clérigo causó que Namoto y los demás retrasasen su intervención. Sacando un rayo de entre los pliegues de sus ropas, el hombre, que todavía no había pronunciado una palabra, ni siquiera un grito de ayuda, disparó a ciegas contra Pip. El minidrag escupió y unos reflejos inhumanos permitieron a su blanco evitar por poco el corrosivo veneno. Chamuscó el acabado de la pared detrás suyo.

—*¿Pip, ya basta!*

Algo en la voz de su dueño satisfizo aparentemente al minidrag. Después de vacilar brevemente, el reptil dio la vuelta en el aire y se dirigió hacia Flinx. Pero la serpiente voladora todavía se sentía lo suficientemente incómoda como para desdeñar su normal posición sobre el hombro, y en su lugar optó por quedarse revoloteando cautelosamente cerca de la oreja derecha de Flinx.

Durante varios silenciosos segundos, una masa de gente fue momentáneamente unida por la parálisis de la incertidumbre. Después, Namoto rompió el hechizo.

—¿En qué sección trabaja usted, señor? —preguntó al objeto del asalto de Pip—. No creo reconocerle...

El padre se calló cuando el rayo, hasta entonces dirigido contra la serpiente, cambió para cubrirle a él. Intentando mirar en todas direcciones al mismo tiempo, el hombre paseó una mirada móvil y glacial sobre la pequeña multitud que se había reunido. Nadie le desafió, prefiriendo esperar y mirar.

—Quietos todos —avisó finalmente.

Su acento no pudo ser reconocido por Flinx, pues las palabras eran más silbadas que articuladas.

Mientras el hombre comenzaba a retroceder hacia la entrada que Flinx y Namoto acababan justamente de pasar, el muchacho dio un prudente rodeo hasta situarse en un punto donde podía ayudar a la joven thranx herida. Cuando estuvo cerca de ella, acababa de recobrar la conciencia. Colocando ambas manos alrededor del tórax, la elevó firmemente.

—El... amenazó con matarme —murmuraba ella torpemente, todavía no muy firme sobre patas y manos.

El pudo sentir la agitada respiración de su antetórax.

Bruscamente dueña de sí misma de nuevo, la thranx miró acusadoramente a su atacante.

—¡Dijo que si no le llevaba al nivel de control me mataría!

—No puede usted salir de este edificio, señor —informó Namoto al hombre a quien la muchacha acababa de acusar—. Tengo que pedirle que baje ese rayo y venga conmigo.

El rayo se agitó ante él, deteniéndose tras dar un solo paso.

—Ser racional es vivir —silbó-habló el hombre.

El hombre rebuscó entre los pliegues de sus ropajes, que Flinx observó eran excepciónalmente voluminosos, sin soltar el rayo. Un instante de búsqueda y apareció un pequeño cubo marrón con varios cables y conmutadores instalados en forma extraña.

—Esto es un envase de cien gramos de kelita..., suficiente para matar a todo el mundo en este pasillo.

Su explicación logró que los más jóvenes de los acólitos que esperaban se escabullesen en retirada.

Namoto no retrocedió.

—Ningún volumen de explosivos podría sacarle de este complejo —informó al nervioso individuo con voz tranquila—. Además, aunque ese cubo sí parece ser un envase de kelita, me parece improbable, puesto

que ningún tipo de explosivos puede entrar en este complejo sin ser detectado. Más aún, no puede tener un rayo activado.

El padre dio otro paso hacia adelante.

—¡Aléjese o averiguará si está o no activado! —gritó estridentemente el hombre.

Todos los ojos de los presentes estaban fijos en los personajes principales de la amenazadora representación... Todos los ojos inteligentes.

Flinx creyó ver algo moviéndose en el techo, miró repentinamente a su derecha y Pip no estaba allí.

No hubo forma de decir si la misma idea se le ocurrió simultáneamente al anciano o simplemente detectó un movimiento por encima de su cabeza. Sin saber de qué se trataba, se lanzó al suelo y disparó antes de que Flinx pudiese gritar algo a su mascota.

Namoto había estado en lo cierto y se había equivocado. La diminuta arma parecía un rayo, pero no lo era. Disparó un proyectil que pasó justamente bajo el retorcido cuerpo del reptil. El proyectil dio en la pared del fondo y rebotó al suelo. Fuese lo que fuese, era cierto que no se trataba de un explosivo, pero Flinx dudaba de que fuera inofensivo.

Esta vez Pip estaba demasiado cerca para errar. Los poderosos músculos del cuello y la mandíbula impulsaron fuera el veneno a través del tuvo hipodérmico en la boca del minidrag. El veneno no dio en los ojos, pero, a pesar de su asombrosa agilidad, el anciano no pudo evitar el ataque por completo. El veneno mordió en el cuello y en la cabeza. La carne produjo al disolverse un sonido borboteante y el hombre emitió un silbido inesperadamente agudo, que sonaba como una antigua caldera de vapor soplando por su válvula de seguridad.

No era un sonido que la garganta humana pudiese producir.

Namoto y Flinx corrieron hacia la figura caída. Pero al tiempo que se desplomaba, el hombre manipuló el cubo de «kelita».

La seguridad de un hombre moribundo fue razón suficiente para que Namoto se tirase al suelo y avisase con un grito a todos los demás. Repentinamente, hubo una amortiguada explosión, aunque mucho más pequeña que la que hubiese producido la kelita, pero no provino del cubo marrón. Unos cuantos gritos entre la multitud y la amenaza pasó.

Mientras Flinx se ponía en pie, comprendió que otra vez las observaciones de Namoto habían estado confundidas. En primer lugar, el rayo había resultado ser un arma, aunque no un rayo. Y ahora parecía que este intruso había conseguido introducir en el complejo una cantidad mínima de explosivo, aunque no lo bastante para herir a nadie más. Si realmente se trataba de kelita, era una cantidad mínima, aunque no obstante había convertido la parte central del hombre en un impresionante amasijo. Sus entrañas estaban desparramadas por toda aquella parte del pasillo.

Flinx todavía jadeaba, cuando Pip se enroscó en su hombro de nuevo. Adelantándose, se unió a Namoto en el examen de los restos de lo que minutos antes había sido una criatura viviente.

Con la inminencia de la muerte, la mente de la criatura se había aclarado y sus ideas multiplicaron su fuerza. La cabeza de Flinx se vio

repentinamente asaltada por un torbellino de imágenes inesperadas e ideogramas, pero fue la familiaridad de una de ellas lo que le asombró tanto que se tambaleó.

Flinx pudo percibir la figura, fantasmalmente desdibujada, de un hombre gordo que deseaba fervientemente ver de nuevo, el hombre que había perdido toda esperanza de volver a localizar: Conda Challis. Esta visión estaba mezclada con la imagen de un mundo, y esta imagen tenía el nombre de Ulru-Ujurr. Otras muchas imágenes compitieron por su atención, pero la sorprendente presencia de Challis en la mente del moribundo intruso las oscurecía hasta hacerlas inidentif¡cables.

Allá en los archivos, hacía bastantes minutos. Pip había percibido la furia de su amo contra aquel mismo individuo. Después aquel desgraciado, indudablemente había imaginado al mismo mercader en términos desfavorables para Flinx. Si el minidrag hubiese atacado al extraño si éste no le hubiera empuñado el arma, era algo que Flinx no llegaría a saber.

Namoto estaba estudiando el cadáver. La explosión había sido contenida, pero intensa. Quedaba poco que conectase la cabeza y el torso superior con las piernas. La mayor parte del cuerpo había sido destruida.

Agachándose, el padre palpó lo que parecía ser un trozo de piel suelto. Tiró... y la piel se desprendió, revelando debajo una segunda epidermis. Era brillante, granulosa y escamosa— tan inhumana como lo había sido aquel grito final.

Tan inhumana como las ideas que Flinx había percibido.

Unos cuantos murmullos de asombro comenzaron a surgir entre la multitud, continuando mientras Namoto, de rodillas, tiraba y desgarraba el intrincado molde que formaba la falsa estructura facial. Cuando todo el cráneo hubo sido expuesto, Namoto se puso en pie, volviendo la vista a la muestra de falsa carne que tenía en la mano. Lo miró y dejó caer el fragmento de piel limpiándose las manos con la parte inferior de la túnica.

—Un AAnn adulto —observó alguien entre la multitud.

—¡*Aquí* dentro!

—¿Pero por qué? ¿Qué esperaba conseguir con un explosivo tan pequeño?

Alguien pidió la palabra desde el fondo de la gente, sosteniendo en alto una forma diminuta.

—Dardo de cristal a propulsión —explicó—. De esa forma consiguió pasar los detectores... Ni rayo, ni arma de contenido explosivo.

—Seguramente —alguien se acercó a Namoto—, ¿no habrá venido hasta aquí con todos estos complicados preparativos sólo para matar a alguien con un pequeño dardo?

—Yo tampoco lo creo así —comentó el padre, mirando el cuerpo—. Ese explosivo... era una carga suicida, diseñada para matarle si era descubierto. Pero tendremos que analizar este cadáver antes de deshacernos de él.

Arrodillándose otra vez. Namoto tanteó con lentitud la carne cauterizada.

—Se hallaba bien armado tal como iba…; sus entrañas están llenas de cristal pulverizado. Debía llevar varias docenas de esos dardos de cristal.

Flinx intervino ante la observación; comenzó a decir algo…, después convirtió el comienzo de su comentario en un bostezo. No podía probar nada y de todas formas era una suposición alocada. Además, si por algún milagro estuviese acertado a medias, los investigadores de la Iglesia le estarían interrogando durante un año. Entonces nunca le sería posible encontrar a Conda Challis. O peor, para entonces el indiferente mercader podría haber destruido el informe que había robado, la pieza que faltaba en el rompecabezas de la vida de Flinx.

Por tanto, no podía permitirse aventurar una opinión infantil sobre de dónde podrían provenir aquellos fragmentos.

Una cuadrilla completa de personal uniformado entró en el pasillo. Algunos comenzaron a dispersar a la multitud, todavía murmurando, mientras comenzaban una intensa comprobación del cadáver.

Un pequeño humano, muy moreno, miró despreocupadamente los restos orgánicos y después se acercó vivamente al padre. —Hola, Namoto.

— Señor —saludó el padre con tanto respeto en su voz que Flinx fue arrancado de sus personales ideas para considerar al recién llegado—. Estaba bien disfrazado.

—Un AAnn —observó el pequeño bloque de energía mental—. Deben sentirse terriblemente atrevidos cuando intentan introducir a uno de los suyos *aquí.* Me pregunto cuál sería su propósito.

Flinx tenía una idea, pero formaba parte de la información que había preferido no divulgar. *Que* aquellos brillantes eclesiásticos se lo imaginasen solos. Después de que recobrase de Challis la parte perdida de sí mismo, les diría lo que había supuesto. Antes no.

Mientras el nuevo hombre hablaba con Namoto, Flinx volvió su atención al enjambre de especialistas que estudiaban el cadáver. Esta no era la primera vez que se encontraba a los reptiles AAnn, aunque sí lo era en carne y hueso.

Entre el Mercado Común de los humanx y el extenso imperio estelar de los AAnn existía una inestable tregua que no impedía a los reptiles sondear los puntos débiles de la alianza humanos-thranx en todas las oportunidades.

—¿Quién se dio cuenta de que era un disfraz?

—Yo, señor —le informó Flinx—, o más bien fue mi mascota, Pip.

Acarició la suave cabeza triangular y el minidrag cerró los ojos con placer.

— ¿Cómo —preguntó agudamente Namoto— lo supo la serpiente?

Volviéndose hacia su superior añadió, para su información:

—En aquel momento estábamos en Genealogía, señor, al otro lado del complejo.

La respuesta de Flinx caminaba sobre la fina línea que separaba la verdad de la mentira. Lo que no dijo, sin embargo, era más importante que lo que dijo.

—El minidrag puede sentir el peligro, señor —explicó con

suavidad—. Pip es telépata por empatia y hemos estado juntos lo suficiente como para desarrollar una relación especial. Obviamente sintió que el AAnn representaba una amenaza para mí, por muy distante que estuviese, y actuó consecuentemente.

—Obviamente —murmuró el hombre bajito, sin comprometerse.

Volvió su rostro hacia el joven thranx.

—¿Cómo se mezcló usted en esto, novicia?

Ella dejó de arreglarse las antenas y se colocó rápidamente en una pose de semiatención.

—Me encontraba de guardia en la estación de los ascensores, señor. Creo que era un humano. Se me acercó y me dijo que tenía que descender al nivel de control.

Descender a... Flinx comenzó a imaginarse lo que no era visible.

—Me pregunté por qué no usaría su propio pase para los ascensores, sin más. Nadie sin un pase podría haber llegado tan lejos. Tenía uno y me lo enseñó. Insistía en que, o bien no funcionaba o que el receptor del ascensor estaba estropeado.

Ella miró hacia el suelo.

—Supongo que debí haberme dado cuenta entonces, pero no fue así.

Namoto habló consoladoramente.

—¿Come podrías haberlo sabido? Como dices, llegó hasta aquí. Sin embargo, su falsificación no era lo bastante buena como para engañar al computador de los ascensores.

—De todas formas —continuó ella—, probé mi propio pase en el primer ascensor y respondió rápidamente. Después probé el suyo y ni siquiera respondió con la luz de *Reconocido.* Por tanto, me pidió que llamase un ascensor para él. Le dije que primero sería mejor que su pase fuese examinado. Dijo que no tenía tiempo, pero insistí con obstinación. Entonces sacó el arma y me dijo que llamase un ascensor o me mataría.

Flinx advirtió que todavía temblaba a pesar del soporte de sus cuatro extremidades.

—Entonces llegaron estos dos caballeros, justamente cuando iba a llamar el ascensor —dijo señalando a Flinx y Namoto.

—¿No pudo tocar una alarma? —preguntó el más bajo de los humanos gruñonamente.

Ella realizó un complicado gesto thranx con las manes que indicaba indefensión.

—Cuando sacó el arma yo me encontraba lejos de la alarma silenciosa del mostrador, señor. No se me ocurrió ningún motivo para volver allí..., y estaba asustada, señor. *Lo* siento. Fue tan inesperado...

—volvió a temblar—. No tenía motivos para sospechar que se tratase de un AAnn.

—A todos les parecía un humano —la consoló Flinx.

La cabeza de forma triangular le miró con agradecimiento. Aunque aquel rostro era incapaz de una sonrisa, chasqueó sus mandíbulas para darle las gracias.

—Todas las experiencias que no terminan con la muerte son

valiosas —pontificó el hombre bajito.

Esto pareció terminar la cuestión en lo que a ella se refería. Su atención se dirigió de nuevo a la gente que trabajaba con el cadáver.

—Limpien todo esto e informen tan pronto como esté completo el análisis preliminar —ordenó.

Flinx advirtió que sus movimientos eran rápidos y precisos, como si se moviera igual que pensaba, más rápidamente que el ser humano medio. Uno de estos movimientos fijó a Flinx bajo una penetrante mirada.

—Tienes una mascota muy interesante, hijo. ¿Dices que es un telépata por empatia?

—Procede de un mundo llamado Alaspin, señor —añadió Flinx, cooperativamente.

El hombre asintió.

—He oído hablar de ellos, pero nunca creí poder ver uno. Ciertamente, uno domesticado. ¿Percibe los peligros que te amenazan? *Hummmm.*

Flinx sonrió ligeramente.

—Es un magnífico guardaespaldas.

—Eso diría yo —extendió una mano demasiado grande para su cuerpo—. Soy el Segundo Consejero, Joshua Jiwe.

Flinx comprendía ahora la diferencia que había advertido en este hombre. Le dio la mano lentamente.

—Nunca esperé conocer a alguien de tan alto rango en la jerarquía de la Iglesia, señor.

Aunque no añadió que Bran Tse-Mallory y Truzenzuzex, que en un tiempo habían estado con él en la búsqueda del Krang de los Tar Aiym, habían llegado a ocupar puestos todavía más elevados.

—Soy el jefe de la seguridad del edificio —otra vez la cabeza batió el aire en lugar de volverse normalmente para mirar a Namoto—. ¿Qué es lo que sabe de este joven?

—He recorrido un largo camino en busca de sus padres naturales. He estado haciendo todo lo posible para ayudarle a localizar su rastro.

—Entiendo —Jiwe se volvió de nuevo a Flinx—. Sin duda estarás ansioso por marcharte.

—He hecho aquí todo lo que puede hacerse —admitió Flinx.

Jiwe podía ser el hombre que hiciese las preguntas incómodas que Flinx temía que le hicieran.

ti Segundo Consejero le recordaba un *Canish,* un pequeño y superactivo carnívoro que infestaba los helados bosques de Moth. Era un matador rápido y de ojos penetrantes, cuyos movimientos eran tan difíciles de localizar como una maldición ahogada entre una multitud y constituía una amenaza para criaturas que tenían varias veces su tamaño.

Flinx sospechaba que este Jiwe era igual. Aquel hombre estaba demasiado interesado en Pip y en la relación del minidrag con Flinx. Sin embargo, era difícil concentrarse en Jiwe cuando la mente de Flinx continuaba revuelta con el pensamiento de que Conda Challis había aparecido en la mente del moribundo AAnn. ¿Qué tenía que ver un

mercader humano con los lagartos?

—¿Te encuentras bien, Flinx? —preguntó Namoto con preocupación—. Pareces extasiado.

—Lo estaba. En mi mente me estaba yendo a mi casa..., adonde debería encaminarse mi cuerpo.

—¿Y dónde es eso? —preguntó Jiwe con interés.

¡Maldito fuese aquel hombre!

—Un mundo central comercial, señor, llamado Moth, en la ciudad de Drallar.

El Consejero pareció pensativo.

—Conozco el lugar. Interesante, un planeta poco poblado con una larga historia de colonización. Gente muy independiente. Creo que el gobierno local es una monarquía benevolente.

Flinx asintió.

—Creo que una monarquía indiferente sería más apropiado —aventuró Namoto.

El Consejero sonrió.

—Es lo mismo en lo que se refiere a los nativos.

Hasta hacía las muecas de un *Canish,* pensó Flinx.

—¿Y dices que ocasionalmente puedes percibir sus pensamientos y él los tuyos, hijo?

—Los sentimientos, no los pensamientos, señor —corrigió Flinx apresuradamente.

El Consejero pareció pensárselo por un momento antes de preguntar:

—Me pregunto si tendrías un minuto o dos para nosotros. No retrasaremos mucho tu partida. Si nos acompañas abajo...

—Señor... —comenzó Namoto, pero el Consejero hizo un gesto desechando su objeción.

—No importa. Este es un joven perceptivo y ya ha oído más que suficiente para saber que hay niveles debajo del edificio que no son visibles desde el exterior. Creo que es lo suficientemente maduro para saber cuándo mantener la boca cerrada y no hablar a tontas y a locas por ahí.

Miró a Flinx penetrantemente.

—¿No es cierto, hijo?

Flinx asintió vigorosamente y el Consejero le recompensó con una sonrisa casi carnívora.

—Bien..., me gustan los espíritus libres. Ahora bien, nos encontramos ante un pequeño problema que hemos sido incapaces de resolver. Tú quizá podrías ser capaz de abordarlo de una forma distinta. Todo lo que te pido es que hagas un esfuerzo por nosotros. Después, y sean cuales sean los resultados, te pondremos en un transbordador atmosférico gratis a cualquier lugar de la Tierra. ¿Qué dices?

Puesto que no podía rechazar la oferta sin hacer que el Consejero se volviese todavía más suspicaz de lo que estaba, Flinx sonrió agradablemente y replicó con una maravillosa imitación de un inocente entusiasmo.

—¡Me encantará hacer todo lo que pueda, por supuesto!

—Esperaba que dirías eso. Lo esperaba. Padre Namoto, podría venir con nosotros..., esto quizá sea instructivo. Que otra persona se encargue temporalmente de sus deberes normales.

Hizo un gesto hacia el cuerpo del reptil:

—Seguridad estará trabajando con esos restos todavía durante un buen rato.

Después se volvió para enfrentarse con la joven thranx.

—Sylzenzuzex, iba a llamar un ascensor, hágalo ahora.

—Sí, señor.

Parecía completamente recobrada del shock de su intento de rapto. Devolviendo la petición del Consejero con un elaborado saludo de la pata y la antena izquierda, fue hacia el ascensor más cercano e insertó una compleja tarjeta de tres picos en una hendidura de la derecha.

Después de un intrincado forcejeo con la tarjeta, la ranura se iluminó inmediatamente con una suave luz verde. Un indicador sobre la puerta zumbó por tres veces. Deslizándose silenciosamente a un lado, éste reveló un vehículo elevador de un tamaño sorprendente.

Flinx entró después de la novicia. Algo..., algo en ella estaba agitando un recuerdo familiar. La idea se desvaneció mientras su atención era atraída por la hilera de números dispuesta al lado de la puerta en el interior del ascensor.

En el panel se leía: 2-1-0-1-2-3..., y así hasta doce. Doce pisos bajo el nivel del suelo y sólo tres por encima. Sonrió mentalmente al recordar. Ahora estaba seguro de que el conductor del taxi era algo más que un anciano charlatán. Pero no le mintió a Flinx..., simplemente había descrito el edificio como era, sin molestarse en mencionar lo que no podía ser visto.

La thranxs insertó la tarjeta en una ranura bajo el panel de números. Flinx vio que allí no había conmutadores, botones ni otros controles. Alguien que no tuviese una tarjeta podría abrirse camino hasta un ascensor, pero sin aquella intrincada forma triangular no le sería posible activarlo.

Ella volvió la cabeza hacia Jiwe.

—¿Señor?

—Nivel séptimo —le dio instrucciones el Consejero—, cuadrante treinta y tres.

—Ese es el hospital, ¿no es cierto, señor? No voy por esa parte muy a menudo.

—Así es, novicia.

Insertando la tarjeta en la ranura, dio otra compleja vuelta con ella. El número siete se iluminó sobre el panel y una larga serie de números diminutos aparecieron en el propio material de la tarjeta. Sosteniéndola firmemente en su lugar, deslizó un dígito sobre el número 33. En cuanto la luz estuvo cubierta, la puerta se cerró.

Flinx notó cómo descendía el ascensor, aceleraba y giraba en direcciones que no podía seguir. Se detuvo varios minutos después. Combinando los cambios de dirección con un cálculo aproximado de su constante y suave velocidad, decidió rápidamente que ya no estaban bajo la estructura visible de Administración.

Cuando por fin la puerta se echó a un lado, Flinx se unió con una multitud de humanos y thranx que asombraba por su densidad. El blanco era aquí el color predominante de los atuendos, aunque todos los uniformes, túnicas o trajes estaban tocados, en un punto u otro, por el aguamarina que los identificaba.

Jiwe y Namoto iban delante mientras Flinx se retrasaba manteniendo el mismo paso que la joven thranx. La picazón de su suposición con respecto a ella había crecido de forma imposible de soportar.

Sin embargo, ella habló la primera, estirándose hasta colocar un delicada pata sobre su hombro libre.

—No he tenido la oportunidad de agradecerte a ti y a tu mascota el haberme salvado la vida. Mi retraso me avergüenza. Acepta las gracias ahora.

El inhaló profundamente su fragancia natural.

—Todas las gracias corresponden a Pip, no a mí —mumuró, incómodo—. Escucha, ¿cómo te ha llamado el Consejero?

—Novicia. El rango es aproximadamente...

—Eso no —corrió él con curiosidad—. Tu nombre.

—Oh... Sylzenzuzex.

—Eso se desmembraría en Syl, del Zen de la Colmena, familia Zu, clan Zex, ¿no?

—Correcto —dijo ella, sin sentirse sorprendida. Cualquier humano podía desmembrar ahora un nombre thranx—. ¿Cómo te llamas tú?

—Flinx...; sí, sólo un nombre. Pero tengo otro motivo para asegurarme del tuyo, uno que va más allá de intercambiar las identificaciones.

Dieron la vuelta a una esquina por un pasillo de paredes color pastel.

—Verás, creo que conozco a tu tío...

Capítulo VII

Los thranx poseen articulaciones rígidas, pero su paso es muy seguro. Sin embargo, el anuncio de Flinx hizo que su compañero insectoide se tambalease. Unos ojos con múltiples lentes le contemplaron con asombro.

—¿Mi... *qué?*

Flinx vaciló mientras doblaban otra esquina. Se preguntó qué extensión ocuparía lateralmente este mundo subterráneo. Quizá la longitud y anchura de toda la isla?

—Quizá no lo haya pronunciado correctamente —dijo torpemente—. Pero ¿no estás relacionado con un viejo filósofo llamado Truzenzuzex?

—Di eso una vez más —le apremió ella. El lo hizo así. ¿Estás seguro de ese acento sobre el nombre de la familia?

Un gesto de asentimiento.

—No estoy segura si «tío» sería una analogía apropiada en terranglo, pero, sí, somos parientes próximos. No he visto a Tru desde hace varios años, desde que comenzó mi adolescencia.

—¿Le conoces bien?

—Realmente no. Era uno de esos dioses infantiles..., un adulto a quien los otros adultos idolizan, ¿entiendes? ¿Cómo es que tú le conoces?

—No hace mucho fuimos compañeros en un viaje —explicó Flinx.

—Era un Eint, ya sabes —continuó ella pensativa—. Muy famoso y muy polémico por sus creencias. Muchos en el Clan pensaban que era demasiado controvertido. Después, cuando me enteré de que había abandonado la Iglesia...

La frase murió rápidamente.

—Eso no se discute ahora en el Clan. No he sabido prácticamente nada de él desde que se desvaneció hace muchos años para dedicarse a la investigación privada, junto con un compañero humano de la nave-aguijón de su juventud.

—Bran Tse-Mallory —añadió Flinx, reminiscente.

La muchacha casi volvió a tambalearse.

—Nunca he conocido a un humano tan lleno del néctar de lo

inesperado. Eres un ser extraño, Flinx-hombre.

Cuando surgía la cuestión de su extrañeza, siempre era un buen momento para cambiar de tema.

Hizo un gesto señalando hacia arriba.

—Así que la Administración de Archivos sobre la superficie no es más que un camuflaje para el *verdadero* centro de la Iglesia.

—Yo…

Ella miró hacia delante y Flinx observó que el Consejero no había perdido una palabra de la conversación, a juzgar por la velocidad con que replicó.

—Adelante, dígaselo, novicia. Probablemente lo adivinará de todas formas aunque no se lo digamos. ¿Qué me dices de esto, hijo…? ¿Eres clarividente?

—Si lo fuese no lo preguntaría, ¿no? —contestó Flinx, nervioso, intentando ocultar su creciente intranquilidad ante los agudos comentarios del Consejero.

Tenía que salir de allí. Si todavía estaba presente cuando la noticia de su extraordinaria fuga de Hivehom se filtrase hasta llegar a Jiwe, quizá nunca le dejasen marchar. Se convertiría en algo que siempre había luchado por evitar…, una curiosidad, algo que sería estudiado y examinado como una mariposa bajo el cristal y atravesada por un alfiler.

Pero no podía dar media vuelta y correr. Tendría que esperar.

Ahora que se le había concedido permiso para hablar, Sylzenzuzex lo hizo entusiásticamente.

—La Administración sobre el suelo es completamente utilizada, pero la mayoría de las instalaciones se extienden bajo gran parte de Bali, en muchas direcciones. Sólo hay dos formas de entrar y salir. A través del centro de los archivos, ahora detrás de nosotros, y por el puerto submarino enfrente de Lombok.

Sus ojos brillaban.

—Es un lugar maravilloso. Hay mucho que estudiar. Mucho que aprender aquí. ¡Flinx!

La reacción de Flinx hasta el momento había sido algo menos de un entusiasmo sin límites. Sospechaba que Sylzenzuzex provenía de una familia bastante mimada. Su propia y escasa confianza en la gente con cargos y en las instituciones había muerto en algún momento entre los ocho y los diez años.

Advirtió ahora que los fluorescentes sobre su cabeza llenaban sus enormes ojos con arcos iris cambiantes.

—La garganta volcánica activa en el monte Agung está canalizada y controlada. Suministra toda la energía que necesita el complejo de la Iglesia. La isla es completamente autosuficiente. Y…

Se interrumpió al detenerse Namoto y Jiwe ante una puerta flanqueada por dos guardias de la Iglesia llevando uniformes color aguamarina. Flinx percibió que su aparente tranquilidad era engañosa, así como la despreocupada manera en que parecían sostener sus rayos.

La identificación correcta fue intercambiada y fueron admitidos en un corredor mucho más pequeño. Dos registros adicionales por seis

hombres y thranx armados les permitieron finalmente la entrada en una modesta cámara. En el centro de esta habitación había una cama estrecha. Tenía el aspecto de una araña en su red en el centro de una mesa reluciente de maquinaria médica altamente sofisticada.

Mientras se dirigían hacia la cama, Flinx vio que sobre ésta se encontraba un único hombre inmóvil. Sus ojos estaban abiertos y no veían nada. Una iluminación indirecta y cuidadosamente dirigida aseguraba que sus deambulantes ojos no sufriesen daño y un diminuto artificio humedecía regularmente sus órbitas, abiertas y fijas. Despierto pero insensible, consciente pero sin conocer a nadie, el hombre flotaba desnudo, excepto por los cables y las tuberías, sobre un lecho de gelatina médica transparente.

Flinx intentó seguir el laberinto de líneas, cables y circuitos que equivalían casi a una momificación metálica, y decidió que el hombre inmóvil le recordaba más que otra cosa una terminal de energía sobreutilizada.

Jiwe miró una vez al durmiente.

—Este es Mordecai Povalo —se volvió hacia Flinx—: ¿No has oído hablar de él nunca?

—No.

El Consejero se inclinó sobre la inmóvil figura.

—Lleva ya semanas moviéndose entre la vida y la muerte. Algunos días muestra señales de una ligera mejoría, otros se necesita el esfuerzo de una docena de físicos para conservarlo con vida. No es posible decir si le queda alguna voluntad de vivir. Los técnicos insisten en que su mente todavía está activa, continúa funcionando. Su cuerpo tolera las máquinas que le mantienen en funcionamiento. Aunque sus ojos están abiertos, no podemos saber si registran imágenes. El que sus centros visuales continúen operando no quiere decir que esté viendo nada.

Flinx se sintió atraído por la figura inmovilizada.

—¿Saldrá alguna vez de su coma?

—Según los doctores no es propiamente un coma. Todavía no han encontrado un término para esto. Sea lo que sea..., suponen que permanecerá así hasta que su mente falle o hasta que su cuerpo rechace el equipo de soporte vital.

—¿Entonces por qué —quiso saber Flinx— mantenerlo con vida?

En Evoria vivía un thranx Di-eint llamado Tintonurac, universalmente famoso por su brillantez..., aunque en el presente tenía el aspecto de un idiota feliz.

Por supuesto, su rostro insectoide no podía producir una expresión humana, pero en los años desde que el Amalgamamiento había tenido lugar, los humanos habían aprendido a leer en las expresiones thranx con la misma facilidad con la que sus casi simbióticos asociados thranx habían aprendido a interpretar a la humanidad.

Ni humanos ni thranx advirtieron su expresión en aquel momento, una expresión extraña en el rostro del más afamado miembro de la Colmena.

Jefe de su clan, era un honor para sus tías y tíos, para su madre de la Colmena y para sus verdaderos padres. La magia particular de Tintonurac yacía en su habilidad para hacer realidad los conceptos y sueños de otros..., porque era un Maestro Fabricante, o ingeniero de precisión. No solamente sus creaciones mecánicas mejoraban los diseños originales de su creador; eran de un aspecto tan atractivo como supremamente funcionales. Entre sus admiradores se debatía fieramente si su ídolo debería ser considerado como un escultor o como un ingeniero.

Entre sus muchos productos había un ingenio que curaba limpiamente una virulenta enfermedad humana, un sistema de energía multiplex para las plantas hidroeléctricas tan prevalentes en los mundos thranx, y un sistema mejorado de control de la puntería en el sistema de armas SCCAM, irresistibles aunque a veces algo salvajes, que constituían la principal baza de la armada de vigilancia combinada humano-thranx. Todavía había más, algunos más esotéricos que creíbles, que sólo su magia podía transformar en algo que funcionase.

Pero ninguno de sus inventos era la causa de su embotada expresión de placer en aquel octavo mes del final de la Estación del Gran Polen de Evoria. La fuente de su placer era un objeto brillante que guardaba oculto en un cajón de su mesa de trabajo. Lo contempló, gozando de su mensaje y de su gloria, mientras se sentaba en su laboratorio con sus seis ayudantes atendiendo a sus asuntos a su alrededor. Todos eran científicos e ingenieros respetados por sus propios méritos. En el grupo, cuatro eran thranx y dos humanos. Constituía una medida de la admiración que se reservaba a Tintonurac que aquellas personas se prestasen voluntariamente a trabajar como sus ayudantes, cuando fácilmente hubiesen podido tener laboratorios y ayudantes propios.

Las mandíbulas del Di-eint se movieron con la risa thranx, mientras se reía ante un nuevo pensamiento. ¡Qué curioso que se fe hubiera ocurrido aquello! ¿Qué pasaría si combinaba los dos metales líquidos en las redomas de su pata izquierda con el disolvente catalizador encerrado en el recipiente al otro lado de la habitación?

Actuando como si estuviese medio dormido, Tintonurac caminó hasta el contenedor y retiró el disolvente. Volviendo a su asiento, descubrió que el placer se hacía mayor y más profundo mientras continuaba con este curso de acción.

Dridenvopa estaba trabajando con el humano Cassidy, pero no tan intensamente que no advirtiese las acciones del Di-eint. Inquieto, abandonó su trabajo para contemplar cómo Tintonurac vertía el contenido líquido de un frasco en otro. Los relucientes ojos compuestos brillaron inseguros cuando el contenido del frasco demasiado lleno derramó la nueva mezcla sobre la mesa y de allí al suelo. El Di-eint era tan limpio en sus manipulaciones físicas como en las mentales y aquello no era muy propio de él. Tampoco la máscara de pura e inconsciente delicia sobre su rostro.

Dridenvopa iba a hacer un comentario, pero se detuvo. Seguramente el Di-eint sabría lo que estaba haciendo. Aquel tranquilizador pensamiento le devolvió a su propia tarea, hasta que tanto él como

Cassidy advirtieron el recipiente con una etiqueta muy brillante que el Di-eint estaba pasando de una verdadera a falsa mano.

«¿Eso no es... ?», comenzó el humano Cassidy en asombrado simbiolenguaje, el patois galáctico para mil usos, mientras el Di-eint abría el recipiente. En lugar de terminar la pregunta, emitió un extraño alarido humano y trató de cruzar metros de equipo y mesas intermedias antes de que ocurriera lo inevitable. Pero fue incapaz de llegar allí a tiempo de impedir que una pequeña porción del inofensivo líquido del recipiente penetrase en la redoma del inofensivo y mezclado metal líquido. Al unirse aquellas dos inofensivas sustancias, formaron una pelota en rápida expansión, tan caliente e intensa como para hacer que el fósforo blanco pareciese de un frío ártico.

A pesar de la creciente incandescencia, Tintonurac se concentró en la bienamada belleza que contenía aquel objeto...

El siempre eficiente servicio contra incendios de la . municipalidad thranx local llegó con su velocidad usual. Todo lo que quedaba para que le prestasen atención era una región abrasada entre dos edificios.

El increíble calor incineró las paredes metálicas del laboratorio y sus ocupantes orgánicos habían perecido.

Los investigadores decidieron que alguien había sufrido un error, poco corriente pero posible. Incluso los más brillantes de los científicos podían tener un resbalón fatal, hasta un thranx podía equivocarse mortalmente, cuando era hipnotizado por una magnificencia que los investigadores quizá hubiesen comprendido, si no se hubiese consumido junto al resto de los contenidos del laboratorio..., como había sido deseado.

Jiwe reflexionó sobre la pregunta de Flinx.

—Porque es sintomático de algo que ha estado sucediendo últimamente en el Mercado Común con una frecuencia alarmante. La mayoría de la gente se niega a ver ningún plan en ellos, ninguna conexión entre los incidentes. Unos cuantos, yo entre ellos, no estamos tan seguros de que esos incidentes no estén relacionados.

«Durante los últimos años, personas importantes con talentos únicos han exhibido una inquietante tendencia a volarse en pedazos, junto con aparatos a veces igualmente únicos. Si se toman individualmente, esos incidentes sólo afectan a los inmolados. Colectivamente, constituyen algo potencialmente peligroso, peligroso para muchos más.

El silencio de la cámara era puntuado únicamente por el eficiente zumbido del equipo de soporte vital, el fantasmagórico alarido de un zombie mecánico.

—Entre docenas de ellos, este Povalo que está aquí es el único que no fue suficientemente eficiente destrozándose a sí mismo. Aunque igual podría estar muerto, para la diferencia que hay. Ciertamente ya no existe.

—Dices que algunos creéis que estos suicidios están relacionados —aventuró Flinx—. ¿Has descubierto algo que los relacione?

—Nada positivo —admitió Jiwe—, y ésa es la razón de que seamos tan pocos. Pero todos tenían una cosa en común. Ninguno parecía tener ningún motivo para quitarse la vida. Casualmente, yo creo que eso es muy significativo. Pero el Consejo no está de acuerdo.

Flinx no mostró demasiado interés. Ahora era el momento de sofocar la curiosidad personal y buscar la forma de escapar.

—¿Qué es lo que quiere que haga?

Jiwe se acercó a una silla cercana y se lanzó sobre ella.

—Povalo era un ingeniero, rico, inteligente y completamente autocontrolado que hacía importantes investigaciones. Ahora es un vegetal. Quiero saber por qué un hombre como ése..., por qué muchos humanos y thranx de ese tipo, de repente parecen encontrar necesario asesinarse. Sí, asesinarse... No puedo llamarle suicidio cuando realmente creo que es otra cosa.

—¿Qué se supone que tengo que hacer yo? —preguntó Flinx cautelosamente.

—Tú detectaste a ese AAnn infiltrado cuando nadie más sospechaba su presencia.

—Eso sólo fue un accidente —explicó Flinx—. Rascó la mandíbula de Pip—. Solamente sucede cuando Pip se excita y percibe una posible amenaza para mí.

Señaló a Povalo.

—Este individuo difícilmente sería una amenaza.

—No espero nada —le calmó Jiwe—. Solamente te pido que lo intentes. Si tú fallas, probaré hasta con lectores del tarot y de las hojas de té.

Flinx suspiró ostentosamente.

—Si insiste...

—Te lo pido —le recordó suavemente el Consejero—, no insisto.

Una cuestión semántica, pensó Flinx con ironía, pero obedientemente volvió el rostro hacia la cama y se concentró en su inerte ocupante. Hizo un esfuerzo para llegar más allá de aquellos ojos sin vista, con más miedo a lo que pudiera descubrir que a lo que no.

Pip se tensó reflexivamente sobre su hombro, percibiendo el esfuerzo de su amo. Flinx esperó, aunque sin mucha confianza, que Jiwe no hubiese advertido la reacción del minidrag. Lo que no había considerado era que su propia intranquilidad al concentrarse en Povalo era suficiente para estimular a Pip. Había una amenaza presente, aunque sólo estuviera en su propia mente.

Ninguna vaga neblina oscurecía su visión. Ninguna cantarina música en sus oídos le distraía. El lecho, el laberinto de circuitos, el brillante equipo y la suspensión de gelatina translúcida..., todo era tan claro como siempre para sus ojos. Y sin embargo..., en su mente había algo que no había visto con los ojos, algo que no había estado allí hacía un momento. Era parte de la criatura del lecho.

Un hombre joven, en lo mejor de la juventud —una distorsionada idealización de Mordecai Povalo— cortejaba a una mujer de belleza sobrenatural. Juntos flotaban entre espesos cúmulos devorados por el húmedo amor. Lado a lado, se zambullían estáticamente en las

vidriosas y verdes profundidades de un profundo océano. De cuando en cuando, las figuras cambiaban ligeramente, en estructura y en colorido, pero el tema era siempre el mismo.

La mujer desapareció sin previo aviso...; nadaba, volaba, corría, según el terreno de cada momento. Apenado y desesperado, el hombre se dirigía a una consola y oprimía un conmutador en un diminuto tablero de instrumentos que hacía que todo fuese bien otra vez.

En la magnificencia de la juventud, Povalo cortejaba a una mujer de flexible gracia, girando y cercándola en amorosas vueltas mientras flotaban entre nubes rosas...

Flinx parpadeó y apartó la vista de la cama. Jiwe le estaba observando atentamente.

—Lo siento —dijo con suavidad—. No pude detectar nada.

—Conseguí lo que esperaba. Gracias por intentarlo, Flinx.

—¿Puedo marcharme ahora?

—¡Hummm? Oh, sí, por supuesto. Novicia —dijo a Sylzenzuzex—, será mejor que acompañe a su joven amigo y le enseñe el camino hacia la salida.

Después volvió la vista hacia Flinx de nuevo:

—Autorizaré un billete en blanco, válido para cualquier lugar de la Tierra. Puedes recogerlo en la salida.

—Si no tiene nada que oponer, señor —declaró Flinx—, me gustaría ir otra vez a los Archivos. Quizá encuentre alguna información en relación con mis padres. Y me gustaría volver a ver la copia de la información que ya tengo.

Sin comprender, Jawe miró a Namoto, que le recordó:

—Los padres del chico, ¿no se acuerda?

—Sí. Naturalmente, proporcionaremos encantados cualquier ayuda que podamos. Novicia, puede usted ayudar a su amigo Flinx a encontrar la información que necesite. Una última cosa, hijo —terminó Jiwe, consiguiendo sonreír un poco otra vez—, si tropiezas con algún visitante más oliendo como una chaqueta vieja en lugar de a humano o thranx, ¿te importaría, por favor, denunciarlo antes de que tu mascota le asesine?

—Lo haré, señor —accedió Flinx, devolviéndole la sonrisa. Su alivio fue considerable cuando salieron de la habitación.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Sylzenzuzex cuando volvían a entrar en el corredor principal del hospital—. ¿Otra vez a Genealogía?

—No..., creo que ya tengo todo lo que es posible obtener de allí. Probemos en vuestro departamento de Calografía. Creo que quizá he localizado el mundo adonde mis padres se fueron.

Eso era una mentira.

—No hay ningún problema —le aseguró Sylzenzuzex, chasqueando las mandíbulas educadamente.

Mientras continuaban por el pasillo, Flinx analizó lo que había visto en la mente de Povalo. La visión de sí mismo idealizado, la mujer, las nubes el mar y las ondulantes colinas..., todas eran imágenes sencillas y dulces de un paraíso poco complicado.

Excepto por la consola. Todo había sido dorado, rojo y verde. Por

supuesto, él no había visto la realidad, sino un simulacro de algo que el ingeniero comatoso había tomado por la realidad.

Aquello sencillos colores. Las cambiantes siluetas de los cuerpos. Flinx las había visto anteriormente.

Justo antes de su muerte, Mordecai Povalo había poseído una piedra de Jano y jugado con ella.

La piedra de Povalo llevó naturalmente a Flinx a pensar en Conda Challis y su propio y pequeño juguete de cristal. Conda Challis había estado en la mente del AAnn infiltrado, junto con el desconocido mundo de Ulru-Ujurr.

Una extraña serie de coincidencias que, indudablemente, no conducían a ningún sitio. ¡Qué le importaban a él los AAnn, y al diablo con el pobre Mordecai Povalo! Ahora Flinx no tenía sitio en su mente para nada que no fuese Conda Challis y la información que había retirado de los archivos de la Iglesia.

Por eso quería ir a Calografía. Su padres..., muy probablemente podían haber muerto aquí mismo, en la Tierra. Para saberlo con certeza tendría que encontrar a Challis, pero el mercader quizá hubiese volado a un globo desconocido como este Ulru-Ujurr..., si este mundo existía en realidad y no se trataba meramente de algún aspecto de la mente del AAnn que Flinx pudiese malinterpretar.

Parecía como si hubiesen andando durante horas antes de encontrarse de nuevo frente a la hilera de ascensores. Una vez más, Sylzenzuzex empleó la compleja tarjeta-clave; una vez más recorrieron un camino angular.

El nivel al que al fin llegaron estaba desierto, lo que difería enormemente del bullicio de la sección del hospital. Ella le guió a lo largo de puertas con largos nombres compuestos grabados sobre ellas hasta que entraron en la que buscaban.

Físicamente, Calografía parecía un duplicado de los Archivos de Genealogía, con una excepción: la sala era más pequeña y contenía más cabinas. Además, la monitora de servicio aquí era mucho más joven que la que había encontrado en la otra sala.

—Necesitaría cierta ayuda para encontrar un mundo oscuro.

La monitora se irguió orgullosamente.

—El servicio de información elimina la oscuridad. Es el cimiento natural de la Iglesia, en donde deben basarse todos los demás estudios. Porque, sin acceso al conocimiento, ¿cómo se puede aprender sobre el aprendizaje?

—Por favor —dijo Flinx—, no más de dos máximas por frase.

A sus espaldas las mandíbulas de Sylzenzuzex chasquearon con un regocijo escasamente reprimido.

La sonrisa profesional de la ayudante se congeló.

—Puedes usar los catálogos; la tercera nave hacia abajo —señaló.

Flinx y Sylzenzuzex se encaminaron hacia la hilera indicada.

—El mundo que quiero investigar se llama Ulru-Ujurr.

—Ujurr —replicó ella en simbiolenguaje, haciendo que la extraña palabra sonase más natural al ser pronunciada por su voz orientada hacia las consonantes.

Flinx la observó atentamente, pero no daba ninguna señal de haber oído el nombre anteriormente.

No pudo decidir inmediatamente si aquello era bueno o malo.

—¿Es ésta la pronunciación en simbiolenguaje? —preguntó ella después de que él montara un espectáculo para pronunciarlo correctamente—. La cinta no lo da por seguro. Puede haber variantes. Pero intentemos primero las fonéticas.

La monitora pareció vacilar ligeramente, preguntándose cómo una cinta de la Iglesia podría ser tan poco específica. Pero se recordó a sí misma que había variaciones en los nombres de mundos mucho mejor conocidos.

Bajaron por una nave bordeada por las amplias paredes casi sin rasgos de los bancos de almacenamiento de la información. Flinx sabía que en aquellos estantes de metal había almacenados trillones de fragmentos de información sobre todos los mundos conocidos, dentro y fuera del Mercado Común.

Probablemente aquellos archivos tendrían un anexo bajo ellos, enterrado en algún punto del laberinto de la verdadera oficina de Administración, un anexo cerrado a las inspecciones despreocupadas. Por esa misma razón, si la incógnita globular de Flinx fuese casualmente de una naturaleza secreta o restringida, podría no aparecer en los archivos.

Se sintió algo sorprendido cuando encontraron lo que parecía ser el compartimento apropiado. Sylzenzuzex oprimió un conmutador cercano y la pared metálica respondió con una configuración oral.

—Podría tratarse de otro Ulru-Ujurr —le avisó mientras estudiaban las etiquetas e inscripciones diminutas que identificaban la casilla—. Pero no parece que haya ninguna referencia a otro mundo con un nombre similar.

—Probemos éste —ordenó Flinx con impaciencia. Ella insertó una tarjeta en la ranura apropiada. Fue un procedimiento más sencillo que el que habían empleado en los ascensores. Fueron recompensados con una diminuta bobina de cinta delgada como un hilo. Ella la observó de reojo..., aunque eso fue solamente la impresión que sacó Flinx de sus movimientos, antes que un gesto físico, puesto que ella no tenía párpados que entornar.

—Es muy difícil decirlo, pero parece como si en esta cinta no hubiese mucho —le dijo finalmente—. Aunque a veces se encuentran carretes que parecen contener doscientas palabras y en realidad contienen dos millones. Podrían mejorar este sistema.

Flinx se maravilló de que hubiese alguien que considerase ineficiente aquel sistema. Pero se recordó a sí mismo que, incluso los miembros más bajos de la jerarquía, de la Iglesia, eran constantemente exhortados a buscar medios de mejorar la organización. Lo llamaban metodología espiritual.

Sólo unas cuantas cabinas estaban ocupadas. Encontraron una al final de una hilera, aislada de los otros ocupantes.

Flinx cogió la silla para los humanos, mientras Sylzenzuzex se plegaba en el estrecho banco diseñado para uso de los thranx e

insertaba el fragmento de plástico cerrado en el receptor. Después activó la planta visual, utilizando el mismo procedimiento que Namoto había empleado anteriormente. La pantalla se iluminó de inmediato.

Lo que apareció fue el esperado perfil estadístico: Ulru-Ujurr era mayor que la Tierra o Hiverhom en un veinte por ciento aproximadamente, aunque su composición resultaba en una gravedad sólo ligeramente mayor. Su atmósfera era respirable y poco complicada y contenía gran cantidad de agua. En ambos polos había extensos casquetes de hielo. Una señal más del fresco clima del planeta era la extensión aparente de la glaciación. Se trataba de un mundo montañoso, con un clima duro en su zona más templada y hielo al norte de aquélla.

—No es un verdadero mundo de hielo —comentó Flinx—, pero es más frío que muchos de los habitados por humanx.

Examinó atentamente la extensa lista y después frunció el ceño:

—Un poco de frío no debiera desaconsejar los asentamientos humanx en un mundo por lo demás favorable, pero no veo ninguna indicación, ni siquiera de un puesto *de* observación científico. Todos los mundos inhabitables tienen uno por lo menos. Moth soporta una población considerable y hay asentamientos humanx importantes en planetas mucho menos hospitalarios. No lo entiendo, Sylzenzuzex.

Su compañera estaba casi temblando al imaginarse el frío.

—Frío, dice él. «Habitable». Quizá para vosotros los humanos, Flinx. Para un thranx es un infierno de hielo.

—Admito que se aparta de vuestra concepción del ideal —se volvió hacia la pantalla—. Aparentemente hay tanto vida animal como vegetal nativas, pero no hay descripciones, ni detalles. Puedo entender que la naturaleza del terreno hiciese dichos estudios difíciles, pero no que los eliminen totalmente en la forma que parecen haberlo hecho.

Cada vez se sentía más y más perplejo.

—No hay ningún depósito importante de minerales pesados o radioactivos.

Resumiendo, aunque la gente podía vivir en Ulru-Ujurr... no había nada que los atrajese allí. El planeta se encontraba en la frontera del Mercado Común, apenas dentro de sus límites espaciales, y estaba comparativamente lejano del mundo civilizado más próximo. No era un lugar atractivo donde vivir.

¡Pero, maldita sea, debiera haber algún tipo de puesto de observación!

La cinta terminada allí, excepto por una coletilla apenas visible.

LOS QUE DESEEN OBTENER DETALLES ESTADÍSTICOS ADICIONALES, CONSULTEN APÉNDICE 4325, SECCIÓN BMQ...

—Supongo que estarás tan cansado de leer estadísticas como yo —dijo Sylzenzuzex mientras colocaba la pequeña cinta en rebobinación—. Por lo que a tus padres se refiere, este mundo ciertamente parece un callejón sin salida. ¿Qué es lo que quieres ver ahora?

Intentando mantener un tono despreocupado, dijo:

—Sigamos y terminemos primero con éste.

—Pero eso significaría rebuscar entre los subíndices —protestó

ella—. Tú seguramente...

—Asegurémonos de que no puede ser éste —interrumpió él impacientemente.

Ella hizo un sonido thranx que indicaba moderada resignación al tiempo que unos ecos de regocijo, pero no discutió más.

Después de casi una hora de investigación encontraron el Apéndice 4.325. Sección BMQ; obtuvieron el subíndice necesario y apremiaron a la máquina, que estaba algo reluctante, para que entregase la cinta indicada. Alguien, pensó Flinx. se ha tomado muchas molestias para esconder este fragmento de información particular, sin que lo parezca.

Esta vez sus sospechas se confirma», n. Una vez deslizada en el visor y activada, la pantalla se cubrió con unas brillantes letras rojas que decían: ULRU-UJURR... MUNDO HABITABLE... ESTE PLANETA Y SU SISTEMA SE ENCUENTRAN BAJO PROHIBICIÓN...

Venía también la fecha del primer y único viaje por el planeta, junto con la fecha en !a que había sido colocado bajo prohibición de la Iglesia por el Gran Consejo.

Aquello lo terminaba todo, por lo menos para Sylzenzuzex.

—Te has tropezado con la pared de la Colmena. No puedo imaginar qué te ha hecho pensar que tus padres podrían estar en ese mundo. Debe haber sido un error, Flinx. Ese mundo está bajo prohibición. Eso quiere decir que nada ni nadie puede acercarse a más de la distancia de un transbordador de la superficie. Habrá por lo menos una gran nave de guerra automatizada en órbita alrededor, programada para interceptar e impedir el paso de todo lo que intente alcanzar el planeta. Cualquiera que quiera ignorar la prohibición...; bueno —se detuvo significativamente—. nadie puede correr más o maniobrar mejor que una de esas naves.

Sus ojos brillaban.

—¿Por qué me miras así?

—Porque yo voy a ir allá. A Ulru-Ujurr —añadió él ante su expresión de incredulidad.

—Retiro mi primera evaluación —dijo ella cortante—. Eres algo más que extraño, Flinx..., o quizá tu mente se esté desquiciando por los traumáticos acontecimientos del día.

—Los goznes de mi mente están firmes y funcionando perfectamente, gracias. ¿Quieres escuchar algo realmente absurdo?

Ella le miró cautelosamente. —No estoy segura.

—Creo que todos esos suicidios de gente importante que preocupan tanto a Jiwe tienen algo que ver con la piedra de Jano.

—La piedra... ¡he oído hablar de ella!, pero ¿cómo...?

El siguió veloz y atrevidamente. —Sobre el cuerpo del infiltrado que murió vi polvo que podría venir de una piedra desintegrada.

—Creí que eso era de los dardos de cristal destruidos.

—También podrían ser de una piedra de esa clase.

—¿Y qué?

—Pues... no sé cómo, pero tengo el presentimiento de que, de alguna forma, todo tiene relación: las piedras, los suicidios, este mundo... y los AAnn. Ella le miró sobriamente.

—Si tienes sentimientos tan fuertes sobre esto, entonces ¿por qué no se lo dijiste al Consejero, por el amor de la Colmena?

—Porque..., porque... —sus pensamientos se hicieron más lentos, y llegaron hasta aquella omnipresente muralla de aviso—, no puedo, eso es todo. Además, ¿quién va a escuchar una teoría tan loca cuando viene de... —se sonrió repentinamente— un jovenzuelo desquiciado como yo?

—No creo que seas tan joven —dijo ella, ignorando con intención el comentario sobre su desquiciamiento—. Y entonces, ¿por qué se lo dices a alguien..., me lo dices a mí?

—Yo... quería otra opinión, para ver si mi teoría sonaba tan alocada en voz alta como suena en mi cabeza.

Sus mandíbulas chasquearon nerviosamente.

—De acuerdo. Creo que suena muy alocada. Ahora, ¿por qué no nos olvidamos de todo esto y volvemos al siguiente mundo que haya surgido en tu investigación?

—En mi investigación no surgió ningún mundo. Tampoco surgió Ulru-Ujurr.

Ella parecía exasperada.

—Entonces, ¿dónde encontraste el nombre?

—En la... —se detuvo casi demasiado tarde. Había estado a punto de confesar que lo había extraído de la mente del moribundo AAnn—. Tampoco puedo decirte eso.

—¿Cómo supones que voy a ayudarte, Flinx, si no me dejas?

—Viniendo conmigo.

Ella permaneció allí, paralizada.

—Necesito alguien que pueda cancelar el mandato de una nave automática. Tú eres una novicia en Seguridad, o no habrías estado en un puesto tan delicado como el ascensor de superficie del corredor. Tú podrías hacerlo.

La miró con curiosidad.

—Será mejor que vayas a hablar con el Consejero Jiwe —le dijo ella, hablando muy despacio—. Aun suponiendo que yo pudiese hacer una cosa así, nunca pensaría en desafiar una prohibición de la Iglesia.

—Escucha —dijo Flinx rápidamente—, un miembro de la Iglesia de rango superior nunca pensaría en hacerlo y sería seguido, aunque sólo fuese por razones de protección. Ni siquiera una nave militar del Mercado Común podría. Pero tú no estás tan arriba en la jerarquía que pueda causar alarma el que te desviases repentinamente de las actividades programadas. También apuesto a que en ti hay algo de tu tío, y es el individuo más brillante que he conocido.

Sylzenzuzex estaba mirando a su alrededor con la expresión de alguien que se despierta de repente y se encuentra encerrada en una habitación con un carnívoro hambriento.

—No estoy escuchando nada de todo esto —murmuró frenéticamente—. No lo estoy escuchando. Es..., es blasfemo e idiota.

Sin apartar sus ojos de él, comenzó a deslizarse del banco.

—Me pregunto cómo he estado en relación contigo.

—Por favor, no grites —le aconsejó suavemente Flinx—. En cuanto a tu pregunta, si lo piensas un minuto..., te salvé la vida.

Capítulo VIII

Ella se detuvo, con las cuatro extremidades motoras dobladas bajo ella en preparación de una rápida carrera hacia el mostrador de la monitora. Las palabras de Flinx daban vueltas por su cabeza.

—Sí —admitió finalmente—, me salvaste la vida. Por un momento lo había olvidado.

—Entonces, por la Colmena, la Reina-Madre y el milagro de la metamorfosis —entonó él solemnemente—, invoco ahora la deuda que me debes.

Ella intentó parecer divertida, pero él podía notar que estaba emocionada.

—Es un juramento divertido. ¿Es para hacer reír a los niños?

El lo repitió de nuevo para darle más énfasis..., esta vez en thranx mayor. Era difícil y tartamudeó a causa de los chasquidos y difíciles suspensiones de la glotis.

—Así que sabes eso —mumuró ella, derrumbándose visiblemente y mirando después hacia la monitora que estaba tranquilamente sentada en el alejado mostrador.

Flinx sabía que un solo grito suyo atraería mucho personal armado y le asarían a preguntas. Se lo jugaba todo a que ella no lo haría, a que el antiguo y poderoso reconocimiento de la deuda en aquel gran juramento la refrenaría.

Lo hizo. Ella le miró implorantemente.

—Apenas soy adulta, Flinx. Todavía tengo todas las fundas de mis alas y mi quitina de adolescente se desgarró hace sólo un año. Nunca he estado casada. No quiero morir, Flinx, a causa de tu inexplicable obsesión. Me gustan mis estudios, la Iglesia y mi futuro potencial. No me avergüences ante mi familia y mi clan. No..., no me hagas hacer eso... Me gustaría ayudarte, de verdad que me gustaría. Ya has tenido más infelicidad e indiferencia de lo que te mereces. Pero, por favor, trata de comprender.

—No tengo tiempo para comprender —gritó él, cortándola antes de que ella le hiciera volverse atrás. Tenía que ir a Ulru-Ujurr, aunque sólo existiese una probabilidad de que Challis hubiese huido allí—. De haber

tomado tiempo para comprender, ya estaría muerto una docena de veces. Invoco ese juramento para que me pagues tu deuda.

—De acuerdo entonces —accedió ella, con voz sin expresión—. Debo hacerlo. Me ahogas a causa de tu sueño.

Y añadió algo que indicaba desesperanza, mezclada con desprecio.

Durante un breve momento, un segundo, estuvo dispuesto a decirle que desapareciese, que saliese de la habitación, que se marchase lejos de allí. El momento pasó. La necesitaba.

Si se dirigía directamente a alguien como Jiwe y le decía que tenía que ir a Ulru-Ujurr, el Consejero sonreiría y se encogería de hombros. Si le hablaba de la teoría en relación con las piedras de Jano, Jiwe pediría detalles, razones, origen de las sospechas. Eso significaría admitir sus poderes, algo que no podía hacer.

La Iglesia, a pesar de toda su buena voluntad y sus buenas obras, era una burocracia masiva. Antepondría sus propias preocupaciones a las suyas.

«Claro —le dirían—, te ayudaremos a encontrar a tus verdaderos padres, pero antes...»

Ese «antes» podría durar siempre, o, por lo menos, hasta que Challis se aburriese y destruyese el último eslabón entre Flinx y sus padres. Tampoco estaba convencido de que le ayudarían aunque les revelase todo lo que sabía..., no estaba seguro de que la capacidad de adaptación de la Iglesia llegase hasta a romper su propia prohibición.

Iba a ir a Ulru-Ujurr sin importarle lo demás, aunque no podía decir a nadie el verdadero motivo. Ni siquiera a Sylzenzuzex, que esperaba silenciosamente, mirando hacia el suelo con el aspecto de una muerta viviente. Sin embargo, seguramente, sería completamente rehabilitada cuando se supiese que le había acompañado a la fuerza.

Seguramente...

Después de que Sylzenzuzex solicitara y recibiera rápidamente un permiso acumulado de varias semanas terráqueas, tomaron un transbordador atmosférico al puerto espacial de Brisbane. Ante las preguntas de la máquina, ella había explicado que tenía que visitar a sus padres en Hivehom. A pesar de todo esto, Flinx nunca abandonó su determinación de que ella le acompañase. Era algo que no podía evitarse. En respuesta a sus preguntas, ella era glacialmente cortés. Por mutuo acuerdo, no se enzarzaron en conversaciones triviales.

Permanecieron en Brisbane durante una semana, mientras Flinx llevaba a cabo los complejos procedimientos necesarios para alquilar una pequeña nave autopilotada de mando Doble K. Vehículos privados capaces de realizar viajes interestelares no era posible disponer de ellos con facilidad.

Malaika había sido muy generoso, pero el pago del alquiler de tres días terminó con lo que quedaba en la cuenta de créditos de Flinx. Eso no le molestó, puesto que ya era culpable de un secuestro. No tendría gran importancia que el propietario de la nave enviase alguien detrás suyo cuando pasasen los tres días y no volviese. Ya se preocuparía del pago de la astronómica deuda en que iba a incurrir en otro momento. Si es que volvía, se recordó a sí mismo. La Iglesia no había estampado una

prohibición sobre Ulru-Ujurr por pura perversidad. Había un motivo..., y siempre quedaba Challis.

Sylzenzuzex sabía menos que él sobre navegación. Si el dueño le había mentido sobre la autosuficiencia de la pequeña nave, nunca llegarían a Ulru-Ujurr... ni a ninguna otra parte.

De hecho, explicó ella, el campo que había escogido era arqueología. Seguridad era sólo su especialidad de estudiante. Las primitivas sociedades insectoides de los albores de Hivehom siempre la habían fascinado. Soñó con poder estudiarlas durante el resto de su vida, una vez graduada y vuelta a su patria como un padre con todos los honores..., algo que ahora nunca sucedería.

El la ignoró. Tenía que hacerlo o su resolución se vendría abajo. Una vez más se preguntó por qué un mundo inhabitable, aparentemente inocuo como Ulru-Ujurr, había sido colocado bajo prohibición. La información que habían estudiado en Calografía, las largas listas de frías estadísticas que le habían impulsado al secuestro, el fraude y las deudas, no servían para resolver aquel pequeño asunto.

Una de las preocupaciones, por lo menos, desapareció rápidamente cuando la poderosa nave dio el salto a más velocidad que la luz y los alejó de una persecución inmediata. Según los datos simplificados, la nave se dirigía a la máxima velocidad en el rumbo señalado por las coordenadas que Flinx le había proporcionado.

Flinx no estaba en realidad preocupado por estar otra vez arruinado. En cierta forma casi se sentía aliviado. Había pasado toda su vida sin dinero. El abrupto reanudamiento de aquel conocido estado era como cambiar un traje caro por un par favorito de pantalones de trabajo viejos y desgastados.

El tiempo que pasaron viajando no fue malgastado. Flinx consultaba e interrogaba constantemente al computador, aumentando sus rudimentarios conocimientos sobre navegación y manejo de la nave, aunque permaneciendo a una respetuosa distancia del mando manual. No se sentía avergonzado de su ignorancia. Todas las naves Doble K eran manejadas esencialmente por medio de computadores. Las distancias y velocidades estelares resultaban demasiado grandiosas para ser manipuladas por simples mentes orgánicas. Las tripulaciones humanx presentes en todos los grandes cruceros KK estaban allí para atender simplemente las necesidades de la carga y de los pasajeros, y por precaución. Constituían una flexible reserva de seguridad, dispuestos para ocupar sus puestos si por casualidad la mente de la nave no funcionase correctamente.

Era una suerte que la nave le interesase tanto, porque Sylzenzuzex demostró ser cualquier cosa menos una compañera vivaz. Escogió permanecer en su cabina, saliendo únicamente para recoger las comidas del autochef. Sin embargo, y gradualmente, hasta la paciencia de alguien acostumbrada a vivir subterráneamente comenzó a agotarse y pasó más y más tiempo en el puente de la nave, pretendidamente lujoso. Pero cuando se dignaba decir algo en absoluto, su conversación se reducía a comentarios monosilábicos de total decaimiento.

Aquella voluntaria sumisión a la realidad chocaba con el carácter

de Flinx todavía más que su silencio.

—No te entiendo, Sylzenzuzex. Pareces una persona presenciando sus propios funerales. Te dije que yo confirmaré que te he raptado contra tu voluntad. Después de eso, supongo que nadie te culpará de lo que ha pasado.

—No lo entiendes —musitó ella, sibilantemente—. No podría mentir así. Ni a mis superiores ni a mi madre de la Colmena. Y seguro que tampoco a mis padres. Vine contigo voluntariamente.

Su exquisita cabeza, que brillaba como el mar con la iluminación desde arriba, se abatió desconsoladamente.

—Eso no tiene sentido —argüyó Flinx con vehemencia—. ¡No podías escoger! Te pedí que cumplieras una deuda hereditaria. ¿Cómo podrá nadie culparte de ello? En cuanto a nuestro prohibido destino..., yo sólo lo decidí. No tenías nada que hacer en cuanto a mi decisión y has expresado numerosas objeciones.

Mientras hablaba, su comida, ya preparada, estaba enfriándose en un recipiente cercano. *Los* ojos de azabache de Pip contemplaron pensativamente a su inquietó dueño.

Sylzenzuzex le devolvió la mirada.

—Todavía hay algunas cosas sobre nosotros que los humanos no entendéis.

Y dio media vuelta como si aquellas fuesen a ser sus últimas palabras sobre el tema.

Siempre la frase conveniente, pensó Flinx furioso. No importaba que fuesen humanos o thranx..., siempre aquella pronta disposición a buscar refugio en absolutos. ¿Por qué seres, supuestamente inteligentes, se sentían tan horrorizados ante la razón? Contempló el exterior a través de la escotilla de proa, frustrado inmensurablemente. El universo no funcionaba sobre principios emocionales. Nunca había podido entender cómo podía hacerlo la gente.

—Como quieras —gruñó Flinx—. Nos ocuparemos de problemas más inmediatos. Háblame de esta estación que se supone nos impedirá tocar la superficie de ese mundo.

Hubo un sonido sibilante, cuando una gran cantidad de aire fue expulsado por las espículas respiratorias..., un suspiro thranx.

—Lo más probable es que encontremos de una a cuatro en órbita sincrónica alrededor del planeta. No estoy segura, porque hay tan pocos mundos bajo prohibición que rara vez el tema sale a colación. Por supuesto, no hay ningún tipo de información sobre dichos mundos. Encontrarse bajo prohibición, como ellos lo llaman, es una situación más discutida como una probabilidad que como un hecho.

»Me imagino —continuó ella, acercándose a una consola y contemplando ociosamente los instrumentos— que de alguna forma nos harán señales o no nos interceptarán, ordenándonos marcharnos de allí.

—¿Qué pasará si ignoramos su aviso?

Ella se encogió de hombros a lo thranx.

—Entonces lo probable será que nos vuelen en pedazos.

El tono de Flinx se hizo sarcástico.

—Creía que la Iglesia era un proveedor de gentileza y comprensión entre las especies.

—Eso es verdad —le disparó ella—, y da mucha seguridad y tranquilidad a todos los mundos saber que los decretos de la Iglesia se hacen cumplir.

Su voz subió de tono.

—¿Crees que la Iglesia pone a todo un mundo bajo prohibición a causa del capricho de algún Consejero?

—No lo sé —replicó él. tranquilo—. Probablemente tendremos la oportunidad de averiguarlo…

Sin previo aviso, una fortaleza volante apareció de la nada. Hacía un minuto, volaban solos en el espacio abierto, girando hacia el cuarto planeta de un sol indistinguible, y en el minuto siguiente, una nave con seis puntas proyectándose desde su eje principal había alcanzado su velocidad y estaba navegando a su altura. La nave era varias veces mayor que su pequeño artefacto.

—Estación pacificadora automatizada veinticuatro —dijo cortésmente una voz mecánica por los altavoces.

La pantalla tridimensional no pudo recoger ninguna imagen.

—Hablando a nave desconocida tipo dieciséis-R. En nombre de la Iglesia y del Mercado Común, se os notifica en este momento que el mundo al que os aproximáis está bajo prohibición. Se os ordena corregir vuestro rumbo actual y reactivar vuestro mando Doble K. No se permite a ninguna nave enviar un transbordador al cuarto planeta ni permanecer en las proximidades de este sol.

«Disponéis de treinta minutos estándar desde la conclusión de esta notificación para reprogramar vuestro computador de navegación. Repito, no intentéis acercaros al radio de radar del cuarto planeta. No intentéis llegar más cerca de cinco diámetros planetarios. El no cumplimiento de las ordenanzas antedichas será contestado adecuadamente.

—Una forma cortés de decir que nos volará en pedacitos —comentó secamente Sylzenzuzex—. ¿Podemos volver ahora?

Flinx no contestó. Estaba ocupado, estudiando la masa de metal que derivaba cerca de la suya. Que era rapidísima, mucho más que su pequeña nave, ya había sido demostrado. Sin duda, varias armas de diversas capacidades destructivas estaban apuntadas sobre el puente, mientras él se preguntaba qué hacer después. Si se lanzaban desesperadamente hacia la superficie del planeta tendrían el mismo éxito que si él intentase vencer a la carrera a un devilope por las llanuras que bordeaban el pantano de Gelerian, en su mundo nativo.

—Por esto te traje conmigo —le dijo al expectante thranx—. No fue por el placer de tu compañía.

Flinx se echó a un lado, revelando una instrumentación activada.

—Aquí está la tridimensional. Dale tu nombre, número de identidad en la Iglesia, código de seguridad, lo que haga falta para que nos deje pasar.

Ella no se movió, con las patas aparentemente clavadas en el suelo de metal.

—Pero no me hará caso.

—Prueba.

—Yo..., yo no lo haré.

—Estás bajo el juramento de la vida, has jurado por tu Colmena —le recordó entre dientes, odiándose más a sí mismo con cada palabra que decía.

Otra vez se derrumbó la simétrica cabeza, otra vez la voz hueca, derrotada.

—Muy bien.

Se dirigió a la consola.

—Te diré, por última vez —le dijo—, que si me haces hacer esto, es como si tú mismo me hubieses expulsado de la Iglesia, Flinx.

—Sucede que tengo más confianza en tu organización de la que pareces tener tú. Además, si después de una explicación completa de todas las circunstancias, realmente te expulsaran, entonces creo que la organización no te merece.

—Qué seguro estás —le dijo ella calmosamente, concluyendo con un sonido tan duro que hizo temblar a Flinx.

—Adelante —ordenó él.

Ella probó la emisión y después pulsó una serie de palabras y números a gran velocidad. Flinx apenas pudo identificarlos, y mucho menos entender algo del continuo flujo del híbrido parloteo. Se le ocurrió que podría haber dado orden a la fortaleza de que les destruyera. Aquella desagradable idea desapareció cuando nada sucedió. Después de todo, la supervivencia era un impulso thranx tan fuerte como el humano.

En su lugar, el anuncio trajo el resultado tan esperado.

—Cancelación temporal de emergencia recibida y comprendida —llegó la inflexible voz—. En proceso.

Aquellos dos minutos parecieron dos años antes de que Flinx escuchase la respuesta final.

Después:

—Las demás estaciones, notificadas. Podéis seguir.

No había tiempo que malgastar en agradecimientos. Flinx corrió hacia el receptor de navegación y dio instrucciones verbalmente a la nave para que se colocase en una órbita baja alrededor de la zona templada ecuatorial sobre el mayor de los continentes. Después, los ingenios detectores de la nave comenzarían un rastreo en busca de cualquier señal de comunicaciones con la superficie,.., de cualquier cosa que indicase la presencia de un asentamiento humanx.

Algún lugar donde alguien como Challis pudiese existir.

—¿Y qué pasará si no hay nada de eso? —preguntó Sylzenzuzex, con el rostro pálido mientras la nave se apartaba de la fortaleza volante—. Ahí abajo hay todo un mundo, mayor que Hivehom, mayor que la Tierra.

—Habrá algún punto colonizado —le aseguró.

Su tono confiado no traicionaba la incertidumbre de su mente.

Lo había. Sólo que no lo localizaron..., ellos fueron los localizados.

—¿Qué nave..., qué nave...? —restallaron los altavoces, tan pronto como entraron en órbita de aparcamiento. La pregunta llegó en perfecto simbio-lenguaje, aunque si provenía de una garganta humana o thranx era difícil decirlo.

Flinx se acercó al receptor.

—¿Quién llama? —preguntó, inútilmente.

—¿Qué nave es ésa? —preguntó la voz.

Esto no podía durar por horas. Respondió con lo primero que sonaba casi plausible.

—Esta es la nave privada de investigación Chamo-oth, en misión de la Iglesia y procedente de la Tierra.

Aquello no era mentira por completo. Su secuestro de Sylzenzuzex constituía ciertamente algo relacionado con la Iglesia y estaba allí conducido por la información en los archivos eclesiásticos.

Siguió una larga pausa, mientras en el otro extremo de la transmisión unos seres invisibles digerían esto. Finalmente llegó:

—Las coordenadas del puerto son las siguientes...

Flinx garrapateó la información. Su mentira les había llevado hasta allí. Una vez aterrizasen..., bueno, entonces ya vería. Los números se traducían en una posición sobre una meseta bastante pequeña en las montañas del continente meridional. Según la información, la cinta de aterrizaje bordeaba un enorme lago a una altura de 14.000 metros.

Sudando y murmurando ante su propia torpeza, Flinx consiguió llevar la nave sobre el punto de aterrizaje indicado con un mínimo de correcciones al autopiloto. Desde allí descendió accidentalmente y a saltos, por medio de una caída autoprogramada, a la superficie.

Ahora Sylzenzuzex hablaba sin parar, en su mayor parte a sí misma.

—No lo entiendo —continuaba murmurando una vez y otra—, ahí abajo no debiera haber nada. No es un mundo bajo prohibición. Ni siquiera una avanzadilla de la Iglesia. No tiene ningún sentido.

—¿Por qué no tendría sentido? —le preguntó Flinx, luchando para mantenerse en su asiento mientras la diminuta nave se las veía con potentes corrientes de aire—. ¿Por qué la Iglesia no puede tener negocios en un mundo del que quiere mantener alejados a todos los demás?

—Pero sólo una amenaza extrema al bienestar de la especie humanx es razón suficiente para colocar un mundo bajo prohibición —protestó ella en tono incrédulo—. Nunca he oído hablar de ninguna excepción.

—Claro que no —accedió Flinx, con la seguridad de alguien que ha experimentado muchas de las perversidades de la naturaleza humana y thranx—. Porque ninguna información sobre los mundos que se encuentran bajo prohibición está disponible. Qué conveniente.

En aquel momento la nave se ladeaba al descender entre pendientes montañosas cubiertas de bosques. Una atmósfera más densa hacía que la altura a la que crecían los árboles fuese mayor aquí que en Moth o en la Tierra. Por todas partes había lagunas y lagos

glaciares. En las elevaciones más altas, unos pequeños glaciares esculpían su camino hacia abajo..., incluso aquí, en el ecuador del planeta.

—Comienzo de la aproximación del aterrizaje —les informó el computador.

Flinx vio que la meseta que la voz de la superficie había mencionado era mucho más pequeña de lo esperado. No se trataba en realidad de una meseta, sino una amplia llanura glacial cortada por el hielo en las montañas. Un costado de la llanura estaba ocupado por un estrecho lago que relucía como un zafiro oblongo.

Mientras el transbordador se enderezaba, pasaron junto a una cascada cortada a pico, de un kilómetro de altura por lo menos, que caía en un cañón de un único salto ininterrumpido, como acero blanco. Este era un mundo magnífico, decidió él.

Únicamente pedía que el transbordador les dejase sobre él en una sola pieza.

Su lecho *de* aceleración tembló cuando la nave disparó los cohetes de los frenos. Ahora podía distinguir por delante la cinta de la pista que corría paralela al profundo lago. En el extremo opuesto, un diminuto conjunto de edificios sobresalía sobre la gravilla aluvial y los bajos arbustos.

Por lo menos la instalación en aquel lugar —fuese quien fuese el que la estaba haciendo maniobrar— era lo suficientemente avanzada como para incluir enganches automáticos. Construidos dentro de la materia de la propia pista, se encajaban en los correspondientes eslabones de la panza del transbordador. La terminación de esta maniobra fue señalada por un violento tirón. Después el computador de aterrizaje se encargó de todo y posó el transbordador de forma suave y segura.

Mientras se desabrochaba las correas, Sylzenzuzex miró por la escotilla lateral de la izquierda.

—Esto es una locura —murmuró, contemplando el considerable complejo de estructuras cercanas—, no puede haber una base aquí. No debiera haber nada.

—Algunas nadas —comentó él señalando el par de vehículos grandes que ahora se movían por el campo hacia ellos— vienen a saludarnos. Ahora recuerda —le dijo, mientras calmaba a un Pip nervioso y se encaminaba al corredor de acceso que conducía a la compuerta— que estás aquí porque yo te forcé a venir.

—Pero no físicamente —contrarrestó ella—. Te lo dije antes. No puedo mentir.

—La Cabeza del Caballo —murmuró él mirando hacia el cielo—. Entonces sé evasiva. Ah, haz lo que te parezca mejor. No voy a llevarte a razones, como tampoco tú vas a convencerme de que entre en la Iglesia.

Flinx activó la compuerta automática y ésta comenzó a abrirse. Si la atmósfera exterior hubiese sido irrespirable, a pesar de la información de los archivos de Calografía, la compuerta no se habría abierto. Mientras la puerta se hacía a un lado, una arrugada rampa se extendió y los sensores de su extremo la hicieron detenerse tan pronto

como tocó suelo sólido. Pip estaba agitándose violentamente, y Flinx mantenía a su mascota con mano firme. Aparentemente, el minidrag volvía a percibir alguna amenaza, lo que sería natural si, por ejemplo, aquello fuese una instalación de la Iglesia. En cualquier caso, no podían luchar contra todo un grupo que seguramente vendría armado. Necesitó unos minutos para convencer a su mascota de que se relajase, sin tener en cuenta lo que sucediese después.

Flinx respiró profundamente antes de comenzar a bajar por la rampa. Sylzenzuzex trotó morosamente detrás, perdida en morbosos pensamientos. A pesar de la altitud, el aire aquí era grueso y rico en oxígeno. Contrarrestaba sobradamente la gravedad, ligeramente más fuerte.

Por tres de los lados del valle se elevaban riscos coronados por la nieve. Excepto por la llanura glacial donde se encontraban, el valle y las pendientes de las montañas estaban cubiertos por un espeso manto de grandes árboles. El verde continuaba siendo el color predominante, pero había una buena cantidad de vegetación de tonos amarillentos. Sus ramas se elevaban rígidas hacia el cielo, sin duda para extenderse completamente con la nieve del invierno.

La temperatura era perfecta..., unos veinte grados centígrados. Por lo menos por lo que a Flinx se refería. Sylzenzuzex ya tenía frío y la sequedad del aire no ayudaba demasiado a la flexibilidad de las articulaciones de su exoesqueleto.

—No te preocupes —dijo, intentando animarla, mientras los vehículos de superficie se acercaban—, debe haber alojamientos pensados para las personas thranx. Pronto te calentarás. Y explicarás privadamente tu historia a la autoridad local, si quieres —añadió silenciosamente.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando el primer vehículo se detuvo ante ellos. Mientras esperaba, Flinx tenía cogida con fuerza a Pip, sujetando al tenso minidrag por las articulaciones de las alas, para prevenir un vuelo repentino. Pero a pesar de los minutos que ya había pasado calmando a su mascota, Pip continuaba forcejeando. Cuando finalmente se posó, se enroscó, penosamente tenso, sobre el hombro de Flinx.

Del vehículo comenzó a salir gente. No llevaban las túnicas aguamarina de la Iglesia ni el carmesí del Mercado Común. Tampoco tenían aspecto de ser operativos registrados en el Mercado Común y portaban rayos listos para ser disparados.

Siete hombres y mujeres armados se desplegaron en un semicírculo que cubría a los dos recién llegados. Se movían con una eficiencia que a Flinx no le gustó. Cuando llegó el segundo coche y comenzó a descargar sus pasajeros, varios miembros del primer grupo echaron a correr por la rampa y desaparecieron en el interior del transbordador.

—Escuchen... —comenzó Flinx tranquilamente. Uno de los hombres del grupo agitó su rayo amenazadoramente.

—No sé quiénes sois, pero de momento cerrad la boca.

Flinx se apresuró a obedecer, en tanto que Sylzenzuzex, paralizada

ahora por algo más que el frío, permanecía detrás de él y estudiaba a sus captores.

Pasaron varios minutos antes de que la pareja que había entrado en el transbordador emergiera y gritase a sus compañeros:

—No hay nadie más a bordo, y no traen armas.

—Bien. Volved a vuestros puestos.

Flinx se volvió hacia la maciza mujer de edad madura que había hablado. Estaba justamente frente a él. Tenía el rostro de alguien que ha visto infinitas cosas demasiado pronto y cuya juventud hubiese sido un tiempo de esperanzas estériles y sueños inalcanzados. Desde la esquina de uno de sus ojos, en una accidentada curva que iba hasta su oreja y bajaba luego por un lado de su cuello para desaparecer bajo el cuello alto de su jersey, corría una vivida cicatriz, cuya lívida blancura resaltaba contra su atezada piel. Ostentaba la cicatriz como un collar favorito. También advirtió que el sencillo atuendo de pantalones de trabajo, botas y blusa de cuello alto habían sido muy usados.

Sacando un comunicador de bolsillo, la mujer habló por él:

—Javits dice que no queda nadie más a bordo y que no hay armas.

Un murmullo, demasiado suave y distante para que Flinx pudiese comprenderlo, salió del altavoz del compacto comunicador.

—No, los instrumentos tampoco muestran ningún ingenio automático a bordo. ¿Ha vuelto a responder la nave en órbita? —otra pausa, y después—: Parece que sólo han venido estos dos.

La mujer cerró la unidad, la volvió a colocar en su cinturón y contempló a Flinx y a Sylzenzuzex.

—¿Hay alguien más que sepa que habéis venido aquí?

—No esperaréis que os facilite tanto las cosas, ¿verdad? —respondió Flinx para distraer la atención de Sylzenzuzex, además de contestar a la pregunta.

—Qué chico tan gracioso.

La mujer dio un paso adelante y levantó el rayo sobre su hombro izquierdo. Pip se agitó y ella se dio cuenta repentinamente de que el minidrag era algo más que una simple mascota.

—Yo no haría eso —le dijo suavemente Flinx.

Ella contempló la serpiente.

—¿Tóxica?

—Mucho.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—¿Sabes que podemos mataros a vosotros dos y a la serpiente?

—Ya lo sé —concedió Flinx tranquilamente—. Pero si me golpeas con esa arma, entonces tanto Pip como yo saltaremos contra ti. Si no te mata él, entonces probablemente lo haré yo, por muy rápido que se mueva ese anillo de caras alegres. En el improbable caso de que no lo hagamos, entonces yo habré muerto y tu superior estará bastante furioso por no haber tenido la oportunidad de interrogarme. En cualquiera de los dos casos, la que pierde eres tú.

Afortunadamente, la mujer no pertenecía al tipo de las que actúan sin pensar. Dio un paso hacia atrás, conservando todavía el arma apuntando en su dirección.

—Eres un chico muy gracioso —comentó tensamente—. Quizá madame me deje terminar contigo cuando ella termine de hacerte preguntas. Puedes pasarte de listo todo lo que quieras, tenéis un corto futuro.

Hizo un rápido gesto con el rayo. —Vosotros dos..., en el primer coche. Caminaron entre las armas. Mientras penetraban en el compartimento grande, Flinx se tensó listo para saltar hacia los controles, pero con gran desilusión vio que dos personas armadas e igualmente tensas les esperaban en el interior. No tuvo ninguna oportunidad. Ascendió resignadamente.

Sylzenzuzex le siguió, teniendo que plegarse incómodamente sobre el desnudo suelo a causa de que el coche sólo estaba ocupado por asientos humanos que no podían contener su armazón. Les siguieron varios de los guardias armados. Con gran alivio de Flinx, la mujer maciza no estaba entre ellos.

Un bajo zumbido se elevó hasta convertirse en un gemido cuando el vehículo se elevó. Permaneciendo a un metro del suelo, se aproximaron a los cercanos edificios, con el segundo vehículo siguiéndoles de cerca. Cuando llegaron, Flinx pudo ver que el complejo estaba construido en el límite de un bosque. En la distancia pudo distinguir a duras penas varias estructuras adicionales pegadas a la ladera de la montaña, a gran altura, y escondidas entre los árboles.

Los vehículos llegaron ante un edificio de cinco pisos de enhiestas paredes. Fueron escoltados al interior.

—Los edificios aquí son todo declives y ángulos —le comentó Flinx a Sylzenzuzex mientras recorrían el corto camino del vehículo a la entrada—. En los árboles se observa que las nevadas deben ser tremendas en invierno; y éste es el equivalente local de los trópicos.

—Trópicos —rezongó ella, chasqueando las mandíbulas con ferocidad—. Ya estoy helada. Su voz bajó. —Probablemente no tiene importancia, puesto que nos matarán pronto. ¿O no se te ha ocurrido pensar que hemos tropezado con una gran instalación ilegal de algún tipo?

—La idea se me había pasado por la cabeza —replicó tranquilamente.

Tomando un ascensor hasta el piso superior, llegaron a un corredor a lo largo del cual transitaban varios hombres y mujeres de aspecto preocupado. No estaban tan absortos en sus misiones que no se sintieran sorprendidos ante la aparición de Flinx y Sylzenzuzex.

El grupo giró a la izquierda, continuó casi hasta el final de un pasillo lateral y después se detuvo. Dirigiéndose al receptor de la puerta, la mujer pidió y obtuvo permiso para entrar. Desapareció en el interior, dejando a los dos, fuertemente vigilados, prisioneros pensando y esperando, antes de que la puerta se abriese de nuevo.

—Que entren.

Alguien dio a Flinx un fuerte empujón que le envió tambaleándose hacia delante. Sylzenzuzex fue introducida en la habitación con la misma rudeza.

Se encontraban en una lujosa cámara. Unos paneles de tonos

rosáceos revelaban una rosada vista del lago y las montañas, el campo de aterrizaje y —como observó Flinx con añoranza— su transbordador aparcado. Parecía estar muy lejos ahora.

Una pequeña cascada de agua bailaba en un extremo de la habitación, rodeada por alfombras que eran más piel que otro material. Un espeso perfume aromatizaba el aire, envolviendo embriagadoramente los sentidos. A sus espaldas la puerta se cerró silenciosamente.

Había otra persona en la habitación.

Estaba echada sobre un sofá cerca de los paneles transparentes, vestida con una ligera túnica. Su largo cabello rubio estaba dividido en tres trenzas, dos enroscadas una sobre cada oreja y la tercera en la parte posterior de la cabeza. En aquel momento estaba bebiendo algo humeante de una jarra de taganou.

Scarface se dirigió a ella con respeto.

—Aquí están, madame Rudenuaman.

—Gracias, Linda.

La mujer se volvió para mirarlos. Flinx percibió la sorpresa de Sylzenzuzex.

—Es apenas mayor que tú o yo —susurró.

Flinx no dijo nada, simplemente esperó impasible, devolviendo la mirada de aquellos ojos color olivina. No, olivina no era la palabra adecuada..., gangrenosos sería el calificativo más apropiado. Tras aquellos ojos había una helada condena de muerte que percibió con más fuerza que los torbellinos de perfume.

—Antes de que ordene que os maten —comenzó la mujer con una agradable y líquida voz—, necesito las respuestas a unas cuantas preguntas. Por favor, recordad que no tenéis escapatoria. La única cosa sobre la que tenéis algún tipo de control es sobre la forma de vuestra muerte. Puede ser rápida y eficiente, según sea vuestra disposición para contestar mis preguntas, o lenta y tediosa, si no os mostráis cooperadores. Aunque no aburrida, eso os lo aseguro...

Capítulo IX

Flinx continuó estudiándola, mientras ella tomaba otro sorbo de su humeante bebida. Era casi hermosa..., no pudo evitar darse cuenta de ello, aunque de su rostro estaba completamente ausente cualquier rasgo de dulzura.

Inclinándose de costado, recogió un bastón intrincadamente grabado, y con su ayuda pudo levantarse y acercarse cojeando hacia ellos para examinarlos más de cerca. Era su pierna izquierda la que no funcionaba bien.

—Yo soy Teleen auz Rudenuaman. ¿Vosotros...?

—Me llamo Flinx —respondió con rapidez, no viendo el sentido de enfadar a aquella mutilada bomba de mujer.

—Sylzenzuzex —añadió su compañera.

La mujer asintió, se volvió y caminó hasta volver a su asiento, dándoles instrucciones a los dos para que se sentasen también. Flinx cogió una silla, advirtiendo por el rabillo del ojo que la mujer de la cicatriz, llamada Linda, vigilaba todos sus movimientos —y los de Pip— desde su posición junto a la puerta. Sylzenzuzex se plegó sobre la alfombra de piel a su lado.

—Siguiente pregunta —dijo la mujer Rudenuaman—. ¿Cómo os dejó pasar la nave de vigilancia de la Iglesia?

—Nosotros... —comenzó a decir él, mas se detuvo al sentir un delicado pero firme apretón en el brazo.

Al mirar vio que Sylzenzuzex le contemplaba implorantemente.

—Lo siento, Syl, pero tengo cierta aversión contra la tortura. No iríamos a ningún sitio y, por el momento, por lo menos, me gustaría...

La mano se apartó. No dejó de ver la mirada de total desprecio que ella le dirigió.

—Sensato —comentó Rudenuaman aprobadoramente—. Os he estado escuchando desde que aterrizasteis.

La breve sombra de una sonrisa se desvaneció y repitió con impaciencia.

—Las fortalezas, ¿cómo os dejaron pasar?

Flinx señaló a Sylzenzuzex.

—Mi amiga —explicó, ignorando la hueca risa mandibular que fluía de ella—, es una novicia trabajando actualmente en Seguridad de la Iglesia. Ella convenció a la nave de que nos dejase pasar.

Rudenuaman parecía pensativa.

—¿Entonces el rodeo se llevó a cabo verbalmente?

Flinx asintió.

—Tendremos que ocuparnos de ello, a ver si podemos hacer algo.

—¿Con una nave de vigilancia de la Iglesia? —explotó Sylzenzuzex—. ¿Cómo podréis modificar..., de hecho, cómo habéis conseguido que os deje pasar a *vosotros?* ¿Qué estáis haciendo aquí, en esta ilegal instalación? Este es un mundo prohibido. Nadie, excepto la Iglesia, o aquellos en los puestos más altos del gobierno del Mercado Común, conoce los códigos necesarios para pasar una estación de vigilancia; ciertamente ninguna firma privada tiene esa capacidad.

La mujer sonrió. —Esta sí la tiene.

—¿Qué firma es ésa? —preguntó Flinx. Ella le dedicó una mueca poco graciosa. —Para ser un hombre condenado, haces muchas preguntas. Sin embargo, no tengo muy a menudo la oportunidad de vanagloriarme. Se trata de Empresas Nuaman. ¿Has oído hablar de ellas?

—Sí —le dijo Flinx, pensando que la búsqueda de sus padres le estaba procurando un montón de contactos con negocios corrompidos— . Fue fundada por...

—Por los parientes de mi tía —terminó ella—, y desarrollada después por mi tía Rashalleila, cuya alma sea comida por los gusanos. La sonrisa se hizo más amplia. —Pero ahora estoy yo a cargo de la empresa. Me parecía que un cambio de persona en el puesto ejecutivo cumbre se hacía necesario.

«Desgraciadamente, la primera vez que intenté reemplazarla, escogí por compañero a un hombre con músculos y sin cerebro. No, eso no es cierto. Músculos sí, pero no lealtad. Aquello me costó —y frunció el ceño al recordarlo— un mal rato. Pero me las arreglé para escapar del infierno médico donde me había mandado mi tía. Mi segundo intento estuvo mejor planeado y tuvo más éxito. Ahora se llama Empresas Rudenuaman. Yo.

—Ninguna compañía privada tiene medios para escapar de una fortaleza de la Iglesia —insistió Sylzenzuzex.

—A pesar de tus conocimientos de Seguridad, tiesecilla, pareces albergar todo tipo de ideas tontas. No sólo nosotros hemos conseguido atravesar su radio de alcance, admitiré que con cierta ayuda, sino que permanecen en funcionamiento para alejar o destruir los visitantes que no deseemos recibir.

»Ahora entenderéis por qué vuestra repentina aparición me causó una considerable preocupación inicial. Pero ya no estoy preocupada..., no, puesto que os habéis mostrado tan cooperadores al seguir nuestras instrucciones de aterrizaje. Por supuesto, no tenías ningún motivo para esperar un recibimiento de nadie que no fuese un puñado de sorprendidos eclesiásticos.

—No tienes derecho... —comenzó Sylzenzuzex.

—Oh, por favor —musitó una disgustada Rudenuaman—. Linda…

Scarface abandonó su lugar junto a la puerta. Flinx sujetó fuertemente a Pip; no era el momento ni el lugar de forzar una confrontación definitiva. Todavía no.

Repentinamente, la mujer dio una patada y Flinx oyó cómo la quitina se resquebrajaba. Sylzenzuzex dejó escapar un silbido fuerte y estridente mientras una pata se derrumbaba por la articulación principal. Sangre verde-rojiza comenzó a fluir constantemente mientras caía de costado, sujetándose con las manos y con la otra pata el miembro herido.

Linda se volvió y reanimó su posición junto a la puerta, como si nada hubiese sucedido.

—Sabéis que tiene un sistema circulatorio abierto —murmuró Flinx muy despacio—. Se desangrará hasta morir.

—Lo haría —le corrigió Rudenuaman—, si Linda hubiese roto la propia pata, en lugar de romper la articulación. Una articulación thranx coagulará. Su pata sanará, que es más de lo que puede decirse de la mía, después que los experimentadores médicos de mi tía terminaron con ella.

Con el bastón golpeó su pierna izquierda. Sonaba a hueco.

—También tuve que reemplazar otras partes, pero lo más importante —se señaló la cabeza— lo dejaron intacto. Ese fue el último error de mi tía—. Sólo tengo una pregunta más —se inclinó hacia delante y por primera vez, desde que el interrogatorio había comenzado, pareció genuinamente interesada—: ¿Qué demonios os impulsó a venir aquí, a un mundo bajo prohibición, en primer lugar? Sólo dos y desarmados.

—Tiene gracia —le dijo Flinx—, pero… yo también tengo una pregunta que necesita ser contestada.

Viendo que hablaba en serio, ella se recostó en su silla.

—Eres un extraño individuo. Casi tan extraño como estúpido. ¿Qué pregunta?

Repentinamente se sintió abrumado por multitud de posibilidades conflictivas. Una cosa estaba clara…, pudiese o no decirle ella lo que deseaba conocer, él y Sylzenzuzex morirían. Mientras el silencio se alargaba, incluso Sylzenzuzex se sintió lo bastante curiosa como para olvidar momentáneamente el dolor de su pata.

— No puedo decirte eso —le contestó al fin. Rudenuaman le miró asombrada.

— Bueno, eso es extraño. Me has dicho todo lo demás. ¿Por qué dudar en esto?

—Podría decírtelo, pero nunca me creerías.

—A veces soy bastante crédula —le replicó ella—. Inténtalo, y si lo encuentro intrigante, quizá no os mate después de todo.

Esta idea pareció resultarle divertida.

—Sí, dímelo y os dejaré vivir a los dos. Aquí siempre podemos emplearos en trabajos no especializados. Y no estoy rodeada por gente inteligente. Puedo conservaros como una novedad, para cuando esté aquí la visita.

—De acuerdo —decidió él, eligiendo la aceptación de su oferta corno lo mejor que ellos podían esperar—, vine esperando encontrar la verdad sobre mi nacimiento.

Su expresión divertida desapareció.

—Tienes razón..., no te creo. A menos que puedas hacer algo mejor...

Fue interrumpida por una llamada y miró hacia la puerta con irritación.

—Linda...

Esperaron mientras la mujer cerraba la puerta y conversaba silenciosamente con alguien afuera. Simultáneamente, algo casi olvidado se agitó repentinamente en la mente de Flinx.

Aquello fue acompañado por un grito que todo el mundo pudo oír.

—Challis —gritó una enfadada Rudenuaman—

¿No puedes mantener quieta a esa mocosa? El porqué continuas llevándola contigo a todas partes es algo que nunca...

Se interrumpió mirando al mercader, que permanecía en el umbral contemplando a Flinx con ojos fuera de sus órbitas, al pelirrojo joven y después otra vez al mercader...

—Gu... wha..., ¡tú! —consiguió decir finalmente Conda Challis, como un hombre que libra su garganta de un hueso que le está asfixiando.

— ¿Conoces a este hombre? —preguntó Rudenuaman a Challis.

Una terrible furia estaba creciendo en ella al hacerse claro poco a poco cómo Flinx había encontrado aquel mundo. Sólo tenía razón parcialmente, pero era la parte que podía creer. —*¡Os conocéis!* ¡Explícate, Challis! El mercader estaba completamente desquiciado. — Sabe algo sobre las piedras —balbució—. Yo quise que él me ayudase a jugar con una piedra y él... Sin pensarlo, el mercader acababa de revelar algo que Flinx había sospechado sólo a medias.

—Así que las piedras de Jano vienen de aquí. Eso es muy interesante, y lo explica casi todo. Miró a Sylzenzuzex.

—Explica muy claramente. Syl, por qué alguien pagaría los increíbles gastos y se arriesgaría a la enorme pena reservada para los que ignoran una prohibición de la Iglesia.

Una plateada voz de miniatura explotó. —¡Eres un colosal y obeso idiota! —medio gritó, medio balbució.

El ya trastornado Challis miró hacia abajo, sorprendido de ver a la siempre complaciente Mahnahmi haciéndole terribles muecas. Flinx lo observaba con interés. Finalmente, el mercader había hecho algo lo suficientemente peligroso para hacerle romper a la niña aquella capa de inocencia, cuidadosamente mantenida.

Rudenuaman miraba con la misma curiosidad, aunque su verdadera atención e ira continuaban reservadas para Challis. Le miró casi con piedad.

—Te estás convirtiendo en una molestia, Challis. No sé por qué ha venido aquí este hombre, pero no creo que tenga que ver con las piedras. Tampoco importa que acabes de revelar el secreto mejor guardado de todo el Mercado Común porque nunca saldrá de este

mundo..., ciertamente, no con ninguno de esos dos.

Señalaba a Flinx y a Sylzenzuzex.

—¡Pero él ha estado siguiéndome, persiguiéndome! —protestó Challis frenéticamente—. Tiene que ser por las piedras.

Rudenuaman se volvió hacia Flinx.

—¿Has estado siguiendo a Challis? ¿Por qué?

El mercader gritó sin saber que estaba proporcionando la confirmación para la contestación anterior de Flinx.

—¡Oh, una conmovedora locura sobre sus antepasados!

Con gran desmayo de Flinx, no añadió si poseía más información sobre aquella particular obsesión.

—Quizá te crea —le dijo Rudenuaman prudentemente a Flinx—. Si se trata de una excusa, ciertamente tiene consistencia.

Flinx decidió que lo mejor era apartar el tema de su persona.

—¿De dónde se extraen las piedras? ¿En aquel gran complejo de la ladera?

—Eres divertido —concedió ella, sin comprometerse a nada—. Sí, quizá os deje vivir durante una temporada. Será un cambio, un poco de estimulación mental.

Se volvió severamente para enfrentarse al mercader.

—En cuanto a ti, Conda, finalmente has permitido que tus perversiones privadas interfieran demasiado a menudo con los negocios. Tenía la esperanza...

Se encogió de hombros.

—Cuantos menos conozcan lo de las piedras y dónde se originan, mejor. Pero, teniendo en cuenta lo que nos jugamos aquí, creo que tendré que arriesgarme a buscar otro distribuidor en el exterior.

—Teleen, no —musitó Challis, sacudiendo violentamente la cabeza.

De ser un mercader poderoso e inmensamente rico, había quedado bruscamente reducido a un gordo anciano aterrorizado.

—Y también tendremos que hacer algo con esa chiquilla llorona —añadió, dedicando una venenosa mirada a Mahnahmi, que le miraba silenciosamente.

—Linda..., dáselos a Riles. Puede hacer lo que quiera con Challis con tal de que sea razonablemente rápido. Después de todo —añadió con magnanimidad—, durante un tiempo ha sido nuestro asociado. En cuanto a la pequeña, que la reserve para entretenernos después de cenar. Me gustaría que la hiciésemos durar unos cuantos días.

—¡No!

Flinx se sintió transportado por la fuerza de un alarido mental de ultraje. Una fuerza tremenda destrozó la habitación, desgarrando alfombras y muebles y arrojando a las personas de sus posiciones y lanzándolas lejos de la salida. Varios de los gruesos paneles rosa de polyplexalloy volaron.

Flinx luchó para recobrar el control de su cuerpo, consiguiendo detenerse contra un sofá que estaba firmemente clavado en el suelo. Pip revoloteó inquieto sobre su cabeza, silbando airadamente pero incapaz de hacer algo que no fuera mantenerse en el aire en medio de la galerna.

Con el cabello alborotado, Flinx se protegió de la cara con una mano y miró el huracán con ojos entornados.

Sylzenzuzex salió rodando y chocó contra un rincón. La guardián, Linda, yacía inconsciente. Era la que había estado más cerca del inmenso estallido. Teleen auz Rudenuaman yacía enterrada entre una masa de gruesas alfombras de piel y ornamentos rotos, mientras la considerable masa de Conda Challis se abrazaba a una piel colgada cerca de la puerta y pendía con riesgo de su vida, mientras el viento le empujaba y le arrastraba.

—¡Gordo imbécil! —el origen de aquel tifón de bolsillo le gritaba, mientras daba patadas al suelo con una rabieta infantil—. ¡Cerdo, montón de gelatina…, has ido a estropearlo *todo!* ¿Por qué no puedes mantener la boca cerrada? Durante años he evitado que resbalases sobre tu propia lengua, durante años he tomado las decisiones correctas como si fueras tú, mientras que, alegremente, te creías que eras tú quien lo hacía. ¡Ahora lo has estropeado todo, todo! Estaba llorando, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Hija mía —jadeó Challis entre el viento—, sácanos de éste y…

—*¡Hija mía!* —le escupió ella—. Todavía no conozco las palabras para describir lo que has pensando hacerme o lo que has hecho… sin que te importara nada. No puedo salvarte más, papaíto Challis. Su mirada recorrió la habitación. —¡Podéis iros todos a vuestros respectivos infiernos! No os tengo miedo. Pero necesito tiempo para crecer. Todavía no sé lo que soy.

Volvió a mirar a Challis despreciativamente. —Has arruinado mi oportunidad de crecer rica y poderosa. Que el demonio te lleve.

Volviéndose, desapareció corriendo por el pasillo. —Algún día —un grito mental le llegó débilmente a Flinx— seré incluso lo suficientemente fuerte como para volver a por ti.

El viento murió lentamente a sacudidas. En medio de la suave brisa, Flinx pudo levantarse y palpar sus heridas. Vio que Sylzenzuzex había conseguido proteger su pata rota. Su duro esqueleto la había salvado de cualquier herida adicional, de forma que, aunque era la primera de la habitación que había sido herida, en realidad resultó ser la menos contusionada. Con la excepción, por supuesto, de Pip, que se posó, intacto pero inquieto, sobre el hombro de Flinx. Únicamente la fuerza del viento le había impedido matar a Mahnahmi.

Teleen auz Rudenuaman se sentía más conmocionada de lo que se atrevía a admitir.

—¡Linda…, Linda!

La vigilante acababa de recobrar la conciencia.

—Alerta a la base, a todo el mundo. Hay que matar a esa niña instantáneamente. Es una adepta.

—Sí…, madame —replicó la mujer con voz gruesa.

Su mejilla derecha estaba sangrante y descolorida y hacía penosas muecas mientras se tocaba el codo izquierdo.

Rudenuaman intentó sonar confiada.

—No me importa qué tipo de trucos mágicos pueda hacer. Sólo es una niña y no puede ir a ningún sitio.

Como en respuesta, un sordo estruendo llegó hasta ellos unos minutos más tarde por los rotos paneles de las ventanas. Rudenuaman cojeó apresuradamente hasta la pared transparente. Flinx también llegó allí a tiempo de ver algo que, a diferencia de todos los que estaban en la habitación, no le sorprendió.

Su transbordador, y con él todas las esperanzas que quedaban de escapar, se empequeñecía rápidamente en el cielo al final de la pista de aterrizaje, una mota desvaneciéndose entre las cimas de las montañas.

—Puede..., puede pilotar un transbordador —murmuraba, asombrado, Challis hablando consigo mismo.

—Tranquilo, Conda. Cualquiera puede dirigir una nave sincronizada para aceptar órdenes verbales. Aun así, sola y a su edad...

—Me ha estado utilizando. Ella, utilizándome *a mí* —continuó Challis olvidándose de todo lo que le rodeaba. Sus ojos estaban helados—. Todos estos años pensando que era una pequeña tan encantadora... ¡Y me había estado utilizando!

Comenzó a reírse con fuerza.

—¿Quieres callarte? —tuvo que gritar al fin Rudenuaman.

Pero el mercader la ignoró, continuó rodando por el suelo rugiendo histéricamente ante el maravilloso truco que le habían jugado. Cuando llegaron dos guardias para escoltarlo, todavía estaba riéndose.

Flinx le envidiaba. Ahora cuando le ejecutasen no sentiría el rayo. Si el mundo de un hombre se tambalea con fuerza, es el hombre quien es destruido, no el mundo. Primero ver de repente a Flinx allí y luego a Mahnahmi. No, ni todos los caballos del rey ni todos sus hombres podrían recomponer de nuevo a Conda Challis.

Rudenuaman esperó hasta que la puerta se cerró y después se derrumbó, exhausta sobre un destrozado sofá..., uno de los pocos que la violencia infantil de Mahnahmi no había destruido. Se debatió consigo misma, y finalmente dijo:

—Llamad a Riles. Tengo que hacerlo.

—Sí, madame —contestó Linda.

Momentáneamente olvidados, Flinx y Sylzenzuzex descansaron y se curaron las heridas el uno al otro como mejor pudieron. Al rato, un hombre alto y musculoso entró en la habitación.

—Me lo han contado —dijo cortantemente—. ¿Cómo pudo suceder esto, Rudenuaman?

Pip tembló y Flinx colocó una de sus manos fuertemente sobre la mascota. Sus propios sentidos temblaban. Algo que había sentido desde el momento en que aterrizaron se intensificó con la presencia del recién llegado.

—No pudo ser evitado —/e decía Rudenuaman, con un tono sorprendentemente humilde—. Aparentemente, la niña es una psiónica de capacidades desconocidas. Había engañado hasta a su propio padre.

—Lo que no debía ser nada difícil, según lo que me han contado sobre el comportamiento de Challis. Nos será más útil muerto —dijo la alta figura, volviéndose para hacer frente a Flinx y a Sylzenzuzex—. ¿Son éstos los dos cautivos que penetraron en las defensas?

—Sí.

—Procure que no se escapen también, si puede —dijo la figura—. Aunque si la niña escapa para contar lo que ha visto en este lugar, no importará lo que pase con estos dos. Todo este engaño está empezando a fatigarme...

Entonces se tiró de la barbilla y se quitó la careta.

Cuando el irritado no-hombre se volvía para abandonar la habitación, un gorgoteante chasquido salió de Sylzenzuzex. Flinx también estaba agitado. Ahora sabía lo que había estado molestándoles a él y a su mascota desde que habían aterrizado en este mundo. No se trataba sólo de que el hombre hubiese resultado ser un AAnn..., puesto que aquélla era una posibilidad que había sospechado desde que había extraído la imagen de Conda Challis y Ulru-Ujurr de la mente del reptil infiltrado, allá en la Tierra.

Era porque conocía a este particular AAnn.

Pero el barón Riidi WW nunca había puesto sus ojos sobre Flinx, que no traspasó en aquella ocasión el radio del receptor de la pantalla tridimensional cuando el barón les había perseguido a bordo de la nave de Maxim Malaika, hacía muchos meses. Sin embargo, Flinx ya viera en muchas ocasiones aquel frígido y completamente autocontrolado rostro y había oído demasiadas amenazas pronunciadas por aquella suave voz.

Riidi WW se volvió desde la puerta y, por un momento, Flinx temió que, después de todo, el aristócrata AAnn le hubiese reconocido. Pero sólo se había detenido para hablar otra vez con Rudenuaman.

—Será mejor esperar que la niña no escape, Teleen.

Aunque no daba ya la impresión de omnipotencia total del principio, la financiera estaba lejos de ser intimidada.

—No me amenace, barón. Tengo mis propios recursos. Si fuese repentinamente echada en falta, podría ponerle en una situación difícil.

—Mi querida Rudenuaman —objetó él—. No la estaba amenazando. Nunca lo haría..., ha sido demasiado valiosa para nosotros..., tanto usted como su tía, antes que usted. No me gustaría ver a ningún otro humano como socio del Mercado Común en este negocio. Pero si la niña escapa, entonces, por la arena que engendra la vida, esta operación tendrá que ser cancelada. Si un grupo de seguimiento de la Iglesia llegase a descubrir esta base y averiguara que ha sido parcialmente fundada y operada por la raza imperial, eso podría servir de pretexto a una guerra. Aunque no tiene miedo, el Imperio preferiría no abrir las hostilidades justo en este momento. Nos veríamos obligados a destruir la mina y a borrar toda huella de esta instalación.

—Pero se necesitarían años para reemplazarla —señaló ella.

—Por lo menos varios —estuvo de acuerdo el barón—. Y eso sólo en un cálculo optimista. Supongamos que la Iglesia decidiera patrullar este sistema con fortalezas tripuladas, en lugar de crédulos autómatas. Nunca podríamos volver.

—Lleva usted razón —declaró Sylzenzuzex con satisfacción—. Ninguna compañía privada *tiene* suficientes medios para engañar a una fortaleza de la Iglesia. Solamente otro gobierno espacial como el Imperio podría hacerlo.

El barón le dedicó un saludo AAnn que sugería que acababa de ganar una victoria pírrica.

—Completamente de acuerdo, joven dama. Ni al Imperio le preocuparía, y sí lo haría a una firma privada, que vuestra Iglesia hubiese puesto este mundo bajo prohibición. Lo que nos preocupa es que se encuentra dentro del territorio del Mercado Común. El peligro de que nos descubran yace en las consecuencias diplomáticas, no en algún imaginario mal que alguien de tu jerarquía localiza aquí.

—¿No habéis encontrado nada que justifique la cuarentena de este mundo? —preguntó Flinx, en quien la curiosidad ahogaba a la prudencia.

—Nada, mi joven amigo —replicó el alto AAnn—. Es húmedo y frío, pero por lo demás muy hospitalario.

Flinx observó atentamente al barón, intentando penetrar en aquella mente calculadora, sin éxito. Su errático talento se negaba a cooperar.

—¿Os estáis arriesgando a una guerra interestelar sólo por ganar un poco de crédito?

—¿Qué tiene el dinero de malo? El Imperio prospera con él, como hace vuestro Mercado Común. Quién sabe —dijo el barón sonriendo—, quizá mi parte en esto no la conozca ni mi propio gobierno. Lo que el *arkazy* no ve en la arena, no le morderá, ¿no es cierto?

»Debéis excusarme ahora, porque se ha escapado una niña que merece un escarmiento —el barón se desvaneció por la salida.

Había docenas de preguntas que Flinx podía haber hecho al aristócrata AAnn. Sin embargo, aunque el barón no dio señal alguna de reconocimiento al contestar a la sencilla pregunta, siempre existía el peligro de que, en una conversación extensa, Flinx dejase escapar alguna familiaridad sin darse cuenta. Si el AAnn llegaba a sospechar que Flinx se encontraba entre los que le habían arrebatado a él y al Imperio el Krang, hacía varios meses, viviseccionaría al joven con infinita lentitud. Era mejor no arriesgarse.

Permanecieron allí esperando mientras Teleen se recobraba tanto de la prueba de la fuga de Mahnahmi como del trauma de enfrentarse con el enfadado barón. Flinx observó por una ventana rota cómo un distante y escondido ascensor elevaba de la pista de aterrizaje dos grandes transbordadores militares. Un único vehículo, sin duda conteniendo a Riidi WW, se aproximó a una de las naves y varias figuras corrieron hacia las naves en espera.

Una vez el vehículo de superficie se hubo apartado, los dos transbordadores se lanzaron tronando al cielo, donde probablemente se encontrarían con por lo menos una nave de guerra AAnn. Mahnahmi obtuvo una buena ventaja, pero sabía que la nave que había alquilado nunca podría escapar, ni siquiera de una pequeña nave militar. Pero la mente de la muchacha era como un reactor en fuga, y era imposible predecir de lo que sería capaz bajo una presión suficiente. Decidió que el barón haría bien en cuidarse.

Apartándose de la ventana, Flinx charló en tonos bajos con Sylzenzuzex. Ambos intentaban encontrar alguna razón para la

presencia de los AAnn allí. Ella tampoco creía la indiferente pretensión del barón de estar en aquel mundo meramente por provecho económico. Los AAnn habían sido los enemigos primordiales del Mercado Común desde su nacimiento. Nunca abandonaban la búsqueda, sigilosa pero incesante, de una nueva forma de acelerar su destrucción y precipitar lo que creían ser su destino de gobernar el cosmos y las razas «inferiores».

Tenía que haber alguna razón más profunda en relación con aquellas únicas piedras de Jano, aunque ninguno de ellos pudiese pensar en una teoría viable.

En Tharce IV vivía una mujer llamada Amasar que era ampliamente celebrada por su sabiduría. Sin embargo, en aquel momento adoptaba un aire de ebrio éxtasis, mientras disfrutaba de la belleza del objeto que sostenía.

Adorada por sus seguidores y respetada por sus oponentes, habla sido la representante permanente del Hemisferio Septentrional de Tharde IV durante dos décadas en el Mercado Común. Su mente nunca descansaba en su búsqueda de soluciones o respuestas a las preguntas y trabajaba durante tanto tiempo que avergonzaba a colegas y ayudantes, a los cuales doblaba en edad. Actualmente ostentaba el puesto de Segunda Consejera a cargo de Teoría Diplomática en el propio Consejo. Como tal, estaba en una posición donde influía fuertemente el rumbo de la política exterior del Mercado Común.

Deberla estar estudiando la transcripción de la próxima agenda, pero en su fugar, su mente estaba ocupada con la magnificencia que imbuía el objeto que tenía en la mano. Ademes, en la mayoría de las cuestiones que habría que votar en el Congreso, su mente ya había decidido. Como un consejero respetado, su consejo sería una poderosa influencia.

Sí en este asunto, no en este otro, apoyando de esta forma determinada propuesta; no abandonar este asunto, no ceder en aquel particular punto...; la lista era larga.

Su mente se concentró en otra cosa. Amasar cerró el visor que había estado funcionando en blanco durante varios minutos. Reclinándose en su silla, continuó mirando abstraídamente la brillante irregularidad del objeto de su escritorio.

Mañana embarcaría para el encuentro anual del Consejo. El lugar de reunión se dividía entre las dos capitales del Mercado Común, la Tierra e Hivehom. Este año la capital del mundo thranx sería el emplazamiento. Prometía ser una sesión absorbente y estimulante y la esperaba con anhelo. Se votarían varios asuntos de importancia vital, incluyendo medidas relativas a aquellos malvados asesinos, los AAnn. En el Consejo habla quien creía en la moderación y apaciguamiento de los reptiles, ¡pero no ella!

Pero ¿por qué preocuparse ahora por tales cosas? Moviéndose como en un sueño, abrió el cajón central de su escritorio para comprobarlo por última vez. Todo estaba allí: las credenciales diplomáticas.

las confirmaciones de la reserva, documentación y cintas de información. Sí, aquel año iba a ser una sesión interesante.

Todavía relucía de placer cuando metió la mano en el cajón más bajo de la derecha, sacó la pequeña y ligera pistola y pulverizó aquella cosa tan insidiosamente seductiva antes de volarse la cabeza.

El aparente suicidio fue archivado por el oficial local y confirmado por oficiales del Mercado Común como otro de aquellos sucesos inexplicables que periódicamente afligen hasta a los estables seres humanos. Cualquier cosa podría haber sido la causa. Poca seguridad, poco dinero, falta de cariño...

O demasiado de una clase de belleza especialmente mortal.

—Una niña asombrosa —dijo finalmente Teleen auz Rudenuaman, interrumpiendo su charla.

Los contempló, y comentó:

—Este parece ser el día de los niños poco vulgares.

Ante el hosco silencio de sus cautivos, se encogió de hombros y miró por los paneles.

—Sabía que debía haber algún motivo para odiar a esa mocosa con tanta fuerza. Aunque admito que me engañó por completo. Me pregunto por cuánto tiempo habrá estado manipulando a Challis para conseguir sus propios fines.

—Según lo que ella dijo, toda su vida consciente —a Flinx le parecía una buena idea mantener en otro lugar la atención de la mujer—. ¿Vas a matarnos ahora o has decidido creerme?

—El que os mate no tiene nada que ver con tu historia, Flinx —explicó ella—, aunque Challis parece haberlo confirmado. Tengo todo el tiempo que quiero para librarme de ti. Todavía te encuentro una novedad —le miró apreciativamente—. Eres un manojo de contradicciones interesantes y difícil de clasificar. No estoy segura de que eso me guste. Tiendo a sentirme frustrada ante algo que no entiendo. Eso es peligroso, porque podría terminar matándote en una rabieta y eso sólo me frustraría más porque morirías con todas las respuestas.

»No, creo que esperaré a que regrese el barón antes de hacer nada irreversible con vosotros dos —les enseñó sus blancos dientes—. *Los* AAnn son muy aficionados a despejar las contradicciones.

Sylzenzuzex se incorporó sobre sus patas y se palpó la herida. Hasta que aquello curase tendría que arrastrarse sobre tres extremidades. Miró a la financiera con ojos brillantes..., siendo los ojos compuestos especialmente adecuados para brillar.

—Trabajar así con los enemigos jurados de nuestras especies.

Rudenuaman no se sintió demasiado impresionada. —Tanta ofensa por un poco de dinero —miró reprobadoramente a la thranx—. Los AAnn me han dado la exclusiva de la distribución de la piedra en el interior del Mercado Común. A su vez, yo les permito llevarse un porcentaje de la producción. Suministro gran parte de los equipos para la extracción y ellos neutralizaron las fortalezas.

»He convertido a Empresas Nuaman, ahora Rudenuaman, en una empresa más fuerte de lo que nunca ha sido, más de lo que lo era bajo mi tía. Hemos descubierto el único yacimiento de las piedras, que parece ser una mutación mineralógica aislada. En un plazo de cinco a diez años nos marcharemos de aquí voluntariamente, sin que la Iglesia se haya enterado de nada y sin haber perjudicado en absoluto al Mercado Común. Para entonces, Rudenuaman estará en una posición financiera invencible. Y creo que mi tía, ojalá se pudra en el limbo, lo hubiese aprobado...

—Creo que te estás cegando a ti misma —intervino Flinx—, voluntariamente. En lo que se refiere al Imperio hay mucho más en todo esto que un pequeño montón de dinero.

Rudenuaman le miró con curiosidad.

—¿Qué te da derecho a decir algo así?

—Antes de venir aquí estuve en los cuarteles generales administrativos de la Iglesia. Durante ese tiempo, un AAnn con máscara quirúrgica —parecida, aunque algo más complicada que la que llevaba el barón— intentó introducirse allí en el centro de mando. Después de matarse a sí mismo, encontré polvo cristalino esparcido sobre todas sus entrañas. Podría proceder de una piedra de Jano pulverizada.

—Pero los dardos de cristal que llevaba... —le recordó Sylzenzuzex.

—Podrían haber sido fabricados con la propia piedra —le dijo él—. ¿No se te ha ocurrido eso? ¿No sería una coartada maravillosa?

Se volvió para mirarla.

—No creo que ese infiltrado se matase a sí mismo para evitar ser interrogado. No se puede doblegar a un AAnn. Creo que la explosión era para destruir lo que estaba llevando..., una piedra de Jano.

—¿Pero para qué? —se preguntó ella—. ¿Para sobornar a alguien?

—No lo creo...; pero todavía no estoy seguro.

Todavía no.

—Como si me importase un bledo lo que le pasase a la Iglesia —añadió Rudenuaman, haciendo un gesto de asco.

Sylzenzuzex respondió con gran dignidad.

—La Iglesia es todo lo que se interpone entre la barbarie y la civilización.

—Vamos, querida, ¿qué dirían los representantes del Mercado Común si oyesen eso? Parecen considerarse a sí mismos los guardianes de las realizaciones humanx.

—El Mercado Común sólo resiste porque está respaldado por los incorruptibles estándares de la Iglesia Unida.

—Hay alguien a quien me gustaría encontrar —rezongó la financiera, moviéndose en su sofá—. Un incorruptible.

—A mí también —admitió Flinx.

Sylzenzuzex saltó sobre él.

—¿En qué lado estás, Flinx?

Los finos cabellos de la parte posterior de su antetórax estaban erizados.

—No lo sé —replicó él con sentimiento—. Todavía no he estudiado todos los extremos con suficiente detenimiento.

—¿Os gustaría ver la mina? —preguntó Teleen repentinamente.

—Muchísimo —admitió él.

Sylzenzuzex parecía indiferente, pero podía percibirse su interés.

—Muy bien —decidió la mujer, aparentemente siguiendo un impulso—. Linda... —Un vehículo, madame, ¿guardias? —Sólo un conductor y otro más. La maciza guardaespaldas parecía insegura. —Madame, ¿creéis que...?

Rudenuaman hizo a un lado sus objeciones. Quería desembarazarse de los inquietantes acontecimientos de la tarde. Presumir y vanagloriarse sería una excelente terapia.

—Te preocupas demasiado, Linda. ¿Adonde podrían ir? Su transbordador ha sido robado, el barón ha cogido nuestro carguero, y ese mundo se hace progresivamente menos hospitalario, vayan en la dirección que vayan. No se escaparán.

—De acuerdo —concedió Flinx—. Además, mi compañera tiene un miembro herido.

—¿Por qué habría de importarte eso? —dijo Sylzenzuzex despreciativamente. El se volvió, enfadado.

—Porque a pesar de todo lo que ha pasado, que en gran parte lamento, me importa lo que te suceda..., ¡lo quieras creer o no!

Sylzenzuzex se quedó mirándole mientras él se alejaba de ella, metiendo las manos en los bolsillos de su traje. Esquemas de seguridad, cronofísica arqueológica..., todo parecía sencillo al lado de este impenetrable muchacho. Quizá no la hubiese consolado saber que, en distintos grados, su opinión era compartida por las otras dos mujeres de la habitación.

Sin duda Flinx resultaría más fácil de comprender si se hubiese comprendido a sí mismo...

Capítulo X

El vehículo rechinó suavemente, bien afinado como estaba, mientras ascendía por un sendero en la ladera cubierta por un arbusto bajo parecido al brezo. Flinx se echó hacia atrás y miró por el transparente tejado. Justamente detrás de los edificios de la mina, la montaña se hacía casi vertical, elevándose otros 2.500 metros por encima del lago.

En aquel momento, ni el increíble paisaje, ni sus malas perspectivas actuales, ni los ocasionales y sibilantes gemidos de dolor de Sylzenzuzex, atraían su atención. En su lugar, su mente estaba en aquella cinta robada que podía contener la primera parte de su vida. En su mente, la cinta se hallaba todavía unida inextricablemente con Conda Challis, que ya no huiría más.

Flinx ya había visto los suntuosos alojamientos-oficinas que ocupaba Teleen auz Rudenuaman. Sin duda, Challis poseyó una cámara similar, aunque algo menos extensa, en el complejo detrás de ellos..., probablemente en el mismo edificio. Las habitaciones de Challis serían vaciadas pronto, y sus efectos retirados, de forma que aquel espacio pudiese dedicarse a nuevos usos. Pero de momento no cabía duda de que estaban cerradas y tranquilas... incluyendo aquella cinta tan penosamente cercana.

Si aquella versátil mujer pudiese ser persuadida para que les mantuviese con vida durante un tiempo, quizá tuviese la oportunidad de ver lo que había en la bobina robada. Aunque si ella supiese lo desesperadamente que él deseaba aquello, podría disolverla lentamente en una fuente con ácido ante sus ojos.

Era una medida de su megalomanía, o de su confianza, que hubiese ordenado la muerte de Challis. Alguien tendría que tomarse un sin fin de molestias para encubrir su desaparición..., aunque sus subordinados en la compañía no objetarían nada. Los agentes de Rudenuaman no tendrían problemas en localizar a varios supervivientes ansiosos de tomar las riendas del poder en sus manos, y sin hacer preguntas. Además, las actividades privadas de Challis eran de una naturaleza tal como para desalentar cualquier investigación

demasiado profunda. Un hombre dedicado a *hobbies* tan desagradables tenía muchas probabilidades de un final brusco e inesperado.

Flinx se preguntó si la mente del mercader funcionaría todavía lo suficiente como para lamentar la sencilla forma de su desaparición. Sin duda había concebido una despedida para sí mismo de grandiosa depravación.

El vehículo se detuvo al nivel de la parte más baja de los rectilíneos y relucientes edificios metálicos. Estaban construidos sobre una zona más o menos plana que había sido excavada en el flanco de la montaña. Suspendidos a mayor altura, una serie de arcos cuadrados de metal horadaban las paredes rocosas como agujas hipodérmicas plateadas sorbiendo sangre de una ballena. Desde el interior de la estructura, el claro aire de la montaña llevaba a los que llegaban el pesado «ca-rank, ca-rank» de la incansable maquinaria.

Un guardia, que podía o no haber sido tan humano como parecía, saludó despreocupadamente mientras entraban en la estructura.

—El edificio exterior en que estamos ahora —explicó Rudenuaman— aloja todo el equipamiento para el lavado y la clasificación.

Señalaba constantemente a un lado y otro mientras penetraban en el edificio.

—Esta instalación ha costado una cantidad increíble de créditos..., una gota diminuta cuando se compara con el provecho que obtendremos.

—Todavía no entiendo por qué los AAnn te necesitan tanto —le dijo Flinx anotando todo con la mirada bajo el supuesto de que el conocimiento es la libertad—. Particularmente, puesto que son los únicos responsables de inutilizar las fortalezas.

—Creía que eso ya había quedado claro —dijo ella—. En primer lugar, el Mercado Común es un mercado mucho mayor para las gemas que el Imperio. Ellos no pueden comercializar su parte excepto a través de un agente humano..., yo. Pero lo más importante, según ya explicó el barón, es que este mundo se halla dentro de los límites del Mercado Común. Aunque se encuentra relativamente aislado, hay cierto número de otros planetas del Mercado Común, habitados y frecuentados, además de numerosas estaciones monitoras automáticas entre esto y el mundo habitado más próximo perteneciente al Imperio. Los técnicos AAnn necesitan un salvoconducto que las naves de la Compañía Rudenuaman proporcionan fácilmente.

Flinx, recordando súbitamente la persecución de Mahnahmi por el barón, preguntó:

—¿Entonces no hay naves militares imperiales en esta zona?

Rudenuaman pareció sorprenderse ante la ingenuidad de Flinx.

—¿Crees que el barón está loco? Bastaría con el descubrimiento de una sola nave de ese tipo y este cuadrante del espacio bulliría con naves de guerra del Mercado Común. El barón —le informó con hosquedad— es bastante más astuto de lo que se considera normalmente a los AAnn.

Tan astuto, pensó Flinx con sentimientos encontrados, que podría

haberse pasado de listo. Si estaba persiguiendo a Mahnahmi en un carguero, en lugar de en un destructor o una fragata, quizá ella pudiese eludirle después de todo. No es que él estuviese seguro de desear que aquel precoz talento escapase, pero por lo menos una alegre persecución podría prolongar bastante tiempo la ausencia del barón de Ulru-Ujurr.

Tenían que resolver la situación antes de que eso sucediese y el barón regresase. Novedad o no, Flinx no pensaba que el aristócrata AAnn tolerase su continuada presencia ni la de Sylzenzuzex. Si había una confrontación entre él y Rudenuaman, ella los haría ejecutar a los dos sin pensarlo más, para aplacar a su socio.

Aunque Rudenuaman podía ser influenciada por el halago y el entretenimiento, Flinx no se hacía ilusiones sobre su habilidad para manipular al barón de la misma forma.

—Teleen —comenzó ausentemente—, ¿has visto...?

Ella se volvió airada, con voz helada y expresión oscura.

—No me llames así o morirás mucho antes de lo que piensas. Te dirigirás a mí como madame Rudenuaman, o la próxima forma en que me divertirás será con el ruido que haga tu piel al arrancártela de la espalda.

—Lo siento..., madame —se disculpó prudentemente—. ¿Todavía insiste en que el único interés de los AAnn en la piedra de Jano es financiero?

Era consciente de que Sylzenzuzex le estaba mirando fijamente.

—Otra vez con eso. Sí, por supuesto que así es.

—Dígame... ¿Ha visto alguna vez a algún AAnn, el barón por ejemplo, utilizando un receptor cefálico para obtener espectáculos con las partículas del interior de los cristales?

—No —ella no parecía inquieta por la idea—. Esta es una avanzadilla minera. Aquí no hay hedonistas ni ociosos.

—¿Tiene usted aquí un receptor cefálico? —Sí.

—Y Challis... supongo que también. Los espectáculos con coloides parecen haber sido una de sus obsesiones favoritas.

—Sí, aunque no la única —dijo ella, arrugando la boca con asco.

—¿Qué me dice del barón? Supongo que disfruta con las gemas.

—El barón Riidi WW —anunció ella con seguridad— sólo tiene cabeza para los negocios y las cosas militares. En alguna ocasión le he visto relajándose con alguna diversión AAnn, pero nunca con una piedra de Jano.

—¿Y los otros AAnn de importancia y rango aquí? —No, todos están completamente absortos en sus funciones. ¿Por qué tienes tanta curiosidad en saber si alguna vez he visto a alguno de los reptiles usando una gema?

—Porque —dijo Flinx pensativamente— no creo que puedan hacerlo. No sé lo que hace el barón con las gemas que supuestamente están destinadas a la venta en el interior del Imperio, pero estoy seguro de que no son destinadas a la diversión de los AAnn adinerados. Posiblemente para propósitos de soborno en el Mercado Común..., eso no lo he decidido todavía.

»La mente de los AAnn es distinta a la de un humano, o un thranx —continuó él—. No necesariamente inferior, probablemente superior en algunos aspectos, pero diferente. He leído un poco sobre ello y no creo que sus cerebros produzcan los impulsos apropiados para hacer funcionar una piedra de Jano. Podrían agitar y remover la suspensión coloidal, pero nunca agruparla en algo reconocible.

—Realmente —murmuró Rudenuaman a la conclusión de aquella pequeña conferencia—, ¿qué es lo que te hace un experto en tales asuntos?

—Tengo grandes orejas —replicó Flinx.

Era mejor que ella continuase tomándole por alguien que adivinaba al azar que por un pensador que calculaba.

—De acuerdo, supón que ellos no pueden hacer funcionar las piedras en la forma que nosotros podemos —ella se encogió de hombros con indiferencia—. La belleza de la gema continúa siendo insuperable.

—Ciertamente —concedió él—, ¿pero hasta el punto de justificar esta especie de arriesgada invasión del territorio del Mercado Común? Maldita sea si creo que los AAnn amen tanto la belleza. Estas piedras están siendo usadas contra el Mercado Común, contra nuestras especies.

Rudenuaman no contestó, decidiendo ignorar lo que no podía refutar. Se habían introducido profundamente en los niveles más elevados del edificio. Un alto AAnn se les acercó, su disfraz quirúrgico perfecto, excepto que ahora Flinx sabía lo que ocultaba y era capaz de reconocer al reptil que había debajo.

—Ese es Meevo FFGW —les informó Rudenuaman, confirmando la adivinanza de Flinx—. Es el segundo AAnn en el mando y el asistente del barón. Es también un excelente ingeniero, a cargo de toda la operación de extracción aquí.

Miró a Flinx llena de confianza.

—He pensado un poco sobre tus acusaciones y, ¿sabes lo que he decidido? —sonrió—. Me importa un bledo lo que hagan los AAnn al Mercado Común con su parte de las piedras, en tanto que no interfiera con mi negocio.

—Eso es lo que pensé que ibas a decir —la voz de Sylzenzuzex llevaba un desprecio que sólo pueden implicar los tonos agudamente cortantes de un thranx. Flinx pensó que era idiota poner de mal humor a su variable anfitriona, pero ésta no pareció molestarse. En todo caso, parecía complacida de ver a uno de sus cautivos tan enfadado.

—¿No es agradable que las ideas propias se vean confirmadas? —se volvió al recién llegado—. Saludos, Meevo.

Flinx aprovechó la oportunidad para estudiar con detalle la caracterización del reptil. Si una nave de Rudenuaman fuese detenida por inspectores del Mercado Común, dudaba de que algún observador casual pudiese distinguir un disfraz tan cuidadosamente elaborado.

Pero si alguien iba a mirar de cerca, los ojos eran una mortal traición. Porque Meevo FFGW, como el barón, como todos los AAnn, tenía un doble párpado. Un parpadeo revelaría que la mente tras aquellos ojos no era humana.

—¿Son éstos los que consiguieron pasar la vigilancia de las fortalezas? —preguntó el teniente AAnn, mirando a Sylzenzuzex y a Flinx.

—Estos dos justamente, sí —le dijo Rudenuaman. Meevo parecía afablemente curioso. — ¿Entonces por qué están vivos todavía? Sylzenzuzex se estremeció otra vez, ahora a causa de la indiferencia totalmente inhumanx de aquella voz.

—Por ahora, me divierten. Y cuando el barón vuelva quizá tenga que hacerles algunas preguntas él mismo. El barón es un interrogador más eficiente que yo. que tiendo a ser impaciente.

Un bajo gorgoteo de reptil salió del ingeniero.

—Ya he oído lo de la niña. Irritante, una mala suerte. Aunque no hay necesidad de preocuparse. El barón terminará con ella antes de que pueda ponerse en contacto con extraños. Su eficiencia se extiende a otras áreas, además de los interrogatorios.

Sonrió mostrando unos falsos dientes humanos colocados en una falsa mandíbula humana. Flinx apenas pudo distinguir en el fondo de la boca abierta el brillo de los verdaderos dientes, mucho más afilados.

—Te divierten..., es curioso —terminó el ingeniero con un gesto que Flinx no fue capaz de interpretar. Su actitud sugería que divertirse despreocupadamente era algo tan extraño para él como nacer adulto.

Sin embargo, la curiosidad era un rasgo que los AAnn sí compartían con sus enemigos. Meevo les acompañó mientras Rudenuaman les conducía por el resto del complejo.

—El lavado y la separación tienen lugar abajo. El pulimento y la limpieza de las impurezas de la superficie se realiza aquí.

Indicó una serie de cámaras desprovistas de puertas de donde emergían sonidos musicales.

—¿Son todos AAnn aquí excepto tú y tu guardaespaldas? —preguntó sardónicamente Sylzenzuzex.

—Oh, no. Somos casi mitad y mitad. En nuestra cariñosa sociedad hay un número sorprendente de humanx con talento para quienes los problemas de la vida cotidiana resultan demasiado fuertes. Han sido impulsados por una autoridad insensible a buscar trabajos marginales y de mala fama. La supervivencia puede más que cualquier escrúpulo que pudieran tener sobre cosas tan intangibles como la Lealtad a la propia especie.

—Supongo que ninguno de ellos sale con vida de este mundo.

Rudenuaman pareció sorprenderse genuinamente.

—Hembra ridícula..., eso no sería bueno para el negocio. Oh, no quiero decir que nosotros les inspiremos lealtad. Para la mayor parte de los que trabajan aquí ese término no tiene ya significado, o no estarían aquí. Cualquiera de ellos vendería de buena gana la información de esta instalación ilegal en el momento en que les prometiesen el perdón.

»Con su conocimiento y consentimiento, empleamos un lavado mental selector que limpia su cerebro de todos los recursos de su estancia aquí. Les deja con la sensación, ligeramente incómoda, de que han pasado por un largo período de inconsciencia. Eso y sus recientes y repletas cuentas bancarias nos aseguran de que no revelarán nuestra

presencia aquí.

—El lavado cerebral —musitó, conmocionada, Sylzenzuzex— está prohibido excepto para los médicos de alto orden en la Iglesia o en el Mercado Común, y eso sólo en casos de emergencia.

Rudenuaman sonrió.

—Tienes que acordarte de añadir eso a tu informe.

Entraron en una larga habitación y la temperatura bajó fuertemente.

—Iremos por el tajo principal —explicó ella, señalando largas estanterías de voluminosos ropajes colgando allí cerca. Sylzenzuzex vio que un buen número de ellos estaban diseñados para los thranx.

—¿Pensabas que tus preciosos primos eran inmunes a la atracción del dinero? —la pinchó Rudenuaman—. Ninguna especie se libra de la avaricia, niña.

—No me llames niña —dijo suavemente Sylzenzuzex.

La contestación de Rudenuaman no era la que Flinx hubiese esperado…, fue la primera risotada verdadera que le habían oído. Se apoyó en su bastón, medio ahogándose. Unos trabajadores curiosos se volvieron a mirarlos mientras pasaban.

—Te llamaré muerta si lo prefieres —declaró finalmente la financiera.

Señaló hacia las largas filas de trajes.

—Ahora poneos uno de esos…, hace bastante frío dentro de la montaña.

Después de embutirse en los atuendos protectores, siguieron al ingeniero AAnn y a la mujer por una amplia avenida rectangular. El metal pronto cedió el paso a la roca desnuda. Sencillos arcos de duralloy, regularmente espaciados, ayudaban a sostener el techo.

El traje térmico de Flinx estaba parcialmente abierto, permitiendo que una pequeña cabeza de reptil observase el exterior, con ojos que no parpadeaban mientras inspeccionaban el helado ambiente exterior. Dobles filas de tubos luminosos que relucían brillantemente proyectaban una constante iluminación sobre el túnel.

—Esta sección ha sido agotada ya —explicaba Rudenuaman—. Las piedras se encuentran en un filón que penetra horizontalmente en la montaña.

Fueron más despacio.

—Hay varios tajos adicionales y subsidiarios siguiendo filones más pequeños. Algunos van ligeramente por encima, otros por debajo de nuestra posición actual. Me han dicho que ¡as gemas se forman en depósitos ocasionales en el interior de roca volcánica que estuvo en un tiempo llena de gas. Una combinación poco corriente de presión y calor produjo las piedras de Jano.

«Las propias gemas se encuentran entre un tipo de materias distintas al resto de la montaña, como los diamantes entre la kimberlita de la tierra y los cráteres arcos iris de Bronina que se explotan en Evoria. En todo caso eso es lo que me dicen mis ingenieros.

Ignorando su posesiva referencia a él, Meevo hizo un brusco gesto de asentimiento.

—Así es. Ejemplos similares de formaciones aisladas de piedras se encuentran dentro de los límites del Imperio, pero nada tan poco comente como esto.

Algo cosquilleó la mente de Flinx y se encontró escudriñando los oscuros recodos del túnel.

—Alguien se está acercando —anunció finalmente.

Rudenuaman se volvió para echar un vistazo, y después comentó perezosamente:

—Unos cuantos nativos nada más. Son tipos primitivos, pero lo bastante inteligentes para ser buenos trabajadores manuales. No tienen herramientas, ni civilización, ni lenguaje, excepto por unos cuantos gruñidos e imitaciones de las palabras humanas. Ni siquiera usan un mínimo de vestimenta. Su única credencial de una rudimentaria inteligencia parece ser las sencillas modificaciones que realizan en las cavernas donde habitan..., rodar las piedras hacia delante para hacer una entrada más pequeña, excavar más profundamente en el interior de la colina, y cosas así. Hacen el trabajo manual más pesado para nosotros y tienen cuidado con las piedras que descubren.

«Hemos simplificado el equipo de prospección para su uso. Su piel es bastante gruesa, de forma que el frío en el interior de la montaña no parece molestarles, lo que es una suerte para nosotros. Aun con trajes térmicos sería difícil para los humanos e imposible para los AAnn seguir trabajando en el yacimiento de piedras, considerando lo profundamente que el túnel se introduce ahora en la montaña. Si es que el frío les importa, parecen dispuestos a arriesgarse a él, a cambio de las recompensas que les damos por cada piedra que encuentran.

—¿Qué es lo que les dais? —preguntó Flinx con curiosidad.

Las voluminosas formas continuaban acercándose lentamente. El cabello que cubría su nuca se erizó y Pip se agitó violentamente entre los tibios pliegues del traje.

—Bayas —rezongó Meevo con asco—. Bayas y frutas, nueces y tubérculos. ¡Comedores de raíces! —terminó con el desdén característico de todos los carnívoros.

—¿Entonces son vegetarianos?

—No por completo —corrigió Rudenuaman—. Aparentemente son completamente capaces de digerir carne y tienen las garras y dientes necesarios para la caza, pero prefieren con mucho las bayas y frutos que recoge para ellos nuestra cosechadora mecánica.

—Se revuelcan en la basura —murmuró el ingeniero AAnn. Miró a Rudenuaman—. Excúseme de su juego, pero tengo trabajo que hacer.

Dio media vuelta y retrocedió por el túnel.

Para entonces los cuatro nativos ya habían llegado lo suficientemente cerca de Flinx para distinguir las características individuales. Todos eran más corpulentos que un hombre grande y dos o tres veces su anchura..., casi gordos. No podía saberse qué parte de aquella masa estaba compuesta por una piel castaña increíblemente densa, con manchas blancas y negras. En su apariencia y en su estructura general eran esencialmente ursinoides, aunque tenían el morro chato, en lugar de hocico. Este terminaba en una nariz negra casi

invisible que resultaba cómica en una criatura tan masiva.

Unas garras cortas y gruesas coronaban los extremos de cada una de las cuatro extremidades de siete dedos y las criaturas parecían capaces de andar a cuatro patas con la misma facilidad que permanecían en posición erecta. No tenían cola. Las orejas eran cortas, redondeadas y colocadas en la parte superior de la cabeza. Pero, con mucho, los rasgos más distintivos eran los ojos, grandes como platos y parecidos a los de un mico, que relucían en color ámbar a la fluorescente luz del túnel. Unas gigantescas pupilas negras semejantes a yemas de obsidiana flotaban en el centro.

—Nocturnos por su aspecto, quizá diurnos también —fue el intrigado comentario de Sylzenzuzex.

Los nativos advirtieron a los recién llegados y todos se irguieron sobre sus patas traseras para ver mejor. Cuando se erguían parecían bloquear todo el túnel. Flinx advirtió una ligera curva en el fondo de sus bocas que formaba una mueca delfinesca, falsamente cómica, en aquellos masivos rostros.

—Pip... ¡espera..., no hay...!

Estaba comenzando a decir que no existía razón para atacar a los peludos gigantes. Nada terrible o amenazador había arañado siquiera su sensible mente. Si el minidrag provocaba la ira del grupo de gigantescos nativos, era dudoso que ninguno de ellos consiguiese salir del túnel con vida.

Ignorando la llamada de su amo, Pip llegó junto a la más cercana de las criaturas. Sobre sus patas traseras, el enorme animal medía cerca de tres metros y debía pesar por lo menos media tonelada. Grandes ojos relucientes contemplaban la diminuta aparición, cuyo veneno era mortal casi siempre.

Pip se lanzó directamente a la cabeza. En el último segundo, las plegadas alas batieron el aire al frenar el minidrag..., que se posó y enroscó cómodamente sobre el hombro de la criatura. El monstruo contempló al minidrag desapasionadamente y después volvió su apagada mirada a Flinx, que abrió la boca asombrado.

Por segunda vez en su vida, Flinx se desmayó.

El sueño era nuevo y muy profundo. Flotaba en el centro de un interminable lago negro bajo una noche opresivamente cercana. Estaba tan oscuro que no podía ver nada, ni siquiera su propio cuerpo.., que quizá no estuviese allí.

Cuatro brillantes luces derivaban sobre los cielos color ébano. Diminutas y danzarinas motas de oro que no parpadeaban se movían formando líneas impredecibles pero calculadas, como luciérnagas. Bailaban y saltaban, corrían y se retorcían no muy lejos de los ojos que no tenían, aunque las veía claramente.

A veces bailaban unas alrededor de otras y, una vez, las cuatro al mismo tiempo realizaron un intrincado tejido tan complejo y significativo como rápidamente olvidado.

—Acaba de volver —observó la primera luciérnaga.

—Sí, acaba de volver —concedieron dos de ellas simultáneamente.

Flinx advirtió con interés que la última de las cuatro luciérnagas no era la luz constante y sin cambios que había pensado en primer lugar. Al contrario que las demás, parpadeaba erráticamente como una lámpara alimentada por una corriente fluctuante. Cuando parpadeaba desaparecía totalmente, y cuando estaba encendida brillaba con más luz que cualquiera de las otras.

—¿Te hemos asustado? —preguntó el que parpadeaba.

Una voz sin cuerpo que se parecía a la suya, extrañamente replicó:

—Vi cómo Pip… —comenzó a decir aquella voz-sueño.

—Siento que te hayamos gritado —se disculpó la primera luciérnaga.

—Sentimos haber gritado —corearon las otras dos—. No queríamos lastimarte.

—Vi cómo Pip —musitó Flinx— se posaba en el hombro de uno de los nativos. Nunca he visto hacer eso antes con un extraño. Ni con Madre Mastín, ni con Truzenzuzex, ni con nadie.

—¿Pip? —preguntó la tercera voz.

—Oh —explicó la segunda luciérnaga—, él quiere decir la pequeña mente dura.

—Dura pero sabrosa —estuvo de acuerdo el primero—, como un *chunut.*

—¿Pensaste que la pequeña mente dura quería hacernos daño? —le preguntó la primera voz.

—Sí, pero en lugar de eso respondió ante vosotros con un recibimiento que nunca había visto anteriormente. Por tanto, debéis emitir también en el nivel empalico, sólo que vuestros pensamientos son amistosos.

—Si tú dices que debemos —elucidó la tercera luciérnaga—, entonces debemos.

—Pero solamente cuando debemos —dijo severamente la cuarta voz, resplandeciendo mucho más que las otras tres antes de desvanecerse.

—¿Por qué la cuarta de vosotras va y viene como la niebla? —murmuró la voz-sueño de Flinx.

—¿La cuarta? Oh —explicó la primera voz—, ése es Maybeso. Se llama así…, por lo menos durante esta semana. Yo me llamo Fluff.

Flinx tuvo la impresión de que las otras dos luces se abrillantaban ligeramente.

—Esas son Moam y Bluebright.

La cuarta luz resplandeció momentáneamente.

—Son pareja —dijo, y desapareció una vez más.

—Otra vez se ha ido —observó Flinx con un alejamiento desencarnado.

—Ese es Maybeso, ¿te acuerdas? —le recordó la voz de Fluff—. A veces no está aquí. Los demás siempre estamos aquí. Tampoco cambiamos de nombre, pero Maybeso viene y se va y cambia de nombre cada semana o cosa así.

—¿Adonde va Maybeso cuando se va?

Bluebright replicó abiertamente.

—No lo sabemos.

—Entonces, ¿de dónde viene cuando viene?

—Nadie lo sabe —le dijo Moam.

—¿Por qué cambia de nombre cada semana?

—Pregúntale a él —le sugirieron al tiempo Moam y Bluebright.

Maybeso volvió, con la luz más brillante que las de ellos.

—¿Por qué cambias de nombre todas las semanas y adonde te vas cuando te vas y de dónde vienes cuando vuelves? —le preguntó la voz-sueño de Flinx.

—Oh, no hay ninguna duda sobre eso —le dijo Maybeso con un sonsonete soñoliento, y volvió a marcharse.

Fluff habló en un susurro-sueño confidencial:

—Creemos que Maybeso está un poco loco. Pero de todas formas es un buen tipo.

Flinx advirtió ausentemente que estaba comenzando a hundirse bajo la superficie del lago negro. Sobre él las cuatro luces se arremolinaban y se inclinaban con curiosidad.

—Eres el primero que ha hablado con nosotros —murmuró la voz de Fluff.

—Ven a hablar más con nosotros —le pidió Moam con placer—. Es divertido poder hablar con alguien. El pequeño duro escucha, pero no puede hablar. ¡Esto es una cosa nueva y resulta divertida!

La voz-sueño de Flinx burbujeó subiendo por el profundo líquido aceitoso.

—¿Dónde podré hablar con vosotros?

—Al final del agua larga —le dijo Moam.

—Al final del agua larga —le confirmó Bluebright.

—En el extremo más lejano del agua larga —añadió Fluff, que era bastante más preciso que los demás.

—No hay ninguna duda de ello —concedió Maybeso, parpadeando durante un segundo escaso.

De ello, de ello...; las palabras se ahogaron en las corrientes gravemente onduladas provocadas por el cuerpo de Flinx al hundirse lentamente. Se hundió y se hundió hasta que tocó el fondo del lago. Primero, lo tocaron sus piernas, luego sus caderas, después la espalda y, finalmente, la cabeza.

Había algo peculiar en aquel sitio, pensó. El cielo había estado más oscuro que el agua y el agua se aclaraba en lugar de oscurecerse cuando se hundió. En el fondo era tan brillante que le lastimaba en los ojos.

Los abrió.

Un rostro brillante, de un azul-verdoso casi metálico dominado por dos gemas afacetadas le contemplaba con preocupación. Inhalando, olió a aceite de coco y orquídeas. Algo cosquilleó su oreja izquierda.

Al buscar el origen, descubrió el pequeño rostro de reptil de Pip apoyado en su pecho. Aparentemente satisfecho del estado de su dueño, el minidrag se relajó y se deslizó de la almohada enroscándose cómodamente en un lugar cercano.

¿Almohada?

Respirando profundamente, Flinx sonrió a Sylzenzuzex. Ella retrocedió y él vio que se encontraban en una pequeña habitación, limpiamente arreglada. La luz del sol penetraba por altos ventanales.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó ella en los agudos silbidos y chasquidos del simbiolenguaje.

El asintió y vio cómo ella se derrumbaba agradecídamente en una plataforma para thranx al otro lado de la habitación.

—Gracias sean dadas a la Colmena. Pensé que habías muerto.

Flinx descansó la cabeza sobre una mano.

—No creía que eso fuese a importarte mucho.

—¡Oh, cierra el pico! —gritó ella con inesperada vehemencia.

El detectó la confusión y frustración de su voz, al luchar en su interior los sentimientos y los hechos.

—Ha habido momentos en que te habría cortado alegremente la garganta, si no hubiese estado bajo juramento de protegerla. También ha habido igual número de ocasiones en que casi deseé que no llevases tu esqueleto en el interior. Como aquella vez en la Tierra cuando me salvaste la vida y la forma en que hiciste frente a esa bárbara hembra joven.

Flinx vio que sus antenas se agitaban nerviosamente y que la graciosa curva de sus ovipositores se tensaba con incertidumbre.

—¡Eres el ser más enloquecedor que me he encontrado nunca, Flinx-hombre!

El se enderezó cautelosamente, averiguando que todo funcionaba tan bien en el exterior como en el interior.

—¿Qué pasó? —preguntó confuso—. No, espera..., recuerdo que me desvanecí, pero no el porqué. ¿Me golpeó algo?

—Nadie te tocó. Te desvaneciste cuando tu mascota cargó contra uno de los trabajadores nativos. Afortunadamente, la maniobra pareció ser solamente un «bluf». El nativo no sabía lo bastante como para tener miedo.

Su expresión se cubrió de perplejidad.

—Pero ¿por qué tendrías que desmayarte por eso?

—No lo sé —contestó él evasivamente—. Probablemente fue el shock de imaginarme al resto de los nativos haciéndonos pedazos después de que Pip matase a uno de ellos. Cuando no lo hizo, el shock fue todavía mayor, porque Pip no se aficiona de esa manera a extraños.

Flinx se forzaba a aparecer indiferente.

—Así que a Pip le gusta la piel natural más que un traje térmico, y se enroscó sobre uno de los nativos. Eso es probablemente lo que sucedió.

—¿Pero qué prueba eso? —se preguntó Sylzenzuzex.

—Que me desmayo con facilidad —sacando sus piernas del lecho, le dirigió una mirada lúgubre.

—Por lo menos, ahora sabemos por qué este mundo está colocado bajo prohibición.

—*¡Shhhh!* —ella casi se cayó de su plataforma de dormir—. ¿Por qué...? No, espera —le aconsejó.

Pasó varios minutos inspeccionando concienzudamente la habitación, mirando en algunos lugares donde a Flinx nunca se le hubiese ocurrido mirar.

—Está limpia —anunció finalmente con satisfacción—. Espero que crean que no tenemos nada que decir que valga la pena saber.

—¿Estás segura? —preguntó Flinx avergonzado—. Nunca había pensado en eso.

Sylzenzuzex pareció ofendida.

—Te dije que estaba especializándome en Seguridad. No, aquí no hay nada que nos escuche, excepto yo a ti.

—De acuerdo, la razón por la cual este mundo fue colocado bajo prohibición por la Iglesia nos salió al encuentro hoy en el túnel. Son los nativos..., los gruñones trabajadores manuales de Rudenuaman con ojos de duende. Ellos son el motivo.

Ella continuó mirándole durante otro minuto y comenzó a reírse, pero lo pensó mejor cuando vio lo serio que estaba él.

—Imposible —musitó finalmente—. Has experimentado algún tipo de ilusión. Es seguro que los nativos no son otra cosa que lo que parecen..., grandes, amigables y tontos. Todavía no se han desarrollado lo suficiente para que la Iglesia aislase este mundo.

—Por el contrario —objetó él—, son muchas más cosas de lo que aparentan.

Ella parecía incrédula.

—Si eso es así, entonces, ¿por qué realizan un trabajo manual muy pesado durante horas en unas temperaturas de congelación a cambio de unas pocas bayas y de unas miserables nueces?

La voz de Flinx bajó desconsoladamente.

—Todavía no lo sé —levantó la vista—. Pero sí sé esto..., son telépatas naturales.

—Una ilusión —repitió ella con firmeza—, has experimentado una alucinación.

—No —su voz era firme y confiada—. Yo mismo poseo algún pequeño talento. Conozco la diferencia entre una alucinación y una comunicación de mente a mente.

—Como quieras —declaró Sylzenzuzex suspirando—. Para proseguir la discusión asumamos temporalmente que no fue una alucinación. Sigue sin ser un motivo por el cual la Iglesia colocase a este mundo bajo prohibición. Toda una raza, de telépatas es pura teoría, pero no sería razón suficiente para excluirlos de una asociación con la Iglesia.

—No es sólo eso —explicó Flinx ansiosamente—. Son..., bueno, más inteligentes de lo que parecen.

—*Lo* dudo —bufó ella—, pero hasta una raza de telépatas inteligentes no sería considerada una amenaza de tal calibre.

—*Mucho* más inteligentes.

—Eso no lo creeré hasta que vea evidencias que lo demuestren —objetó ella—. Si representasen algún tipo de amenaza seria contra el Mercado Común...

—¿Por qué otro motivo pondría la Iglesia este inundo bajo

prohibición?

—Flinx, no tienen herramientas, ni trajes, ni un lenguaje hablado..., ni civilización. Corren por ahí escarbando raíces y frutas, viven en cavernas. Si potencialmente son tan inteligentes como dices, ¿por qué persisten viviendo en la pobreza?

—Esa —admitió Flinx— es una pregunta muy buena.

—¿Tienes una respuesta muy buena?

—No. Pero estoy convencido de haber encontrado el motivo para las acciones de la Iglesia. ¿Cuáles son los efectos de poner a un mundo bajo prohibición?

—Ningún contacto con razas que viajen por el espacio —respondió ella—. Las más severas penalidades para cualquier infracción de la prohibición. La raza tiene libertad para desarrollarse por sí sola.

—O tiene libertad para estancarse —murmuró Flinx—. El Mercado Común y la Iglesia han ayudado a multitud de razas primitivas. ¿Por qué no a los ujurrianos?

—Te nombras a ti mismo arbitro de la política de alto nivel de la Iglesia —murmuró ella, alejándose nuevamente de él.

—¡Yo no! —casi gritó él, golpeando ambas manos ruidosamente contra las colchas. Sus manos se movían rápidamente mientras hablaba—. Es el Consejo de la Iglesia quien se nombra a sí mismo manipulador de los destinos raciales. Y si no es la Iglesia, entonces es el gobierno del Mercado Común. Y si no es el gobierno, entonces son las grandes corporaciones y empresas familiares. También está el imperio de los AAnn, que se coloca a sí mismo por encima de todo lo demás.

Ahora estaba caminando enfadado a lo largo de la cama.

—Dios mío, ¡estoy cansado hasta la muerte de las organizaciones que piensan que tienen derecho para decidir cómo deberían desarrollarse los demás!

—¿Qué es lo que tú colocarías en su lugar? —desafió ella—. ¿Anarquía?

Flinx volvió a sentarse pesadamente sobre la cama, con la cabeza hundida entre las manos. Estaba cansado, muy cansado, y era demasiado joven.

—¿Cómo puedo saberlo yo? Sólo sé que estoy completamente asqueado de lo que pasa como inteligencia en esta esquina de la creación.

—No puedo creer que seas tan inocente —dijo ella, ahora con más suavidad—. ¿Qué otra cosa esperas de simples mamíferos e insectos? El amalgamamiento fue sólo el principio de la salida de nuestras dos razas de una larga edad oscura. El Mercado Común y la Iglesia Unida tienen solamente unos cuantos siglos de vida. ¿Qué es lo que esperas de ellos tan pronto? ¿Nirvana? ¿Utopía?

Sacudió la cabeza, un gesto que los thranx habían adquirido de los humanos.

—No es para ti ni para mí colocarnos por encima de la Iglesia, que nos ayudó a salir de aquellos oscuros tiempos.

—¡La Iglesia, la Iglesia, tu todopoderosa Iglesia! —gritó él—. ¿Por qué la defiendes así? ¿Crees que está formada por santos?

—Nunca he dicho que fuese perfecta —respondió ella, mostrando cierto acaloramiento—. Los propios consejeros serían los últimos en proclamarlo así. Esa es una de sus virtudes. Naturalmente que no es perfecta..., nunca pretendía serlo.

—Eso es lo que me dijo una vez Tse-Mallory —murmuró él pensativamente.

—¿Qué..., quién?

—Alguien que conozco que también abandonó la Iglesia por razones personales.

—Tse-Mallory, otra vez ese nombre —replicó ella pensativamente—. Era aquel compañero militar de mi tío que has mencionado anteriormente. ¿Bran Tse-Mallory?

—Sí.

—En las reuniones del Clan hablan de él, además de Truzenzuzex.

Ella regresó a la realidad presente..., no tenía sentido pensar melancólicamente sobre cosas que probablemente nunca sería capaz de experimentar otra vez.

—Ahora que has decidido que el Universo no es perfecto y que las instrumentalidades de la inteligencia son algo menos que omniscientes, ¿qué propones que hagamos?

—Hablar con nuestros posibles amigos, los ujurrianos.

—¿Y qué van a hacer ellos? —rezongó ella—. ¿Arrojar rocas contra la nave del barón cuando regrese? ¿O a las armas láser que, seguramente, habrá aquí en abundancia?

—Es posible —concedió Flinx—. Pero, incluso si no pueden hacer anda, creo que tendremos una oportunidad mucho mayor de sobrevivir entre ellos que aquí, esperando a que Rudenuaman se canse de tenernos a su alrededor. Cuando eso suceda, nos liquidará con la misma tranquilidad con que tira un traje viejo.

Dejó que su mente vagara, no viendo ya ningún motivo para ocultarse por más tiempo de Sylzenzuzex.

—Sólo hay un guardián al otro lado de la puerta.

—¿Cómo lo sabes...? Oh, ya me lo dijiste —se contestó a sí misma—. ¿Hasta dónde llega tu talento?

—No tengo ni la más ligera idea —contestó él honradamente—. A veces no puedo percibir ni una araña en la habitación. Otras veces...

Le pareció que era mejor mantener algún secreto.

—Acepta mi palabra de que sólo hay un guardián afuera. Supongo que nuestra docilidad ha convencido a Rudenuaman de que no precisamos de más vigilancia. Como ella dijo, no hay ningún lugar adonde podamos escapar sin peligro.

—No estoy segura de no estar de acuerdo con ella —murmuró Sylzenzuzex dirigiendo la vista a las heladas montañas del exterior—. Aunque debo admitir que si escapamos quizá nos deje en paz. En las montañas no seremos para ella más peligro que aquí.

—Espero que piense así —admitió él—. El barón no estará de acuerdo con ella. Tenemos que marcharnos ahora.

Deslizándose de la cama, se acercó a la puerta y la golpeó con suavidad. La puerta se hizo a un lado y su guardián le contempló

cautelosamente..., a una distancia de varios pasos, como observó Flinx.

Era un humano alto y delgado, con una expresión de cansancio y el cabello encanecido prematuramente. Por todo lo que Flinx podía distinguir, no era un AAnn disfrazado.

—Habéis interrumpido mi lectura —informó ásperamente, señalando el pequeño visor que estaba próximo. Esto recordó a Flinx otra cinta que él quería ver. A pesar de la ansiedad en su interior, tendría que esperar mucho más, si es que alguna vez conseguía ver aquella cinta.

—¿Qué queréis?

Era claro que aquel hombre había sido bien informado sobre su cooperación hasta aquel momento. Flinx conectó con su mente y encontró una sensación casi de miedo.

Pip salió disparado bajo los cojines de la cama y cruzó la puerta antes de que el hombre pudiese poner a un lado el visor. Un rayo apareció, pero en lugar de disparar el hombre cruzó ambas manos por encima del rostro. Flinx saltó por la abertura y plantó un pie sobre su plexo solar. Sólo los párpados cerrados evitaron que los ojos del individuo saltasen de sus órbitas.

El guardián chocó contra la pared ruidosamente, resbaló y se recostó como una muñeca de trapo contra la pata de la silla. Esta vez el minidrag respondió a la llamada de Flinx, y se volvió a acomodar tensamente sobre el hombro de su amo, mirando inconsciente al guardián.

Sylzenzuzex llegó junto a él apresuradamente.

—¿Por qué no disparó de inmediato? De hecho...

Ella vaciló y Flinx vio cómo su mente estaba funcionando.

—Eso es. Nadie aquí había reconocido a Pip como un animal peligroso. Sólo se lo mencioné a la guardaespaldas de Rudenuaman. Con todos los acontecimientos debe haberse olvidado de informar a nadie más. Estábamos atrapados aquí sin posibilidad de escape, ¿no te acuerdas? *Los* otros que lo sabían eran Challis y Mahnahmi. El ha muerto y ella ha escapado.

Flinx hizo un gesto a sus espaldas.

—Esa es la razón por la que contuve a Pip y le dejé yo mismo fuera de combate. Todo el mundo ignora aún las habilidades de Pip. Antes o después Linda lo recordará y se lo dirá a su ama. Pero para entonces ya estaremos en libertad. Será mejor que lo estemos... Rudenuaman no nos dará otra oportunidad.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nadie nos ha visto, excepto un pequeño cuerpo de personal armado de seguridad y unas cuantas personas allá arriba en la mina. Esta instalación es enormemente grande. Actúa como si supieses lo que estás haciendo y podremos salir de aquí sin problemas.

—Estás loco —murmuró ella nerviosamente mientras entraban en el ascensor—. Esto puede ser una base grande, pero es una comunidad cerrada. Aquí todo el mundo se conocerá.

—Participas en una burocracia y continúas sin entenderlo —observó Flinx tristemente—. En una operación complicada como ésta

todo el mundo tiende a concentrarse en su propia especialidad. La gente se relaciona con gente de la misma especialidad. Esta pequeña sociedad no es homogénea ni mucho menos. A menos que nos encontremos a uno de los guardias que nos salió al encuentro cuando llegamos, podremos movernos libremente.

—Hasta que nuestro guardián recobre el conocimiento —le recordó ella—. Entonces empezarán a buscarnos.

—Pero no más allá de los límites de la base, apostaría algo. Rudenuaman se sentirá más irritada que enfadada. Supondrá que el medio ambiente se encargará de nosotros. Y así será, si los ujurrianos no nos ayudan.

Entraron en el ascensor, que comenzó a descender.

—¿Qué te hace pensar que lo harán?

—Tuve la impresión de que estaban ansiosos de hablar conmigo. Si estuvieses abandonada con diez thranx que sólo hablasen thranx inferior, y aparece repentinamente otro más, ¿no querrías hablar con él?

—Quizá por un rato —concedió ella—. Por supuesto, después de haber oído todo lo que tenía que decir, quizá también quisiese comérmelo.

—No creo que los ujurrianos hagan eso.

El ascensor llegó al nivel del suelo.

—¿Por qué estás tan seguro? Bayas o no, recuerda que son omnívoros. Supón que son simplemente bárbaros telépatas.

—Si me he equivocado con ellos, entonces moriremos de una forma mucho más limpia que a manos de Rudenuaman. Me estoy arriesgando sobre dos bases..., un sueño y el hecho de que nunca he visto antes que Pip volase hacia un ser que no pensase atacar.

Agachándose, rascó la parte posterior de la cabeza de Pip, a través del traje.

—Tenías razón, Syl, cuando dijiste que volaba hacia el mayor calor, pero el calor no era el de la piel de los ujurrianos.

La puerta del ascensor se hizo a un lado y caminaron atrevidamente por el desierto vestíbulo.

Al salir de la estructura comenzaron a caminar entre los edificios, dirigiéndose hacia el lago. Se cruzaron con varias personas, sin reconocer a ninguna de ellas, y afortunadamente ninguno reconoció a los dos prisioneros.

Mientras se acercaban a los alrededores de la base, Flinx caminó con más lentitud, con los sentidos alerta por si existiese algo como un perímetro defendido automáticamente. Sylzenzuzex buscaba alarmas escondidas. No encontraron ni siquiera una simple valla. Aparentemente, en aquel valle no había carnívoros de gran tamaño y ya conocían la opinión de la financiera sobre los nativos.

Una vez alcanzaron el escondite de los árboles, aceleraron el paso, moviéndose con toda la rapidez que les permitía la pierna herida de Sylzenzuzex. A pesar de que el día era anormalmente largo, el sol estaba bajo en el cielo antes de que aminorasen la marcha. Cuando por fin el sol se ocultase detrás de uno de los impresionantes picos nevados, su

calor se disiparía rápidamente en el aire de la montaña. Sylzenzuzex sería la primera afectada, y con más severidad, pero Flinx no dudaba de que él también estaría peligrosamente expuesto con su fino atuendo.

Esperaba que sus peludos anfitriones pudiesen hacer algo para solucionarlo. Si nadie les esperaba en el extremo opuesto del lago —el «agua larga» de su sueño—, iba a encontrarse en una situación comprometida, y lamentable.

En su extremo más bajo, el lago se estrechaba en un pequeño río que se despeñaba con el brillante humor de todos los torrentes de montaña por una suave pendiente, bailando y cayendo con fluida coreografía sobre las rocas, las ramas y los troncos rotos. A pesar de la densidad del bosque por encima de sus cabezas, la espesa cubierta del suelo, semejante a brezos, era aquí especialmente frondosa.

Flinx cogió unas pequeñas plantas con flores, con extrañas hojas parecidas a agujas y numerosos centros. Diminutas criaturas cubiertas de piel escarbaban, se retorcían y se escurrían a través de esta jungla de bajo nivel.

Sylzenzuzex olfateó desdeñosamente, haciendo silbar sus espículas mientras veían cómo una cosa diminuta con diez patas peludas y cascos en miniatura se lanzaba por un agujero en la otra ribera del torrente.

—Un mundo primitivo —comentó—. No hay insectos.

Ya estaba comenzando a temblar.

—No es sorprendente. Este mundo es demasiado frío para ellos..., y para mí.

Flinx comenzó a buscar entre los árboles mientras se frotaba las manos. De cuando en cuando, las metía dentro de su traje para acariciar a Pip. El minidrag también procedía de un mundo con clima de invernadero. Estaba inmóvil en un esfuerzo instintivo para conservar la energía y el calor corporal.

—Tampoco me encuentro exactamente a gusto aquí —le dijo Flinx a Sylzenzuzex.

Mirando preocupadamente hacia arriba, vio que el sol había sido medio devorado por una montaña que tenía una cresta que recordaba un dinosaurio mutilado.

—Podemos morir aquí congelados esta noche o volver a ver qué oportunidades tenemos con aquella mujer —reprochó Sylzenzuzex—. Una maravillosa elección la que nos hemos proporcionado.

—No lo entiendo —murmuró él, confuso—. Estaba tan seguro. Las voces eran muy claras.

—Todo es muy claro en un sueño —filosofó ella—. Es el mundo verdadero el que nunca posee sentido, el que tiene los límites borrosos. Todavía no estoy segura de que no estés un poco confuso, Flinx.

—Eh, en —tronó una voz que parecía un martillo golpeando el fondo de un gran caldero de metal. Era una voz verdadera, no un susurro telepático.

—¡Chistes, me gustan los chistes!

El corazón de Flinx recuperó su ritmo normal mientras él y Sylzenzuzex se daban la vuelta viendo una forma enorme y ancha

vadeando entre dos árboles. Físicamente había poco que distinguiese a unos nativos de otros.

Sin embargo, ahora Flinx sabía que tenía que buscar algo menos obvio. Parpadeaba brillantemente ante él, un brillo metálico, fuerte y concentrado..., como una luciérnaga, se recordó a sí mismo.

—Hola, Fluff. Tienes sentido del humor, pero, por favor, no nos des ese susto otra vez.

—Sentido del humor —repitió el gigante—. ¿Eso quiere decir que me gusta hacer bromas?

Sobre las patas traseras sobresalía por encima de ellos.

—Sí. ¿Hay algo mejor que hacer bromas? Excepto quizá construir cuevas, comer, dormir y hacer el amor. Flinx advirtió que la sonriente y amplia boca se movía.

—Estás hablando —observó simultáneamente Sylzenzuzex, que se volvió hacia Flinx—. Pensé que habías dicho que eran telépatas.

—Podemos hablar con la mente también —entonces dijo algo en el interior de su cabeza, haciéndole dar un salto.

—Así que eso es telepatía —murmuró ella ante la nueva experiencia—. Es algo enervante.

—¿Por qué molestarse en hablar? —se preguntó Flinx.

—Es menos eficiente, pero más divertido —contestó Fluff.

—Mucho más divertido —imitaron dos voces.

Moam y Bluebright aparecieron, dirigiéndose hacia el torrente. Poniéndose a cuatro patas, comenzaron a bañarse en el agua.

—¿Por qué no habláis así con la gente de la base?

—¿Base? ¿Las grandes cuevas de metal?

Flinx asintió y fue recompensado con un encogimiento de hombros mental.

—Nadie nos pide que hablemos mucho. Nos parece que les gusta que hablemos así —y se dedicó a emitir unas cuantas palabras medio gruñidas y unas frases entrecortadas—. Les pone contentos. Queremos que todo el mundo sea feliz. Así que hablamos de esa forma.

—No estoy seguro de entenderlo —admitió Flinx sentándose sobre una roca y tiritando.

Una forma monstruosa se materializó junto a su hombro y Sylzenzuzex saltó medio metro en el aire.

—No hay duda de ello —tronó Maybeso.

En una garra sostenía dos objetos arrugados, mientras que en la otra tenía un gran estuche plástico. Flinx sintió que un pensamiento tibio fluía sobre él como un cubo de agua caliente, y Maybeso desapareció.

—¿Qué fue eso? —quiso saber Sylzenzuzex, asombrada.

—Maybeso —le dijo Flinx ausentemente, examinando lo que les había entregado el versátil ujurriano—. Trajes térmicos..., uno para ti y otro para mí.

Después de meterse en el interior de aquellos atuendos de calor autocontrolado, pasaron unos deliciosos minutos descongelándose antes de comenzar la inspección del contenido del enorme estuche.

—Comida —advirtió Sylzenzuzex—. Dos pistolas láser...

Flinx rebuscó en las profundidades del recipiente, consciente de que estaba temblando. —Y esto... Incluso esto.

Retiró la mano, sujetando una pequeña cinta, algo deteriorada.

—¿Cómo? —preguntó Flinx, presa del asombro—. ¿Cómo lo supo?

La sonrisa de Fluff fue auténtica, mucho más de la que estaba permanentemente sobre sus rasgos.

—Maybeso juega sus propios juegos. Todo es un juego para él, y es muy bueno jugando. Mejor que ningún otro de la familia. En cierta forma, es simplemente como un cachorro muy crecido.

—Cachorro —estuvo de acuerdo Moam—, pero una luz muy grande.

—Luz muy grande —repitió Bluebright, levantando la cabeza y lamiéndose el agua del morro con una larga lengua.

—Es divertido tener alguien con quien hablar —observó juguetonamente Fluff. Entonces Flinx tuvo la impresión de algo así como un fruncimiento apenado del ceño—. Vinieron otros, pero no aterrizaron. Maybeso les vio y dijo que hicieron algunas cosas extrañas con construcciones..., con instrumentos como los de las cuevas de metal. Se excitaron mucho y después se marcharon.

—El grupo de exploración de la Iglesia —comentó Flinx innecesariamente.

—No comprendimos por qué se marcharon —dijo un preocupado Fluff—. Nos gustaría que hubiesen bajado y hablado con nosotros. Estábamos tristes y queríamos ayudarles porque tenían miedo de algo. Otra vez el encogimiento de hombros mental. —Aunque quizá estuviésemos equivocados. —No creo que estuvieseis equivocados, Fluff. Algo les asustó, eso es cierto.

Sylzenzuzex no le prestaba atención. Estaba contemplando a Fluff con las mandíbulas caídas. Flinx se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Comprendes ahora por qué este mundo fue puesto bajo prohibición?

—Bajo prohibición —repitió Fluff saboreando el sonido de las palabras—. Un consejo general, representando racionalizaciones filosóficas que surgen... —Aprendes muy rápido, Fluff —tartamudeó Flinx. —Oh, claro —dijo el gigante con entusiasmo infantil—. Es divertido. Vamos a jugar a algo. Vosotros pensáis una nueva palabra o concepto y nosotros intentamos aprenderla, ¿vale?

—Para el grupo exploratorio que hizo investigaciones aquí no era un juego —anunció repentinamente Sylzenzuzex. Se volvió para mirar a Flinx—. Entiendo lo que me querías decir. Al gigante:

—No aterrizaron porque..., porque tenían miedo de ti, Fluff.

—¿Miedo? Miedo de mí, ¿por qué? —se golpeó sus metros de torso con una garra que podría haber decapitado a un hombre—. Solamente vivimos, comemos, dormimos, hacemos el amor, construimos cuevas y hacemos bromas..., y jugamos a juegos, por supuesto. ¿De qué hay que tener miedo?

—De tu potencial, Fluff —explicó lentamente Flinx—. Y del tuyo, Moam y Bluebright, y del tuyo también, Maybeso, dondequiera que estés.

—En algún otro lugar —comentó Moam en plan de ayudar.

—Ellos vieron vuestras potencialidades y escaparon corriendo en lugar de bajar y ayudaros. Os pusieron bajo prohibición de forma que nadie más pudiese venir a ayudaros. Esperaban manteneros a todos en la ignorancia. Poseéis una capacidad incalculable, Fluff, pero no parece que tengáis mucha iniciativa. Negándoos eso, la Iglesia pensó que podría...

—¡No! —gritó Sylzenzuzex, agonizando—. No puedo hacerlo. La Iglesia no podría...

—¿Por qué no? —contestó Flinx—. Cualquiera tendría miedo del mocetón más fuerte del barrio.

—No está bien tener miedo —observó Fluff pesaroso—, y es triste.

—Acertado en ambas cosas —concedió Flinx.

Bruscamente consciente de que su estómago reclamaba atención, sacó un enorme cubo de carne y queso concentrados del recipiente plástico y se sentó sobre una roca. Después de retirar la envoltura, dio un gigantesco mordisco y comenzó a buscar en el recipiente algo apropiado para Pip.

Sylzenzuzex se reunió con él, pero su inspección de las provisiones era como mucho semiinconsciente. Su mente era un torbellino de pensamientos conflictivos, destructivos y confusos. El conocimiento de lo que, con toda certeza, la Iglesia había hecho estaba sacudiendo las creencias que tenía desde que era una larva. Cada vez que un ideal se derrumbaba en su interior, sentía que la penetraba un profundo dolor, como una cuchillada.

Flinx había tomado una decisión.

—¿Vosotros queríais hablar, jugar un juego con conceptos y palabras nuevas?

—Sí, juguemos —se agitó Moam entusiásticamente, acercándose.

—Hablemos —accedió Bluebright.

Flinx estaba serio; consideró lo que se disponía a hacer y se alegró al descubrir que le hacía sentirse más satisfecho que ninguna otra decisión que hubiese tomado en toda su vida.

—No os preocupéis; hablaremos...

Capítulo XI

—Pero no aquí —añadió Fluff.

—Definitivamente, aquí no —repitió Bluebright—. Vayamos a la cueva.

Apartándose de Flinx, él y Moam comenzaron a caminar entre los árboles acompasando sus zancadas en forma exacta el uno al otro. Fluff chapoteó detrás, haciendo gestos a Flinx y Sylzenzuzex de que les siguieran.

—*¿La cueva?* —preguntó Flinx más tarde, mientras él y la temblorosa thranx intentaban mantener aquel arrollador paso—. ¿Compartís todos la misma cueva?

Fluff pareció sorprenderse.

—Todo el mundo comparte la misma cueva.

—¿Entonces todos formáis parte de la misma familia? —jadeó Sylzenzuzex.

—Todo el mundo misma familia —el enorme nativo se sentía evidentemente asombrado ante aquellas preguntas.

A Flinx se le ocurrió que quizá Fluff tuviese en la cabeza otro tipo de relación que la inmediatamente consanguínea. Una palabra con multitud de significados podía ser confusa para un humano, sin hablar de un alienígena con un escaso conocimiento del lenguaje.

— ¿Nosotros somos de la misma familia, Fluff? —preguntó lentamente.

Las pesadas cejas cubiertas de piel se arrugaron fuertemente.

—No estoy seguro todavía —le dijo finalmente su salvador—. Te lo haré saber.

Una hora más de trepar por rocas y zanjas y Flinx se encontró perdido. Fue mucho más difícil para su compañera, que, finalmente, tuvo que detenerse exhausta en medio de una masa de arbustos florecidos.

—Lo siento —murmuró—. No puedo continuar. Estoy agotada... y fría.

—Espera —le dijo él—. ¡Fluff, espéranos!

Delante de ellos los tres ujurrianos se detuvieron y miraron

expectantes hacia atrás.

Flinx se arrodilló y examinó suavemente la pata herida de Sylzenzuzex. Aunque ella no la había estado usando, la articulación no parecía curar en la forma apropiada.

—Vamos a tener que entablillar esa rotura —murmuró con dulzura.

Ella asintió.

—Hacedlo en la cueva —aconsejó Fluff, que había retrocedido hasta reunirse con ellos.

—Lo siento, Fluff —explicó Flinx—, pero ella no podrá ir más lejos a menos que fijemos esta articulación.

Pensó un minuto, y después sugirió. —Vosotros tres continuad..., dejad un rastro de ramas rotas y os alcanzaremos más tarde. —Tonto —aconsejó el nativo. Se acercó más, empequeñeciendo al esbelto joven. Flinx notó que Pip no se había movido. Si su mascota no expresaba ninguna preocupación, entonces era que no percibía ninguna amenaza detrás de aquellos luminosos ojos que avanzaban.

Fluff estudió a la quejosa Sylzenzuzex y preguntó cuidadosamente.

—¿Qué haremos, Flinx-amigo?

—Si crees que es tonto que nosotros sigamos vuestro rastro —dijo cuidadosamente al ujurriano, alerta ante alguna señal de ira ultrajada—, podríais dejarnos montar sobre vosotros.

Bluebright se rascó la barbilla con una de las patas traseras.

—¿Qué es montar? —preguntó con interés.

—Quiere decir llevarles a ellos en lugar de las gemas —dijo una voz profunda, mezclada de suave desprecio ante la lentitud de Bluebright. Flinx giró justo a tiempo de ver la forma de Maybeso ligeramente fosforescente desvaneciéndose hacia algún otro lugar.

—Ahora comprendo —burbujeó Fluff con satisfacción—. ¿Qué hacemos ahora?

—Quédate ahí —dirigió Flinx, preguntándose mientras se acercaba a aquella muralla parda si, después de todo, aquello iba a resultar una idea inteligente.

La enorme cabeza ursinoide se volvió a mirarle.

—Ahora túmbate sobre el estómago.

Fluff se derrumbó prontamente con un zumbido neumático. Colocando a modo de prueba el pie sobre el flanco izquierdo, Flinx se estiró, agarró un doble puñado del áspero cabello y tiró con fuerza. Al ver que el ujurriano no protestaba, volvió a tirar, esta vez con la fuerza suficiente para subirse sobre la amplia espalda.

—Muy bien. Ahora ponte otra vez a cuatro patas —le dijo a su jovial montura.

Fluff se enderezó con suavidad hidráulica, sonriendo con la mente.

—Ya veo, esta idea es mejor que la otra.

—Otra cosa nueva divertida —asintió Moam.

Ella y Bluebright se acercaron a Sylzenzuzex y pasaron un minuto discutiendo quién debiera tener el privilegio de intentar primero esta nueva experiencia. El debate lo ganó Moam. Se acercó y se tumbó cerca de ella.

Sylzenzuzex estudió aprensivamente aquel musculoso torso, mirando de reojo hacia Flinx. Este le hizo una señal de coraje y ella trepó con cuidado sobre Moam, clavó sus garras en la espesa piel y se sujetó fuertemente.

Entonces fue cuando descubrieron lo pacientemente que los ujurrianos habían caminado anteriormente, para que sus dos amigos pudiesen mantener el paso con ellos. No parecía que ni Fluff ni Moam advirtiesen el peso sobre sus espaldas, y el pequeño grupo voló por el bosque.

Sólo tuvieron un infortunio más, cuando Flinx estuvo a punto de salir despedido. Consiguió apenas mantenerse en el asiento, mientras Fluff se elevaba sin previo aviso sobre sus patas traseras. Corría como si fuera un bípedo de nacimiento y a una velocidad que ningún oso terrestre podría haber duplicado. Con siete extremidades con las que sujetarse, Sylzenzuzex mantuvo su posición con mucha más seguridad cuando Moam se enderezó también para alcanzar las largas zancadas de Fluff.

Cuando llegaron al último valle, era imposible decir cuánto tiempo o a qué distancia habían viajado. Desde el principio de la carrera hasta el final, ninguno de los ursinoides disminuyó su velocidad, aunque para entonces resoplaban ligeramente.

Este tercer valle estaba dominado por el torrente paralelamente al cual habían corrido durante su retirada. Allí se ensanchaba formando otro lago, aunque uno mucho más pequeño que el que bordeaba el campamento minero, ahora muy a sus espaldas. Entre los numerosos verdes de hoja perenne crecía otra variedad de árbol. Tenía hojas anchas pardo-amarillentas. A la luz de la luna Flinx vio que algunas variedades mostraban diferentes tipos de bayas, aunque no en abundancia. Otros ostentaban racimos de frutos de cáscara oval, algunos tan grandes como cocos.

—¿Coméis de eso? —preguntó Flinx, señalando las cargadas ramas.

—Sí —le informó Fluff. — ¿Y también coméis carne? —Sólo durante el invierno —le explicó su anfitrión tranquilamente—, cuando no tienen frutos el *oaiga y* el *maginac.* La carne no es divertida y da más trabajo. Se escapa.

Se acercaron a una empinada colina. En la suave luz. de la luna, Flinx vio que era roca desnuda, desprovista de vegetación. Varios círculos formaban manchas oscuras sobre el grisáceo granito. Ujurrianos de muchos tamaños, incluyendo los primeros cachorros que habían visto, cabriolaban entre la oscura línea de la costa y las bocas de la cueva. —Si uno no come carne para variar —prosiguió Fluff—, comienza a sentirse enfermo.

—¿Por qué no os gusta comer carne? —preguntó Sylzenzuzex.

Flinx rezó para que ella no se enzarzara con sus impresionables anfitriones en algún abstracto diálogo espiritual.

Fluff habló como dirigiéndose a un niño. —Hasta la vida del *najac* o del feo *colvet* de seis patas es un trozo del sol. Cuando se apagan, el calor las abandona.

—No nos gusta hacer que las cosas brillantes se oscurezcan —discurseó Bluebright—. Más bien nos gustaría hacer que las cosas oscuras brillasen. Pero no sabemos cómo.

Finalmente se detuvieron ante la primera de las cavernas. Flinx observó que el exterior de la entrada estaba formado por rocas ordenadamente alineadas, unidas por rocas más pequeñas y piedrecitas a falta de ferrocreto. Haciendo una seña a Fluff para que se tumbase, comenzó a deslizarse por la espalda del ursinoide.

Una mirada a sus espaldas le mostró la larga lanza de cristal de la luz lunar rota en trozos por las arrugas y olillas del lago. Una mirada a la caverna que tenía delante no reveló otra cosa que oscuridad.

—Dijiste que todo el mundo compartía la misma cueva, Fluff, pero yo veo otras cuevas en la ladera de la montaña.

—Es toda la misma cueva —explicó el nativo. —¿Quieres decir que todas están conectadas en el interior de la montaña?

—Sí, todas se comunican unas con otras —una cálida sonrisa mental llegó hasta él—. Forma parte del juego al que jugamos.

—¿El juego? —repitió Sylzenzuzex,. congelada a pesar del hecho de que su traje térmico estaba al máximo.

Como Fluff no contestó, ella comentó en voz alta. —¿Crees que podríamos encender una hoguera? —Claro —dijo alegremente Moam—. ¿Qué es encender una hoguera? ¿Es como construir una cueva? Pacientemente, Flinx explicó lo que se necesitaba, seguro de que sólo tendría que explicarlo una vez.

—Iremos a reunir la madera muerta —se prestaron voluntariamente Moam y Bluebright, cuando hubo terminado su explicación.

—¿En qué consiste este juego al que jugáis en relación con vuestra morada, Fluff? —preguntó Flinx cuando los otros dos hubieron partido.

Fluff ignoró la pregunta y les empujó al interior de la cueva, donde intercambió silenciosos saludos con otro gigantesco nativo.

—Esta es Softsmooth, mi compañera —les informó.

Después, en respuesta a la pregunta que Flinx tenía en la cabeza.

—¿Preguntaste por el juego, Flinx-amigo...? Los padres de los padres de nuestros padres muchas veces muertos pensaron preocupados que un día el frío se quedaría para siempre y muchas luces de la familia se desvanecerían.

—Yo a esto no le llamaría una ola de calor precisamente —comentó Sylzenzuzex.

—El frío llega cuando el sol es apagado por las montañas —explicó Fluff—. Nuestras muchas veces padres vieron que el frío crecía más cada año. Les parecía que cada año el sol se hacía más pequeño que el año anterior.

Flinx asintió lentamente.

—Vuestro mundo tiene una órbita elíptica, Fluff, pero no es una órbita regular. Según los datos estadísticos que yo vi, se aparta más y más del sol cada siglo, aunque no puedo imaginarme cómo vuestros antepasados llegaron a comprender esto.

—Muchos conceptos nuevos —murmuró, con preocupación, Fluff—

. En todo caso, nuestros padres muchas veces muertos decidieron la forma de arreglarlo. Tendríamos que acercarnos más al sol de alguna manera.

—Estaban hablando de regularizar la órbita de Ulru-Ujurr —dijo Flinx—. Pero ¿cómo pudieron saber eso?

—Tengo que preguntar antepasados —se encogió de hombros Fluff—. Cosa muy difícil.

—Apuesto a que sí —concedió Sylzenzuzex sin dificultad.

—Había una nueva forma, sin embargo —continuó el enorme nativo—. Cavando…

—¿La gente de la mina?

—Sí. Ellos hacen sus propias cuevas muy calientes. Les preguntamos cómo nosotros podíamos hacer calor también.

—¿Qué fue lo que sugirieron? —preguntó Flinx.

Fluff pareció confuso.

—Nos dijeron que cavásemos grandes agujeros en el suelo y que nos echásemos suciedad encima. Lo probamos y vimos que sí producía calor. Pero no nos podíamos mover y era aburrido. Tampoco había luz. No comprendimos por qué nos dijeron que lo hiciéramos así. No hacen eso para ellos. ¿Por qué nos dijeron que hiciéramos eso, Flinx-amigo?

—Esa es una excusa AAnn para mostrar un poquito de humor —replicó él con tranquila furia. —¿AAnn? —preguntó Fluff. Moam y Bluebright volvieron, enterrados bajo enormes brazadas de ramas secas.

—Algunas gentes de la mina —explicó Flinx—, los… los que tienen las mentes frías.

—Ah, las mentes frías —repitió Fluff, reconociéndolos—. No entendíamos cómo gente tan fría podría darnos conocimiento para hacer calor. Pero de todas formas lo intentamos.

Flinx no podía mirar al amistoso nativo. — ¿Cuántos…, cuántos murieron entre los que experimentaron?

—¿Experimentaron?

—Los que probaron a enterrarse a sí mismos. —Oh, Flinx-amigo se preocupa erróneamente. No murió ninguno —le aseguró Fluff, sintiendo que la mente del humano se relajaba ante aquellas palabras. —Verás, enterramos a Maybeso… —Aquí está la madera —dijo Moam. —¿Necesitáis más? —preguntó Bluebright. —Creo que esto será suficiente para que dure una semana —les dijo Flinx.

Mientras hablaba. Sylzenzuzex estaba colocando parte de los trozos de las ramas en una pila rectangular, haciendo una escultura con sus delicadas manos y los troncos y pequeñas ramitas.

Flinx se reclinó contra la pared de la caverna, sintiendo la frialdad de la piedra a través del traje térmico.

—¿Cómo pensaban tus padres mucho tiempo muertos que podríais regular…, acercaros más al sol?

—Jugando al juego —le dijo Fluff otra vez—. El juego es lo mismo que construir cavernas.

—¿Excavar unas cuevas se supone que acercará vuestro mundo a su sol? —musitó Flinx, no muy seguro de haber oído correctamente.

Pero Fluff señaló ausentemente:

—Es parte del esquema del juego.

—¿Esquema? ¿Qué clase de esquema?

—Es difícil de explicar —concedió Flinx lánguidamente.

Flinx vaciló y después expresó una idea repentina.

—Fluff, ¿durante cuánto tiempo vuestro pueblo ha estado jugando al juego de excavar cuevas siguiendo un esquema?

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuántos de vuestros días?

—Días —Fluff decidió que era el momento de consultar con los demás.

Llamó a Bluebright, y Moam se acercó con Blue-bright. Softsmooth se les unió, y durante un breve momento Maybeso volvió a la existencia para añadir su comentario.

Al rato Fluff volvió junto a Flinx, hablando con seguridad mientras mencionaba una cifra. Una cifra enorme. Demasiado.

—¿Estáis seguros de vuestra numerología? —preguntó Flinx despacio.

Fluff contestó afirmativamente. —El número es correcto. En la mina hemos aprendido el sistema de contar.

Sylzenzuzex contempló a Flinx especulativamente mientras éste se alejaba, se recostaba de nuevo contra la pared y se quedaba mirando el oscuro y helado techo. Antes de encender el fuego, preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Hubo una larga pausa antes de que él pareciese volver de algún lejano lugar, para mirar hacia ella.

—Según lo que dice Fluff, han estado jugando a este juego de cavar túneles interconectados durante catorce mil años terrestres. Toda esta parte del continente debe estar perforada por ellos. Tampoco se sabe la profundidad a que están ahora.

—¿Qué quiere decir profundidad? —quiso saber Fluff.

Flinx replicó con otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo falta para que el esquema se termine, Fluff?

El ujurriano lo pensó, haciendo trabajar apresuradamente su mente.

—No mucho. Doce mil más de vuestros años.

—Unos cuantos cientos más o menos —tartajeó Flinx con asombro.

Pero Fluff le miró con reprobación.

—No… exactamente.

Sus grandes y relucientes ojos llenos de inocencia contemplaron fijamente los de Flinx.

—¿Y qué se supone que pasará cuando este esquema esté completo y el juego se termine?

—Dos cosas —explicó Fluff amablemente—. Nos acercamos un poco más a! calor y comenzamos a buscar un juego nuevo.

—Ya veo —murmuró él, medio para sí mismo—. Y Rudenuaman pensando que esta gente era primitiva porque pasaban todo el tiempo cavando cuevas.

Sylzenzuzex no se había movido para encender el fuego. Su rostro

era una máscara de incertidumbre.

—Pero ¿cómo puede cambiar la órbita de un planeta al cavar unas cuantas cuevas?

—¿Unas *cuantas* cuevas? No sé, Syl —murmuró suavemente—. Dudo que alguien lo sepa. Quizá el esquema completo produzca una alteración de la corteza planetaria lo suficientemente grande para crear un pliegue catastrófico suficiente para comprimir el espacio la cantidad adecuada en el momento apropiado. Si supiese más matemáticas... y si pudiésemos utilizar el mayor computador de la Iglesia, podría comprobarlo.

»O quizá los túneles estén destinados al aprovechamiento del calor del núcleo del planeta, o una combinación de esto y el pliegue...; necesitamos algunos brillantes matemáticos y físicos que nos contesten.

Sylzenzuzex miró a Fluff cautelosamente.

—¿Puede explicar lo que se supone que pasará, Fluff, y cómo?

El masivo ursinoide le dirigió una desconsoladora mirada, algo sencillo con unos ojos expresivos.

—Es triste, pero no tengo los términos para hacerlo.

En la cueva se hizo el silencio hasta que la pila de madera seca cobró vida. De repente aparecieron varias pequeñas llamas y en unos segundos el fuego ardía con fuerza. Sylzenzuzex respondió con un largo y bajo silbido de apreciación y se sentó cerca del confortante calor.

—¡Es caliente! —gritó Moam sorprendida. Bluebright colocó una garra muy cerca de las llamas y la retiró apresuradamente. —*Muy* caliente —confirmó.

—Podemos enseñaros, ¡demonios, ya os hemos enseñado!, cómo hacer todos los fuegos de este tipo que queráis. No estoy diciendo que debierais abandonar vuestro juego, pero si os interesara, Sylzenzuzex y yo podemos enseñaros cómo asegurar vuestro calor mucho antes que dentro de doce mil años.

—Es más fácil —concedió Fluff, señalando hacia el fuego.

—Y más divertido —añadió Moam.

—Escucha, Fluff —comenzó Flinx enérgicamente—, ¿por qué vuestro pueblo trabaja tanto y tan duro para las mentes frías y los demás de la mina?

—Por las bayas y los frutos que nos traen de lugares lejanos —contestó Softsmooth desde una pequeña alcoba excavada en la pared de la caverna.

—De sitios lejanos —repitió Bluebright.

—¿Por qué no vais allí y los recogéis vosotros mismos?

—Demasiado lejos y demasiado difícil, dijo Maybeso —explicó Fluff.

Flinx se recostó contra la pared y habló en tonos urgentes.

—¿No lo comprendes, Fuff? Estoy intentando enseñarte que la gente de la mina os está explotando. Están haciéndoos trabajar todo lo que podéis, con un tremendo provecho para ellos, y en recompensa os están pagando con las bayas y frutos suficientes para que sigáis trabajando para ellos.

—¿Qué es provecho? —preguntó Moam.

—¿Qué es pagar? —quiso saber Bluebright.

Flinx comenzó a contestar, pero comprendió que no tenía tiempo. No para una explicación de la economía moderna, la relación entre el trabajo y el valor de lo producido, y cien otros conceptos que sería necesario detallar antes de poder explicar a aquella gente esos dos simples conceptos.

Recostándose otra vez, miró por la boca de la caverna, detrás del brillo de la hoguera. Un conjunto de extrañas estrellas se había elevado sobre el anillo de montañas que abrazaba el extremo opuesto del lago. Durante horas permaneció absorto en sus pensamientos, mientras sus anfitriones descansaban en un cortés silencio y esperaban que volviese a hablar. Reconocieron su preocupación y concentración y permanecieron respetuosamente fuera de sus pensamientos.

Se levantó una vez para ayudar a Sylzenzuzex y reentablillar su articulación rota con un trozo de madera más fuerte. Después volvió a su sitio y a sus pensamientos. Pasado un rato, las estrellas se vieron reemplazadas por otras y a su vez éstas desaparecieron también.

Todavía estaba allí sentado, pensativo, cuando oyó un sonido como el que hace la puerta de un almacén girando sobre goznes viejos y quejumbrosos. Fluff bostezó por segunda vez y se tumbó, poniéndole ojos de plato.

Al poco rato, el sol entró en la caverna sin que Flinx hubiese ofrecido ni siquiera un buenos días. Todos le contemplaban con curiosidad. Incluso Sylzenzuzex mantenía un silencio respetuoso, percibiendo que se estaba formando algo importante bajo aquel revuelto cabello rojo.

Fue Fluff el que rompió el interminable silencio.

—Ayer de noche, Flinx-amigo, tu mente era un ruido constante como mucha agua cayendo. Hoy es como el terreno después de que el agua ha caído y se ha helado..., una igualdad amontonada, lisa, blanca y limpia.

Sylzenzuzex se sentaba sobre sus caderas. Con las manos y con la pata que no había sido herida se limpiaba el abdomen, ovipositores, los grandes ojos compuestos y las antenas.

—Fluff —dijo Flinx tranquilamente, como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez que habían hablado, como si la larga noche hubiese sido sólo una pausa de un minuto—, ¿os gustaría a ti y a tu pueblo comenzar un juego nuevo?

—Comenzar un nuevo juego —repitió Fluff solemnemente—. Es una gran cosa, Flinx-amigo.

—Lo es —admitió Flinx—. Se llama civilización.

Sylzenzuzex interrumpió su aseo e inclinó la cabeza hacia él rápidamente, aunque cuando habló había mucha menos certidumbre en sus objeciones.

—Flinx, no puedes. Ahora sabes por qué la Iglesia colocó este mundo bajo prohibición. No podemos contravenir las decisiones del Consejo, no importa cuáles sean nuestros sentimientos personales sobre Fluff y Moam y su gente.

—¿Quién dice eso? —le contestó Flinx—. Además tampoco sabemos si la prohibición fue decretada por el Consejo. Unos pocos

burócratas en el momento apropiado podrían haber tomado su propia decisión, como pequeños dioses, y condenar a los ujurrianos a la ignorancia. Lo siento, Syl, pero aunque admito que la Iglesia es responsable de algunas cosas buenas, sin embargo es una organización de seres humanx. Como todos los seres, su dedicación es primero a ellos mismos y después a todos los demás. ¿Se desmembraría la Iglesia si se le pudiera convencer de que entraba en los intereses del Mercado Común? Lo dudo.

—Mientras que tú, Philip Lynx, te preocupas en primer lugar de todos los demás —contraatacó ella.

Frunciendo el ceño, comenzó a pasear sobre el tibio suelo de la caverna.

—Honradamente, no lo sé, Syl. Ni siquiera sé quién soy, mucho menos lo que soy —su tono se hizo más fuerte—. Pero sé que en esta gente veo una inocencia y una amabilidad que nunca he encontrado en ningún mundo humanx.

Se detuvo abruptamente contemplando las estrellas que el sol de la mañana creaba sobre el lago.

—Quizá sea un joven loco, un idealista de mente estrecha..., llámalo como quieras, pero creo que sé lo que quiero ser ahora. Es decir, si ellos me quieren. Por primera vez en mi vida lo sé.

—¿Y qué es? —preguntó ella.

—Un profesor —se volvió hacia los pacientes ujurrianos—. Quiero enseñaros a Fluff. Y a ti, Moam, y a ti, Bluebright, y a ti, Sofstmooth, y hasta a Maybeso, dondequiera que se encuentre.

—Aquí —gruñó una voz desde el exterior.

Maybeso estaba tumbado sobre los bajos brezos delante de la entrada, rodando y estirándose con placer.

—Quiero enseñaros a todos este nuevo juego.

—Una gran cosa —repitió Fluff lentamente—. No podemos decidirlo nosotros solos.

—Hay que comunicárselo a los otros —estuvo de acuerdo Bluebright.

Se necesitó algún tiempo para decírselo a todos. Para ser exactos, se tardó once días, cuatro horas y una pequeña cantidad de segundos. Después tuvieron que esperar otros once días, cuatro días y algunos minutos para que todo el mundo contestase.

Pero cada individuo tardó muy poco tiempo en decidirse.

El día veintitrés después de que se hiciera la pregunta, Maybeso apareció en el exterior de la cueva. Flinx y Sylzenzuzex estaban sentados junto a la orilla del lago con Fluff, Moam y Bluebright. No advirtieron al recién llegado.

En aquel momento, Flinx sostenía una rama larga y resistente con fragmentos agudos de hueso atados a un extremo. Mientras el resto de su pequeño grupo le observaba, enseñó a Fluff cómo pescar. Fluff se sentía feliz al coger la cuarta presa del día: un redondeado organismo plateado que parecía un cruce entre un pez globo y una trucha.

Los ujurrianos explicaron que los nadadores tenían luces más pequeñas que los *najaos y* otras presas de tierra. Por tanto, pescar era

menos malo que cazar.

—¿Esto también forma parte del nuevo juego? —preguntó Moam duplicando exactamente al primer intento la rama y los anzuelos de hueso.

—Lo es.

—Es bueno —observó Bluebright.

—Espero que todo el mundo esté de acuerdo.

Sylzenzuzex cogió otro puñado de bayas. El contenido en azúcar era satisfactorio y la frescura aliviaba su dieta.

Maybeso desapareció de delante de la caverna y reapareció a su lado. Ella estuvo a punto de caerse del pulido granito donde estaba acurrucada.

—Todo el mundo ha contestado —anunció Maybeso—. La mayoría de todo el mundo dice sí. Ahora jugamos al juego nuevo.

—Catorce mil años de excavación tirados por el canal excretor —comentó Sylzenzuzex, poniéndose nuevamente en pie y frotándose el abdomen—. Espero que sepas lo que estás haciendo, Flinx.

—No preocuparse —la exhortó Maybeso—. Solamente jugamos al juego nuevo aquí. En otros sitios del otro lado del mundo continuarán con el juego antiguo. Si el juego nuevo no es divertido —se detuvo ligeramente—, volveremos al juego antiguo.

Dirigió una poderosa mirada a Flinx. —Para siempre —añadió.

Flinx se removió incómodo mientras el enigmático ujurriano se desvanecía. Hacía varias semanas había estado muy seguro de sí mismo, encendido con un celo mesiánico que nunca había experimentado previamente. Ahora las primeras dudas reales estaban comenzando a roer su seguridad. Se alejó de las miradas que le ordeaban..., los ursinoides estaban bien equipados para mirar.

—Es bueno —fue todo lo que Fluff murmuró—. ¿Cómo comenzamos el juego, Flinx?

Señaló los perfectos aparejos de ramas y anzuelos que todo el mundo había terminado.

—El fuego fue un principio. Esto es un principio. Ahora quiero que toda la gente que trabaje para la gente de la mina venga aquí a aprender con nosotros..., de noche, para que las mentes frías no sospechen. Eso sería —vaciló brevemente— malo para el juego.

—Pero ¿cuándo dormiremos? —quiso saber Moam.

—No hablaré durante mucho tiempo —replicó Flinx esperanzadoramente—. Es necesario. Quizá podamos terminar la primera parte del juego sin apagar las luces de nadie. Ni las nuestras ni las de los demás.

—Está bien —declaró Fluff—. Se lo diremos a los demás de la mina.

Sylzenzuzex se acercó a él mientras los ursinoides se dispersaban.

—Les enseñaremos algo básico sobre la civilización mientras nos ayudamos a nosotros mismos —murmuró—. En cuanto se libren de la gente de la mina, comenzarán a obtener todas las bayas y frutos que quieran...

Capítulo XII

—Espero —aventuró Teleen auz Rudenuaman— que el barón concluya pronto su caza. Estamos terminando cierto número de sintéticos y suplementos para los sintetizadores de comida y hemos casi agotado varios otros artículos irrepetibles.

—No hay ninguna necesidad de preocuparse por el barón —le aseguró Meevo FFGW detrás de su rígido rostro humano.

Realmente no había ningún motivo de preocupación, se insistió a sí misma, volviéndose a mirar por los paneles rosados, nuevamente instalados, pues arriba en la montaña los mineros trabajaban constantemente, con la eficiencia de siempre.

El barón había realizado anteriormente varios viajes a través de territorio del Mercado Común. Sin embargo, no podía evitar un pinchazo de preocupación cada vez que una de sus naves llevaba a bordo algún reptil disfrazado. Ella sobreviviría, por medio de una maraña de confusas explicaciones, si una patrullera del Mercado Común interceptase una de aquellas misiones y descubriese al AAnn a bordo.

Pero perdería un socio financiero irreemplazable. No todos los aristócratas AAnn eran tan comprensivos con las motivaciones humanas ni tenían una mente para los negocios como el barón Riidi WW.

El conmutador de la oficina zumbó pidiendo atención. Meevo se levantó y fue a contestar la llamada. Apartando la vista de los bosques y las montañas, ella vio cómo su flexible máscara humanoide se retorcía repetidamente, señal de que debajo se estaban produciendo incomprensibles contorsiones reptilianas.

—Dime, ¿qué... qué ha pasado?

La espesa voz del AAnn se elevó. Teleen se acercó.

—¿Qué es lo que pasa, Meevo?

El ingeniero AAnn colocó en su sitio lentamente el receptor del comunicador.

—Ese... era Chargis en la mina. El humano y el thranx que escaparon han aparecido con vida. Informa que les acompañan muchos

de los nativos y que los recién llegados se han unido a los trabajadores de la mina en una revuelta armada.

—No, no —ella pareció desmayarse al comprender el significado de las palabras—. Los nativos sublevados…, eso es imposible.

Su voz se convirtió en un grito mientras recobraba el control de sí misma.

—¡Imposible! No conocen la diferencia entre un taladro y un rayo. ¿Por qué querrían rebelarse, además? ¿Qué es lo que quieren…? ¿Más bayas y nueces? ¡Esto es una locura!

Su rostro se alargó con brusquedad, peligrosamente.

—No, espera… ¿Dijiste que el humano y la thranx habían vuelto con ellos?

—Chargis insiste en ello.

—Pero eso también es imposible. Debieran estar muertos hace semanas a causa del frío. De alguna forma —concluyó forzosamente—, deben haber conseguido comunicarse con los nativos.

—Creo que eso es lo que pasó —declaró el ingeniero—. Se me dijo que los nativos no poseían lenguaje, ni medios de comunicarse entre ellos conceptos abstractos… y mucho menos a extraños. —Meevo, hay algo que hemos debido pasar por alto. —Así es —concedió el ingeniero— . Pero al final no tendrá importancia. Una cosa es enseñar a un salvaje cómo disparar un arma y otra explicarle* las técnicas de la guerra.

—¿De dónde sacaron las armas? —se preguntó Teleen, mirando una vez más hacia la ladera. Las lejanas estructuras no mostraban ningún signo del conflicto que evidentemente estaba teniendo lugar en su interior.

—Chargis dice que redujeron al guardián e irrumpieron en la armería del lavadero —explicó Meevo—. Sólo estaba uno de guardia, ya que no había nadie aquí que fuese a robar armas. Chargis siguió diciendo que los nativos eran pesados e indisciplinados y que el humano y la thranx hicieron lo que pudieron por calmarlos.

Sonrió viciosamente.

—Quizá hayan desatado algo que no puedan controlar. Chargis dice… —el ingeniero vaciló.

—Adelante —apremió Teleen determinada a escucharlo todo—, ¿qué más dijo Chargis?

—Dijo que los nativos le dieron la impresión de considerar todo aquello como… un juego.

—Un juego —repitió ella lentamente—. Dejemos que continúen pensándolo así mientras mueren. Contacta con todo el personal de la base —ordenó—. Que abandonen todos los edificios, excepto estos de aquí alrededor de Administración. Tenemos rayos manuales y cañones láser suficientemente grandes como para derribar del cielo una nave militar. Nos limitaremos a descansar aquí, sosteniéndonos en comunicación, la planta procesadora de alimentos, esta estructura y la planta de energía hasta que el barón regrese. «Después de que hayamos incinerado a varios de los suyos —continuó despreocupadamente como si estuviese hablando de podar arbustos—, el juego quizá pierda interés para ellos. Si no, las naves lo terminarán con bastante rapidez. Volvió a

mirarle.

—Ordena también a Chargis que forme dos grupos de buenos tiradores. Pueden utilizar los dos coches grandes y mantener a nuestros amistosos trabajadores embotellados donde están. Pero cuidado con el fuego; no quiero nada dañado en el interior de los edificios de la mina, a menos que sea absolutamente inevitable. Ese equipo es caro. Aparte de eso, pueden tirar al blanco sobre cualquier nativo que vean en el exterior —añadió en un semisusurro—. Pero bajo ninguna circunstancia matarán al joven humano ni a la hembra thranx. Quiero a los dos sanos y salvos.

Sacudió la cabeza disgustada, mientras el ingeniero salía para transmitir sus órdenes.

—Un maldito inconveniente. Tendremos que importar y entrenar a todo un batallón nuevo de trabajadores manuales…

Todo, pensaba Flinx furioso, había salido bien y según lo previsto… al principio. Después se vio obligado a observar sin hacer nada cómo los meses de planes e instrucciones eran dejados a un lado, sumergidos en el incontrolable placer que los ujurrianos encontraban en penetrar al asalto en la armería para conseguir los juguetes que hacían que las cosas desaparecieran. Ni siquiera Fluff pudo calmarles.

—Se están divirtiendo, Flinx —explicó Sylzenzuzex, intentando darle ánimos—. ¿Por qué los culpas? Este juego es mucho más excitante que ninguno al que hayan jugado antes.

—Me pregunto si todavía pensarán así cuando algunas de sus luces sean apagadas —murmuró él, enfadado—. ¿Seguirán pensando que mi juego es divertido después de que vean a algunos de sus amigos en el suelo con las entrañas quemadas por los rayos de Rudenuaman?

Se alejó un poco, sin poder hablar y furioso consigo mismo y con los ujurrianos.

—Quería apoderarme de la mina silenciosamente y por sorpresa, sin matar a nadie —gruñó finalmente—. Con todo el ruido que hicieron al tomar la armería, estoy seguro que el resto del personal del edificio los oyeron e informaron allá abajo. Si es inteligente, y lo es, Rudenuaman colocará la gente que le queda en una alerta continua y esperará a que nos acerquemos.

Dándose cuenta de que Fluff estaba cerca, miró profundamente a aquellos ojos expectantes.

—Me temo que tu pueblo tendrá que matar ahora, Fluff. El ursinoide le devolvió la mirada sin temblar.

—Comprendido, Flinx-amigo. Jugamos un juego serio, esta civilización.

—Sí —murmuró Flinx—, siempre lo fue. Yo esperaba evitar los viejos errores, pero…

Su voz se extinguió y se sentó sobre el suelo, contemplando deprimido la superficie metálica entre sus rodillas. Un fresco rostro escamoso se frotó contra el suyo…, Pip. Lo que no esperaba era la suave presión en su nuca, donde debería encontrarse su antetórax si hubiese sido thranx.

Levantando la vista y mirando hacia atrás, vio unos ojos

afacetados que le contemplaban.

—Ahora sólo puedes hacerlo lo mejor que puedas —murmuró dulcemente Sylzenzuzex. La delicada mano se movió suavemente, masajeándole la espalda—. Has comenzado todo esto. Si no les ayudas a terminarlo, esa hembra de allá abajo lo hará.

Después de eso, él se sintió un poco mejor, pero solamente un poco.

Un profundo chasquido, como una hoja metálica desgarrándose, resonó claramente. Flinx se puso en pie corriendo en la dirección del sonido, que pronto fue seguido por otro igual. Por un panel transparente que corría a lo largo de un corredor de acceso, pudieron mirar hacia la suave pendiente y al lado derecho del enorme edificio. Allí no se veía vegetación, pues había sido arrancada hasta una distancia de veinte metros desde la pared del edificio.

Al otro lado del claro, en los límites del bosque, pudieron ver las poderosas formas de dos vehículos. Los mismos, advirtió Flinx, que habían salido al encuentro de su nave a su llegada hacía ya muchas semanas.

Cada coche llevaba un pequeño cañón láser en la parte delantera. Mientras miraban, un fino rayo rojo saltó desde una de aquellas armas a la pendiente rocosa en un punto por encima de ellos. Allí había varios túneles pequeños horadados en la pared del acantilado.

Pronto la roca desnuda mostró tres negras cicatrices elípticas, modestas manchas de destrucción donde habían sido incinerados los arbustos y las rocas silíceas más ligeras fundidas y convertidas en vidrio.

Desde algún lugar en el extremo superior del túnel una línea azul procedente de un rayo manual brilló hasta alcanzar el exterior del vehículo.

La pantalla del vehículo tenía la fuerza suficiente para absorber y disipar aquellos diminutos estallidos de energía.

Inesperadamente, los dos coches se volvieron y se dirigieron bajando la cuesta hacia la instalación principal. Su sordo zumbido llegó hasta el corredor donde Flinx y los demás observaban en silencio cómo los vehículos, que flotaban suavemente a un metro de la superficie sobre gruesos colchones de aire, se volvían y se detenían, justamente fuera del radio de alcance de una pistola láser manual.

Un momento después, la masa familiar de Blue-bright dio la vuelta a la esquina y se arrastró hacia ellos. Levantándose rápidamente, dejó que las palabras saliesen entre jadeos que parecían los de una caldera de vapor.

—Han matado a Ay, Bee y Cee —jadeó con sus enormes ojos más abiertos que de costumbre.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Flinx tranquilamente—. Le dije a todo el mundo que ellos no dispararían contra los edificios. No se arriesgarán a dañar el equipo porque todavía no están convencidos de que representemos una amenaza importante para ellos.

Fluff se encargó de la explicación, habiéndose comunicado ya silenciosa y rápidamente con Blue-bright.

—Ay, Bee y Cee entraron en las cuevas de metal. —¿Pero *por qué?* —medio gritó, medio preguntó Flinx.

—Creían haber creado una nueva idea —explicó lentamente Fluff.

Flinx no dio señales de comprender y el ursinoide continuó:

—Durante estos últimos días nos has repetido una y otra vez que este juego que tú llamas civilización debe ser jugado según el sentido común, la razón y la lógica. Por lo que me dice Bluebright, Ay, Bee y Cee decidieron entre ellos que, si esto era así, los mentes frías y los demás comprenderían que era razonable y lógico cooperar con nosotros, puesto que les hemos quitado la mina.

»Salieron sin armas para hablar razón y lógica con los de los coches. Pero —y la voz de Fluff expresaba dolor y asombro— ellos ni siquiera escucharon a Ay, Bee y Cee. Los mataron sin escucharlos siquiera. ¿Cómo puede suceder esto?

La desgreñada cabeza miró confusa a Flinx.

—¿Los mentes frías y los otros de allá abajo que son como tú, no son también civilizados? Pero hicieron esto sin hablar. ¿Es ésta la razón de que hablas?

Flinx y Sylzenzuzex todavía no habían visto enfado a ninguno de los joviales ursinoides. Fluff parecía estar cerca de ello, aunque en realidad no era rabia. Era frustración y falta de comprensión.

Flinx intentó explicarse.

—A algunos no les gusta jugar limpio, Fluff.

Algunos engañan.

— ¿Qué es engañar? —se preguntó Fluff. Flinx se dedicó a explicárselo. —Entiendo —anunció Fluff solemnemente cuando el joven hubo terminado—. Es una idea asombrosa. No la hubiera creído posible. Hay que decírselo a los demás. Explica parte del juego.

Volviéndose, él y Bluebright dejaron a Flinx y a Sylzenzuzex solos en el corredor.

—¿Cuánto tiempo —preguntó ella, mirando por el panel de la ventana hacia el lejano complejo— crees que se sentarán allí hasta que se impacienten y vengan a por nosotros?

—Probablemente hasta que vuelvan las naves. Si no hemos resuelto esto antes...; no, *tenemos* que terminar esto antes de que vuelva el barón... Aquí no disponemos de otra cosa que rayos manuales. Ellos tienen por lo menos dos cañones láser de superficie a espacio montados al lado de la pista de aterrizaje, aparte de los más pequeños que portan los vehículos. Posiblemente más. No podemos luchar contra ese tipo de armas. Espero que Fluff y Bluebright puedan meter eso en los peludos cráneos de su familia. Se puso a su lado para mirar por el panel. —Estoy seguro de que las dos armas grandes están dirigidas contra nosotros ahora mismo. Si intentásemos una retirada en masa, nos incinerarían a todos, como a Ay, Bee y Cee. Tendremos que...

Un agudísimo chillido flotó aterradoramente por el corredor. Subió desde un semiterror hasta el alto y ondulante alarido de los completamente aterrorizados..., después se detuvo. Era innegablemente humano.

El segundo grito no lo fue. Salía de una AAnn. Después llegaron

más gritos de ambas variedades.

Pip revoloteaba nervioso sobre el hombro de Flinx y un sudor frío había comenzado a fluir bajo la mata de cabello rojizo.

—¿Y ahora qué? —musitó inquieto, mientras se dirigían en dirección a los gritos. De cuando en cuando se oía otro grito, seguido a intervalos regulares por un sonido en contestación desde el otro bando.

En cierta forma todos eran iguales…: cortos e intensos.

Debía haber oído dos docenas antes de encontrar a Moam y Bluebright.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él—. ¿Qué fueron esos gritos?

—Luces —comenzó Moam.

—Apagándose —terminó Bluebright.

Flinx se dio cuenta de que estaba temblando. En la boca de Moam, naturalmente sonriente, había sangre. *Los* anchos y chatos morros de los dos estaban manchados con ella. Había pequeños grupos de trabajadores y guardianes que no tuvieron suerte en su intento de escapar de la mina capturada.

—Habéis matado a los prisioneros —fue todo lo que pudo decir.

—Oh, sí —admitió Moam con una alegría que helaba la sangre—. No estar seguros por un rato, pero Fluff explicó a nosotros y familia. Los mentes frías y la gente de allá abajo engañan. Creemos que ahora entendemos lo que es engañar. Quiere decir no jugar al juego siguiendo las reglas, ¿no?

—Sí, pero ésas no son mis reglas —murmuró él en arrobamiento—, no son mis reglas.

—Pero por nosotros está bien —ofreció Bluebright—. Nosotros entendemos estas reglas y las tuyas, Flinx-amigo. No buenas reglas. Pero los mentes frías hacen reglas nuevas; jugamos también de esa forma.

Los ujurrianos se alejaron por el corredor.

Flinx cayó de rodillas apoyándose contra la pared.

—Juego, todo continúa siendo un juego para ellos —de repente miró a Sylzenzuzex y se estremeció—. Maldita sea, no quería que todo pasase de esta forma.

—Tú eres el que cabalga en el *grizel* —le dijo Sylzenzuzex sin ira—. Tú lo has iniciado. Ahora debes dirigirlo.

—No lo entiendes —murmuró él desconsoladamente—. Quería que Fluff, Moan y Bluebright, y todos los demás, no cometieran nuestros errores. Quería que se convirtieran en lo grandes que pueden ser… y no simplemente en una versión más inteligente de nosotros mismos.

Sylzenzuzex se acercó más.

—Todavía tienes al *grizel* por las colas, Flinx. No has sido derrocado aún. No fuiste tú quien les enseñó a matar…, recuerda que ellos cazan carne.

—Sólo cuando tienen que hacerlo —le recordó él—. Sin embargo, quizá esté sea un momento en que tengan que hacerlo. Sí, una caza en la nieve para vivir. Las reglas han sido alteradas, pero todavía tenemos reglas. Sólo necesitan ser definidas con mayor precisión.

—Eso está bien, Flinx; diles cuándo está bien matar y cuándo no.

El la miró atentamente, pero si había algo oculto tras la superficie de sus palabras, no pudo percibirlo.

—Eso es algo que nunca quería llegar a hacer, ni siquiera por poderes.

—¿Qué te hizo pensar que alguna vez tendrías la oportunidad?

—Algo..., algo que sucedió no hace mucho —dijo él crípticamente— . Ahora me veo forzado a ello de todas formas. He sido empujado a la única posición que juré nunca ostentaría.

—No sé de qué me hablas, Flinx —declaró ella finalmente—, pero o bien tú cabalgas sobre el *grizel o* éste te pisoteará.

Flinx miró hacia el corredor por donde habían desaparecido Moam y Bluebright.

—Me pregunto quién va a cabalgar sobre quién.

La respuesta llegó varios días más tarde. Como él ya supuso, no había habido ningún asalto, aunque los dos vehículos bailaban diariamente muy cerca de las paredes de las estructuras de la mina, desafiando a cualquiera que asomase una cabeza peluda.

Fluff vino a despertarles en la pequeña oficina que Flinx y Sylzenzuzex habían escogido como dormitorio.

—Hemos hecho una trampa —les dijo alegremente—, y ahora vamos a cazar los vehículos.

—Trampa...; espera. ¿Qué...?

Flinx luchó por despertarse, frotándose frenéticamente los ojos, todavía soñolientos. Vagamente, le pareció recordar a Fluff o a Softsmooth, o alguien hablando de una trampa, pero no podía imaginársela.

—No puedes detener un vehículo con... —comenzó a protestar, pero Fluff ya le estaba urgiendo a seguir.

—Date prisa ahora, Flinx-amigo —insistió, escuchando algo más allá del radio de un oído normal—, ya ha empezado.

Les condujo hasta la oficina del supervisor del lavadero, una cúpula curva transparente, colocada en el ala meridional del edificio.

—Allí —señaló Fluff.

Flinx vio a varios de los ursinoides corriendo a cuatro patas sobre terreno desnudo y al descubierto. Corrían hacia la parte alta, cerca del lugar donde el túnel principal se abría en la montaña. A bastante distancia, pudo ver a los dos vehículos siguiéndoles.

—¿Qué están haciendo ahí afuera? —gritó Flinx, apoyándose contra el poliplexalloy transparente. Miró desesperado a Fluff—. Te dije que nadie debía salir de los edificios.

Fluff no pareció preocuparse.

—Es parte del nuevo juego. Mira.

Incapaz de hacer otra cosa, Flinx volvió su atención a la incipiente carnicería.

Moviéndose a tremenda velocidad, los tres ursinoides pasaron junto al extremo del edificio, bajo la posición actual de Flinx. Por rápidos que fueran, sin embargo, no podían correr más que los vehículos. Un estallido primero, después otro, saltaron de la boca del pequeño cañón. Uno dio justo detrás del corredor más rezagado,

impulsándole a correr con una velocidad todavía mayor. El otro acertó entre los dos de delante, dejando detrás una roca derretida.

Flinx vio que los tres corredores nunca llegarían a la entrada en el extremo superior del lavadero. Repentinamente, los coches parecieron doblar su velocidad. Cuando volviesen a disparar, estarían casi encima de los ujurrianos en retirada.

Se imaginó tres inocentes más con los que él se había mezclado, convertidos en cenizas sobre la piedra gris de la montaña.

En aquel punto el suelo cedió bajo los vehículos.

Hubo un choque violento, el gemido de la maquinaria que protestaba, cuando los dos vehículos no pudieron compensar con la suficiente rapidez el repentino cambio de superficie. Mientras continuaban avanzando, cayeron abruptamente hacia abajo y se aplastaron a gran velocidad contra la pared opuesta de la gigantesca fosa.

Flinx y Sylzenzuzex abrieron la boca silenciosos ante la enorme grieta que había aparecido inesperadamente en el suelo.

—Trampa —observó Fluff con satisfacción—. Me acordé de lo que me dijiste sobre el funcionamiento de las pequeñas máquinas, Flinx-amigo.

Unos conmocionados humanos y AAnn —los disfraces quirúrgicos de estos últimos reducidos ahora a piltrafas— luchaban para desembarazarse de aquel montón de ruinas que eran ambos coches.

Una muchedumbre de peludas abejas se dirigía desde los edificios de la mina hacia las fosas. Flinx pudo distinguir las estrechas pasarelas de tierra y roca sólida que pasaban sobre la grieta como una tela de araña. Formaban seguros senderos a través de los cuales habían corrido los tres corredores que servían de cebo. Pero al mismo tiempo eran demasiado estrechos para proveer un soporte adecuado a los vehículos. La superficie contra la que empujaban sus cohetes de aire había sido retirada repentinamente.

Cientos de delgadas ramitas perfilaban los bordes de la fosa. Habían sido utilizadas para soportar la pesada cubierta de ramas, hojas y tierra, todas cuidadosamente preparadas para dar la apariencia de terreno sólido.

Nuevos gritos y el resplandor azul de los rayos manuales iluminaron la fosa cuando los ursinoides cayeron sobre ella. Flinx vio cómo un macho adolescente de trescientos kilos recogía a un AAnn que se retorcía y trataba su cabeza como si fuera el tapón de una botella. Enfermo, se apartó de la carnicería.

—¿Por qué estás preocupado, Flinx-amigo? —quiso saber Fluff—. Ahora jugamos al juego según sus reglas. Es justo, ¿no?

—Cabalga sobre el *grizel* —le aconsejó Sylzenzuzex en thranx superior.

Por la cabeza, no por la cola, le repitió algo en su interior. Se forzó a sí mismo a volverse y observar el final de la breve lucha.

Tan pronto como los observadores de abajo comprendieron claramente lo que había sucedido, un rayo rojo del grosor del cuerpo de un hombre salió de una pequeña torre en el extremo opuesto de la base. Pasó ininterrumpidamente a través de varias secciones de bosque,

cortando los árboles como una guadaña y dejando los tocones humeando hasta que se hundió en la ladera, a la izquierda de la fosa. Una llamarada de luz intensa fue seguida de una sorda explosión.

—Que todo el mundo vuelva al interior, Fluff —gritó Flinx.

Pero la orden no era necesaria. Habiendo concluido su obra, los ursinoides que habían asaltado la fosa corrían ya, agachándose y trotando juguetonamente de vuelta a la mina.

Flinx creyó ver algún movimiento allá abajo mientras la parte superior de la torre comenzaba a girar hacia él, pero aparentemente las cabezas más tranquilas prevalecieron. El lavadero estaba todavía a salvo de las destructivas armas. Rudenuaman no tenía motivos todavía para arrasar la ladera, convirtiendo el complejo de la mina y el lavadero en un duplicado a mayor tamaño del pequeño cráter, bordeado por hendiduras, que ahora hervía y humeaba en el punto donde había tocado el pesado láser. Por mucho que lamentase la pérdida de los vehículos de superficie y sus tripulantes, todavía no estaba tan desesperada.

Por tanto, ninguna luz vengadora llegó a destruir el edificio. Los simples nativos iban a ver permitida aquella única e inútil victoria. Sin duda, pensó Flinx con ironía, Rudenuaman le atribuiría a él la brillante táctica, sin imaginar nunca que las gigantescas y toscas bestias de carga habían concebido y ejecutado el ardid completamente solos.

—Me pregunto —le dijo a Sylzenzuzex mientras comían nueces, bayas y alguna comida empaquetada capturada— si tiene sentido continuar con esto. En realidad, nunca me pareció estar controlando las cosas. Quizá..., quizá sería mejor escapar hacia las cavernas. Todavía puedo enseñar desde allí —los dos podemos— y nos queda mucha vida por delante.

—Todavía estás en el control, Flinx —le dijo Sylzenzuzex.

Golpeó una pata contra la mesa de una forma que pocos oídos humanos habrían reconocido.

—Los ujurrianos quieren que lo estés. Pero sigue adelante, Flinx. Diles a todos ellos —y agitó una mano para abarcar toda la mina— que deberían volver a sus cavernas y a su juego original. Diles eso. Pero no olvidarán lo que han aprendido. Nunca olvidan.

—O'Morion sabe cuánto conocimiento habrán adquirido ya en esta mina —musitó Flinx, picando de sus alimentos.

—Volverán a cavar el esquema de sus cuevas, pero retendrán ese conocimiento —siguió ella—. Les abandonarás con las reglas del juego que los carniceros de Rudenuaman les han enseñado. Si es que alguna vez muestran alguna iniciativa propia cuando hayamos muerto...

Ella se encogió de hombros a lo thranx.

—No te culpes por lo que ha sucedido. Los ujurrianos no son ángeles —una sibilante risa thranx la hizo detenerse durante un momento—. No puedes jugar a ser al mismo tiempo Dios y el demonio para ellos, Flinx. Tú no enseñaste a esos seres a matar, pero será mejor asegurarnos de que no les hemos enseñado a disfrutar con ello.

«Lloriquear y gemir sobre nuestros errores no va a ayudarnos ni a nosotros ni a ellos. Has metido tu pata en tu orificio masticatorio.

Puedes sacarla o asfixiarte, pero no puedes ignorarla.

Engulló un puñado de dulces bayas rojo-anaranjadas del tamaño de nueces.

—No disfrutamos matando —tronó una voz.

Ambos dieron un salto. Los ujurrianos se movían con una velocidad y un sigilo asombrosos en criaturas tan impresionantes. Fluff permaneció a cuatro patas en la puerta, llenándola por completo.

—¿Por qué no? —preguntó Sylzenzuzex—. ¿Por qué no debiéramos preocuparnos por ello?

—No es divertido —explicó Fluff concisamente, considerando la idea como algo totalmente absurdo y que no merecía la pena discutir—. Matar carne cuando es necesario. Matar mentes frías cuando es necesario. A menos —y sus ojos que parecían fanales brillantes sobre el otro ocupante de la habitación— que Flinx diga otra cosa.

Flinx movió la cabeza lentamente. —Nunca, Fluff.

—Creía que dirías eso. Es el momento de terminar esta parte del juego —hizo un gesto con una pata—. ¿Venís también?

—No sé lo que habréis planeado esta vez, Fluff —dijo Flinx—, pero sí, nosotros también vamos.

—Divertido —tronó el gigantesco ujurriano, en una forma que indicaba que por lo menos iba a producirse una juerga general.

—No quiero que ninguno de los edificios de allá abajo sufra daños, si puede evitarse —instruyó Flinx al ursinoide que les conducía a él y a Sylzenzuzex por corredores y pasillos—. Están llenos de conocimientos..., reglas del juego. Manuales de entrenamiento mecánico, archivos, seguramente una biblioteca geológica completa. Si vamos a estar incomunicados en este mundo durante el resto de nuestras vidas, Fluff, voy a estudiar cada fragmento de ese material para poder enseñaros apropiadamente.

—Comprendido —gruñó Fluff—. Parte del juego no dañar los interiores de los edificios. Se lo diremos a la familia. No preocuparse.

—No preocuparse —emitió Flinx, pensando en el personal alerta y armado que les esperaba en la base de la montaña. Pensaba también en los dos cañones láser capaces de penetrar la atmósfera colocados en la pequeña torre y listos para girar a voluntad.

Fluff les conducía hacia abajo, por los diversos pisos del lavadero y de la mina, hasta el único nivel bajo el suelo, el de almacenamiento. Pasaron por habitaciones, cámaras y corredores bordeados por pacientes ujurrianos esperando, bostezando y jugueteando. Llegaron hasta donde el piso más bajo había sido abierto. Allí se detuvieron.

Moam, Bluebright y Softsmooth les esperaban y un parpadeo apenas entrevisto, algo que podría haber sido Maybeso, o quizá una ilusión producida por un truco de la difusa iluminación.

En lugar de detenerse ante una sólida barrera de ferrocreto, encontraron tres enormes túneles que conducían hacia una oscuridad total. La luz de la habitación sólo penetraba ligeramente en aquellos túneles que descendían con rapidez, pero Flinx pudo ver otros laterales que más adelante salían de los principales.

—¿Sorpresa, sí? —preguntó Fluff con expectación. —Sí —fue todo

lo que el sorprendido Flinx pudo replicar.

—Cada túnel —replicó el ursinoide— sale bajo una parte de varias cuevas metálicas, en lugares tranquilos donde no están los mentes frías.

—¿Podéis saber dónde no están vigilados los pisos? —murmuró Sylzenzuzex asombrada.

—Podemos sentirlo —replicó Moan—. Es fácil.

—¿Es buena idea, Flinx-amigo? —preguntó Fluff preocupado—. ¿Es buena parte del juego o probamos otra cosa?

—No, es buena parte del juego, Fluff —admitió finalmente Flinx. Se volvió para mirar al infinito mar de animales de grandes ojos—. Ahora atended.

Una agitación masiva tembló por los apiñados cuerpos.

—Los que entren en la estación de energía deben apagarlo todo. Empujad todos los conmutadores y pequeños botones ala…

—Sabemos lo que significa apagar —le dijo Blue-bright con seguridad.

—Probablemente debería dejaros solos, os las habéis arreglado muy bien sin mí —murmuró Flinx—. Pero es importante. Esto lo oscurecerá todo, excepto la torre que alberga los dos cañones. Tendrá energía propia, y lo mismo el hangar del transbordador detrás de la pista de aterrizaje. Aquellos de vosotros que entréis en la torre de los cañones tendréis que…

—Lo siento, Flinx-amigo —le interrumpió Fluff pesaroso—. No podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—Suelos no como éste —explicó el ursinoide con los ojos brillantes en la luz indirecta. Señalaba al partido ferrocreto que estaba esparcido en los alrededores—. Son metal grueso. No podemos agujerearlo.

El espíritu de Flinx se hundió.

—Entonces todo este ataque tendrá que ser retrasado hasta que podamos pensar en algo que elimine la torre. Pueden destruirnos a todos, aunque tengan que destruir cuanto queda de la instalación para hacerlo. Si Rudenuaman consiguiese escapar y llegase a la torre, no creo que vacilase en dar esa orden. En ese punto, ya no tendría nada que perder.

—No queremos preocuparte, Flinx-amigo —consoló Bluebright.

—No hay que preocuparse —añadió Moam. —Tenemos algo más para ocuparnos de la torre —explicó Fluff.

—Pero vosotros… —comenzó Flinx; después se detuvo y siguió tranquilamente—. No, si decís que lo tenéis, entonces debéis tenerlo.

—¿Qué hay de los tres que se hicieron matar? —susurró Sylzenzuzex—. También creyeron tener algo. Esta vez hay muchas más vidas en juego. Flinx movió la cabeza lentamente. —Ay, Bee y Cee estaban jugando por reglas diferentes, Syl. Es el momento de que les confiemos nuestras vidas. Bastante han arriesgado las suyas sólo por nuestra palabra. Pero por si acaso… Se volvió hacia Fluff.

—Hay una cosa que debo hacer aunque todo esto falle y todos terminemos muertos. Quiero subir por el piso de la casa grande, Fluff.

Allí hay algo que necesito usar.

—Por este túnel —le dijo Fluff, señalando el corredor de la izquierda. ¿Estáis listos entonces?

Flinx asintió. El gigantesco ujurriano se volvió y dio instrucciones mentales. Fueron acompañadas por una orden emocional no verbal.

Le respondió un suave murmullo amenazador..., y un sonido que erizaba los cabellos cuando docenas y centenares de formas masivas se colocaban en largas filas que llegaban hasta los lugares más lejanos de la mina.

Después avanzaron por los túneles. Flinx y Sylzenzuzex se pegaron a Fluff, cada uno con una mano agarrada a su piel. La visión nocturna de Sylzenzuzex era mucho mejor que la de Flinx, pero el túnel era demasiado negro, hasta para sus aguzados sentidos.

Si las actividades de los ujurrianos hubiesen sido detectadas, reflexionó Flinx. nunca podrían salir de nuevo a la luz. Podrían ser atrapados y muertos allí sin demasiado esfuerzo.

—Una pregunta —preguntó Sylzenzuzex.

La mente de Flinx estaba en otro lugar cuando respondió.

—¿Qué?

—¿Cómo excavaron estos túneles? El terreno aquí es roca pura y los túneles parecen bastante extensos.

—Han estado cavando túneles durante catorce mil años, Syl — Flinx notaba que se movía cada vez con más seguridad al no haber aparecido nada trayendo muerte sobre sus cabezas—. Imagino que son bastante buenos en eso...

Teleen auz Rudenuaman jadeaba desesperadamente, casi sin aliento, mientras caminaba cojeando. El ruido de una fuerte lucha llegaba del exterior y bajo ella.

Una impresionante forma parda apareció en lo alto de la escalera que acababa de dejar. Volviéndose, disparó su rayo en aquella dirección. Desapareció, aunque no pudo decir si le había dado o no.

Al surgir el ataque ella estaba descansando en sus alojamientos..., no había venido de la lejana mina, sino de debajo de sus pies. Centenares de enormes y airados monstruos habían aparecido simultáneamente por los subniveles de todos los edificios; es decir, de cada edificio, excepto la torre de cañones. Apenas tuvo tiempo de dar la orden para que aquellas poderosas armas girasen y destruyesen todas las estructuras, excepto en la que ella se encontraba, cuando la torre había sido destruida.

Un rayo peculiarmente violento, no más grueso que su pulgar, había saltado el espacio entre el piso superior de la lejana mina y la base de la torre. Donde éste tocó, había ahora únicamente una profunda cicatriz horizontal sobre la tierra. Todo fue tan rápido que no vio ni oyó ninguna explosión.

Hacía unos instantes la torre estaba allí..., tres pisos metálicos albergando las gigantescas armas... y, enseguida, oyó un fuerte silbido, como una brasa caliente al caer en el agua. Cuando volvió a mirar, la

torre había desaparecido.

Ahora no quedaba un lugar adonde correr, no quedaba nada con lo que regatear. Su personal, completamente desbordado —tanto humanos como thranx y AAnn—, había sido arrastrado por una parda avalancha.

Intentó dirigirse al hangar subterráneo del transbordador, con la esperanza de ocultarse allí hasta el regreso del barón, pero los pisos inferiores de este edificio estaban también bloqueados por enjambres de aquellos hipopótamos. El terreno hervía con ellos.

¡No tenía sentido! En la inmediata vecindad de la mina había quizá medio centenar de los lentos nativos. Las exploraciones sólo revelaron unos centenares más viviendo en cuevas no muy cerca de allí, pero ahora había miles de ellos, de todos los tamaños, adueñándose de la instalación, adueñándose de sus ideas. Debajo se oía el sonido de los muebles volcados y los cristales rotos. No había forma de escapar. Sólo podía retirarse hacia arriba.

Cojeando hasta otra escalera, comenzó a subir hacia su apartamento-oficina en el piso superior. Cuando la torre del cañón fue eliminada, la batalla estuvo prácticamente liquidada. Meevo lo confirmó cuando informó que la estación de energía había sido tomada. Aquéllas habían sido las últimas palabras que oyó del ingeniero.

Con la estación, se habían ido la energía para los ascensores y los comunicadores. Le resultaba difícil subir la escalera con su pierna enferma. Su traje estaba roto; el maquillaje cuidadosamente aplicado que cubría sus cicatrices faciales, bastante deteriorado. Haría frente a la muerte en sus propios alojamientos, segura hasta el final, mostrando el verdadero autodominio de una Rudenuaman.

Al llegar al final de las escaleras aminoró el paso. Sus habitaciones se hallaban en el extremo opuesto del vestíbulo; pero en el interior de una cámara cercana a la escalera brillaba una luz. Moviéndose cautelosamente, empujó la puerta rota un poco más hacia dentro y echó un vistazo. La luz era del tipo que podría provenir de un aparato pequeño. En la base había muchos artefactos de aquel tipo autoabastecidos..., pero ¿qué estaría haciendo alguien con uno en aquel momento cuando lo que debiera tener en su mano era un láser?

Sujetando el suyo con fuerza, entró de puntillas en la cámara.

Naoirí había vivido en aquellas habitaciones desde la partí a de su anterior ocupante. La luz venía de una esquina. Era generada por un visor portátil. Una figura pequeña y ligera se acurrucaba atentamente ante él, sin prestar atención a nada más.

Ella esperó, y después de un corto espacio de tiempo la figura se echó hacia atrás con un suspiro, inclinándose para desconectar la máquina. La furia y la indiferencia batallaron en ella, reemplazadas por último por un frío sentido de resignación.

—Debiera haberlo adivinado —murmuró.

La figura saltó con la sorpresa y dio media vuelta.

—¿Por qué no estás muerto, como se suponía?

Flinx vaciló y replicó sin la sombra de una sonrisa:

—No estaba destinado que fuera parte del juego.

—Te estás burlando de mí... todavía ahora. Debería haberte matado al tiempo que terminé con Challis. Pero no —dijo con amargura—, tuve que mantenerte cerca de mí, como una diversión.

—¿Estás segura que ésa es la única razón? —preguntó él con tanta suavidad que ella fue momentáneamente cogida por sorpresa.

—También haces juegos de palabras conmigo —levantó la boca del arma—. Sólo lamento no tener tiempo para matarte lentamente. Ni siquiera me has dejado eso.

Se encogió de hombros con cansancio.

—Es el precio que hay que pagar por la falta de visión; como diría mi tía, podrido sea su espíritu. Sin embargo, siento curiosidad...; ¿cómo conseguiste domesticar y entrenar a esas criaturas?

Flinx la miró con compasión.

—Todavía no comprendes nada, ¿verdad?

—Sólo —replicó ella con los dedos tensos sobre el gatillo del láser— que esto llega con varios meses de retraso.

—¡Espera! —gritó implorante—. Si me escuchas un min...

El dedo se convulsionó. En el mismo momento, alguien roció sus ojos con fuego líquido. Ella gritó y el rayo pasó justo a la derecha de Flinx destruyendo el visor.

—¡No te frotes! —comenzó a gritar corriendo alrededor de la silla en la que había estado sentado..., ya demasiado tarde. En el momento del contacto, ella dejó caer el rayo y comenzó a frotarse instintivamente aquel terrible dolor sobre su rostro. Ahora estaba en el suelo revolcándose.

La distancia entre ellos no era grande, pero cuando él la alcanzó estaba ya inconsciente y rígida. Medio minuto después había muerto.

—Nunca te tomaste tiempo para escuchar, Teleen —murmuró él, arrodillándose atontado junto al enroscado cadáver. Asomando y retirando nerviosamente su lengua, Pip se posó suavemente sobre el hombro de Flinx. El minidrag estaba tenso a causa de la ira.

—Tu vida fue demasiado apresurada. La mía también lo ha sido.

Algo se movió en la puerta. Levantando la vista, Flinx vio a una jadeante Sylzenzuzex parada allí, protegiendo su pata entablillada. Una mano sujetaba con firmeza un rayo del tamaño adecuado a un thranx.

—Veo que la encontraste —observó, con el aliento saliendo en largos silbidos por las espículas de su antetórax—. Softsmooth me dice que los últimos residuos de resistencia están casi liquidados.

Sus ojos compuestos le miraron interrogativamente, mientras él tornaba a mirar hacia el cadáver.

—Yo no la encontré. Ella me encontró a mí. Pero antes de que pudiera hacerla escuchar, intervino Pip. Supongo que tuvo que hacerlo o me hubiese matado.

Inesperadamente miró hacia ella y sonrió.

—Debieras verte, Syl. Pareces un recuerdo de los días anteriores a la tranquilidad de Hivehom. Como un guerrero que acaba de concluir una redada triunfal contra una colmena vecina. Un maravilloso anuncio de la compasiva comprensión de la Iglesia.

Ella no respondió al ataque. Había algo en su voz que...

—Eso no es corriente en ti, Flinx.

Ella le estudió mientras él se volvía y se quedaba mirando al cadáver, intentando recordar todo lo que sabía sobre las emociones de los humanos. Le parecía que el interés de él en aquella mujer que, por unas cuantas *tams de vackel* había trabajado de buena gana con los enemigos jurados de la especie humanx, era anormal.

Sylzenzuzex no igualaba a su tío cuando se trataba de una deducción intuitiva, pero tampoco era estúpida.

—Sabes algo más sobre esta hembra humana de lo que me has dicho.

—Debo haberla conocido antes —susurró él—, aunque no la recuerdo en absoluto. Según los intervalos de tiempo dados en la cinta, eso no es demasiado sorprendente.

Hizo un desmayado gesto a la cámara a sus espaldas.

—Este era el apartamento de Challis.

Su mano volvió a señalar el cadáver. Por un momento sus ojos parecieron casi tan profundos como los de Moam.

—Esta era mi hermana.

Hasta la tarde siguiente, después de que los cadáveres hubiesen sido eficientemente enterrados por los ujurrianos, no insistió Sylzenzuzex en escuchar todo lo que había estado grabado en la cinta archivada.

—Syl, yo era un huérfano educado en Moth por una mujer humana llamada Madre Mastín. La información que encontré decía que yo había nacido de una Lynx profesional llamada Rad, en Allahabad, en la Tierra. Los informes también decían que yo era el segundo hijo, aunque no daban detalles. Estos hechos venían en la cinta que Challis robó, la que yo no leí hasta ayer noche.

»Mi madre tenía también una hermana mayor. El esposo de mi madre, que según la cinta no era mi padre, dio a esa hermana mayor una posición en la empresa. Después que él murió, bajo circunstancias todavía no explicadas, la hermana tomó el control de la compañía y la convirtió en un considerable imperio comercial.

«Parece que mi madre y su hermana nunca se llevaron muy bien. Algunos de los detalles de lo que equivalía al cautiverio de mi madre son…

Tuvo que detenerse por un momento.

—Es fácil comprender cómo una mente como la de Challis se sentiría atraída por detalles así. Mi madre murió poco después que su esposo. A continuación hubo una serie de incidentes inexplicables. Nadie podía estar seguro, pero se pensó que en cierta forma podían ser atribuibles a su sobrino. Así que… se desprendieron de mí. Una pequeña venta en un imperio comercial muy grande —añadió viciosamente.

»A la hermana mayor, Rashalleila, le divertía la pequeña sobrina. El nombre de su hermana era Nuaman. Su sobrina —mi hermana— fue llamada Teleen. Se convirtió en una imagen de su tía, heredó su puesto

en la compañía y mezcló el nombre de su madre con el de su tía. En simbiolenguaje, Teleen de Rud y Nuaman..., Teleen auz Rudenuaman.

»En cuanto a mí..., fui olvidado pronto por todo el mundo. Los investigadores de Challis estaban interesados en la parte que yo hubiese tenido en provocar aquellos «incidentes inexplicables», como los llamaban. Nunca se molestó en sacar otras conclusiones de la información.

Caminaban en silencio al lado de la larga hendidura en el terreno donde había estado la torre de los cañones. Fluff, Moam, Bluebright y Softsmooth iban detrás. Llegaron a un pequeño edificio al lado del campo de aterrizaje. Anteriormente, uno de los ujurrianos había descubierto que conducía al extenso hangar del transbordador. El hangar estaba equipado para la reparación y construcción de un transbordador, algo necesario en un mundo aislado como aquél. También había un extenso taller mecánico y una enorme biblioteca técnica sobre todos los aspectos del mantenimiento de una nave Doble K del Mercado Común. Constituiría una rama muy útil de la escuela para los ujurrianos que Flinx estaba planeando formar.

—La otra noche no tuve tiempo de preguntártelo, Fluff —dijo Flinx mientras pasaban junto al final de la grieta—. ¿Cómo lo conseguisteis?

—Resultó divertido —respondió jovialmente el gran ursinoide—. Fue principalmente idea de Moam. Y también de una joven llamada Mask. Mientras otros cavaban los túneles, ellas dos leyeron mucho de lo que había en los libros de la mina.

—Hicimos algunos cambios en el excavador de los mentes frías — ayudó Moam.

—El taladro a presión —murmuró Sylzenzuzex—, deben haber modificado el taladro a presión. ¿Pero cómo?

—Cambios aquí y allí —explicó Moam—. Fue divertido.

—Me pregunto si *modificar* es la palabra para la conversión de una herramienta inofensiva en un tipo de arma completamente nuevo — musitó Flinx, mirando hacia el cielo—. Quizá dejemos que Moam, Mask y sus amigos jueguen con la biblioteca y el taller de allá abajo. Pero primero tenemos que hacer otras modificaciones, y de prisa...

El enorme carguero terminó el impulso KK justo en el interior de la órbita del segundo satélite de Ulru-Ujurr, acercándose más con cortos estallidos de su inmensamente poderoso motor, que se expandía en el espacio. El carguero se colocó en una órbita baja alrededor del vasto mundo azul-parduzco, permaneciendo directamente encima de la única instalación sobre su superficie.

—No hay contestación, honorable —informó el AAnn disfrazado que se ocupaba del comunicador de la nave.

— Inténtalo de nuevo —ordenó una voz profunda.

El operador lo hizo así, y finalmente levantó la vista, desesperanzado.

—No hay respuesta en ninguna de las frecuencias de señales, señor. Pero hay algo más..., algo muy peculiar.

—Explícate —ordenó bruscamente el barón.

Su mente estaba girando a toda velocidad.

—Existe evidencia de todo tipo de emisiones sub-atmosféricas, pero ninguna en una frecuencia que yo pueda recoger. Y ninguna está dirigida hacia nosotros, a pesar de mis repetidas llamadas.

Un hombre llamado Josephson, un ejecutivo muy importante en Empresas Rudenuaman, se aproximó al barón.

—¿Qué está pasando allá abajo? Esto no es propio de madame Rudenuaman.

—Esto no es propio de nada —observó el barón cor, prudencia.

Dirigió su atención hacia otro de los operadores de control.

—¿Cómo es la cubierta de nubes sobre la base? —Clara y con poco viento, señor —informó rápidamente el meteorólogo atmosférico—. Un típico día de otoño ujurriano.

El barón silbó suavemente.

—Señor Josephson, venga conmigo, por favor.

—¿Adonde vamos? —quiso saber el confuso ejecutivo, mientras seguía al barón por el corredor que conducía al otro extremo de la cabina de mando.

—Aquí —el barón apretó un botón y la puerta se deslizó a un lado—. Necesito el máximo de claridad —dijo al técnico de guardia.

—En seguida, honorable —contestó el reptil disfrazado, mientras se apresuraba a hacer los ajustes necesarios para el visor de superficie. Sentándose al lado del técnico, el barón indicó por sí mismo las coordenadas necesarias al computador.

Después permaneció inmóvil durante varios minutos, mirando por el visor. Al rato se echó a un lado, haciendo un gesto para que Josephson ocupase su puesto. El humano lo hizo así, ajustando ligeramente el foco a sus ojos. Dio un salto verbal y físico, —¿Qué es lo que ve? —preguntó el barón.

—La base ha desaparecido y en su lugar hay algo.

—Entonces quizá no estoy loco —observó el barón—. ¿Qué es lo que ve?

—Bien, la pista de aterrizaje todavía está ahí, pero algo que parece una pequeña ciudad asciende desde la orilla del lago hacia la montaña. Conociendo el terreno, yo diría que varias de las estructuras no terminadas tienen unos doscientos metros de altura.

Su voz se apagó con el asombro. —¿Qué es lo que todo esto le sugiere? —preguntó el barón.

Josephson levantó la vista del visor, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Sugiere —silbó el barón con fuerza— que quizá las estructuras estén profundamente enterradas en las montañas. Por quién o a qué profundidad, no lo sabremos, a menos que vayamos a verlo nosotros mismos.

—Yo no aconsejaría eso —tronó una nueva voz.

Josephson dio un grito y se tambaleó cayendo de la silla, replegándose contra la consola de instrumentos. Tanto el técnico como el barón dieron media vuelta, agarrándose a los brazos de sus sillones.

Una aparición se erguía sólidamente en el centro de la habitación. De pie sobre sus patas traseras medía unos tres metros de altura y su masa casi escoraba el puente. Unos gigantescos ojos amarillentos les miraron tristemente.

—No lo aconsejaría —repitió la aparición—. Marcharos de aquí.

El rayo del barón apuntó..., pero ahora no había nada contra que disparar.

—Alucinaciones —sugirió temblorosamente Josephson, cuando recobró la voz.

El barón no dijo nada y se encaminó hacia el lugar donde se había erguido la criatura. Se arrodilló en una forma que ningún humano hubiera podido imitar, buscando algo por el suelo.

—Una alucinación muy hirsuta —comentó, examinando varios cabellos gruesos y ásperos. Su mente funcionaba ahora con furia.

—Ya sabe que nunca he salido de la instalación principal —declaró Josephson—. ¿Qué fue eso?

—Un primitivo ujurriano —explicó el barón pensativamente, frotando los cabellos contra la falsa piel de sus dedos.

—¿Que...? ¿Qué fue lo que dijo?

En la voz del barón el disgusto era evidente.

—A veces me pregunto cómo vosotros los humanos habéis llegado siquiera a la mitad del camino tecnológico que poseéis.

—Escuche —comenzó el ejecutivo enfadado—, no hay necesidad de discutir.

—No —admitió el barón. Después de todo estaban todavía dentro del territorio del Mercado Común—. No hay razón para discutir. Me disculpo, señor Josephson.

Volviéndose, salieron de la habitación, dejando al técnico con los ojos abiertos.

—¿Dónde vamos ahora?

—Haremos lo que dijo la criatura.

—Un minuto —Josephson contempló al aristócrata AAnn con firmeza—. Si madame está en dificultades allá abajo...

—*Sssissstt...,* use su cerebro, sangre caliente —rezongó el barón—. Donde había una pequeña base ahora hay una ciudad creciendo rápidamente. Donde solía haber una sola señal de bienvenida, hay ahora una multitud de peculiares comunicaciones locales. De unos pocos grupos de nativos que viven en cavernas llega una imagen visual que nos aconseja bruscamente que no aterricemos. Que nos aconseja bruscamente..., debiera añadir que en vuestra lengua vernácula, señor Josephson..., que nos apresuremos a marcharnos a otro lugar.

»Yo creo que es razonable, considerando la evidencia, que les obedezcamos rápidamente. Actúo según las realidades y no las emociones, señor Josephson. Esa es la razón por la que yo siempre seré el que de las órdenes y usted el que las obedezca.

Aceleró el paso, empujando al hombre y dejándole en el pasillo con la boca abierta.

Según lo ordenado por el barón, el carguero abandonó las proximidades de Ulru-Ujurr a la máxima velocidad. Descansando en su

suntuosa cabina, el barón se preguntó qué podría haber sucedido durante su ausencia. Algo de considerable importancia, con implicaciones desconocidas para el futuro.

De una sola cosa estaba seguro: madame Rudenuaman y la empresa en la que ambos habían colaborado ya no existían. Pero podía haber un cúmulo de razones para ello.

Ahora parecía cierto que los nativos eran algo más que ignorantes salvajes..., pero no podía decir cuánto más. Un genio único entre ellos podría haber sido instruido para transmitir lo que, después de todo, había sido un mensaje extremadamente corto. Un nuevo artificio experimental podía haberle proyectado a bordo del carguero.

La floreciente ciudad de allá abajo podía ser el resultado de la actividad de la Iglesia, el Mercado Común, un competidor comercial o un empresario alienígena. Aquella sección del Brazo continuaba inexplorada en su mayor parte, cualquiera podía establecerse en un mundo tan aislado y poco visitado como Ulru-Ujurr.

El había salido bien parado. Todavía tenía en su poder un cierto número de pequeñas piedras que podría administrar despacio al Mercado Común con el paso de los años. Su posición en la corte del emperador había subido considerablemente, aunque los planes de los psicotécnicos del Imperio de implantar impulsos suicidas en las piedras de Jano y venderlas después a humanos y thranx importantes tendría que ser abandonado a partir de entonces.

Era una mala suerte, porque el programa había tenido un gran éxito. Pero podría haber sido peor. Fuese lo que fuese lo que había terminado con la instalación y con madame Rudenuaman, podría haberle liquidado también a él, de no haber salido en persecución de la niña humana.

Era una pena que ella hubiese encontrado casualmente aquella patrullera humana, forzándole a abandonar cualquier esperanza de eliminarla. Casi como si supiese lo que hacía. Pero sabía que no tenía demasiada importancia. Dijese lo que dijese sobre Ulru-Ujurr a cualquiera que fuese lo suficientemente crédulo como para escucharla..., ahora aquel mundo ya no era problema suyo.

En el futuro, dado el triunfo inevitable del Imperio, podría volver con una flota imperial, en lugar de escabullirse con aquel disfraz y en la forzada compañía de mamíferos e insectos despreciables. Entonces podría reestablecer el control, no la soberanía sobre aquel mundo enigmático, acaparando toda la gloria y provecho que se obtuviesen de allí en adelante para sí mismo y la casa de WW.

«Quizá fuese así, pensó placenteramente; quizá fuese así.»

No oyó la voz que respondió como un eco desde las profundidades de Otro Lugar. Una voz que repitió: «¡Quizá no!»

El día amaneció brillante y tibio. Sylzenzuzex vio que podía caminar libremente con sólo una ligera cojera.

Había desarrollado una relación especial con la tímida hembra adolescente llamada Ask, que resultó ser una guía maravillosa sobre la historia y las inesperadamente complejas interrelaciones de los ujurrianos. Por tanto, Sylzenzuzex disfrutaba con el estudio de un tema

muy querido para ella.

Quizá algún día aquello formase la base para una monografía, o incluso para una disertación completa, algo que fuese lo bastante importante para que le concedieran la readmisión en la Iglesia. Aunque el descubrimiento de que, efectivamente, la Iglesia era la responsable de la cuarentena de aquella raza, continuaba haciéndole interrogarse sobre los estándares de dicha organización y sobre su propia participación futura en ella.

Abandonó su alojamiento en el edificio, con la intención de comentar con Flinx las revelaciones del día anterior. Pero él no parecía estar en ninguna parte, ni en la escuela de la pista de aterrizaje, ni en ninguno de los centros fabriles que orlaban la vieja mina. Finalmente, uno de los ursinoides le indicó un lugar en el otro extremo del valle donde en un tiempo habían escapado de las garras de Rudenuaman. Después de una buena escalada por una empinada pendiente, le encontró sentado con las piernas cruzadas sobre un reborde, en compañía de un pequeño insecto no mayor que su dedo. Estaba esmaltado en verde y ocre, con las alas amarillas.

Pip entraba y salía de los arbustos cercanos, inquietando a un exasperado y sinuoso mamífero de la mitad de su tamaño.

Desde allí podía contemplarse el valle completamente, ver el azul del lago acunado entre picos cubiertos de nieve, y observar el constante progreso de la construcción a lo largo de su costa sur.

Cuando por fin Flinx se volvió hacia ella, tenía una expresión tan apenada que la hizo sentirse sorprendida.

—¿Qué pasa...? ¿Por qué estás tan triste? —preguntó.

—¿Quién está triste?

Sylzenzuzex sacudió lentamente su cabeza en forma triangular. Al no responder él, ella señaló hacia el valle del lago.

—No sé por qué tienes que sentirte desilusionado. Tus pupilos parecen haberse dedicado a tu juego de la civilización con gran entusiasmo. ¿Es a causa de la nave que Maybeso abordó? Sea lo que sea lo que les dijese, debe haber sido efectivo. No han vuelto y no ha habido señales de otras naves en todos estos meses.

A modo de contestación, él señaló hacia la costa norte del lago. Allí se estaba elevando una vasta superestructura de metal. Era casi tan larga como el propio lago.

—¿Algo que tiene que ver con la nave?

El negó con la cabeza.

—No..., sobre el motivo que hay detrás de todo esto, Syl. Sólo he conseguido la mitad de lo que quería hacer. Sé que mi madre ha muerto, pero todavía no sé quién era mi padre o qué le sucedió —la contempló con dureza—. Y quiero saberlo, Syl. Quizá ha muerto hace mucho también, o está vivo y es un animal humano todavía peor de lo que resultó serlo mi hermana; pero *quiero saberlo; ¡lo sabré!* —terminó con repentina vehemencia.

—¿Qué tiene eso que ver con la nave?

El ocultó una vaga sonrisa.

—¿Por qué crees que los ujurrianos están construyendo una nave?

—No lo sé... Para divertirse, para explorar..., ¿por qué?

—Es un regalo para mí..., una pequeña sorpresa de Moam. Sabe que quiero ir a buscar a mi padre, de forma que están haciendo todo lo que pueden para ayudarme. Les dije que aquí no podían construir una nave KK..., que tenía que hacerse fuera de la gravedad de un planeta. ¿Sabes lo que dijo?: «Arreglarlo..., demasiada dificultad de otra forma».

«Localizó a una ujurriana..., la más flaca que he visto nunca..., que piensa sólo en términos matemáticos. Es tan rara... La traducción de su nombre parece ser «Integradora»... Casi puede comprender a Maybeso. Moam le planteó el problema. Hace dos semanas resolvió la cuestión de aterrizar en un campo de gravedad con un motor KK. Los científicos del Mercado Común han estado intentando resolver ese enigma durante doscientos años.

Suspiró.

—Todo para ayudarme a encontrar a mi padre, Syl... ¿Qué pasará si los ujurrianos no encuentran de su agrado el resto de nuestro cosmos, nuestra civilización? ¿Qué si deciden jugar con ello? *¿Qué hemos desatado?*

Ella se sentó y meditó. Pasaron unos largos minutos. El insecto incrustado de gemas se echó a volar.

—Si no otra cosa —le dijo finalmente, mirando hacia la nave—, una forma de volver a casa. Te preocupas demasiado, Flinx. No creo que nuestra civilización tenga mucho interés para estas criaturas. Están interesados en *ti.* Recuerda lo que dijo Maybeso... Si este nuevo juego les aburre, volverán al antiguo.

Flinx consideró esto y pareció brillar. Después se levantó abruptamente, frotándose el polvo de las piernas.

—Supongo que tienes razón, Syl. No puedo hacer nada preocupándome. Cuando terminen la nave será el momento de volver a casa. Necesito las regañinas de Madre Mastín y relajarme otra vez durante un tiempo —la miró de forma extraña—. ¿Me ayudarás?

Sylzenzuzex volvió unos ojos grandes y relucientes hacia Pip y observó cómo el minidrag plegaba las alas para sumergirse en una zanja detrás del mamífero que se retiraba. Desde allá abajo les llegaron sonidos de lucha.

—Promete ser intrigante..., desde un punto de vista puramente científico, por supuesto —murmuró.

—Por supuesto —reconoció Flinx con el rostro apropiadamente serio.

Una estrecha cabeza de reptil salió de la zanja y una lengua puntiaguda saltó rápidamente en su dirección. Pip les miró sumisamente, un gato de Cheshire con escamas...